
Jack X.
Faber
Mandrake
Parte 3

Mandrake - Parte 3



¡Una auténtica vergüenza!
Asado del diablo
De vacaciones
el destino del viudo
Juegos infantiles
El productor musical
El temeroso de Dios
bloqueo del escritor
Niño ángel
Una criada
La viuda Plunkett
Naufragio
El sanador de Lassalle
El hombre dragón

Puede contactar con el autor en: JackFaber@gmx.net
¡Y seguro que le encantaría saber de ti!

¡Una Verdadera Vergüenza!

von Jack Faber © 2023

Después no recordaba cómo había ocurrido el accidente. Un coche me tiró al suelo sin hacerme daño, y el camión que venía detrás me pasó por encima de las piernas. Pasé ocho semanas en el hospital con fracturas en las piernas y los tobillos. Claro, no podía levantarme y tenía que llamar yo mismo a la enfermera para ir al baño.

La enfermera era muy joven y tímida cuando me lavaba desnudo en la cama o me sostenía el pene en el recipiente para que orinara. Logré aguantar dos días, pero luego me volví insistente después de orinar. Tenía que seguir sujetándome el pene mientras yo empezaba a masturbarme. La observé muy de cerca y vi el brillo en sus ojos. Era demasiado débil, dije con descaro, tenía que seguir frotando. Se quedó en silencio un buen rato y, después de un minuto, dijo que no lo había hecho muy a menudo y que probablemente no lo haría muy bien. Me encogí de hombros y dije que no importaba. Se mordió el labio y empezó. La verdad es que no era muy buena; era demasiado lenta y no me apretaba el pene con la suficiente fuerza. “¿Te vas a correr pronto?”, susurraba de vez en cuando, y yo asentía, “¡Casi!”. Una eternidad después, finalmente eyaculé. Simplemente me sujetó el pene con firmeza, manteniéndolo en el cuello de cristal del recipiente. Se sonrojó profundamente y se fue rápidamente. Pero obedientemente lo hizo hasta el final de la semana. Entonces llegó una nueva enfermera.

Era una filipina mayor y no hablaba bien nuestro idioma. Al segundo día, después de que me sujetara el pene mientras orinaba sin pestañear, le pregunté. Pero negó con la cabeza, ¡Dios mío, no! ¡Jamás haría algo así! Me sentí decepcionado y enfadado; ¡tenía que sujetarlo con mucha fuerza, maldita sea! Obedeció y contuvo la respiración, sorprendida. Yo me movía de un lado a otro en su puño. Entrecerró los ojos con horror y murmuró en voz baja en su idioma, pero siguió sujetando mi pene firmemente en su puño. Me miró con desprecio, pero no lo soltó y lo sujetó con fuerza en su puño. Después de eyacular, frotó las últimas gotas de mi pene con dos dedos; sabía

lo que hacía. Repetimos esto durante toda la semana y la siguiente. Seguía entrecerrando los ojos y murmurando sus oraciones paganas, pero parecía aceptarlo. En la segunda semana, me detuve a mitad del acto, y ella frotó vigorosamente mi pene con su puño, llevándome al orgasmo. Me masturbó desde el principio y me di cuenta de que tenía mucha experiencia. Cada vez, exprimió las últimas gotas con los dedos; intercambiamos saludos amistosos y luego se fue. Le di cincuenta euros cuando me dijo que la iban a trasladar a otra sala. Era la primera vez en dos semanas que sonreía.

No pude averiguar de dónde venía la siguiente mujer. Solo hablaba español, un español extrañamente arrastrado. Mi español, olvidado hacía mucho tiempo, al menos la hizo sonreír; dijo que yo era un caballero por hablarle en su idioma. Cinco veces al día, sostenía mi pene en el recipiente y parecía bastante disgustada. ¡Dios sabe que no lo estaba disfrutando! Con cautela, me acerqué, suponiendo que era una católica devota. Y lo era. No quería que la masturbara, ni quería sostener mi pene cuando empecé a penetrarla. Apartó el recipiente con fuerza, sacudiendo la cabeza, pero se detuvo un momento. "¡No estoy haciendo eso, nunca lo he hecho con la mano! ¡Solo lo estoy haciendo bien!". ¿Qué se suponía que debía decir ante eso? Miró hacia atrás desde la puerta y esperó hasta que guardé mi pene erecto. "Está bien, entonces, de acuerdo", dije en voz baja, y para mi sorpresa, asintió y se fue rápidamente.

Qué sorprendido me quedé, entonces, cuando entró en mi habitación tarde esa noche y cerró la puerta con llave. No dijimos ni una palabra, yo no porque estaba mudo, y ella no porque estaba decidida. Tendría más de 40, tal vez 50, rellenita y redonda. Se veía completamente diferente con ropa de civil, sin su gorro blanco. Sin decir palabra, se subió encima de mí, se apartó las bragas bajo la falda y, con un suave suspiro, guió mi pene hacia su vulva espesamente velluda. Luego se bajó la falda; obviamente no quería que la viera. Su vagina era suave, húmeda y placentera. Se apoyó con las manos en mi hombro y me cabalgó lentamente. Sonrió.

Me montó durante un buen rato. Constantemente, no rápido. Noté que se excitaba muy rápido, pero no llegaba al orgasmo. Apartó mi mano y negó con la cabeza cuando intenté tocarle el clítoris. Si-

guió follándome incluso cuando me corrí y solo paró cuando se me bajó la erección. Se quedó sobre mi pene unos instantes. “¿Bueno?”, preguntó en voz baja, preguntándome si había estado bien. Asentí con entusiasmo. Se levantó, se arregló la ropa y puso la mano en el pomo de la puerta. “¿Lo estás haciendo bien, bueno?”, preguntó, y asentí. “¡Bueno entonces bien!”, y se escabulló. Durante dos semanas, vino todas las noches y me folló sin decir una palabra. ¿De qué había que hablar, al fin y al cabo?

En la segunda semana, ya no apartó mi mano y le masturbé el clítoris con mucha suavidad. Se desplomó sobre mí en un orgasmo y siguió follándome sin decir palabra. A partir de entonces, lo permitió. Al final de la tercera semana, dijo “rotación”, que mañana trabajaría en otro departamento. Le di billetes de doscientos euros, “gracias por todo”, porque no sabía qué significaba “follar” en español. Vino por última vez tarde esa noche. En los días siguientes vinieron diferentes enfermeras; no entendía cómo funcionaba el horario. Al menos estaba progresando con mi fisioterapia y podía volver a caminar, aunque cojeando.

Durante las últimas dos semanas, el mismísimo Lucifer debió interceder por mí en el cielo. La jefa de enfermeras entró en mi habitación por primera vez y se detuvo, retorciéndose las manos. Todas las habitaciones estaban ya reservadas, ¿sería posible, como excepción, alojar a alguien conmigo? No pude decir ni una palabra; ella no paraba de hablar. ¡Solo me cobrarían la mitad, y qué agradecida estaba la administración del hospital! “¡Muchas gracias, doctor!”, y se marchó. Llevaba cuatro semanas molesto porque me llamaban “el doctor” aunque no lo fuera. Una típica molestia austriaca de la época imperial.

Dos enfermeras llevaron una cama a mi habitación individual, que ahora estaba abarrotada. Examiné a la recién llegada con atención. ¡Una mujer! Me froté los ojos. En la hoja de papel ponía “Sra. Kommerzialrat Morgenthaler”, sin nombre de pila; tenía 65 años, cinco menos que yo. Todavía dormía por la anestesia, con los brazos vendados hasta las axilas y extendidos como alas de ángel con una estructura metálica. Continué leyendo. Fracturas complicadas en ambos lados y quemaduras en ambos brazos, grado III. Miré su

rostro, muy arrugado pero no desagradable. Varias enfermeras vinieron a verla repetidamente. Por la noche, estaba completamente despierta y fuertemente sedada con morfina. Hablamos superficialmente durante una hora; yo la llamaba Sra. Kommerzialrat y ella la llamaba Doctora. Las enfermeras vinieron y la levantaron para colocarla en el orinal, con cuidado de ocultarme su desnudez. No tenía especial curiosidad, pero me sorprendió mucho porque tenía el pubis completamente afeitado, lo cual creo que es raro en mujeres de esa edad.

Debían ser pasadas las diez cuando las enfermeras la dejaron orinar de nuevo. Después, me senté en el borde de la cama, jugando indeciso con su edredón. Fingió estar muy sorprendida y me preguntó qué hacía. Le dije con sinceridad que estaba pensando si quería tener sexo con ella. Abrió los ojos de par en par. Y entonces rechazó la idea con indignación. ¡Era una anciana, ningún hombre quiere tener sexo con una anciana! No me sorprendió la facilidad con la que usó la palabra "sexo". Además, rápidamente hizo los cálculos: no solo era demasiado mayor para tener sexo, sino que tampoco había tenido sexo con un hombre en unos quince años. Asentí con la cabeza; era obvio que solo se juntaba con otras ancianas en el sofá. Sabiamente, me quedé callado; lo sabía de primera mano.

¿Quería preliminares antes del sexo, tal vez un poco de masturbación? Sin querer, me dirigí a ella de forma informal y la dejé sin palabras. No, no necesitaba preliminares ni masturbación antes del sexo; ¡no quería tener sexo en absoluto, y menos con un desconocido! Entre risas, dije mi nombre y la destapé, subiéndole la bata hasta el cuello. No podía mover los brazos y le miré el pulgar. Ahí estaba abrochado el botón, pero no movió ni un dedo, ni pidió a una enfermera.

Sus ojos se fijaron en mi pene. Ciertamente no es intimidante; a los 70, uno tiende a ser un poco más modesto. "No me vas a follar, ¿verdad, Doctor?" Su voz era algo tímida, no particularmente temerosa, más bien interrogativa. "No quiero que me folles", murmuró varias veces, levantando las rodillas y separándolas ligeramente. "No, por supuesto que no", dije bromeando, "¡seguro que no dolerá!" Me arrodillé entre sus piernas y ella cerró los ojos. Capté una leve sonri-

sa cuando la penetré. Me dejó follarla sin resistencia; estaba muy excitada al final, pero no había tenido un orgasmo. Me arrodillé de nuevo después de haber eyaculado dentro de ella. Abrió los ojos. "Eres un cerdo", dijo suavemente, mirándome directamente. Había tocado su clítoris palpitante con mi dedo y ella cerró los ojos de nuevo. La masturbé, lo más suavemente posible, y ella tembló violentamente en un orgasmo. Ahora me miró con una sonrisa amable. "¡Eres muy sensible, doctor!", murmuró casi inaudiblemente mientras la cubría con la manta. La esposa del consejero comercial disfrutaba cada vez más de ser follada. Levantó las rodillas y me dejó separarlas de buena gana. No encontraba sus labios menores deshilachados particularmente atractivos, pero la masturbaba cada vez después de follarla, y generalmente también por la tarde, porque ya no tenía ninguna vergüenza en pedirlo. Le acercaba el teléfono a la oreja cuando quería hablar con su mejor amiga. Cuando su amiga venía de visita, salía cojeando al pasillo, sin interés en sus susurros íntimos. Me quedé más de dos semanas, follándola todas las noches y luego masturbándola. Apenas hablábamos; ella escuchaba la radio y yo leía en mi tableta. Todavía estaba indefensa atada a su cuerpo cuando le di un beso en la mejilla al irme.

Tras ocho semanas en el hospital, pude volver a caminar, aunque cojeando, pero fue una verdadera lucha. La antigua cuidadora, que de vez en cuando me había ayudado sexualmente desde que enviudé, se había mudado a una residencia de ancianos, y la nueva, Marina, era una mujer muy joven y embarazada. Tenía solo cuatro meses de gestación y había asumido el puesto de cuidadora porque necesitaba un techo y algo de dinero. No había ni marido ni novio a la vista. Nos hicimos algo amigos, y pronto empezó a venir a mi casa todas las noches. Cenábamos, tomábamos limonada o vino tinto y charlábamos durante horas.

Pronto fuimos al grano. Se quejó un poco de que sus amigas solo la visitaban para tener sexo; todas querían solo eso. Hacía tiempo que no las invitaba; se masturbaba todas las noches, y eso le parecía bien. No hablamos directamente, por supuesto, pero entendimos la idea. No me quejé; era viudo y la masturbación era parte de la vida. Dejé escapar que la anterior cuidadora a veces se quedaba a dormir en mi casa. Claro que sabía que una chica de 18 años no se acostaría

conmigo. Acerté, porque dijo que tenía casi 20 y que la edad era solo un número para ella. Ya se había acostado con muchos hombres, alrededor de cien o menos. Mantuve las cosas con cautela; acostarme con ella era un sueño bonito, pero solo un sueño. No me lo esperaba. Una vez más, Lucifer intercedió por mí. En realidad, dos palabras del Príncipe Oscuro.

Descubrí que Marina no podía recibir la fisioterapia recomendada porque su seguro médico no la cubría. Le di algo de dinero y la animé a que siguiera adelante con la terapia. Cuando tienes 20 años, crees que puedes arreglártelas sin ella, pero cuando tienes 70, te duele mucho. Le dije que podía devolverme el dinero cuando quisiera. Tenía bastante dinero ahorrado, así que no me importó. Ella estaba muy indecisa porque no quería endeudarse conmigo, y así me lo dijo. Le aseguré que no esperaba nada a cambio; no tenía por qué acostarse conmigo por eso. Fue el argumento adecuado en el momento adecuado.

Lo segundo que me soltó el príncipe negro fue que el padre de la niña no hacía ningún esfuerzo por mantener económicamente a Marina. No había podido forzar un aborto, así que optó por una vida de lujo con su rica esposa — sin problemas — , abandonó a Marina, que estaba embarazada, y se enriqueció a costa de ella. Llamé al tipo y concerté una reunión de cinco minutos en la cafetería de enfrente. Se sorprendió porque yo era mayor de lo que pensaba, y lo juzgué correctamente en los primeros segundos. Ya había tratado con tipos así, como se suele decir. Me salté las formalidades y fui directo al grano. Solo tuve que agarrarlo por los huevos y apretar con fuerza. Apenas tuve tiempo de verlo derrumbarse. Dejé el papel con el número de cuenta bancaria de Marina sobre la mesa. Esperaba un primer pago por los últimos meses en una semana, y luego pagos mensuales de manutención infantil durante los próximos 18 años. Asintió con desánimo. Me fui sin despedirme y le dejé que pagara mi café.

Marina se quedó atónita al recibir el dinero. No le había dicho ni una palabra sobre haber tenido una conversación seria con el tipo, pero ella lo sabía de todos modos, y no lo negué. De alguna manera, le había tomado cariño a Marina y estaba decidido a apoyarla. No era precisamente guapa; en mi juventud, ni siquiera me habría fijado en

ella. Nunca usaba sujetador ni ropa interior y casi siempre llevaba el mismo vestido raído, que dejaba ver más de lo que ocultaba, quizás a propósito. También me di cuenta, por el vestido transparente, de que no se depilaba el vello púbico, pero eso no importaba. Se bañaba a diario y se lavaba su precioso cabello rubio rojizo, que le llegaba hasta el pecho. Me gustaban sus cejas rubias platino y sus largas pestañas rubias que contrastaban maravillosamente con sus ojos verde claro.

Me contuve; yo tenía 70 años y ella unos 20. Le gustaba escucharme porque quería acortar la brecha generacional. Hablaba a menudo de sexo, y le encantaba. Había renunciado por completo a invitar a sus exnovios a casa para tener sexo. Hablaba abiertamente y sin reparos sobre la masturbación, describiendo todas sus técnicas, y ambos nos reímos cuando dijo que algunas cosas se veían mejor mostradas que descritas. Asentí con la cabeza, pero no la presioné. Yo también fui abierto y honesto sobre mi propia vida sexual; no había mucho que contar. Ella seguía preguntándome cuánto la echaba de menos, y yo respondía que mucho. Seguía diciendo que no le gustaban las masturbaciones ni las felaciones; ya había tenido suficiente de eso en la escuela. Era sexo de verdad o nada, así lo veía ella. Ya había oído eso antes.

Una noche, ella tomó la iniciativa. Inesperadamente se sentó en mi regazo, nos besamos por primera vez, ¡y cómo! Sus besos con lengua me llevaron al séptimo cielo. Sintió mi pene erecto y se levantó a medias para quitarme los pantalones. Se sentó de nuevo, con las piernas bien abiertas, sobre mis muslos desnudos y se quitó el vestido por encima de la cabeza. “Lo quiero, tu grandote lo quiere, ¿tú también lo quieres?” susurró en el abrazo. Asentí, por supuesto. Me folló por primera vez, sentí su vientre redondo contra el mío y acaricié sus pechos. Me folló despacio pero con firmeza, nuestras lenguas luchando por cada placer. Tardé mucho en correr. Ella ya estaba muy excitada y me mordió suavemente los labios mientras me corría dentro de ella. Me abrazó fuerte y se quedó sentada sobre mi pene, aunque este se estaba ablandando rápidamente.

Ella seguía muy excitada por el sexo, pero nunca llegaba al orgasmo. ¿Podría hacerlo ahora, o eso me molestaría? Asentí repetida-

mente; me encantaría estar allí, y ya le había dicho que disfrutaba viendo a mujeres y chicas masturbarse. Bajó la mano y se masturbó con fuerza y pasión. Nos besamos durante su orgasmo. Tuvimos sexo todas las noches hasta el parto, siempre sentados; ella lo prefería a estar tumbada boca arriba como un escarabajo.

Esperé en la sala de espera hasta que, tras un largo parto, dio a luz al pequeño Erik. Inmediatamente me permitió estar con ella, como si fuera su amante. Estuvimos juntos durante meses, y pronto retomamos nuestras relaciones sexuales por las noches. La ayudé económicamente para que al pequeño Erik no le faltara de nada. Cuando cumplió cuatro años, se mudó a un apartamento más grande con una habitación infantil y me visitaba varias veces por semana para tener relaciones sexuales placenteras.

Deja que el pequeño juegue desnudo en el suelo mientras ella me folla en la encimera de la cocina. También cree que está bien que nos vea; tenemos sexo amoroso, nada perverso. Hablamos de ello una vez, y le sugerí que le enseñara a masturbarse cuando tuviera siete u ocho años, y luego a tener sexo cuando tuviera once o doce. Marina me miró con los ojos muy abiertos. ¿Incesto? Asentí; ¡me importa un bledo el incesto! Lo pensó y dijo que decidiría en función de cómo resultara Erik.

Al principio, el niño pequeño separó las nalgas de Marina con las manos y se inclinó para comprobar si mi pene estaba realmente dentro de ella, pero pronto perdió el interés. Hice que se tumbara en el banco para masturbarse y así poder observarla. Tenía un sexo realmente hermoso, labios mayores preciosos y abundantes y labios menores casi invisibles. Empezó retrayendo el pliegue protector de piel sobre su clítoris. Su clítoris era del tamaño y la forma de la goma de borrar de un lápiz, y solo lo estimuló brevemente porque todavía estaba cachonda por el sexo. Primero despacio, luego cada vez más rápido, se frotó el clítoris hasta que se corrió. Presionó la mano contra su vulva y cerró las piernas con fuerza para disfrutar de las convulsiones con los ojos cerrados. Rara vez se masturbaba una segunda vez.

Le gustaba mucho cuando la masturbaba hasta el orgasmo casi al final. La acariciaba con los dedos mientras se masturbaba, lo cual le encantaba. Una vez dijo, riendo, que a veces usaba un pene de goma grande y suave por la noche, pero nunca lo vi.

La animé a que volviera a invitar a sus amigas. Su joven cuerpo aún anhelaba una polla fuerte, y montar la mía, ya vieja, no era suficiente. Negó con la cabeza con desaprobación; prefería estar sentada, pues así tenía más control que tumbada indefensa como un escarabajo. Y mi polla seguía estando perfectamente bien, me regañó. Pero ella seguía invitando a sus amigas para que las follaran como es debido por la tarde. Todas las noches me contaba sobre el sexo de la tarde y le encantaba describirlo con todo detalle. Sus amigas la convencieron para que se afeitara el vello púbico. Yo la afeitaba una o dos veces por semana.

Esa noche, los tres estábamos desnudos en mi apartamento, y Marina se acostó en la bañera para afeitarse. Al pequeño Erik le parecía muy, muy excitante afeitarse. Cuando terminé de afeitar y limpiar la suave zona púbica de Marina con una toalla tibia, él se unió con entusiasmo. “¡Limpia a mami!” ordenó el pequeño, frotándola con fuerza. El pequeño Erik me miró expectante. “¡Mira, ahora sé cómo se hace de verdad!” me gritó, metió su pequeño pene en la vagina de Marina y me enseñó a follar. Después de unas cuantas embestidas, gimió e imitó la eyaculación femenina. Marina y yo nos reímos a carcajadas, y el pequeño pataleó. “¡Sigue, sigue, hazlo bien! ¡Mami lo dice, y puedes creerme!” Intenté mantener la compostura. Y cada vez después de afeitarse, metía su pequeño pene en su vagina y la follaba brevemente, a veces durante más tiempo. Finalmente, le dio una firme palmada en el trasero. «Esa es la forma correcta», me indicó. Por supuesto, quise saber por qué. Sin dudarlo, respondió que su madre siempre le decía eso a su marido: «¡Esa es la forma correcta, sigue así!», citó sus palabras. Marina y yo nos contuvimos para no estallar en carcajadas. Una vez, cuando el pequeño la estuvo follando juguetonamente durante un buen rato, dije que probablemente la cuestión del incesto era discutible.

Ella ha venido al menos una vez por semana durante los últimos cinco años; dijo que no necesitaba tener relaciones sexuales más de

una vez por semana. Estoy agradecido, porque yo también he envejecido y mi libido ha disminuido.

Estoy agradecido a Lucifer; me hizo un regalo maravilloso en mi vejez.

Asado del diablo

von Jack Faber © 2023

Entré en el despacho de la Sra. Hooker con una sensación de inquietud. La jefa del Servicio Secreto levantó la vista de su portátil y lo cerró a medias. Me senté mientras ella, en lugar de saludarme, me llamaba "Jones" y señalaba con la barbilla hacia la silla. "Buenos días, Sra. Hooker", dije y esperé; no había hecho nada malo, simplemente tenía curiosidad. Sus ojos eran duros como diamantes y me miraban fijamente. Nunca nos habíamos visto en persona, pero sabía por otros agentes que ella nunca entablaba conversaciones triviales, ni siquiera por un segundo. Y era cierto.

"Lewis nos deja, va a tener un bebé." Yo no tenía nada que ver con Lewis; no era mi hijo. "La Segunda Dama insiste en que reemplaces a Lewis y te hagas responsable de su hija. Insiste." No conocía a la esposa del Vicepresidente ni a su hija. Sin embargo, era un gran salto profesional para un agente que solo llevaba tres años en la fuerza. "Empezarás a las ocho en punto pasado mañana en One Observatory Circle", dijo sin rastro de emoción. Asentí y murmuré que sería un gran honor. Ella lo ignoró por completo. "Quería una agente, pero no había nada que pudiera hacer; te solicitó específicamente a ti. Explícitamente. Jones." La sostuve con la mirada inquisitiva. No conocía a la Segunda Dama, al Vicepresidente ni a su hija, dije con firmeza. "No hay nada, absolutamente nada, por mi parte", concluí. "Lo averiguaré, cien por cien, Jones." La sostuve con la mirada y sonreí; no había nada. Abrió su portátil, me despedí y me quedé allí, aún sujetando el pomo de la puerta. "Jones". No era una despedida; tenía algo más que decir. "Esto es privado ahora, Jones", dijo, sus ojos ya no eran diamantes sino cubitos de hielo, derritiéndose en el fondo del vaso de whisky. "¡Cuidado con tu espalda, Jones, esa mocosa es un maldito demonio, tan cachonda como una perra en celo! ¡Te despido en el acto si no puedes controlar ese culo negro!" Tragué saliva. ¿Qué podía decir ante eso?

Comencé mi turno y estuve con Lynn, la hijastra de 16 años del vicepresidente, las veinticuatro horas del día. El astuto anciano quizás

fuera un excelente experto en política china, pero su comprensión de la naturaleza humana era nula. Se había casado con una mujer mucho más joven con una hija adolescente, y era absolutamente cierto, esa mujer era una auténtica prostituta, no había otra forma de decirlo.

Pero fue Lynn quien se fijó en mí y preguntó por mí a través de mamá. Me había visto en la Casa Blanca alguna vez, no tengo ni idea de cuándo. Y la señora Hooker tenía razón, Lynn coqueteó conmigo intensamente desde el primer momento. Mantuve la distancia por completo, como dice el libro, pero aun así tuve que contenerme porque Lynn no llevaba ropa interior y me mostraba sus joyas en cada oportunidad. No era una chica particularmente guapa, pero siempre estaba limpia y bien maquillada. Me sentaba delante de su clase, leía todos los periódicos y me presentaba regularmente en el cuartel general.

Lynn entrenaba conmigo todos los días en el pequeño gimnasio. Krav Maga, Judo, combate cuerpo a cuerpo, defensa personal. Era muy buena, aprendía muy rápido y le encantaba sujetarme o tocarme fracciones de segundo más de lo necesario. Entrenábamos hasta que estaba completamente agotada y siempre era la última en terminar. Después de 10 días, había explorado cada centímetro de mi cuerpo y lanzaba su ataque de forma totalmente inesperada.

Me había tirado al suelo con un seoi nage, una proyección de hombro tradicional, y, desafiando todas las reglas, se sentó sobre mis muslos. Miré debajo de sus pantalones cortos de gimnasia, ya que, como siempre, no llevaba bragas. Yo también conocía cada centímetro de su cuerpo, había visto a menudo su vulva con poco vello cuando sus pantalones cortos lo dejaban todo al descubierto. Sonrió con malicia y descaro. “¡Nada de cámaras, solo nosotros dos!”. Con un tirón, me bajó los pantalones cortos de gimnasia. Sin decir palabra, tiró los suyos a un lado y se montó sobre mí, guiando mi pene dentro de ella con un suave suspiro.

Pensé en la señorita Hooker solo por un instante y la desterré de mi mente de inmediato. Lynn no era precisamente una belleza, pero ¿quién rechazaría a una joven de 17 años sentada sobre su pene? La

dejé follarme sin rechistar y la follé desde abajo. Disfruté de sus besos franceses salvajes y exigentes y sentí el impulso de correrse en mi pene. Con un fuerte suspiro, Lynn se desplomó, temblando, sobre mi pecho. La follé salvajemente durante unos instantes más y le agarré las nalgas mientras me corría dentro de ella.

Nos sentamos en silencio uno al lado del otro. “Mi primer pene negro”, susurró, apenas pude oírla. Me dijo en voz baja que había visto a su madre tener sexo desde pequeña; no engañó a su hija. “Me he masturbado desde pequeña, esperando ansiosamente cada día para tener sexo. Pero la masturbación era todo lo que tenía hasta hace tres años, cuando finalmente tuve a alguien con quien tener sexo”. Susurrando, me contó sobre sus primeros pasos y todos los demás con quienes había aprendido a correr. No siempre tenía un orgasmo durante el sexo y se alegró de que hubiera funcionado conmigo. Lynn quería tener sexo de nuevo de inmediato, así que lo hicimos otra vez, pero esta vez en la posición del misionero. Esperé con los dientes apretados hasta que tuvo un orgasmo y finalmente me corrí dentro de ella.

Al día siguiente, cuando me presenté en la sede, la Sra. Hooker me gritó, diciendo que me llamaría inmediatamente y que debía estar listo. “¡Idiota! Ni siquiera han pasado dos semanas y no puedes controlar tu negro culo”. No estaba enojado por el comentario racista, sino por haber sido descubierto. “Jones. Por el amor de Dios, ni siquiera puedes orinar sin que quede grabado, ¿lo has olvidado?”, balbuceé, pero la Sra. Hooker me interrumpió bruscamente. “Y por supuesto que limpié el desastre que dejaste y lo borré de la cinta. Estúpido cómo mami limpia el negro culo de su bebé”. Estaba seguro de que me iban a despedir y gruñí: “¡Gracias, mami!”. No cayó en la trampa. “Si vuelve a suceder, envíame un mensaje directamente. Inmediatamente”. La oí crujir su libreta. “Solo 1147, Jones”. La oí anotar: “Once cuarenta y siete, Jones. Jones estaba eyaculando en el paraíso”. Repetí el código y suspiré aliviado; al parecer, no me habían despedido. “Te lo advertí. Así que, 1147 ahora mismo, para que pueda borrar la cinta. Y hazlo bien, maldita sea, bien hecho, ¡o esa mocosa estúpida correrá a quejarse con su padre!”. Colgó sin decir palabra, y me alegré; parecía que me estaba cubriendo.

El romance duró seis semanas. Lynn me llamaba de día o de noche, ya fuera a One Observatory Circle o a la Casa Blanca, donde nos quedamos a dormir varias veces cuando el Presidente y el Vicepresidente trabajaban largas jornadas. Me encantaba acostarme con Lynn; era lo único bueno del trabajo. Por supuesto, le enviaba un mensaje al 1147 cada vez, como me habían ordenado. Después de seis semanas, el entusiasmo de Lynn fue disminuyendo gradualmente, y lo expresó abierta y honestamente. Asentí con la cabeza en señal de comprensión; después de todo, no estaba enamorado. Lynn seguía llamándome de vez en cuando, pero de forma irregular. Eso me parecía bien. La llevaba a casa de sus amigas a estudiar y vigilaba la puerta, donde Lynn tenía sexo ruidoso y apasionado con uno u otro chico, y a veces también con sus amigas. Iba a estudiar muy a menudo.

Pasamos la noche en la Casa Blanca otra vez. Lynn durmió en la habitación de Teddy Roosevelt, y después de que follamos hasta medianoche, se durmió y yo me quedé de guardia fuera de la puerta. Montar de guardia y tener que mantener la atención estando medio dormido era algo que se aprendía rápidamente en el Servicio Secreto. Noté movimiento; alguien salía de una de las habitaciones. Supe al instante que la figura encapuchada con el arma de alto calibre no pertenecía a ese lugar. Oí el silbido del silenciador; la bala me atravesó el muslo y me tiró al suelo. Le disparé al tipo mientras estaba tumbado, vacié el cargador y disparé las siete balas sin fallar. El golpe de mi pistola llamó a otros agentes; dos agentes yacían inconscientes al final del pasillo. Perdí el conocimiento.

La Sra. Hooker era la última persona que esperaba ver junto a mi cama al despertar. Sus ojos, fríos como el hielo, estaban casi derretidos. “Recibí tu 1147, Jones, y me iba a la cama después de borrarlo, y entonces esto”. Soltó una risita, probablemente la primera en su vida. “¿Sabes lo primero que pensé, Jones? ‘¡Al menos ese chico pudo correrse en el paraíso una vez más, Jones!’”. Se rió entre dientes y se tapó la boca con la mano. Dijo que había recopilado todas las grabaciones borradas y las veía por la noche mientras se masturbaba. No me engañó. “Para empezar, no creo que un bloque de hielo como tú siquiera sienta un orgasmo”, interrumpió, protestando airadamente, “y segundo, los viejos puritanos como tú coleccionan cualquier cosa

para tener algo contra mí o Lynn". Me miró fijamente. "Jones, cuando te recuperes, te voy a agarrar y entonces descubriremos lo del orgasmo". "¡Bah! ¡Nada de orgasmos! ¡Bueno, ya verás!" ¿Detecté una sonrisa tras su máscara?

Se puso seria de nuevo cuando le pregunté. Era una agente norcoreana, conocida por las autoridades por ser una ladrona perfecta. Nadie sabía si su misión era robar documentos o asesinar al presidente. El presidente quería encubrirlo todo, y ellos querían averiguar cómo había logrado entrar en su habitación. «¡Ni una palabra a los medios, Jones!». Asentí; eso estaba claro. ¿Y Lynn...? Me miró con frialdad. «Su seguridad está garantizada, cálmate, Jones. Cuando te recuperes, Jones, veremos qué pasa». Salió justo cuando una enfermera entró en la habitación.

Al final de mis vacaciones de recuperación, la Sra. Hooker apareció en mi puerta una noche. Tenía buena memoria y me recordó cuánto la había lastimado en el hospital. Cerró la puerta con llave y se metió en la ducha. Volvería enseguida, dijo, sin decir nada más. Durante los siguientes dos días y tres noches, me demostró que era tan experta en follar con Lynn y en darle orgasmos como la propia Lynn, pero por lo demás, se mantuvo distante. Se aseguraba de tener orgasmos tan a menudo como fuera posible durante el sexo, pero nunca se masturbaba en mi presencia. Durante los descansos, se sentaba desnuda frente a su computadora portátil o hablaba por teléfono. Intenté averiguar más sobre su vida privada, pero evadió el tema. Había sido una mujer muy atractiva en su juventud y había tenido algunos amantes de esa época. No dio detalles, ni una sola palabra. Nunca se había casado, pero tenía una hija que vivía en el Sur. No quiso revelar nada más personal. Claramente disfrutó de este largo fin de semana conmigo. Una vez dijo que para ella también era algo especial acostarse con alguien treinta años menor. No era la primera mujer mayor con la que me acostaba, pero sí una de las más extraordinarias. Era vieja, ¡por Dios!, y estaba llena de arrugas, pero tenía que admitir que follaba de maravilla. Cuando se fue, me dijo que me olvidara de retomar nuestra relación profesional ese fin de semana.

Tras seis meses, me recuperé por completo y me reincorporé al servicio. Me habían ascendido, recibí una generosa bonificación y un

sueldo más alto. Para los demás agentes, yo era un héroe del que no se debía hablar, y el Presidente me entregó una medalla en el Despacho Oval. Era jefe de escuadrón, tenía seis agentes a mi cargo y nunca más me asignaron a la protección de Lynn, aunque seguimos viéndonos en privado durante años.

De Vacaciones

von Jack Faber © 2023

Estuve tres meses viviendo con Kati, mi hermana pequeña, y su hija Alina (a quien llamábamos Lina). Estaba a 700 km de casa, pero la pandemia me obligó a trabajar desde casa. Así que no importaba dónde estuviera físicamente. Había gestionado bien mi carga de trabajo como editora y correctora de pruebas para Michaelis Publishing incluso durante la pandemia; teníamos videoconferencias dos veces por semana, o más a menudo si era necesario, y eso era perfectamente suficiente. Incluso encontré tiempo para seguir trabajando en mi primera novela.

Kati estaba encantada y agradecida de que tuviera tiempo para ella. Podía cuidar de Lina, de 16 años, por las tardes, y ella podía trabajar a tiempo completo en el hospital y concentrarse en su formación de enfermería. No le había prometido nada, pero me pareció lo correcto ayudarla hasta que terminara su formación. Había vaciado mi apartamento y lo había alquilado; una amiga se hizo cargo. Mantener las amistades por correo electrónico no era tan fácil como salir a tomar una cerveza con alguien; ese era el único inconveniente.

Durante mis visitas anteriores, Lina había sido una niña desafiante y agresiva. Kati había encontrado una nueva terapia para ella: gotas de cannabis con CBD. Lina era como otra niña, una joven de 16 años refinada y tranquila, con cierto retraso en el desarrollo en algunas áreas. Tenía trastorno límite de la personalidad, pero estaba en plena pubertad, con la capacidad mental de una niña de 12 años. Sorprendentemente, no tenía problemas en la escuela; estudiaba diligentemente todas las tardes sin necesidad de que la animaran. Enseguida comprendió que yo necesitaba concentrarme en mi trabajo por las tardes, y acordamos que le dedicaría media hora cada tarde. Esto me permitió concentrarme plenamente en mi trabajo.

Lina recibió cinco gotas en un terrón de azúcar al mediodía y de nuevo al final de la tarde. Después del terrón, extendió la mano y se puso dos gotas más en el dedo. Se bajó las bragas y se frotó las gotas

en el clítoris y la abertura vaginal. La primera vez, le pregunté, y dijo que le había dado una sensación maravillosa por dentro. Enseguida me di cuenta de que no conocía la terminología y le dije que "Mumi" significa coño o vulva. Ella asintió; quería aprender todo eso, dijo. Kati, curiosamente, había conservado los términos infantiles.

Entendí lo que quería decir la primera tarde. Se sentó en el segundo escritorio, se bajó las bragas y levantó las piernas, apoyando los talones en el asiento junto a sus nalgas. Vio un cortometraje en su tableta y, distraídamente, se tocó el clítoris. A su manera particular, se lo acarició con la punta del dedo durante lo que pareció una eternidad. No se masturbaba como las demás chicas, frotándose el clítoris con firmeza de arriba abajo, sino que movía la punta del dedo rápidamente, como si acariciara la barbilla del clítoris. Después de solo dos minutos, sus muslos comenzaron a temblar ligeramente, y tras otros diez minutos de temblores, terminó, sin ningún orgasmo perceptible. Luego apagó la película y comenzó a estudiar. Al final de la tarde, recibió otra dosis de lubricante y se frotó el clítoris y la abertura vaginal de nuevo, vio otro cortometraje y se masturbó como antes.

Por supuesto, le pregunté esa misma tarde. No tuvo ninguna duda y me dio la información. Veía películas porno cortas y hacía el "pequeño cosquilleo", pero solo hacía el "gran cosquilleo" justo antes de dormirse. Le dije que el "pequeño cosquilleo" en realidad se llamaba masturbación y le pregunté cuál era la diferencia. Lina lo pensó durante un buen rato. Cuando hacía el "pequeño cosquilleo", no lo hacía con tanta fuerza y no tenía un orgasmo intenso. Antes de dormirse, se masturbaba como había visto hacerlo a su madre, terminando con un orgasmo intenso. "El orgasmo se llama orgasmo", dije. "Ah, ¿y cómo lo viste?", pregunté sorprendida, y ella dijo que la puerta del dormitorio estaba rota y se podía ver dentro, y que su madre siempre dejaba la lucecita encendida por la noche, incluso cuando estaba dormida. Dijo con toda franqueza que había aprendido a masturbarse hacía muchos años mirando, con un gran orgasmo al final, igual que su madre. Y su madre lo hace todas las noches hasta que se duerme, a menos que un hombre duerma con ella. Así fue como supe que Kati traía a casa a un ligue de una noche cada pocas semanas. "Y luego hacen lo de empujar y pegar", dijo Lina, con las mejillas sonro-

jadas. “Follan”, dije, “así es como llamas follar”. Lina asintió, “Normalmente solo follan una vez, no dos como Tobi”.

Mi curiosidad se despertó. ¿Quién es Tobi? El chico de al lado que solo viene en Semana Santa. “Es un año menor que yo”, dijo Lina, “y tiene que ir a una escuela especial porque es muy tonto”. Lina me contó que Tobi solo le permitía masturbarle el pene y dejar que eyaculara; ella aprendió de él cómo hacerlo. Al principio se sorprendió cuando el semen salió disparado, pero él dijo que era normal. Así que ella le dejaba eyacular tantas veces como quisiera.

Pero desde las últimas vacaciones de Pascua, había estado teniendo relaciones sexuales con ella, generalmente dos veces, a veces incluso tres seguidas por la tarde. Pero solo me dolió la primera vez, no después. Debí de parecer tonta, porque Lina me preguntó si no lo sabía. Negué con la cabeza; no, eso era nuevo para mí. ¿Y qué dice mamá al respecto? Lina bajó la cabeza. “No se lo he dicho porque Tobi dijo que mamá definitivamente lo prohibiría”. Asentí pensativa. “Puede que tenga razón, tu estúpido Tobi”.

Aún quedaba tiempo antes del siguiente terrón de azúcar. Le pregunté a Lina si también nos observaba, a Kati y a mí. Quizás no lo pregunté con suficiente tacto, porque Lina palideció. Finalmente, susurró: “Sí, claro, todas las noches. Cuando han estado follando”. Siguió un largo silencio. “La tía Doris dijo el otro día que no se puede hacer eso, es una infección”. Me corregí automáticamente: “Incesto, se llama incesto”, y me pregunté cómo podría explicárselo a Lina. Doris era, estrictamente hablando, mi tía rica y tía abuela de Lina. Kati y yo no teníamos una buena relación con ella, aunque el apartamento de Kati le pertenecía. Llevaba dieciséis años entrometiéndose en la crianza de Lina; sus puntos de vista e ideas provenían de una época pasada. ¿Qué le importaba a ella que Kati y yo estuviéramos follando?

— Escúchame bien, Lina. Kati y yo dormíamos en la misma cama cuando éramos niñas, y en algún momento empezamos a tener relaciones sexuales durante muchos años. Luego naciste tú, tu padre no te quería, y tampoco quería casarse con Kati, así que Kati se mudó aquí. Como has visto, mamá solo se acuesta con hombres de vez en

cuando, y cuando la visito, tenemos relaciones sexuales como antes, si ella quiere. Sé a qué se refiere la tía Doris; en realidad no está permitido. Pero cruzar la calle con el semáforo en rojo tampoco está permitido, aunque todo el mundo lo hace cuando no viene ningún coche. Es similar con el incesto; cuando nadie mira, mucha gente lo hace. Pregúntales a tus amigos cuántos de ellos tienen incesto. Creo que está bien porque es bueno para Kati y para mí. A ti también te gusta que Tobi tenga relaciones sexuales contigo, porque lo disfrutas, aunque mamá probablemente lo prohibiría. — Lina asintió. "Creo que ahora lo entiendo. Quizás la tía Doris tenga razón, pero no conoce la situación tan bien como tú y simplemente la ignora." Asentí; era un buen resumen.

Lina tenía algo más que decir. Dudó un momento hasta que finalmente lo soltó: "¿Conoces a mi padre?" Me tomé mi tiempo. "Sí, lo he visto dos o tres veces, solo un saludo rápido, nada más. Solo sé cómo trató a Kati, no muy bien. Al final no quería divorciarse y quería casarse con Kati, lo cual fue bastante cobarde y cruel. Kati le creyó cuando dijo que quería divorciarse y casarse con ella, ¡pero era mentira!" Lina se mordió el labio inferior, así que hablé primero. "Hablaré con mamá sobre tu padre para que ella te lo cuente. Deberías oírlo directamente de ella." Lina asintió agradecida, y entonces llegó el momento de las gotas. Lina se frotó el aceite de cannabis en el clítoris y se sentó con su tableta para ver porno y jugar con su clítoris. ¡La hizo tan feliz!

Kati y yo solíamos dormir en la misma habitación infantil, y cada una tenía su propia cama. Después de que nuestra madre murió, Kati, de 11 años, iba con su padre todas las noches y lo masturbaba. Él nunca la agredió, y ella lo masturbaba con pasión y de buena gana. Lo desprecié por un instante; yo tenía 15 años y tenía que masturbarme, no tenía una hija que me hiciera eyacular. Pero fue solo un momento de estupidez, porque, por supuesto, Kati me masturbaba tan a menudo como yo lo necesitaba, ya que en aquel entonces le encantaba frotar penes y verlos eyacular. Aprendí de ella cómo masturbar correctamente a una chica. Más tarde, cuando Kati tenía 13 años, estaba desesperada por perder la virginidad y follar como todas sus amigas. No duré mucho; la desvirgué, y follamos como locos todas las noches hasta que se enamoró de su jefe, el médico jefe Erich, y

enseguida se quedó embarazada. La consolé cuando él la dejó y le aconsejé que se mudara al apartamento de su tía y estudiara allí para ser enfermera. Sigo pensando que no fue un mal consejo.

Esa noche, en la cama, le conté a Kati sobre mi conversación con Lina. Al principio, le preocupaba que me molestara que Lina se masturbara todas las tardes; ella lo sabía todo. Pero la tranquilicé, diciéndole que la masturbación de Lina me parecía perfectamente bien. Kati se horrorizó al saber que Lina se había acostado con Tobi. Le señalé que Lina tenía al menos 16 años, quizás incluso 17, y que no me sorprendía en absoluto; era completamente normal a su edad. Kati se fue calmando poco a poco. Por suerte, Lina aún no había tenido la regla, así que no había riesgo de que se quedara embarazada. Intenté explicarle a Kati con delicadeza que Lina había estado espiando por la puerta rota, pero ella solo se rió. Claro que lo sabía; quería que el niño viera sexo normal y natural. Se sentía un poco avergonzada de mí por sus aventuras de una noche, pero le aseguré que para mí estaba perfectamente bien y que no era ningún problema. Kati suspiró aliviada, pero aún no habíamos terminado.

El padre de Lina. Kati tragó saliva, no podía, todavía no. No lo entendía. Finalmente, Kati sacó a relucir su problema, muy torpemente. ¿Recordaba a Erich? Vagamente, dije, muy vagamente, solo lo había visto por segundos. Tiene labio de Habsburgo, dijo Kati, un labio de Habsburgo realmente notorio. Sobresale tanto, es hereditario. Gradualmente, me di cuenta de a qué se refería. “¡Lina no tiene labio de Habsburgo, definitivamente no!” dije. Kati contuvo la respiración, ¿cuándo lo entendí por fin? Negué con la cabeza, Lina no tiene labio de Habsburgo, ¿y qué? ¿No era Erich su padre? Kati estaba desesperada, todavía no caía en la cuenta. “En aquel entonces, solo me acosté con dos hombres, no era una chica indecente que se acostaba con todos”, dijo Kati. Maldita sea, ¿a qué se refería? Vale, dije, solo te has acostado con dos hombres, Erich, ¿y quién más? Estaba molesto. Nunca mencionó a un segundo tipo, refunfuñé enfadado. Kati se dio por vencido. “¡Erich, y tú!” La idea me golpeó como un montón de ladrillos. Abrí los ojos de par en par. “¿¡No puedes estar hablando en serio!?” Kati dijo que no lo sabía; llevaba 17 años dándole vueltas al asunto. ¿No era válido el argumento del labio de los Habsburgo? No lo sabía, no quería saberlo, quería escapar a dormir. Pero no podía

dormir. Salté, corrí desnudo al estudio y casi tiro a la pobre Lina, que estaba espiando fuera de la puerta. Recorrí todo internet, de arriba abajo. Seguía sentado frente a la pantalla cuando Kati se levantó y preparó café. Dije triunfalmente que el maldito labio de los Habsburgo no siempre era hereditario. Había anotado a todos los que no tenían labio de los Habsburgo; Era una lista considerable. Kati salió corriendo al trabajo y dijo: "¡Hablemos de ello esta noche!".

Dormí hasta el mediodía, y Lina me despertó en la cama. Me destapó y me preguntó si podía mirar mi pene. Murmuré algo adormilado, y ella lo tomó en su mano. Poco a poco me desperté y le di las gotas. Ella ya estaba en su escritorio, viendo porno y acariciándose el clítoris con las yemas de los dedos. Empecé a trabajar, pero no avancé nada. Como de costumbre, Lina había terminado de jugar con su clítoris y había hecho sus deberes. Después levantó la vista y se acercó a mí. Apagué la pantalla y comenzó nuestra sesión de media hora.

Como tantas veces antes, se sentó en mi regazo y hablamos de cosas de la escuela que le preocupaban. Me recordó la conversación de hacía unos días sobre el incesto. De hecho, había preguntado a muchas de sus amigas, y aunque no eran muchas, algunas habían tenido experiencias incestuosas. Excepto una, todas habían sido con su hermano o hermanos; solo una había tenido incesto con su padre. Lina estaba asombrada y ya lo había calculado: el 32% había tenido incesto, el 68% no; seguían siendo vírgenes. "O te mintieron", intervine. A Lina le costaba entender el concepto de mentira. "¡No se mienten a propósito!", exclamó con desesperación. Le dije que la persona promedio miente 120 veces al día. Claro, sobre todo pequeñas mentiras ocultas. Te preguntan "¿Cómo estás?" y respondes "¡Bien, gracias!", aunque, para ser honesto, deberías decir "¡Fatal! ¡Y no me preguntes más!". Pero ¿quién dice eso? Lina lo pensó un buen rato y dijo que tal vez fuera cierto. Sin embargo, no había entendido sobre qué mentían los demás ni por qué. Cambió de tema de forma abrupta e inesperada.

"Vi tu polla a la hora del almuerzo, es realmente grande, más grande que la de Tobi, ¡y se ve genial!" Gruñí, "¡En realidad, la estuviste acariciando durante 10 minutos!" y ambos estallamos en carcajadas. Ella realmente me había frotado hasta que me corrí; solo había

salido de la habitación un segundo demasiado pronto, y entonces eyaculé. Todavía riendo, preguntó si podía masturbarlo, hacer que se corriera, ¿como Tobi? Me desperté al instante. Me di cuenta de que hablaba totalmente en serio. Tenía que poner una barrera sin herir sus sentimientos. “¡Pero solo si estás completamente desnudo!” No pudo superar eso; la barrera era demasiado alta.

Apenas había terminado de hablar cuando ella reaccionó, se quitó el vestido y la camiseta por encima de la cabeza; nunca usaba bragas por la tarde. Con un tirón, me bajó los pantalones y se sentó completamente desnuda sobre mis muslos otra vez. Me quedé atónito. Extendió la mano hacia mi pene como si fuera lo más natural del mundo. Ya estaba duro. Tuve que subir el listón aún más. “Tienes que atrapar tu pene entre tus labios cuando te masturbas”, dije, esperando que se rindiera. ¡Para nada! Lo hizo, preguntó si estaba bien y apretó mi pene entre sus labios. “Y presiona tu clítoris firmemente contra tu pene para que puedas sentirlo”, dije débilmente, porque ya había perdido. “Tienes que presionar tu clítoris contra tu pene como durante el sexo”, expliqué, “y cuando me corra y grite ‘¡Ahora!’, tienes que tomar la cabeza entre tus labios y en tu boca para que no eyacule!” “Lo dije con crueldad”, dijo Lina. Sus ojos se abrieron de miedo. — Pero entonces me salpicará en la boca — se quejó, y esperé que se rindiera. ¡Para nada! Pensó un momento: — ¿Y puedes tragártelo? Estaba derrotado. — Sí, claro, cariño, viene de tu cuerpo, ¡no es venenoso! Tenía un último as bajo la manga. — Y una vez que te lo hayas tragado todo, lame la punta con mucha suavidad y cuidado, ¡así se hace! Lina me sujetó el pene inmóvil y repitió todo en un susurro. Luego asintió: ¡De acuerdo!

Ella me masturbó el pene durante 10 minutos, presionando su clítoris contra él, y yo le recordé que usara su clítoris. Sus muslos ya temblaban después de unos minutos. Me corrí, dije “¡Ahora!” y ella tomó la mitad de mi pene en su boca. Parpadeó asustada cuando el chorro entró en su boca, pero cerró los ojos con fuerza mientras, después de mucha vacilación, tragó el semen a sorbos cautelosos. Sus muslos temblaban como hojas de álamo mientras lamía la punta limpia con su lengua y labios. Levantó la mirada, sus muslos aún temblaban violentamente. Tomé una respiración profunda; sus muslos aún temblaban. ¿No quería masturbarse como es debido ahora, como

es debido con un orgasmo, con una explosión? No necesitaba ninguna incitación especial; todavía estaba cachonda por lamer mi pene. Se masturbó igual que Kati, frotando vigorosamente su clítoris firmemente de arriba abajo con un dedo, y se acurrucó de forma convulsa cuando el orgasmo la abrumó.

Después del terrón de azúcar, se frotó las gotas en el clítoris y la abertura vaginal como de costumbre, se sentó a ver porno y, como siempre, con la última falange del dedo se frotó rápidamente el clítoris de arriba abajo. Me giré hacia la pantalla e intenté trabajar, pero mis pensamientos iban a mil por hora, girando constantemente en torno a este nuevo acontecimiento. ¿Qué le había enseñado a la niña? No, ya no era una niña, tenía 17 años, ya tenía caderas redondeadas y femeninas y pechos pequeños y firmes. ¡No, definitivamente ya no era una niña!

Esa noche, Kati me hizo el amor con una pasión y una ternura que no había sentido en mucho tiempo. Nos sentamos en la cama y fumamos un porro, como de costumbre. Rápidamente di por terminada la discusión sobre el labio de los Habsburgo; no llevaba a ninguna parte. Si era importante para ella, podía hacerse una prueba de paternidad, ¡me daba igual! Sobre todo, no quería oír hablar más de Erich.

Kati permaneció en silencio; dejamos que nuestras mentes vagaran por laderas nevadas y estanques de aguas tranquilas como espejos. Le conté lo que había sucedido ese día. Kati no se molestó en absoluto. Para ella estaba perfectamente bien, lo cual me sorprendió un poco a pesar de la confusión en mi cabeza. Susurró que la pequeña dormiría conmigo tarde o temprano, y que eso le parecía bien. “¡Por favor, no la dejes embarazada!”, repitió, y le aseguré que Lina aún no había tenido su menstruación. Nos tomamos de las manos en silencio. Me apretó la mano. “¡El estúpido de Tobi ya la desvirgó y se acostó con ella, qué pena!”, susurró, “¡pero tú puedes hacerlo mejor, puedes mostrarle lo maravilloso que es el sexo!”.

Fumamos otro porro, solo por esta vez. Kati me preguntó si aún dejaría que la pequeña me masturbara. No tuve que pensarlo mucho. “Sí, por supuesto, si no te importa”, murmuré, “¡qué pregunta más estúpida!”. Kati me escuchó describir la masturbación y el sexo oral

de nuevo. Lo conté todo con la lengua pesada, y me di cuenta de cuánto me fijaba ahora en los detalles. Kati inhaló el humo profundamente, su dedo había estado jugando con mi clítoris todo el tiempo. Dijo, también con la lengua pesada, que la pequeña le había facilitado mucho eyacular en la boca y tragar semen; le había llevado días de práctica antes de poder complacer a Erich, ¡lo deseaba tanto, complacerlo en todos los sentidos!

Me quedé boquiabierto al ver su clítoris, que se enroscaba medio metro alrededor de su mano verde, temblando y vibrando en el aire. No me extrañó en absoluto que su clítoris llegara ahora hasta sus labios y que lo estuviera lamiendo como un helado. No, no me equivocaba; Kati jadeaba y gemía como si estuviera en un orgasmo, sus piernas se movían como solo lo hacen durante el orgasmo, y ahora estaba retrayendo su clítoris encogido entre sus labios, presionando y apretando su mano contra él, igual que en un orgasmo. Di otra calada profunda; era maravilloso cómo Kati se acurrucaba en mi axila, algo que siempre hacía después de masturbarse. El porro se acabó y tiré la colilla al segundo cenicero donde las recogemos para reutilizarlas. Estaba seguro de que solo estaba soñando cuando Kati se masturbó muy suavemente una vez más.

Al día siguiente, Kati tenía el día libre (¿o se lo había tomado?). Compró filetes y patatas fritas y preparó un almuerzo estupendo, mucho mejor que la típica pizza, falafel y kebab que solía pedir a domicilio. Aunque no suelo disfrutar caminando, las tres fuimos al parque hasta después del mediodía, cuando llegó la hora de las gotas de Lina. Le di el terrón de azúcar y las gotas en el dedo, que ella, como siempre, se aplicó en el clítoris. Kati nos acompañó al estudio y me bajó los pantalones, luego desnudó a Lina. Sonrió amablemente y le susurró a Lina que debería quedarse con ella y hacerlo como ayer. Lina se sentó sobre mis muslos desnudos, con expresión insegura. Kati le acarició suavemente el pelo y le susurró que ya no era una niña; que podía hacerlo como una mujer de verdad. Lina sonrió, luego apretó mi pene entre sus labios y lo estimuló vigorosamente con su clítoris mientras se masturbaba. Sus muslos temblaban de excitación mientras trabajaba su clítoris intensamente. Susurré: “¡Ahora!” y ella tomó mi pene en su boca y me dejó eyacular dentro. Más valiente que ayer, se tragó el semen y lamió la punta con sus labios. Estaba temb-

lando de excitación, así que le hice un gesto amistoso con la cabeza, y se masturbó rápida e intensamente. Jadeó y resopló con esfuerzo y se convulsionó cuando su orgasmo explotó. Kati le acarició suavemente el cabello y la elogió, diciéndole que lo había hecho maravillosamente. Kati se fue, y Lina se sentó con su porno y comenzó su suave estimulación clitoriana. Yo estaba relajado y comencé a trabajar, logrando mucho más que ayer.

Lina era como otra persona. La aprobación de Kati era importante para ella; ahora me masturbaba todos los días durante nuestra media hora, y lo hacía a la perfección. Los días pasaban volando, luego las semanas, y después los meses. Dos veces por la tarde, Lina me estimulaba el clítoris como antes, después de dejarme eyacular en su boca, masturbándose hasta alcanzar un orgasmo intenso cada vez. Empezó el nuevo curso escolar; tenía mucho más que estudiar y redujo la estimulación del clítoris, pero por supuesto no la masturbación.

Después de aquella vez, Kati no volvió a involucrarse. A veces me preguntaba si tenía relaciones sexuales con Lina, pero yo solo negaba con la cabeza, tapándome la boca con la boca. Estaba perfectamente satisfecho con eso, y para mí, el sexo no era esencial. Y Lina lo disfrutaba mucho; le encantaba cómo se excitaba cada vez más. Kati asentía con satisfacción. Entendía perfectamente que yo no quería forzar las cosas.

Después de tener relaciones sexuales, normalmente quería irme directamente a dormir, así que me senté junto a Kati en la cama. Sacó un sobre grande y dijo: “¡Deberíamos abrirlo juntos!”. Era la prueba de paternidad. Le echó un vistazo y me entregó la hoja. Me abrazó y me besó en la boca. Me quedé completamente atónito.

Lina era mi hija.

Me desperté de golpe. Kati encendió dos porros; quería hablar. Di caladas profundas, literalmente sin palabras. Kati asintió con aire de suficiencia. “Ahora lo tenemos claro, ya no tengo que adivinar. La pequeña dormirá con su padre, ¡me parece genial, de verdad!”. Negué con la cabeza lentamente. Todavía no habíamos llegado a ese punto,

ni mucho menos, murmuré aturdido. Me daba vueltas la cabeza, y no solo por el porro.

Noté el brillo en los ojos de Kati. “¡Si supieras cuánto deseaba que mi padre me desflorara y me follara en aquel entonces! Pero él se oponía rotundamente, decía que estaría mal, que solo quería que lo hiciera con la mano. Eso también estaba mal, decía cada vez que me corría, pero solo un poquito mal. Era joven, inexperta y orgullosa de acariciarlo. No fue hasta que me quedé embarazada que simplemente lo agarré con fuerza, ¡estaba harta de acariciarlo con la mano!” Lentamente comprendí lo que decía. “¿No lo hiciste...?” murmuré, pero ella asintió con firmeza. “Cuando me quedé embarazada y Erich me abandonó fríamente, me aferré a lo que aún no había logrado. Me senté firmemente sobre su polla y lo cabalgué con avidez y brutalidad. Había aplastado sus inhibiciones, lo había follado. Lo follé todas las mañanas después de eso, incluso si ya no podía eyacular cada vez.” Escuché en silencio e inhalé profundamente el humo. “No lo sabía”, dije.

Kati asintió; no quería restregármelo en la cara, ya tenía bastantes problemas. Asentí con la cabeza; eso era todo. En aquel entonces, me había involucrado con una mujer ninfómana y cachonda de unos cincuenta y tantos años y ahora estaba pasando de mano en mano entre sus amigas, todas mayores de cincuenta, algunas incluso sexagenarias. Kati estuvo de acuerdo conmigo: “¡Fuiste el postre de esas viejas arpías, prácticamente te mataste de tanto follar!”. ¡Cuánta razón tenía! Durante años en mi juventud, me había acostado con mujeres mayores, esposas estrictamente católicas y mojigatas. Las chicas jóvenes no me interesaban; eran inexpertas, increíblemente aburridas y no tenían dinero. “Me alegro de que le hayas dado a nuestro viejo unos meses más de felicidad”, murmuré, apretando la mano de Kati. Volvió a sacar a colación el tema de acostarme con Lina; insistía en ello. Le haría bien a la pequeña, estaba firmemente convencida. “Ni siquiera estaba seguro de querer acostarme con mi hija”, murmuré desesperado. — ¡Tengo una hija, tengo una hija! — Tiré el último dinero que me quedaba — . Quizás cuando cumpla 18, quizás. Kati asintió, aunque no estaba convencida de esperar otro año. Me quedé dormida.

Lina estaba en su último año de bachillerato; era una de las mejores alumnas y a veces se quedaba a dormir en casa de una compañera por la tarde para estudiar. Cuando estaba sentada en mi regazo al final de la tarde, a veces decía que ella y la compañera también se habían acostado con su hermano, pero no ocurría muy a menudo. Lina era incapaz de mentir; no le parecía lógico. Le aseguré que saber mentir no era realmente importante en la vida, y que si quería acostarse con un hermano, que lo hiciera, que para mí estaba bien. Había continuado la encuesta entre sus compañeras; todas menos tres chicas eran vírgenes en la clase, y el 46% había tenido relaciones incestuosas con hermanos o padres. “Tenías toda la razón”, dijo.

Lina nos había pedido un consolador para su cumpleaños. Todos nos emocionamos cuando abrió su regalo. Incluso me dejaron sostenerlo. Era del tamaño de mi pene, pero de goma suave y semitransparente. No tenía motor ni pilas; ¡no es un vibrador, tontería! Con fingida irritación, Lina le explicó a su padre, que no tenía ni idea, que era un consolador, algo que se insertaba y se usaba para masturbarse. Y que su suavidad era intencional. Ni siquiera le pregunté cómo lo sabía Lina, y tampoco tenía sentido preguntarle a Kati; ella lo giraba una y otra vez en su mano, con los ojos brillantes, y yo habría dado una moneda de oro por saber lo que pensaba. Nunca volví a ver el consolador, y mucho menos en uso; Kati y Lina lo mantuvieron en absoluto secreto.

Una tarde, después de que se fue a estudiar con una compañera, no regresó a casa hasta muy tarde. Kati estaba a punto de llamarla cuando miró a su pequeña y desapareció con ella al baño. Lavó a su hija con cuidado y la examinó con pericia. Las dos desaparecieron desnudas en nuestro dormitorio. Quería terminar mi trabajo del día cuando recordé que Lina aún no se había puesto las gotas. Traje el terrón de azúcar y el gotero, le eché las gotas en los dedos y ella se las frotó en el clítoris, emitiendo sonidos suaves y placenteros. Kati sugirió que me acostara con ellas para que Lina no tuviera que contar la historia dos veces. La yema del dedo de Lina se contrajo sobre su clítoris y sus muslos temblaron mientras hablaba.

Apenas habían estado estudiando matemáticas durante 10 minutos cuando entraron sus dos hermanos, de 16 y 15 años. Su novia

había perdido la virginidad con el menor hacía solo unos meses; dormían en la habitación de los niños y follaban sin control todas las noches. Ella había dejado de lado todas sus inhibiciones y follaba con auténtico entusiasmo. Los hermanos querían follar con ambas, y Lina no puso objeciones. Follaron con los cuatro a la vez, turnándose, y la novia pronto se cansó. Entonces los hermanos se turnaron para follar con Lina sin parar hasta la noche. Lina se cansó y volvió a casa. No, no fue violación.

Lina terminó y miró mi pene, que se había puesto rígido durante su minucioso informe. Miró a Kati (no a mí) y preguntó si podía. Kati asintió. "¿Quieres que se corra en tu boca o quieres follarme?", preguntó con picardía. Lina respondió rápidamente que en realidad quería follarme, pero me rebelé. ¡No iba a dejar que me vendieran! "¡Voy a correrme en tu boca!", dije enfáticamente, sin admitir discusión. Kati hizo un puchero, pero Lina obedientemente se sentó frente a mi pene, me masturbó y se tragó el semen.

Kati no cedía. Le preguntó a Lina por qué, cómo y de qué manera iba a tener relaciones sexuales conmigo. Las dos diablillas siguieron discutiendo un buen rato; para entonces yo ya me había quedado dormido. Kati volvió a llevar a Lina a nuestra habitación la noche siguiente; la niña debía ver sexo adulto normal, tranquilo y amistoso. Tuve relaciones sexuales con Kati sin mucho entusiasmo y, después de que Lina se durmiera, le dije que no me había gustado. Si nos observaba a escondidas, de acuerdo. Pero tener sexo como un actor porno amateur delante de mi curiosa hija, eso era simplemente inaceptable. Me giré hacia la pared; no esperé respuesta. Punto.

Nada cambió con Lina. Me masturbaba todas las tardes y se tragaba mi semen. Pero Kati había sembrado la duda en su mente; ahora, después de eyacular, hablaba a diario de cómo se imaginaba follándome. La escuché durante una semana. Luego le dije que podía montarme, pero que después tendría que lamerme el pene y el glande hasta dejarlos limpios. Ella asintió, encantada, y le expliqué cómo montarla.

Cerró los ojos, tomó mi pene en su mano e intentó introducirlo en su coño. "No entra", dijo lastimeramente, "¡es demasiado grueso! So-

lo he tenido penes de niños pequeños, todos entran tan fácilmente. Nunca he tenido un pene de hombre de verdad", concluyó lastimeramente, la pobre no tendría uno ahora tampoco. La agarré de las caderas. "Tienes que sentarte sobre él con tu peso, ¡entrará fácilmente!" la animé. Cerró los ojos, sus párpados aleteaban excitados mientras se sentaba sobre mi pene con su peso. Suspiró profundamente. "¡Puedo sentirlo, entra hasta el fondo!" dijo, riendo, "¡se siente tan extraño, me llena por completo!" Lentamente comenzó a cabalgarme, lo hizo bien desde el principio. Sus muslos temblaron ligeramente y me corrí dentro de ella. Se quedó sentada allí sonriendo hasta que mi pene se encogió. Después, hablamos largo rato sobre cómo, por supuesto, ella podía tener un orgasmo mientras me montaba. Sin embargo, pasaron algunos días más antes de que se desplomara sobre mi pecho, temblando de placer, y continuara hasta que eyaculé dentro de ella. Era excelente montando y lo disfrutó desde el principio.

Desde entonces, me monta todas las tardes con gran pasión y luego me lame con ternura y delicadeza. Sabe cuánto lo disfruto. Kati, por supuesto, se enteró enseguida por Lina; estaba encantada conmigo y ronroneaba como una gata bien alimentada.

Las cosas han cambiado un poco, y sospecho que Kati empezó. Lina me baja los pantalones y se sienta justo enfrente de mí en su silla giratoria, con las piernas levantadas y bien abiertas. Ya no está viendo porno mientras juega con mi clítoris; ahora mira mi pene, que se está poniendo erecto poco a poco porque la observo jugar de forma sensual y sus muslos temblorosos. Espera con una sonrisa lasciva hasta que está completamente duro, y entonces se acerca para follarme.

Lina lleva semanas follándome todas las tardes, con las rodillas y los muslos temblando como hojas de álamo, y se estremece violentamente cuando llega al orgasmo. Cuando se corre, me folla muy despacio y luego apoya la cara en mi cuello. "¡Siento cuando te corres dentro de mí!", susurra a veces, muy emocionada. Casi nunca necesita masturbarse después si no se ha corrido durante el sexo. Nunca se olvida de lamerme el glande durante minutos después, lo cual me encanta.

No sé si fue idea de Kati, pero ahora Lina se queda debajo de la puerta por la noche, todo su cuerpo temblando ligeramente de lujuria después de usar su consolador. Le pregunta a Kati (no a mí) si puede acostarse conmigo, y Kati sonríe y la invita a acercarse. Lina me descubre y me lame el pene hasta que se pone duro, si es necesario. Me quedo tumbado boca arriba, y Lina se monta sobre mí. Se desploma sobre mí bastante rápido, y el orgasmo la hace temblar durante unos instantes. Luego se incorpora de nuevo y se monta sobre mí hasta que me corro. Siempre se queda sobre mi pene hasta que se ablanda, luego lo lame y lo chupa porque me gusta mucho. Ahora viene todas las noches a follarme. Aunque es mayor de 19 años, le pide permiso a Kati cada vez.

Por supuesto que algún día tendremos sexo en la posición del misionero, eso es prácticamente seguro. Kati se arrodillará junto a nosotros en la cama y alabará al cielo justo y a la gran diosa.

El Destino de un Viudo

von Jack Faber © 2023

Me quedé viudo a los 60. Mi esposa, unos años menor que yo, murió en el hospital a los 20 días de padecer cáncer de mama. Quedé destrozado; nuestro hijo acababa de cumplir 15 años y Kati era quizás dos años menor. Eran muy independientes y, como padre, no me suponía ningún reto: todo funcionaba a la perfección. Recuerdo las últimas palabras de mi esposa: «¡Bruno, cuida de los niños!», y le juré por mi vida que lo haría. Desde nuestra noche de bodas hasta el día en que ingresó en el hospital, tuvimos relaciones sexuales todas las noches, como debe ser. Ambos éramos vírgenes y no conocíamos otra forma. Nunca le fui infiel, y sospecho que ella tampoco. Dejé de masturbarme cuando nos casamos; ella se masturbaba todas las noches de su vida, alcanzando orgasmo tras orgasmo. Vivimos una vida buena y tranquila.

Hicimos un trato especial antes de la boda porque era importante para ella. Le encantaba hacer felaciones y masturbaciones; lo hacía mucho antes de que estuviéramos juntos. Acepté de inmediato que les haría felaciones o masturbaciones a sus admiradores en nuestra habitación, y por supuesto, se le permitía desnudarse por completo; eso solo los excitaba. Me prometió solemnemente que no se acostaría con ninguno de ellos. Me alegró darle ese espacio, retirarme a mi estudio y no molestarlos. Se suponía que yo debía estar allí las primeras veces, dijo, para saber qué estaba haciendo. Me senté en un taburete mientras los dos se abrazaban desnudos en la cama. Ella jugó con su pene durante un buen rato antes de hacerle una felación. Terminó haciéndole una felación a otro hombre y escupió su semen. Se suponía que solo debía mirar una vez más, porque estaba bastante seguro de que ella cumpliría nuestro acuerdo. Ella había estado frotando su pene durante un buen rato y luego se acercó a mí. Ella susurró que él no podía eyacular así, que tenía que meterla dentro para correrse. Yo estaba muy inseguro, pero no quería parecer inseguro, así que asentí con la cabeza, de acuerdo. Ella lo puso duro de nuevo con su boca, luego se tumbó boca arriba, abrió las piernas y separó sus labios. Ella asintió amablemente, él se montó sobre ella y metió

su polla en su coño. Pero él seguía sin eyacular, así que ella lo animó a follar un poco para correrse. El pobre idiota tuvo que follar durante casi tres minutos antes de correrse finalmente. Fue bastante incómodo para mí, ya que estaba sentado justo en el medio, mirando directamente al coño de Ellis y a la polla del pobre tipo, que tenía que follar para correrse. De alguna manera, tampoco me gustó particularmente el hecho de que tuviera que follar a mi esposa durante tanto tiempo, pero no lo demostré y asentí, diciendo que estaba bien. Para ser honesto, me molestó mucho ver a un desconocido teniendo sexo con mi joven esposa, pero tal vez estaba siendo un poco demasiado conservador. Ya no quería ver esas masturbaciones ni felaciones, así que de ahora en adelante dejé que Elli lo hiciera ella misma. Sabía cuánto disfrutaba Elli masturbándose y agradecí mucho que no lo hiciera durante las masturbaciones ni las felaciones, porque, como bien señaló, eso no era sexo. Ambos cumplimos fielmente con este acuerdo.

Soñaba constantemente con Elli, mi esposa. Yacía desnuda en nuestra cama, en la penumbra, masturbándose sin parar, orgasmo tras orgasmo. Siempre esperaba a tener sexo con ella hasta que estuviera a punto de llegar al orgasmo; le encantaba especialmente que la penetraran durante el orgasmo. Por supuesto, intentaba seguirle el ritmo y, durante sus siguientes orgasmos, la penetraba yo mismo con una erección parcial, incapaz de eyacular de nuevo. Pero nos amábamos profundamente y siempre quería intensificar su placer durante el orgasmo. Una vez me contó que le había enseñado a nuestro hijo de 10 años, Karl, a masturbarse. Ambos yacían desnudos en la cama, él se sentaba sobre ella y ella lo masturbaba, creo que durante meses. No tenía reparos en describírmelo con detalle. Él, por supuesto, siempre tenía permiso para introducir su pene dentro de ella; ella no lo ocultaba. Introducirlo y eyacular dentro de ella... sí, por supuesto, siempre tenía permiso para hacerlo; realmente no había nada de malo en ello. Pero cuando quise saber si ella también se había acostado con él, permaneció obstinadamente callada y me miró con sus ojos insondables. En ese momento, tuve la certeza absoluta de que se había acostado con ella; sentí celos, y aún los siento. Una vez, casi llegamos a discutir. “Debes pensar que soy bastante estúpida si crees que dejaría que un niño de 11 años me follara. ¡No, no y otra vez no! Le encanta meter su polla y correrse, ¡definitivamente no me folla!

Le acaricio las nalgas hasta que se corre. Cada vez le cuesta más correrse, así que lo presiono contra sus nalgas, empujándolo suavemente rítmicamente dentro de mi coño hasta que finalmente se corre. Él prefiere mucho esto a masturbarse, ¡y no veo por qué tú lo haces mal! Solo te follo a ti, exclusivamente. Nunca me he follado a nadie más, ¡y así va a seguir! Y deja de preguntar si le dejaré follarme. ¡No soporto oírlo más!" No me convenció del todo, pero nunca volvimos a hablar del tema. Cuando cumplió 11 años, ella me pidió que no los molestara a los dos en el dormitorio. Todas las tardes, los dos se escabullían en nuestro dormitorio, pero yo respetaba sus deseos. Pero una vez, cuando tenía 17 o 18 años, entré distraídamente en la habitación. ¡Él la estaba follando, por supuesto, con mucho placer en su maravillosa vagina! Me quedé paralizada en la puerta hasta que él eyaculó dentro de ella y ella terminó de masturbarse. Entonces me vio, corrió tras de mí, retorciéndose las manos y desnuda, hasta el estudio, y me aseguró con lágrimas de cocodrilo que solo había ocurrido esa vez, solo una vez, en el calor del momento. No le creí ni una palabra. Lo único que sé es que ella le permitió eyacular dentro de ella todos los días hasta su muerte, aunque él ya se había follado a muchas otras mujeres. Lo sé directamente de ella. Todavía me indigna hoy, ¡porque él siempre se la follaba!

Mientras agonizaba en el hospital, permanecí a su lado constantemente, y ella me lo contó todo en voz baja. Había mencionado varias veces que, en secreto, les hacía felaciones a los admiradores más persistentes cuando desaparecía sigilosamente con ellos en nuestro dormitorio, pero yo no sabía que fueran tantos. Siempre me quedaba en el estudio, como ella exigía, y nunca la molestaba cuando desaparecía en nuestro dormitorio con un admirador. Por supuesto, les permitía manosearla, y a veces se acostaba desnuda junto a alguno de ellos y les dejaba masturbarla con gusto, algo que no muchos eran capaces de hacer. Les hacía felaciones y les permitía penetrarla hasta que eyaculaban. La mayoría tenía que tener sexo mientras eyaculaban porque, de lo contrario, no podían, pero solo durante unos minutos como máximo. Nunca les permitió tener sexo con ella, y esa era la verdad. Dios mío, se estaba muriendo, y ya no importaba estar enfadado.

Ahora estaba claro que se había acostado con todos ellos, y ella simplemente se estremeció culpable cuando lo murmuré entre dientes. Las lágrimas corrían por sus mejillas. “¡Te engañé por completo, dejé que todos se acostaran conmigo!” Le sequé las lágrimas. Le aseguré que siempre estaba bien para mí si le hacía una paja a alguien; no me había molestado entonces, y no me molestaba ahora. No me importaba cómo lo hiciera ni si se corría dentro de ellos al final. Ella suspiró aliviada porque siempre le había molestado haber hecho tantas pajas sin mi conocimiento y haber dejado que tuvieran sexo mientras ella se corría dentro de ella. Dejé de lado las pajas; después de todo, las pajas no eran sexo.

Elli cerró los ojos con cansancio. En sus veinticinco años de matrimonio, le había sido infiel a Bruno con seguramente más de mil hombres. Algunos eran buenos en la cama, muchos malos, y unos pocos perfectos. Siempre le había mentido a Bruno, el ingenuo, diciéndole que iba al dormitorio con su admirador para hacerle una felación. Él asintió comprensivo y susurró: “¡De acuerdo, no te molestaré!”. Siempre asentía, subía el volumen de la música en el estudio y leía los periódicos. Jamás interrumpiría su felación. Se quedaba de pie frente al tocadiscos, con los auriculares puestos, dirigiendo, mientras ella sacaba a escondidas al amante del día. Era una pena lo fácil que se dejaba engañar. Al final de la tarde, llegó Karl, el único hombre con el que había dormido a diario durante doce años. Las lágrimas corrían por sus mejillas; nunca volvería a dormir con Bruno ni con Karl. Bruno le secó las lágrimas y le susurró que no se preocupara, que todo estaría bien. Elli abrió los ojos. No había razón para explicarle a Bruno el alcance total de lo que la verdad, de forma tan absurda, se atribuía a sí misma.

Elli volvió a su estado de semiconsciencia. Había hecho muchas felaciones y masturbaciones durante su época escolar, y ahora, a los 19 años, se estaba enamorando de Bruno por primera vez en su vida. También era la primera vez que él se enamoraba; nunca había estado con una chica. Decidió casarse con él, que era 10 años mayor que ella, en ese mismo instante y le ofreció seguridad económica. Él renunció a su trabajo en el ayuntamiento, se fueron a Venecia de luna de miel y Elli era completamente feliz. Bruno era excelente en la cama; era un eyaculador prolífico y aprendió rápidamente a montarla du-

rante sus orgasmos nocturnos y eyacular en el momento justo. La euforia inicial disminuyó después de 10 semanas, y ahora ella quería poner a prueba su acuerdo. Bruno se removió incómodo en su silla cuando ella le permitió observarla mientras le hacía una felación y una masturbación. Él había accedido, y no le importaba; después de todo, no era sexo.

Pero se estremeció cuando ella le dijo que el pobre hombre tuvo que eyacular dentro de ella al final de la masturbación. Él asintió y apretó los dientes mientras el hombre follaba a Elli y eyaculaba dentro de ella. Pero ya no quería mirar y se dio cuenta de que ni siquiera eso era sexo. ¡No era sexo, absolutamente no! Tenían sexo juntos por la noche, cuando él la follaba durante el orgasmo; eso era lo mejor para ella. Ambos insistían en que follar al final de la masturbación no era sexo, no era sexo de verdad. Elli estaba muy contenta porque ahora podía follar tan a menudo como quisiera y siempre hacerlo pasar por el final de la masturbación. Bruno rara vez irrumpía en la habitación y simplemente asentía "¡Ajá!" o murmuraba, "¡Solo termina la masturbación!" cuando los dos estaban en medio del acto sexual. Por muy inteligente, culto y educado que fuera Bruno, ella se alegraba de que siguiera siendo un simplón cuando se trataba de follar.

Cuando su médico le prohibió tener relaciones sexuales durante sus embarazos, se llevó a la ama de llaves a la cama conyugal. No toleraba ninguna disidencia; Bruno tenía que tener relaciones sexuales con la ama de llaves hasta eyacular. La ama de llaves no había tenido relaciones sexuales desde su juventud y sentía una vergüenza terrible de ser follada por el amo a las órdenes de la ama, con la ama sentada cerca y tal vez regañándola si no lo hacía bien. La ama de llaves giró la cabeza hacia un lado y se cubrió la cara; sentía una vergüenza terrible de ser follada por el amo delante de su esposa. Pero la ama lo había ordenado explícitamente; no podía negarse. Esperó pacientemente con las piernas abiertas como un cordero hasta que, tras un breve descanso, el amo la montó de nuevo, la folló y eyaculó. Por lo general, tardaba dos o tres horas hasta quedar satisfecho. Bruno tuvo que seguir follando con la ama de llaves durante semanas después del parto hasta que a Elli se le permitió tener relaciones sexuales de nuevo. Estaba desolado porque tenía que engañar a su esposa con la

ama de llaves, pero Elli se mantuvo firme. Tenía que asegurarse de que su marido tuviera con quién acostarse cada noche.

Sus amigas la visitaron en su lecho de muerte. Ella les pidió que dejaran que Bruno durmiera con ella después de su muerte. Al principio, sus amigas se resistieron; la mayoría eran esposas fieles, nunca habían dormido con nadie que no fueran sus maridos. Sin embargo, Elli logró que casi todas le prometieran que dejarían que el pobre hombre durmiera con ella, y así lo hicieron durante años. Era una promesa que le habían hecho a una mujer muerta, así que no era pecado, no era adulterio.

Para Elli, acostarse con los amigos de Karl siempre había sido algo especial. Eran chicos encantadores, de entre 11 y 18 años, y para la mayoría era su primera vez. Le conmovió profundamente la timidez y el respeto con que los jóvenes se revelaron a sus secretos. Todos querían tener sexo sin parar hasta el agotamiento. Una vez más, las lágrimas corrían por las mejillas de la joven con una enfermedad terminal, lágrimas de emoción y dulces recuerdos.

Pero yo seguía queriendo saber qué pasaba realmente con Karl. Al principio, ella me había contado toda la verdad: le enseñó a masturbarse durante varios meses, masturbándolo con su puño durante todo ese tiempo. Al principio, él eyaculaba sobre sus pechos, pero a los pocos días descubrió que podía eyacular en su boca. Durante los meses siguientes, le dejé eyacular en mi boca. Me tragué su semen y le chupé su pequeño pene con sensaciones maravillosas. Después de unos meses, se suponía que debía masturbarse, pero se negó. Quería follarme como su padre; lo había visto espiándome. Lo regañé, diciéndole que no tenía permitido espiar, y que si prometía no volver a hacerlo, podría meterme su pene. Lo prometió y metió su pene en mi coño. Abrió los ojos con miedo cuando me penetró por primera vez con su pequeño pene erecto. Parpadeó excitado y, sin siquiera moverse, se corrió. Dentro. Me miró como si hubiera hecho algo prohibido. Tomé su pequeño pene en mi boca y lo froté. Es como tú, mi Bruno, un eyaculador prolífico. En aquel entonces, a menudo tenía que hacerlo correrse cuatro o cinco veces. Pero la eyaculación durante la penetración solo funcionó durante una semana. Durante mucho tiempo, luego lo apreté contra mí y le excité las nalgas con la mano

para que eyaculara, pero no funcionó en absoluto. Metí la mano debajo de sus nalgas, acaricié y excité sus testículos, y froté la base de su pene. Eso sí funcionó; tuve que repetirlo todos los días, y a él le gustó mucho, eyacular dentro de mí de esa manera. Pero incluso eso solo duró un rato, luego le agarré las nalgas y lo empujé hacia adentro y hacia afuera hasta que eyaculó. Eso le gustó aún más, y comenzó con movimientos de follar adecuados. Cuando tenía 11 años, lo dejé follarme, follarme de verdad, y eyacular dentro de mí, y todavía lo hago. Cada año su pene se hacía más y más grande; aprendió muy rápido cómo follarme durante el orgasmo, igual que tú. No me arrepiento; me follaba maravillosamente todas las tardes, y luego tú me follabas por la noche. Sé que debe dolerte, pero nunca tuve la intención de hacerte daño. Si puedes, perdóname y perdona a Karl; él era inocente de todo esto. Por supuesto que la perdoné, y murió en paz. Karl, sin embargo, se fue distanciando cada vez más de mí, pero nunca me enfadé con él; le había prometido a Elli que no lo haría.

Estaba completamente abrumado por el dolor, pero después de dos meses ya estaba más o menos recuperado. No había tenido relaciones sexuales en dos meses, y la necesidad se hacía cada vez más urgente. No me había masturbado en 45 años y realmente no quería hacerlo. Eso me dejaba solo con Erika, mi vecina. Vivía sola, no era muy inteligente y no era nada guapa. Una mujer de 60 años bastante poco atractiva, la única mujer en un radio de 20 metros; no busqué más. Cuando los niños se acostaron esa noche, me colé por la puerta de al lado hasta la casa de Erika. Se sorprendió mucho; nunca la había visitado antes. Le dije directamente lo que quería.

Ella rió entre dientes y dijo que no quería que la follaran, que prefería masturbarse. Había dejado que el peón la follara cuando tenía 14 años, pero Jockl se había marchado después de 14 días. Ahora no había ni Jockl ni la granja. Desde entonces, ningún hombre la había mirado, ni uno solo. Así que no quería que la follara, prefería mucho más masturbarse. La desvestí lenta y deliberadamente hasta que quedó desnuda frente a mí. Con cada prenda, repetía que no quería que la follaran en absoluto, pero no se resistió en absoluto hasta que la desvestí por completo. “¿Follamos en la encimera de la cocina o dentro?”, pregunté, y ella dijo que realmente no quería que la follaran, que prefería mucho más masturbarse. Sus dedos jugaban con

su clítoris, pero señaló hacia la encimera de la cocina. La miré detenidamente. Era bajita y regordeta, sus pechos colgaban como tristes melones hasta el ombligo. Tenía bastante vello púbico oscuro y espeso. Su rostro era viejo, arrugado y muy sombrío. Se dejó tumbar en la encimera de madera de la cocina sin oponer resistencia y, por supuesto, insistió en que no quería tener relaciones sexuales, sino masturbarse. Pero al mismo tiempo, se colocó exactamente como yo esperaba. Inmediatamente comenzó a masturbarse, con rapidez y destreza. Abrió sus grandes ojos de vaca y se lamió los labios nerviosamente mientras yo la penetraba con decisión.

La follé normalmente, como estaba acostumbrado, y me corrí al poco tiempo. Nos levantamos, nos vestimos sin decir palabra y me fui a casa. Le había dicho a Erika que volvería al día siguiente a la misma hora. Y así fue; iba a su casa todas las noches, teníamos sexo sin nada especial, y eso estaba bien. Durante cuatro años, todas las noches. Al principio, me había dicho que desde Jockl, se había estado masturbando todas las noches, orgasmo tras orgasmo, hasta quedarse dormida de agotamiento. A menudo la observaba mientras seguía así durante horas, orgasmo tras orgasmo, y abría los ojos de par en par y dejaba de masturbarse cuando me subía encima de ella y eyaculaba. Eso siempre la sorprendía. Desafortunadamente, enfermó, algún tipo de problema ginecológico, y ya no se le permitía, ya no podía tener sexo. Me quedé insatisfecho en mi cama, y el deseo me atormentaba.

Me arrastraba de apartamento en apartamento, rogando por sexo. Casi nunca me rechazaban indignadamente; tomaban mi pene en su mano y frotaban el prepucio hasta que me corría. Merodeaba por ahí mañana y tarde, consiguiendo una mamada tras otra. Incluso los viejos y feroces dragones se ablandaban por una mamada. La mayoría de las exnovias de Elli me dejaban follarlas en la entrada oscura después de un poco de vacilación. Ninguna de ellas era una puta; todas eran esposas fieles que hicieron una excepción conmigo, un pobre viudo. Por supuesto, todas sabían que Elli había estado teniendo sexo como una profesional y que yo estaba sentado sin enterarse en mi estudio, con prohibido entrar al dormitorio, mientras ella felizmente follaba con su admirador dentro. Todos me consideraban un marido increíblemente fiel, probablemente el más simplón de todo el edifi-

cio, y seguramente todavía creyendo en el Conejo de Pascua y Papá Noel. Simplemente tenías que ayudar a un pobre tipo así en su momento de necesidad, ¿no? Sin embargo, nunca teníamos tiempo para los preliminares adecuados; siempre tenía que ser rápido. Las amigas de Ellis siempre estaban dispuestas a hacer una excepción. Me arrastraban sin decir palabra a la antesala, dejaban caer mi vestido y me follaban de pie. La mayoría cara a cara con muchos besos franceses, algunas solo por detrás. Apenas unas pocas tuvieron un orgasmo en estas circunstancias. Muchas me abrazaron con fuerza antes de eyacular y susurraron que podía correr dentro de ellas. Algunas bajaron la cabeza con miedo y apretaron los dientes cuando me corrí dentro. Obviamente no estaban seguras de si podían quedar embarazadas. Siempre se sentían muy avergonzadas después, así que me iba rápidamente. Había buenos días en los que podía follar con varias mujeres a la vez. Mi botín habitual era principalmente una mamada y follar. Con una de ellas, su hijita, de unos tres años, estaba de pie junto a nosotros, chupándose el pulgar con excitación. Una mujer solo me dejó follarla en el pasillo, cerrando la puerta del apartamento porque su marido estaba dormido dentro. Una anciana subió con dificultad las escaleras; el ascensor, como siempre, estaba averiado. Se detuvo a nuestro lado, jadeando y sin aliento, asintió y gritó en voz baja: "¡Sí, hazlo, dale un hijo!" Y cuando yo llegué, "Sí, está bien, ¡solo mételo todo!" Pero eso no nos impidió follar. Lo que más me molestaba era tener que follar de pie y lo más rápido posible; a veces me sentía como un ladrón. Era especialmente divertido con la enana Erni. Ni siquiera medía 1,20 metros y le gustaba bastante que la follaran. Se subió al zapatero, se quitó el vestido por encima de la cabeza y entonces me permitieron follarla. Había pensado de antemano que debía tener una vagina demasiado pequeña, pero sorprendentemente, su vagina era lo suficientemente grande.

Una vez, una jovencita abrió la puerta. "¿No está tu madre en casa?", pregunté inocentemente, tomando mi pene en mi mano. Ella negó con la cabeza; no, estaba sola en casa, y miró fijamente mi pene. Me dejó pasar al pasillo y cerró la puerta. Miró mi pene con curiosidad, preguntando si podía tocarlo. Sí, por supuesto, y después de un rato, me preguntó qué prefería: una masturbación, una felación o sexo de verdad. "Sexo", dije de inmediato, "¡sexo de verdad!". Melanie no era guapa, una mocosa fea en pleno pubertad, y decía tener 16

años, pero no le creí. Ya no era virgen, dijo; había tenido sexo de verdad antes, pero eso fue hace mucho tiempo. Se bajó los pantalones y las bragas, se apoyó contra la pared y sacó su flaco culo. Solo pude entrar en su pequeña vagina con inmensa dificultad; tuve que humedecerla con saliva. La follé lenta y deliberadamente, ella dijo por encima del hombro, "¡Pero no te corras dentro!" y continué sin inmutarme. Disparé el primer chorro jugoso dentro de ella e inmediatamente sacó mi polla, dejándome eyacular en el suelo. Mi polla seguía erecta. "Tienes que follarme otra vez, ¿no?" preguntó Melanie innecesariamente. La follé una segunda vez y estaba tan excitada que se olvidó por completo de sacarla a tiempo. Tenía un orgasmo cada vez que me corría dentro de ella. No lo vi, pero creo que se masturbó mientras follábamos y provocó el orgasmo en el momento exacto en que disparé chorros espesos y llenos dentro de ella. Follamos durante varios días más, simplemente me corrí dentro y dejé mi polla dentro para follarla una segunda vez de inmediato. Para ser honesto, me importaba un bledo si se quedaba embarazada o no. Aparentemente, sacarla ya no era tan importante, pero tener un orgasmo en el momento adecuado sí lo era. Sus delgadas nalgas temblaban violentamente durante el orgasmo. Le hice algunas preguntas; Perdió la virginidad en una fiesta salvaje en un estacionamiento cuando tenía 13 años y tuvo un rapidito, pero desde entonces no había encontrado a nadie con quien acostarse. Se masturbaba tan a menudo antes de dormir desde la infancia que se quedaba dormida de agotamiento. Al irse, siempre decía con desgana: "¡Pero no te corras dentro de mí mañana!". Desafortunadamente, eso se acabó después de unas cuantas veces, hasta que conocí a Alice. El cosquilleo en mis entrañas se volvió casi insoportable.

Me sentía fatal y volví a llamar a las puertas, visitando los siguientes apartamentos. Los tres primeros parecían bastante desconcertados, a pesar de que pregunté con mucha educación y claridad. Me hicieron una paja por pura reticencia y luego, más o menos educadamente, me echaron. El cuarto escuchó atentamente y me invitó a pasar, ofreciéndome un café. Fue un momento terrible, pero en realidad no había ido por el café. Alice escuchó con atención y quiso saber algo sobre mi pasado como viudo. Al final, quiso ver mi pene, lo cual no fue un problema, y lo sopesó en su mano, examinándolo. No me masturbó, pero tiró suavemente del prepucio hacia adelante y hacia

atrás sobre el glande hasta que eyaculé en su mano. Alice solo sonrió, "¡Realmente lo necesitabas!". Luego asintió, así que todo bien. Solo tenía que seguir ciertas reglas. No podía eyacular antes de la 1:40 a. m. y no podía quedarme más de 20 minutos. Su marido se fue exactamente a las 12:30, al minuto. Ella necesitaba 10 minutos para lavarse porque él solía follarla al mediodía en punto. Y luego sus dos hijos volvieron del colegio, momento en el que yo tenía que irme de nuevo. Solo me permitían follarla por detrás, esa era la segunda regla. Más tarde descubrí el motivo: se había hecho una mastectomía y nadie podía verla. No podía tener más hijos, así que podía correr dentro de ella como quisiera sin preocupaciones. Respiré aliviado; parecía una persona capaz, bastante guapa y con ganas de sexo. No era exactamente una puta; simplemente no tenía muchas oportunidades como ama de casa y madre. La tercera regla habría sido que no tuviera a nadie más con quien follar, pero ella dijo que no era necesario. De todas formas, no habría seguido la tercera regla, porque a lo largo de los años a menudo follaba en secreto con el enano Erni o la joven Melanie por las mañanas cuando faltaban al colegio. Alice se convirtió en un largo romance, de seis, casi siete años, hasta que ingresé en una residencia de ancianos. Mañana vendría por primera vez, justo a la 1:40, recién duchada. Asentí con la cabeza, ¡trato hecho!

Llegué a tiempo y entré sigilosamente. Solo llevaba una bata ligera; olía fresca y bien. Era más baja que yo, un poco rellenita, y alcancé a ver su pecho: era un pecho hermoso. Pensé que debía tener unos 30 años, pero ya tenía 36. Había puesto una almohada en la mesa de la cocina y se tumbó sobre ella. Levantó la parte de atrás de su bata, separó las piernas y sacó el culo. "El reloj corre, buen hombre", dijo, y me bajé los pantalones. Le agarré las nalgas y lentamente entré en su coño afeitado. Suspiró con satisfacción, y empecé a follarla por detrás. Estaba muy cachondo, lleno de semen reprimido, y me corrí en poco tiempo. "No, déjalo dentro hasta que termine", dijo, y obedecí. Solo después de que terminó de masturbarse y se sentó después de su orgasmo saqué mi pene. Esto continuó durante unos seis años con Alice; Una o dos veces por semana se masturbaba durante mucho más tiempo de lo habitual, y yo podía acostarme con ella una segunda vez. Fue una verdadera lástima que envejeciera tan rápido y terminara en una residencia de ancianos.

Ni siquiera recuerdo si le pregunté o si fue idea suya, pero en fin, mi pequeña Kati estaba acostada en mi cama. Inmediatamente notó mi pene erecto y con cuidado me bajó los pantalones del pijama. "¿Debería?" preguntó Kati. "Ya lo he hecho antes", añadió. Asentí resignado y ella me masturbó sentada con las piernas cruzadas. A mitad de camino, se detuvo y se quitó el pijama. Eché un vistazo a su hendidura, que era claramente visible desde esa posición. Continuó masturbándome con su pequeño puño y me preguntó varias veces si no preferiría follarla. Estaba completamente horrorizado; eso estaba fuera de discusión, eso sería totalmente incorrecto. Preguntó con una sonrisa si frotarme el pene no era también incorrecto. Tartamudeé: "Sí, sí, pero solo un poquito incorrecto". Y así sucedió que durante las siguientes semanas, me masturbó todas las noches y quiso follarme cada vez. Todas sus amigas ya habían perdido la virginidad y se estaban follando a sus hermanos o padres. Yo seguía insistiendo; Para mí, sería un error.

Una noche, sonreía radiante mientras me masturbaba. ¡Por fin había dejado de ser virgen! Claro que le pregunté, y me dijo que Karl, su hermano mayor, lo había hecho el día anterior. No dije nada; era asunto suyo, no mío.

Los dos follaban desde el mediodía hasta altas horas de la noche. A veces me asomaba a la habitación de los niños para ver si ya habían terminado y si Kati venía a masturbarse. No les molestaba en absoluto que a veces los observara durante diez minutos seguidos. Ella solo venía a masturbarse muy tarde, pero tenía unas mejillas sonrosadas preciosas y estaba más feliz que nunca. Antes de cada vez que se masturbaba, intentaba ver si mi pene cabría dentro de ella, pero se rendía; era demasiado grueso. Pero después de unos días, logró meter mi pene bien adentro de su coño. Sin embargo, yo no quería follarla; pensaba que eso estaba mal. Ella lo sacaba a medias y me masturbaba, y al final, me dejaba correr dentro de ella. Ahora lo hacía todo el tiempo.

A los 16 años, empezó a trabajar en el hospital; quería ser enfermera. Eso me venía de maravilla; podía pagar la matrícula. Karl ahora pasaba días enteros fuera, tenía un montón de mujeres mayores con las que acostarse, dijo Kati. Ella dormía en mi cama toda la no-

che, masturbándome por la noche y por la mañana cuando tenía una erección matutina. Yo estaba completamente satisfecho.

Si tu polla está satisfecha, el diablo se colará por tu culo. Oh no, eso no lo digo yo, es un viejo proverbio mongol o hawaiano, tal vez también uno belga. En fin, era tan maravillosamente pacífico, podría haber continuado tan bien. Karl estaba arando en los campos de viejas y codiciosas mujeres, Kati estaba desesperadamente enamorada de su médico jefe y se acostaba conmigo a altas horas de la noche para dejarme correr.

Kati estaba embarazada. El médico jefe quería que abortara, Kati no, absolutamente no. La abandonó fríamente, sin decir una palabra más sobre el divorcio, sin ningún deseo de casarse con Kati. Kati se quedó en la cama llorando durante días; ya ni siquiera quería masturbarme. Se sentó con fuerza sobre mi pene y me folló sin piedad. Lo quería, lo necesitaba, insistía. ¡Nada de masturbación, solo sexo! Ambos sabíamos que estaba mal, pero ya no era un problema. Me follaba todos los días, una o dos veces, y no le importaba que a menudo ya no pudiera eyacular. Había decidido mudarse al apartamento vacío de mi hermana y terminar allí su formación. Mi hermana era viuda, pero se había vuelto increíblemente rica desde entonces. Apenas teníamos contacto; vivíamos en planetas diferentes. Jamás habría matado a mi esposa por dinero; habíamos estado viviendo de su enorme dote desde nuestra boda.

Después de que Kati se mudara, ingresé en una residencia de ancianos y le cambié el apartamento a Karl. Había envejecido rápidamente y me apegaba a las ancianas de la residencia; había muchas. Durante un tiempo, fui amigo de una señora de la limpieza, una mujer asiática menuda que venía a mi casa todos los domingos por la noche a tener sexo por cincuenta dólares. Se llamaba Lin o Li, no lo distinguía, y podría haber tenido entre 20 y 40 años; nunca contestaba. Estaba casada con un hombre de una familia estricta y solo podía venir los domingos porque su marido se iba a jugar. Era increíblemente buena en la cama, y decía que por cincuenta dólares podía acostarme con ella dos veces seguidas. En realidad, se acostó conmigo como lo había hecho Kati, en mi silla. Me cabalgó con una expresión vergonzosa y apasionada y me llevó a un orgasmo maravilloso.

Se quedó sentada sobre mi pene flácido, susurrándome cosas sucias al oído y frotándose el clítoris hasta que mi pene se puso duro de nuevo al mirarla. Después de eso, me folló por segunda vez, y esta vez, la estimulación del clítoris la llevó al orgasmo. Me encantaba cómo llegaba al orgasmo. Arqueaba la espalda y apoyaba la frente contra mi pecho. Su cuerpo se estremecía durante unos segundos, su coño apretaba mi pene y emitía sonidos suaves como los de una gatita. Siguió cabalgándome hasta que eyaculé unas pocas gotas. Después de casi un año, se despidió; la trasladaban a otro lugar. Estaba triste, igual que yo, porque había sido una vida fácil a los cincuenta y tantos.

Volví con las ancianas, y el personal ni se inmutó cuando metí la mano bajo la falda de una de ellas. Suspiré; ser viejo no es agradable.

Kati traía consigo a su hija Lina en sus visitas, una niña pequeña y traviesa. Algún día estará tan en celo como mi esposa. Sin duda, lo heredó de ella.

Juegos Infantiles

von Jack Faber © 2023

Como de costumbre, estaba sentado en mi sillón de profesor en mi estudio, leyendo un buen libro y vigilando la habitación de las niñas. Mi nieta Lina, que aún no había cumplido los trece años, y las dos vecinas, de doce y once años, correteaban por la casa durante las vacaciones de verano. Jugaban a disfrazarse, y yo, el viejo tonto, las miraba boquiabierto mientras se desvestían y se volvían a vestir. Desde luego, no era un pedófilo, pero ver a niñas pequeñas y desnudas simplemente me complacía.

Esto llevaba pasando días. Los gritos de los niños no me molestaban en absoluto; simplemente dejaba que mi mirada vagara por ahí: los niños desnudos de esa edad siempre son un placer para la vista. A veces jugaban a otro juego emocionante: “Pilla-pilla y cosquillas”. Los tres corrían desnudos por la casa, gritando de alegría. Luego, dos de ellos se unían y “pillaban” al tercero. Los dos la arrastraban a la habitación de los niños y la “capturaban” en la cama. Había un pequeño juego de lucha libre, al final del cual la cautiva se dejaba sujetar por los brazos y abría las piernas voluntariamente. Ahora venían las “cosquillas”. Eso significaba hacerle cosquillas en la vulva y, sobre todo, en el clítoris: ¡era divertidísimo de ver!

Las cosquillas siempre terminaban con cosquillas en el clítoris de las prisioneras, lo que cada vez con más frecuencia escalaba a frotamiento clitoriano real. La más pequeña solo lo permitía brevemente; sus piernas se contrajeron ligeramente y se liberó. Las dos mayores, sin embargo, se masturbaban mutuamente como es debido, y yo contuve la respiración cuando la prisionera llegó al clímax. Entonces se levantaron de un salto y la persecución salvaje continuó. Un día, después de que las compañeras de juego se hubieran ido, llamé a mi nieta Lina.

Se acercó a mí sin dudarlo; al fin y al cabo, el abuelo era prácticamente uno más del montón. Acaricié suavemente el cuerpo desnudo de la chica, con mucha delicadeza el vello rubio pálido de su monte

de Venus. Le pregunté sobre el juego, y asintió; por supuesto, a la cautiva le hacían cosquillas hasta que explotaba. Puso los ojos en blanco con fingida desesperación: «¡Abuelo, eso es parte del juego!», y sonrió con lástima porque yo, el viejo tonto, no sabía absolutamente nada sobre el juego de las cosquillas. Le pregunté directamente, y como no entendió de inmediato la palabra «masturbación», le froté el clítoris una vez.

Se puso roja como un tomate y tartamudeó: "¡No sé si tengo permiso para contarte esto!".

Asentí con la cabeza para tranquilizarla: "¡Soy tu abuelo, por supuesto que puedes contármelo!".

Finalmente asintió. "Lo hago todas las noches antes de dormirme, pero al principio solo hasta justo antes, y cuando ya he tenido suficiente, entonces hasta la verdadera explosión. Entonces puedo parar y dormirme enseguida". Respondió a mi pregunta de inmediato: "Llevo haciéndolo desde siempre, y Flora también". Era la hija de la vecina mayor. "A Flora y a mí nos gusta frotarnos hasta explotar, ¿se nos permite hacerlo, verdad?" Asentí, por supuesto que sí. "Y", continuó, "¿es cierto que se te pone duro el pene al mirar y luego tienes que frotártelo, como dice Flora?" Asentí algo disgustado, es cierto, pero ¿Flora no lo vio? "Dice que lo vio, pero no le creo", dijo Lina. Le respondí que Flora no podía haberlo visto porque solo lo hago después de que se hayan ido. Era una mentira descarada, porque normalmente me frotaba el pene en secreto cuando las chicas se masturbaban entre ellas o a sí mismas. A partir de entonces, tomé mi pene en mi mano y lo froté muy suavemente, sin eyacular, cuando veía a las chicas masturbarse entre sí o a sí mismas.

— ¿Y la pequeña? — pregunté, y Lisa se encogió de hombros con desdén — . Todavía es muy pequeña, está muy asustada y tiene miedo de explotar. Aunque Flora lo ha hecho bien hasta el punto de explotar incontables veces, ¡es demasiado cobarde!

Eso fue muy informativo, y prometí, por supuesto, no contárselo a nadie. Eso era obvio. Y ahora, claro, ella sabía que yo veía sus juegos. Después, me pareció que se esforzaba por mostrarme cómo se hacían

cosquillas y se masturbaban. A partir de entonces, Flora y Lina a veces tenían que masturbarse de nuevo inmediatamente después como "castigo". Lina me miraba fijamente a los ojos, con una sonrisa forzada, o a mi pene mientras se acercaba al orgasmo. Al menos, esa fue la impresión que me dio.

Mi hija había acogido a una niñera; tenía 16 años, se llamaba Audie y era de Bélgica. Hablaba nuestro idioma a la perfección, ya que su madre era de aquí. Mi francés escolar, después de 55 años, era tan malo que me di por vencida tras los primeros intentos. Audie fue a un instituto de enseñanza secundaria, pero no era muy brillante. Cuando mi hija y mis nietos iban a la guardería por la tarde, Audie tenía dos o tres horas libres y le encantaba venir a charlar conmigo. Pronto descubrí que prefería hablar de amor y de estar enamorada, de romance y de sexo. Pasaron unos días antes de que se sentara en mi regazo y me hablara directamente al oído, porque parecía que tenía problemas de audición.

Es una situación muy especial cuando una dulce chica de 16 años con un vestido ligero de verano se sienta en tu regazo, te abraza por el cuello y te habla al oído. Lo digo solo para que te lo imagines.

Audie me contó todo sobre su primer amor. Había aprendido de su novio cómo masturbarlo y lo hizo diligentemente durante toda la semana. Desafortunadamente, el romance terminó después de una semana; fue muy, muy triste. Puse mi mano en su muslo desde el principio, muy discretamente. Le pregunté si ella también había recibido una de él, pero al principio no entendió. Dejé que mi mano se deslizara por la parte interna de su muslo y toqué sus bragas, solo ligeramente. Se puso roja como un tomate y negó con la cabeza: "¡No, no, no!". Ella solo se lo hacía a sí misma, pero si él hubiera querido, podría haberlo hecho. Sonreí amablemente; ¡lo entiendo! El calor de agosto la estaba afectando, y mi mano en sus bragas se estaba empapando de sudor. "Hace demasiado calor, quítate el vestido, estoy aquí sentado en calzoncillos", le dije amablemente. Se rió a carcajadas. "¡Sí, incluso puedo sentirlo!", rió, "¡Siempre está tan duro, puedo sentirlo!". La conversación fluyó un rato, luego se levantó y se quitó el vestido. Ahora estaba sentada en mi regazo, en bragas, sobre mis

calzoncillos, y retomé la conversación donde la habíamos dejado. Ignoró que mi mano estaba sobre sus muslos, sobre sus bragas.

— Entonces, ¿dejarías que René lo hiciera, verdad? — pregunté, retomando el hilo. No respondió de inmediato. — Sí, si hubiera sabido cómo. Tenía permiso para tocarme el clítoris, pero era un terreno desconocido para él. — Audie rió suavemente — . Siempre le hacía una paja, así que habría sido justo que él también lo hubiera hecho conmigo. Pero creo que René no sabía cómo hacerlo con una mujer. — Reflexionó durante un par de minutos y negó con la cabeza — . No, desde luego no sabía cómo lo hacemos las chicas. — Eso sonó muy claro, muy definido — . ¿Y no querías enseñárselo? — pregunté, y ella negó con la cabeza, ya que la masturbación es algo muy privado, no algo que se exhiba. — Más tarde, sí, más tarde se lo habría enseñado y le habría dejado hacerlo, pero no teníamos tiempo para eso. — Tuve que cambiar rápidamente de tema y preguntarle si las chicas en Bélgica solo lo hacían en secreto o si hablaban de ello abiertamente. Me había olvidado un poco de René, y ella respondió de inmediato. Hablaba abiertamente del tema con sus mejores amigas; con ellas no había secretos. Ella, al igual que sus amigas, lo hacía en secreto; también tenía que ocultárselo a su familia. Audie no tuvo reparos y me contó en la siguiente clase cómo, cuándo y con qué frecuencia se masturbaba. Asentí con seriedad; la tomé en serio y la traté como a una adulta. Eso le hizo bien; lo noté enseguida.

Días después — hablamos mucho sobre mis experiencias sexuales — le pregunté en el momento y la situación adecuados si podía tocarle el clítoris. Sonrió sorprendida, pero enseguida se bajó las bragas. Le toqué la vulva y me dejó explorarlo todo. Le pregunté, bastante asombrado de que ya no fuera virgen, si René... Negó con la cabeza y se puso muy triste. No le hice más preguntas; jugué con sus labios y su clítoris, pero solo jugué, porque no quería que la masturbara; solo lo hacía antes de dormirse. Lo entendí, y no me importó.

Audie sacó el tema ella misma. Ya no era virgen, y por eso estaba allí. La escuché atentamente mientras contaba la historia. Hacía unos meses, su hermano Richard la había pillado masturbándose. Esperó con una sonrisa lasciva hasta que se calmó después del orgasmo, y solo entonces se hizo notar. Le había roto el himen brutalmente, la

había follado durante minutos y había eyaculado dentro de ella. Estaba devastada, pero no por miedo al embarazo. Todavía no le había bajado la regla y sabía que a su madre no le había bajado hasta los 19 años. Richard se colaba en su habitación todas las noches y la follaba durante más de tres meses. Entonces su madre lo pilló, le dio decenas de bofetadas y su padre le dio una paliza. Después su madre le hizo vivir esta experiencia, lejos de Richard.

Ese iba a ser tema de conversación durante los próximos días. Escuché con atención porque hablar de la violación de Richard la tranquilizaba cada vez más. Estaba acariciando su vulva y clítoris cuando bajó la mano y sintió mi pene erecto a través de la tela. "¿Puedo acariciarlo yo también? Sería lo justo", preguntó. ¿Qué se suponía que debía decir? Asentí y ella lo sacó. Definitivamente no me estaba masturbando, pero con mucha delicadeza tiró del prepucio hacia adelante y hacia atrás hasta que eyaculé. "¡Oh, perdón!", dijo, con la cara roja como un tomate, y se limpió la mano en mis calzoncillos.

Lo guardé de nuevo. Hablamos de ello y le dije que no lo disfrutaba mucho con la mano; prefería el sexo. Ella asintió y pude ver que estaba descartando mentalmente la masturbación. "Voy a casa de la señora Weber una o dos veces al mes; con eso me basta. ¡Ya no tengo 20 años!". Estaba muy sorprendida. "¿La señora Weber, la de enfrente?", preguntó, estremeciéndose. Asentí. "¡No juzgues tan rápido, Audie! Solía ser una mujer hermosa, tenía a los hombres más increíbles en su club nocturno, ¡y en aquel entonces era una de las mejores prostitutas de lujo de la ciudad!". Vi a Audie asentir y pensar profundamente. "¿De dónde crees que puede permitirse una vida de lujo ahora?", pregunté provocativamente, y ella no respondió. "Apenas podría haber pagado a Weber en aquel entonces, pero ahora ya no es una belleza y es feliz con cualquier hombre que venga a tener sexo". Estaba absorto en mis pensamientos y Audie se fue.

Por supuesto, el maldito Weber era el nuevo tema de conversación. "No te olvidas de cómo follar", le aseguré a Audie, "simplemente ya no eres tan atlética y flexible como antes, eso es todo". Hoy no llevaba calzoncillos; ella estaba sentada en mi regazo y ambos estábamos desnudos. Le dije que si quería frotarme el pene, no me importaría, solo que era cierto que prefería follar. Le impresionó lo cerca

que habíamos estado y luego me preguntó si podía hacerme una paja, ya que estaba bastante dura. Esa tarde, me hizo dos pajas y me dejó masturbarle el clítoris como es debido. Paré justo antes de que empezara su orgasmo porque supuse que era lo que quería. Hablamos de follar y masturbarnos toda la tarde.

Audie no tenía libre el sábado ni el domingo, así que fui a casa de Weber ambos días. Cuando volví, Audie me guiñó un ojo y me hizo un gesto de aprobación con el pulgar. El lunes por la tarde, estaba sentada en mi regazo otra vez. Dijo que había estado pensando mucho durante el fin de semana; no quería hacerme una paja, quería follarme. Sinceramente, me sorprendió; no me lo esperaba. Pero dijo que en nuestras conversaciones, había podido ver claramente a través de toda la situación de Richard y dejarla de lado, y que no tenía ningún reparo en follarme. La había ayudado mucho con el asunto de Richard y le había dicho que sí, que prefería follar a una paja. Me quedé en silencio. Empezó a provocarme con besos franceses, y yo al mismo tiempo le estimulaba el clítoris. Incliné la barbilla hacia el sofá, y ella se acercó y se tumbó en posición de follar. Negué con la cabeza, sonriendo: ¡yo abajo, tú arriba! Ella entendió; Se subió encima de mí y se sentó sobre mi polla con un profundo suspiro. Su coño estaba muy apretado, caliente y ya muy mojado. Se tumbó encima de mí con la parte superior de su cuerpo, sus pequeños pechos sobre mí, y entonces me folló. Como habíamos hablado, presionó su clítoris contra mi polla, arriba y abajo. Tuvo que follarme durante mucho tiempo, y me alegré mucho de que mi erección durara todo el tiempo. Ya me había corrido con el Weber, pero aun así conseguí mantener mi erección hasta el final. Audie tembló y se desplomó sobre mí en su orgasmo. Después de unos segundos, continuó obedientemente, y después de un buen rato, eyaculé unas pocas gotas tristes. Audie siguió follándome hasta que mi polla se ablandó.

Para que te hagas una idea. Audie, la belga de 17 años, era bastante delgada, aunque sus caderas ya eran muy femeninas. Sus pechos eran pequeños, como picaduras de abeja, y muy puntiagudos; solo tenía un delicado vello púbico oscuro sobre la vulva. Su vagina era muy estrecha, cálida y húmeda, su pequeño clítoris completamente oculto bajo el prepucio. Se recostó sobre mí, con la cara apoyada en mi pecho, y yo le acaricié la cabeza, el pelo y la cara. Sus redondas

nalgas subían y bajaban con buen ritmo, y ella intentaba presionar su clítoris contra mi pene.

Audie me folló todas las tardes durante cuatro semanas enteras. Tuvo que experimentar unos días hasta que descubrió la manera correcta de presionar su clítoris contra mi pene. Durante el orgasmo, se desplomaba sobre mí, temblando y convulsionando. Pero continuó obedientemente hasta que yo me corrí o mi pene se ablandó. Estaba realmente entusiasmada con el sexo, y lamenté no tener ya la virilidad de un veinteañero; podríamos haber follado tres veces más a menudo.

Durante el fin de semana, no fui a ver a Weber, y el lunes, Audie volvió a follarme. Había redescubierto el placer del sexo; ahora siempre tenía orgasmos, y hablamos mucho de sexo, follar y masturbarnos otra vez. Pero fuimos descuidados. Un día, mientras Audie volvía a trabajar en mi polla después de su orgasmo, vi a las tres niñas desnudas debajo de la puerta del cuarto de los niños. Paramos inmediatamente. Mi nieta Lina corrió de vuelta al cuarto de los niños, a punto de llorar. ¡Mierda, gran mierda!

Lina era una verdadera bestia, como estaba a punto de descubrir. Audie se había ido, las vecinas también, y yo estaba leyendo mi libro. Lina salió desnuda del cuarto de los niños y se sentó provocativamente en mi regazo. Fue directa al grano. Debería acostarme con ella; después de todo, tenía casi 14 años, y todas sus amigas ya habían perdido la virginidad, la mayoría con sus hermanos, algunas con sus padres. Todas ya tenían sexo en secreto, excepto ella. No tenía ni hermano ni padre que la desfloraran y se la follaran. Yo era su abuelo, después de todo, no el de Audie. Negué con la cabeza con firmeza. Era mi nieta, de mi sangre. ¡No me la follaría más de lo que jamás me la había follado a su madre! Me mantuve firme e inflexible. Lina hizo un puchero amargo y se fue. Esto no iba a terminar bien.

Por supuesto que le mentí a Lina. Llevaba años acostándome con su madre, Kati. Desde que murió la madre de mi esposa, Kati dormía en mi cama matrimonial. Empezó con mucha suavidad e inexperiencia, frotándome el pene. Al principio, me tiraba del prepucio suavemente hacia adelante y hacia atrás hasta que eyaculaba. Solo meses

después empezó a masturbarme con el puño. Le sorprendió mucho que también lo necesitara por la mañana; claro, en aquel entonces no sabía lo que era una erección matutina. Pero me tiraba del prepucio con delicadeza y ternura, y cada vez me preguntaba si no preferiría follarla, como una mujer de verdad. Me negué; simplemente no podía imaginarlo en ese momento. Me lo preguntaba cada vez que se acurrucaba conmigo y se masturbaba. Ya entonces disfrutaba mucho masturbándose. Con Kati, vi por primera vez cómo se masturba una chica de verdad. No es broma: mi esposa se masturbaba todas las noches, pero nunca me dejó verla. No ocultaba que se masturbaba, pero nunca me lo mostró. Por supuesto, sentí que se frotaba; me permitían abrazarla, acariciarle la cara o los pechos. Pero no me permitían tocarla "allí abajo" mientras se masturbaba. Y siempre en la habitación a oscuras. Eso explica mi curiosidad. Un día, Kati se tumbó a mi lado, radiante. Por fin había dejado de ser virgen; su hermano Karl la había desflorado y se la había follado. No dije nada al respecto; era asunto suyo. Se la follaba a Karl por la tarde y me dijo que lo había disfrutado muchísimo. Había empezado su formación como enfermera y se había enamorado de su jefe. Ahora dejaba a Karl solo; él tenía las manos llenas, follando con un grupo de mujeres mayores una tras otra. Un día, Kati llegó a casa llorando. Estaba embarazada y se negó al aborto que su jefe le exigía; para ella, eso sería un asesinato. El apuesto jefe se quitó la máscara; ya no se hablaba de que se divorciara y se casara con Kati. La dejó fríamente; la siguiente estudiante de enfermería seguramente ya la estaba esperando. Consolé a Kati lo mejor que pude. Ella ya no quería hacerme una mamada; quería follarme. Yo seguía resistiéndome porque estaba mal, pero ella me sentó desnudo en mi sillón, se sentó sobre mi pene y me cabalgó. Ya no protesté; me encantaba, aunque estuviera mal. Ella era solo la segunda mujer con la que me había acostado; me había casado virgen. Me cabalgó hasta que su barriga creció demasiado. Después de que me corrí, se quedó en mi regazo y se masturbó apasionadamente. Tenía un gran deseo sexual durante su embarazo y se masturbaba con bastante frecuencia. Se me ponía dura solo con mirarla, y me follaba sin piedad, incluso cuando ya no podía eyacular. La follaba en posición del misionero cuando su barriga crecía demasiado, y teníamos sexo mucho más a menudo que muchos recién casados. Cuando nació Lina, se mudó a la otra capital a un apartamento que mi hermana le había ofrecido. Mi hermana se había casado con un hombre

rico y ahora era una viuda adinerada. Tenía poco contacto con mi hermana porque era muy inseguro debido a los rumores de que había matado a su marido por su dinero. Ciertamente no habría sido fuera de lo común para ella. Me mudé con Kati y Lina; fui una buena abuela sustituta, y Kati pudo terminar su formación de enfermería. Kati comenzó a masturbarse dos días después de dar a luz, y tuvimos sexo de nuevo dos semanas después. Tenía casi el mismo deseo sexual que durante su embarazo. Teníamos sexo todos los días antes de irnos a dormir, pero Kati todavía tenía que masturbarse después; simplemente lo necesitaba. Rara vez tenía encuentros de una noche; eso no era lo suyo, y solo lo hacía por el hombre. Entonces yo me tumbaba en el sofá y escuchaba el sexo. Cuando Lina tenía unos nueve años, dejé de tener sexo con Kati todos los días. Ella también solo quería tener sexo ocasionalmente. Mientras tanto, me había puesto en contacto con la Sra. Weber, que había sido una buena amiga de mi esposa. Solo supe después de que mi esposa muriera que a veces dejaba que sus amantes tuvieran sexo con mi esposa. Mi esposa en realidad no era adúltera; Fue solo por el alcohol y el ambiente que se dejó llevar por los amantes de la señora Weber. Incluso después, no me enfadé con ella y me habría alegrado de que hubiera tenido relaciones sexuales con ella en vida, si tan solo hubiera dicho una palabra al respecto. Hasta entonces, solo me había acostado con mi esposa; nunca había notado las tentaciones. A veces iba a casa de la señora Weber para tener sexo, pero por lo demás, me limitaba a tenerlo ocasionalmente con Kati. Me he desviado bastante del tema, así que volvamos a la historia principal.

Un día Audie no estaba. Le pregunté a mi hija de inmediato, y ella admitió haberla mandado a casa. Sabía por qué, dijo. La presioné para que me diera detalles. Lina le había dicho que Audie se acostaba conmigo todas las tardes. No que yo me acostara con Audie, sino que ella se acostaba conmigo, enfatizó Lina. Me enfurecí y solté que Lina solo se estaba vengando porque la había rechazado. Los ojos de mi hija se abrieron de miedo. ¿Lina quería...? Me arrepentí de mi arrebato, pero añadí que, al parecer, sus amigas ya no eran vírgenes y se acostaban con ellas sin reparos, así que Lina no quería quedarse fuera, y yo era el único hombre en la casa.

El ambiente se enrareció por un tiempo. Lina, mi hija, y yo nos evitábamos. Iba a casa de la señora Weber dos o tres veces por semana para desahogar mis frustraciones. Hasta su accidente — según decían los malintencionados, hasta que un amante celoso le cortó la cara con un cuchillo — había sido una mujer hermosa, pero ahora las cicatrices desfiguraban su rostro. Incluso a sus cincuenta y tantos años, su figura seguía siendo admirablemente bella, sus pechos notablemente firmes y su zona púbica cuidadosamente depilada. Le encantaba el sexo y se masturbaba. Solo le quedaban unos pocos admiradores, y por alguna razón inexplicable, se había encaprichado conmigo. Quizás porque había sido amiga de mi esposa y había compartido varios amantes con ella, como supe después de su muerte. Ya no me molestaba; ahora era el favorito de la señora Weber, y ella estaba encantada con mi segunda primavera.

Tras la muerte de Alma, la señora Weber me cuidó maravillosamente. Me invitaba a su apartamento todas las tardes, y generalmente también por las noches, para tener relaciones sexuales conmigo. Le estaba muy agradecido por ello, porque me permitía olvidar mi profundo dolor durante unas horas. Durante ese tiempo, me contó todo; con su muerte, terminó su obligación de guardar silencio.

Alma la había acogido después de su accidente — siempre lo llamaba accidente — y pasaba cada minuto libre con ella, a veces quedándose a dormir. No quería ver a nadie más ni acostarse con un hombre. Entre ellas surgió una relación lésbica, y yo no paraba de hacer preguntas: ¡no tenía ni idea de esta faceta de Alma! Pero la señora Weber confirmó que a Alma le encantaba el aspecto lésbico y que le había ayudado mucho a recuperar las ganas de vivir; de lo contrario, podría haberse suicidado. Por supuesto, quería saberlo todo. «Al principio, solo teníamos sexo normal entre chicas, abrazándonos y besándonos desnudas en la cama, acariciándonos los pechos y las vulvas, tocando el clítoris con delicadeza. Al principio, cada una se masturbaba, después nos masturbábamos mutuamente». La señora Weber sonrió enigmáticamente. «Nadie podía masturbarme con tanta sensibilidad y delicadeza como Alma», dijo sonriendo, «y unas cuantas lo han hecho». Asentí; cuando Alma hacía algo, tenía que ser

perfecto. Alma estaba eufórica cuando le enseñé sexo clitoriano con clitoriano. Tenía un clítoris mucho más pequeño que el mío y nunca pudo follarme bien. Prefería que la follara yo; nos corríamos una tras otra, y así lo hicimos hasta el final de su etapa lésbica. Finalmente, semanas después de que le quitaran las vendas, se atrevió a volver a follar. Poco a poco, Alma pudo dejarla a solas con su amante.

Tuve que interrumpirla constantemente con preguntas. Sí, por supuesto que Alma estaba presente durante los encuentros; la señora Weber siempre tenía pánico a quedar embarazada. Debo haber entendido mal; ¿no era una prostituta de clase alta? Se rió a carcajadas. Sí, por supuesto, ¡pero ella no tenía que acostarse con los amantes! Mi cara era un retrato de confusión. Sonrió con picardía, como un gato. "Siempre tenía a mano varias esposas dispuestas que estaban encantadas de acostarse con mis amantes y no tenían miedo al embarazo como yo. Alma era una de ellas." Se deleitó con mi sorpresa. "Alma no podía tener más hijos después del nacimiento de Kati, así que no le importaba si los hombres eyaculaban dentro de ella. Realmente disfrutaba del sexo." Le pedí a la señora Weber que me explicara con más detalle. Había hecho felices a los amantes conversando con ellos, los había abrazado, besado y acurrucado con ellos. Solo jugaba con sus penes, pero no les dejaba eyacular. Una vez que el amante estaba listo, no les importaba por qué orificio entraran. Ella guiaba el pene del amante hacia la vagina de Alma, y la mayoría de ellos se corrían en poco tiempo. Pero Alma no soltaba el pene; lo mantenía hasta que estaba listo para una segunda ronda. Esto solía durar mucho tiempo, y entonces Alma podía tener uno o más orgasmos antes de que terminara. Escuchaba con mucha atención porque en aquel entonces no tenía ni idea de quién era realmente mi Alma. Solo follábamos en la oscuridad, y por supuesto podía sentir que Alma se masturbaba hasta el orgasmo cada vez que follábamos. Tenía una sincronización excelente.

La señora Weber sonrió; solo tenía buenos clientes. Ministros y primeros ministros estatales, diplomáticos y obispos, empresarios y generales. Para Alma, todos eran iguales: hombres que querían follar y correrse. Siempre se acostaba junto a la pareja que follaba, presionando su cuerpo contra el hombre; después de todo, él estaba allí para ella. Cada vez que él había eyaculado y Alma lo había preparado para

la segunda ronda, ella intentaba alejarlo de ella y guiarlo hacia su vagina. El pobre hombre se perdía y penetraba su vagina. Ella, de buen humor, lo dejaba follarla durante mucho tiempo; la mayoría de los hombres follaban durante mucho, mucho tiempo en la segunda ronda, y a veces Weber tenía un orgasmo. De lo contrario, se masturbaba breve e intensamente hasta el orgasmo mientras él follaba a Alma de nuevo, para correrse dentro de ella, porque para eyacular, tenía que volver a la vagina de Alma. Durante muchos años, solo tuvo sexo de verdad con dos o tres hombres al año, incluyendo la eyaculación, si le gustaban lo suficiente como para superar su miedo a quedar embarazada. Me impresionó profundamente; No me había percatado de nada de esto y recién ahora estaba descubriendo a mi esposa. La señora Weber le ofreció a Alma una parte de las ganancias, pero Alma no aceptó dinero; tenía suficiente para ella.

La señora Weber me preguntó si era cierto que me había acostado con la cocinera durante los embarazos de Alma. Le conté con detalle que Alma me había persuadido con delicadeza pero con firmeza para acostarme con la ama de llaves. Alma me había dicho que la anciana jugaba con su coño toda la noche y se masturbaba cuando le apetecía; no podía imaginar cómo lo sabía. Estaba bastante segura de que no habría problema en acostarme con ella. Pero el ama de llaves era bastante mayor y arrugada; no había tenido relaciones sexuales desde los 14 años y solo se dejaba follar pasivamente y con mucha vergüenza. Antes de la primera vez, lloró amargamente y sollozó diciendo que no había tenido sexo en 50 años y que era una gran vergüenza que su ama se lo hubiera ordenado. Alma arrastró a la pobre anciana sollozante de la mano a nuestro dormitorio. “¡Quítate la ropa!” Ella ordenó, y la anciana continuó sollozando y despotricando, pero vacilante y avergonzada, se desnudó pieza por pieza hasta que se quedó temblando en sujetador y bragas. “¡Todo!”, dijo Alma sin cesar. La anciana se desabrochó el sujetador y lo dejó caer. Tenía pechos grandes y llenos que colgaban pesados como melones hasta el ombligo. Sus bragas siguieron, revelando su escaso vello púbico gris, casi todo ya desaparecido. Se sentó en la cama, aún llorando y despotricando. Sin que Alma ni yo dijéramos una palabra, se inclinó hacia adelante y tomó mi pene en su boca. Se quedó en silencio y chupó y lamió mi pene con tanto placer. Casi inmediatamente eyaculé, toda la carga en su boca. Se tragó el semen y me miró con ojos grandes, co-

mo los de una vaca. “¡Lo siento, pasó!”, y reanudó inmediatamente la succión. Cuando estuvo completamente erecto, se recostó y lentamente y deliberadamente insertó mi pene. Se cubrió el rostro lloroso con los brazos y giró la cabeza avergonzada. Alma me hizo un gesto con la cabeza y comencé a follar a la anciana, que permaneció completamente pasiva. Durante el acto, ella colocó una mano protectoramente sobre su clítoris, pero Alma la apartó de nuevo. Observó cómo el clítoris se movía con cada embestida y se ponía increíblemente erecto. Miré a mi esposa con expresión interrogante antes de correrme furiosamente de lujuria, eyaculando todo en el coño de la anciana. Había terminado. A pesar de sus protestas, Alma comenzó a masturbar a la ama de llaves; podía ver lo rígido que se había puesto el clítoris por el acto. La anciana jadeó, suspiró y gimió. El orgasmo prácticamente la hizo girar, y Alma solo dejó de frotar a la anciana temblorosa y espasmódica después de varios minutos. Me arrodillé ante ella con mi pene semierecto; su orgasmo fue muy excitante. Alma la instó a que volviera a tomar mi polla en su boca y la pusiera dura. La anciana, sorprendida, obedeció con vacilación, y poco después, la follé de nuevo y eyaculé unas tristes gotas. Alma la masturbó de nuevo como antes, y el orgasmo fue muy intenso una vez más. La ama de llaves recogió su ropa frente a sus pechos y salió corriendo desnuda del dormitorio. Tuve la impresión de que estaba bastante complacida de que Alma siempre la masturbara después de follar con ella, para liberar la excitación sexual que surgía durante el sexo. Después de follar, levantó ligeramente el trasero y ofreció con alegría su clítoris erecto a los dedos de Alma. Antes de la primera vez que follamos, a menudo lamía y chupaba mi pene con tanta devoción que eyaculaba en su boca. Pronto estuve seguro de que lo hacía a propósito. Me miraba con ojos grandes, como los de una vaca, fingiendo sorpresa y diciendo “¡Oh!” o “¡Así que!” o “¡Sí!”, luego se tragaba el semen y seguía chupándome el pene hasta que se ponía duro. Hicimos esto a diario a partir de entonces; la ama de llaves dejó de llorar y se resignó a su destino. Meses después, tras el parto, Alma pudo volver a tener sexo, y dejamos a la ama de llaves en paz. Cuando Alma volvió a quedar embarazada, la ama de llaves tuvo que volver para tener sexo. No se sorprendió y se sometió, llena de vergüenza. Durante el segundo embarazo, usted, señora Weber, también venía de vez en cuando a sustituir a su amiga Alma, ¡y qué contento estaba yo por el cambio, por acostarme con una joven tan increíblemente hermosa

como usted! ¡Claro que entonces no sabía hasta dónde llegaba su amistad con mi esposa! Sin embargo, si usted no venía, llamábamos a la ama de llaves. Pero no me importaba; tenía que acostarme con alguien, y Alma tenía toda la razón en eso. No fue una hazaña particularmente heroica, lo admito.

La señora Weber me había hablado de dos mujeres que, como mi esposa, la "ayudaban". Cuando la señora Weber no estaba disponible, acudía a ellas para tener sexo, a menudo al principio, menos después. Eldrid había emigrado de Islandia con su marido, Snorri, y lo había enterrado hacía años. Era una giganta, de al menos dos metros de altura, robusta y de complexión fuerte. No tuve que explicar mucho; mencionar a la señora Weber bastó. Me dejó entrar en la antesala, se aflojó la falda y se puso a cuatro patas. Solo me dejaba penetrarla por detrás. Estaba muy necesitada sexualmente y solía llegar al orgasmo rápidamente. Un par de veces, sin embargo, tuvo que masturbarse durante el sexo, y dejé mi pene dentro de ella hasta que terminó. Siempre fue muy amable y dispuesta a tener sexo en cualquier momento, pero casi nunca hablábamos. Después de cada encuentro, la desnuda Eldrid me abrazaba con su cuerpo desnudo, murmuraba una frase pagana amistosa en su idioma y me besaba en la cabeza. Me incliné hacia adelante y besé su coño depilado íntimamente con mi lengua. Ella rió, arrullando como una paloma, separó sus labios con las manos y me ofreció su gran clítoris para que lo lamiera. La sujeté por sus grandes nalgas, tomé su clítoris entre mis labios y lo lamí. Apenas tardó un minuto en estremecerse de orgasmo y apartar su clítoris de mi lengua traviesa. Besé sus labios apasionadamente una vez más, y luego me fui. Eso lo dijo todo.

La otra se llamaba Irmi. También encontré en ella una persona receptiva; ella también estaba hambrienta de sexo y siempre dispuesta a tener relaciones sexuales. Me dejó pasar a la antesala y acomodó una pequeña caja. Se quitó la ropa y se recostó sobre la caja. La follé y me corrí rápidamente, y ella siempre insistía en una segunda ronda, aunque yo no podía eyacular por segunda vez. Solo la segunda vez se masturbó mientras follábamos, y yo la follé obedientemente hasta que se corrió. Dejó la puerta de la sala entreabierta, "para que el viejo tonto al menos pueda mirar". Nunca vi a su marido, pero ella me aseguró que nos observaría. Me gustaba mucho la forma frívola y

exhibicionista en que se masturbaba y siempre disfrutaba visitándola.

El romance con Irmi se hizo cada vez más público. Ella tenía dos hijos de padres diferentes, que no eran su marido. «Accidentes», comentó Irmi con sequedad. Su marido había sufrido un derrame cerebral masivo unos meses después de su boda y había quedado discapacitado desde entonces, por lo que ya no podía tener relaciones sexuales con ella. Aceptaba que ella tuviera sexo con otros, pero no en el apartamento, no en su cama matrimonial. «En el pasillo, vale, me parece bien», concedió un poco. Su hijo, Ben, tenía 16 años, a punto de cumplir 17. Su hija, Lea, estaba a punto de cumplir 16. Y ambos nos merodeaban cuando yo tenía sexo con Irmi en el pasillo. Fingían ir al baño, pero eso cambiaba rápidamente. Ben observaba con rabia cómo su madre se masturbaba y luego tenía un orgasmo mientras la penetraban. Lea simplemente se quedó de pie junto a su madre, me vio eyacular la primera vez, y luego de nuevo durante la segunda ronda, cuando mantuve la erección hasta que Irmi tuvo un orgasmo. Intentó, sin mucho éxito, ahuyentar a los niños. Cuando nos quedamos a solas, poco a poco nos fue contando todo.

Ella dejó que Ben siguiera durmiendo en su cama, aunque ya tenía 11 años. Él se apretó contra su madre desnuda hasta que ella le enseñó a masturbarse. Durante días, el niño se masturbó con gran entusiasmo. La observaba masturbarse; ella nunca lo ocultó, y sonrió cuando el pequeño también se masturbó y eyaculó sobre su vulva. Esto no duró mucho. Él quería tener sexo de verdad; los chicos de la escuela hablaban de ello constantemente. Irmi suspiró cuando cedió. Desde entonces, el niño ha tenido sexo con ella todas las noches después de que ella termina de masturbarse. Su esposo ocasionalmente tenía una erección parcial cuando ella se masturbaba y luego tenía sexo con Ben. Era su único placer sexual cuando ella tomaba su erección parcial en la boca y la frotaba; él eyaculaba tres gotas, y ella las tragaba. Él no podía evitar que los dos tuvieran sexo a su lado en su cama.

Lea se masturbaba todas las noches desde hacía mucho tiempo, Irmi lo sabía. La chica siempre hacía lo que le daba la gana; a los 10 u 11 años, como sus amigas, les hacía felaciones a los chicos del colegio,

diciendo que no tenía nada de malo, decía con petulancia y desafío. Cuando Ben, con unos 15 años, quiso (y pudo) tener sexo varias veces seguidas, Irmi le dijo que por fin debería buscarse una chica con la que acostarse. Con buenas intenciones, pero no buscó mucho. Inmediatamente fue tras su hermana, la desfloró y tuvo sexo con ella todas las tardes desde entonces. Irmi no tenía ninguna posibilidad de detenerlo; a Lea le encantaba el sexo tanto como a Ben. Lea había subido otro peldaño en la escalera y pertenecía al círculo de los elegidos que ya tenían sexo con regularidad a esa edad. No era la única; algunas de sus amigas se acostaban con hermanos, primos o padres.

Un día, Irmi acababa de desvestirse y se había acostado en la mesita de noche cuando Lea entró, desnuda. Le exigió a Irmi que le hiciera sitio; ahora era su turno. Me quedé allí de pie como un mueble mudo junto a las dos chicas, Lea, de 16 años, e Irmi, de 35. ¡Lea le recordó a Irmi que se lo había prometido! Miré a Irmi sin palabras e inmediatamente intuí que había perdido. Irmi se puso de pie, Lea se acostó. Me acerqué a ella en silencio. Todavía tenía una figura juvenil, pechos muy pequeños, y pude ver en su vulva sin vello que ya había pasado por mucho.

Irmi estaba desnuda junto a su hija. Asintió y Lea agarró mi erección. Obedientemente, seguí su orden silenciosa; Lea guió mi pene dentro de ella. Su coño no era muy estrecho, pero sí bastante húmedo y cálido. No la abracé, sino que la follé de pie. Lea era una maravilla natural; tenía un orgasmo tras otro. No llevé la cuenta; observé a Irmi, que asentía con la cabeza en señal de acuerdo con cada uno de los orgasmos de Lea y se pasaba la lengua por los labios. Lea se acarició el torso y, en su orgasmo, se tiró de los pechos. Miré el clítoris de Irmi; había apartado los labios y vi cómo su clítoris se endurecía gradualmente. Agarré las nalgas de Lea y me corrí, disparando mi semen dentro de ella en ricos y abundantes chorros. Cuando terminé, di un paso atrás con mi pene semierecto. Lea se puso de pie, renovada. No dijeron ni una palabra. Irmi se tumbó en la mesita de noche y Lea se quedó de pie junto a ella. Irmi ya estaba muy excitada, y mi pene semierecto se deslizó sin esfuerzo. La follé muy despacio, dándole tiempo a mi pene para que se pusiera completamente duro. Irmi se masturbó frívolamente y obscenamente como siempre y se corrió después de unos minutos. Simplemente no pude aguantar

más. Me despedí y me fui, perdido en mis pensamientos. Esta era ahora la nueva rutina: primero follaba a Lea, eyaculaba una carga completa dentro de ella, y luego follaba a Irmi mientras se masturbaba. Una vez le pregunté si no sería más sensato al revés, pero negó con la cabeza. Lea aún no había empezado con la regla, pero ella sí. Irregularmente, pero sí. Al principio, me escabullía arriba todos los días. Era inexplicablemente especial follar a una chica de 16 años cuyos pechos parecían crecer a diario. También era de alguna manera fascinante observar la forma en que madre e hija interactuaban. Pero seis meses después, ya no me corría tan a menudo; había perdido su emoción. Necesitaba más variedad, Eldrid y señora Weber. Cuando volví a visitar a Eldrid después de seis meses, sentí su deseo. Me quedé más tiempo y la follé dos veces más. Tener una erección no fue un problema, y no le importó que eyaculara. Follamos en su habitación por primera vez. Le lamí el clítoris durante los descansos hasta que tuvo un orgasmo, y al final, quedé muy satisfecho. No la había perdido, aunque la había descuidado vergonzosamente. Pero al final se rió e intentó enseñarme algunas palabras obscenas en islandés. “Hali” para pene y “kut” para vagina, “lata sprengja” para follar, y “sjalfsfroa” para masturbarse. Las aprendí diligentemente, pero después de una semana, se me habían olvidado todas. Eldrid sonrió; el islandés es difícil.

A menudo volvía a hablar con Weber sobre Alma, y la verdad es que era muy agradable.

Semanas después, Lina comentó con sarcasmo que podría haberlo hecho sin mí. «¡Me apuñaló, eyaculó dentro de mí! ¡Y ahora me acuesto con quien me da la gana!». No dije nada; no era asunto mío. Pero se lo conté a mi hija. Al día siguiente, mi hija estaba destrozada; había examinado a Lina íntimamente. Mi hija lloró; ¡la niña ya no quería ser niña!

Durante años resistí la tentación de Lina; solo logró acostarse conmigo, montarme, cuando tenía 19 años. Durante años.

Pero esa es otra historia.

El Productor Musical

von Jack Faber © 2023

Tuve suerte, tanto buena como mala. El conductor que me tiró de la moto era rico y tuvo que pagarme una indemnización millonaria. Pero perdí el pie izquierdo y tenía una buena prótesis que me permitía caminar. De repente, tenía el dinero suficiente para fundar mi propia productora.

Mi esposa se divorció de mí hace tres años. Una vez me rescató de las garras de mi madre ninfómana, con quien compartí cama desde los once años. Descubrió que podía eyacular a esa edad y me llevó a su cama hasta los veintitrés. Mi esposa Elsa fue mi salvación, y éramos una pareja feliz hasta que se fugó con su masajista. "¡Él me masturba con tanta sensibilidad, ternura y cariño como ninguna de mis amigas!", decía. Pero ella sufría porque él no quería o no podía tener relaciones sexuales; tenía que practicarle sexo oral, algo que siempre se había negado rotundamente. Ahora Elsa venía una o dos veces por semana cuando estaba de compras en la ciudad para tener sexo conmigo. Estaba muy agradecida de que no se lo reprochara y de que pudiera tener sexo conmigo sin dudarlo. Una combinación inusual, pero estaba bien para los tres.

Profesionalmente, solo tuve un éxito: Gini, la prodigio del canto. Me había dado docenas de muestras vocales, que distribuí a las emisoras de radio con poco entusiasmo. Sus canciones de amor eran oscuras y profundamente melancólicas. Gini era muy reservada sexualmente y necesitaba muchas semanas antes de entregarse. Me gustaba su forma tímida y juvenil de tener sexo; nunca se había acostado con un hombre antes que conmigo. Pero era ambiciosa a su manera. Se acostaba conmigo a diario y, en el orgasmo, se dejaba caer sobre mi pecho, gimiendo y suspirando mientras continuaba, terminando el trabajo. Por alguna razón, las emisoras de radio promocionaron sus canciones, sus CDs se vendieron sorprendentemente bien y dio sus primeros conciertos. Pero nunca se olvidó de venir a acostarse conmigo. Al público le encantaba el cuento de hadas de que aún era virgen, y ella actuaba en consecuencia. Ahora estaba de gira por todo el

país, pero venía a acostarse conmigo al menos cada dos mañanas; eso parecía traerle éxito.

Yo era la única persona discapacitada en mi círculo de amigos, pero el único con dos estrellas fijas en mi lista sexual: mi esposa Elsa y la cantante Gini. Ella aportaba una buena suma a mi pequeña empresa; no podía quejarme. Me concentraba en organizar los conciertos de Gini, siempre buscando buenos músicos para ella y estando preparado para su éxito. A veces viajaba media noche para acostarse conmigo; esa era su garantía de éxito. Solo se acostaba con algunos de sus músicos, pero yo seguía siendo la garantía. A veces lloraba cuando tenía un orgasmo mientras me montaba y se desplomaba sobre mi pecho, pero eran lágrimas de alegría. Siempre supe que no era particularmente bueno en la cama y ciertamente no podía garantizarle el éxito, pero no le impedí que creyera en ambas cosas. Disfrutaba de su sexo exigente; ¿quién rechazaría a una joven de 20 años con rostro angelical y voz dorada? Ella siguió mi ejemplo y ahora se paraba cada noche bajo los focos con un vestido largo, blanco, casi transparente y sin ropa interior. Una hermosa mujer desnuda, ofreciendo inocentemente su cuerpo intacto y su maravillosa voz al público. Ya había empezado a contactar con emisoras de radio de países vecinos y a pensar en una gira internacional. Me encantaba mi destino, follar con Elsa y Gini casi a diario.

Entonces Ena entró en mi oficina. Su nombre real era Magdalena, pero eligió Ena como nombre artístico. Vale la pena describirla. Un corte de pelo bob corto y andrógino enmarcaba su rostro infantil. No tenía pechos, ni caderas, ni trasero discernible. En resumen, era una tabla. Y, por supuesto, no podía cantar mejor que Gini al principio. No tenía ni músicos propios ni otras cantantes; eso quedó claro desde el principio. Pero — y esto todavía me cuesta escribirlo — quería formar un grupo de chicas y hacerse famosa. “¿Y Gini? Tú la hiciste famosa, ¿no, Fred?” Asentí con disgusto a la chica de 16 años, que en realidad ya tenía 21. “Sí”, dije, buscando una salida, “¡pero todo empezó con sexo, mucho, mucho sexo obsesivo!” Mentí, porque quería deshacerme de ella cuanto antes. — Claro — dijo Ena con naturalidad — , ¡te haré todas las mamadas que quieras! Mi estrategia fracasó; sonrió por primera vez, imaginándose ya en el escenario del concierto. — ¡Me importan un bledo las mamadas y todas esas cosas moder-

nas! — gruñí. Regresó del escenario. — ¿Entonces qué te gusta? — preguntó, estremeciéndose pero atenta. — Que me follen, que me monten sentada — dije con calma, mostrando mi pie de acero. Ena lo miró y asintió: — ¡Entiendo! — y luego otro silencio pensativo. ¡Maldita sea, ella era la que quería ser el centro de atención!

Ena se bajó un tirante del vestido y se acarició el pecho distraídamente. Tenía los pechos bastante pequeños y planos, y se concentró en retorcer el pezón con los dedos. «Pero te gustan las mamadas, con la boca, ¿verdad?», preguntó de repente, y yo asentí. «Antes de montar, sí, pero no después», respondí. Sabía que no tenía nada que ganar en el escenario, pero tal vez quería acostarse conmigo. Ella asintió. «Claro. Solo que tengo la regla muy irregular y no quiero quedarme embarazada inesperadamente». Me miró directamente; era del tipo que iba directo al grano. «Tienes que correrte todo el semen en mi boca para que no te corras dentro de mí cuando follemos. ¿De acuerdo?». Esperó un momento hasta que asentí.

Se quitó el segundo tirante del hombro y se puso de pie. Su vestido cayó al suelo. Rodeó el escritorio; pude ver a través de sus bragas de encaje que tenía el pubis afeitado. Se arrodilló frente a mí, y me bajé los pantalones, apartándola descuidadamente con una patada. Pulsé el botón que cerraba la puerta principal y puse el teléfono en “no molestar”. Ena tomó mi pene semierecto en su mano. “¡Mételo todo, toda la carga!”, me recordó antes de tomar mi polla en su boca. ¡Y era buena en eso, maldita sea, lo era! Me recosté y cerré los ojos. Lo hacía todo bien con su puño, sus labios y su lengua. Lo sabía, porque había tenido cientos de mamadas, y la mayoría no se acercaban a lo que Ena estaba haciendo. Tendré que preguntarle si era una prostituta profesional. Entonces me corrí en su boca, y ella lo chupó y lamió todo. Se puso de pie sonriendo y esperó unos momentos. Se bajó las bragas y se sentó sobre mis muslos. Sonreí amablemente mientras ella, con suavidad y delicadeza, me ponía el pene erecto. Se inclinó de nuevo y lo chupó. “Solo para mojarlo, así entrará más fácil”, comentó en voz baja, y lo introdujo. En efecto, se deslizó sin esfuerzo. Se incorporó y me agarró de los hombros. Luego me montó, empezando despacio y aumentando la velocidad, muy parecida a como mi esposa Elsa me montaba. Se detuvo un momento, sorprendida, cuando me corrí, y luego continuó muy despacio, casi ordeñándome, al

mismo ritmo que yo me corría dentro de ella. Solo cuando dejé de eyacular y mi pene se ablandó, lo retiró y apoyó la frente en mi hombro. “Te corriste dentro de mí”, dijo sin tono. “Lo siento”, respondí, “pero así es”. No intenté andarme con rodeos. “Así es, así ha sido siempre”. Le pregunté en voz muy baja si quería tener un orgasmo; había notado su excitación sexual. Tras unos instantes, negó con la cabeza; normalmente solo lo hacía por la noche, antes de dormirse. Asentí y susurré: todas las mujeres que conocía hacían lo mismo. Ena se levantó, se vistió y volvió a sentarse. Hablamos un rato sobre cómo debíamos proceder. Le dije con toda franqueza que para mañana ya me habría olvidado de ella, y que si quería que se quedara grabada en mi memoria, solo tenía que seguir apareciendo para que pensara en ella. Preferiblemente a última hora de la tarde.

Ena consiguió una receta para la píldora, aunque detestaba los químicos, y también tenía a mano la píldora del día después. Tenía que reconocerle algo: rendirse no existía en su vocabulario. Venía todas las tardes, mucho después de Gini y Elsa, todas las tardes. Intentaba por todos los medios que eyaculara en su boca, pero yo siempre me corría durante el sexo, aunque fuera solo un poquito. Marcaba con una verde en mi calendario todos los días.

Ena, que veía las actuaciones de Gini en la televisión local todas las noches, finalmente trajo a su primera integrante de la banda, María. Tenía su edad, era bastante curvilínea y rellenita, y cantaba algunas canciones de estrellas famosas. ¡Sí, tenía voz! Asentí a Ena; ¡María estaba bien! ¿Le había contado lo que esperaba? Ena asintió con tristeza. María solo tenía 19 años y aún era virgen; nunca había hecho una felación, solo muchas masturbaciones. Pero quería aprenderlo todo, intervino María; ¡quería esforzarse al máximo! Asentí con la cabeza; debería desnudarse como Ena y mirar de cerca; mañana sería su turno. Miré la desnudez de María con curiosidad. Tenía unos pechos hermosos y llenos y, como Ena, estaba completamente depilada, como la mayoría de las chicas hoy en día. Se arrodilló junto a Ena, quien le mostró la felación con gran detalle y la dejó intentarlo una y otra vez. Ena abrió la boca de par en par para mostrarle a María cómo eyaculaba dentro y ella tragó el semen con una sonrisa.

María tuvo que tocar mi pene con la mano mientras Ena lo insertaba y mantener la mano ahí mientras me montaba. Ena tuvo su primer orgasmo mucho antes de que yo me corriera y me mordió el hombro mientras el orgasmo sacudía su coño de un lado a otro. Le sonrió tímidamente a María y continuó, terminando como es debido. María le preguntó ansiosamente a Ena si estaba bien con que la tocara con los dedos mientras la follaba. Ena sonrió; estaba perfectamente bien, aunque era un secreto entre ellas y Fred ya lo había visto. María siguió asintiendo; lo había oído y entendido todo. Estaría lista mañana. Las dejé flotar y pensé por un momento. Gini vendría antes del desayuno, eso era seguro. Llamé a Elsa; necesitaba un descanso mañana porque dos chicas venían a tener sexo por la tarde. Oí la amplia sonrisa de Elsa por teléfono. Fue bueno que le dijera la verdad y no inventara una mentira estúpida. Sabía que Elsa podía detectar cualquier mentira de inmediato.

Ena y María llegaron puntuales. Las escuché atentamente mientras cantaban canciones conocidas juntas, y finalmente oí la voz grave de Ena. Ella realmente podía improvisar la segunda parte y dejar que María tomara la iniciativa. No estaba insatisfecho y pensé: “Dos chicas más y unos cuantos buenos músicos de estudio, y podemos empezar”. Pulsé el botón de bloqueo de forma ostentosa; ya estaba increíblemente ansioso por follarme a María. La sentí de la cabeza a los pies. Tenía un clítoris mucho más pequeño que Ena, Gini y Elsa. Se arrodilló frente a mí, con Ena arrodillada a su lado, casi como una apuntadora. María estaba haciendo la felación muy nerviosa, y Ena susurraba instrucciones. No pude hacer que se corriera dentro, así que Ena tomó el relevo inmediatamente. Me dejó correr dentro de ella y se tragó el semen.

María se quedó de pie frente a mí con cierta vacilación. “¡Lo quiero, de verdad lo quiero!”, gritó dos veces, medio susurrando, para animarse. Se sentó correctamente, pero su mano temblaba demasiado al introducirme. Ena guió mi pene hacia la abertura vaginal de María y esperó. Con una embestida salvaje y decidida, colocó su vagina sobre mi pene y suspiró, luego me cabalgó muy bien. Me corrí dentro de ella, muy bien y con fuerza. Luego me limpié la poca sangre del pene con un pañuelo. María se levantó con los ojos brillantes y le dijo a Ena que no le había dolido nada. Las despedí a las dos y

llamé a Elsa. Le conté todo, y reímos y charlamos durante casi una hora.

Días después, el cuarteto estaba completo. Ria y Tina eran excelentes cantantes, así que puse una cinta. Ensayaron solo media hora, luego el cuarteto empezó a tocar y yo escuché con los ojos cerrados. «Voy a trabajar con ellas», dije en el silencio. «Mañana deberían darme cuatro sugerencias para el nombre de la banda». Pulsé el botón de bloqueo; quería follar. Las cuatro se desnudaron.

Toqué con curiosidad a Tina y a Ria. Ya no eran vírgenes, y la descarada Ria soltó, mientras le tocaba el clítoris, que se masturbaba mucho todas las noches. Tina no quiso quedarse atrás y dijo que se masturbaba durante mucho tiempo por la noche. Varias veces. Y siempre después del sexo. “No quiero tener un ataque al corazón”, les dije a las cuatro dulces elfas, “una puede hacerme una mamada y otra puede follarme, o follarme en vez de hacerme una mamada”. Ena y María se echaron atrás de inmediato; Ria y Tina querían follar y no hacerme una mamada. Agarré la mano de Ria, “¡Tú primero!”. Y así sucedió; tres observaron cómo Ria y luego Tina me follaban como es debido. Tina fue la única que se apretó contra mí y se masturbó frívolamente, obscenamente y exhibicionistamente después del sexo. Antes de que se fueran, dije que tendría una banda de músicos el lunes. Y solo quería follar con dos de ellos; eso era más que suficiente. Se marcharon charlando animadamente y yo llamé a Elsa.

“Cuatro Ángeles”, “La Casa de las Cuatro Chicas”, “Las Chicas Calientes” y “Nosotras Chicas” fueron sus sugerencias. Asentí con entusiasmo: ¡fantástico! Entonces, ustedes son “Escenarios Calientes”, ¿todos de acuerdo? Me arrepentí de mi exceso de confianza. Cuatro contra uno. Las dejé despotricar durante quince minutos, y eso fue suficiente. Serán “Pantalones Calientes”, usando pantalones cortos como su sello distintivo, modificados para que sus bragas fueran visibles para el público, y tops, camisetas o sujetadores atrevidos y reveladores. En el silencio que siguió, Ena dijo que sin bragas, mostrando los labios y las hendiduras sería más efectivo. El silencio era palpable. Entonces dije con una sonrisa: “Si actúan en una iglesia o frente a niños, ¡entonces definitivamente usen bragas!” Ahora todos se

reían; el momento incómodo había terminado. Me abstuve de tener sexo; Gini y Elsa ya me habían agotado por el día.

Las chicas con pantalones cortos ensayaban con los músicos todos los días, y después de que se iban, me hacían una mamada o tenían sexo. Todas tomaban la píldora, así que podía eyacular dentro de ellas cuando quisiera. Las mamadas se volvieron menos frecuentes, lo cual me venía bien; tener sexo era muy divertido.

Cada vez grababa maquetas con más frecuencia; estaba muy ocupado con el trabajo para Gini and the Hotpants. Las maquetas iban a las emisoras de radio y desaparecían igual de rápido. Tocaban cada pocas semanas en pequeños escenarios; su música no era lo suficientemente distintiva. Pero pronto se corrió la voz de que los Hotpants no llevaban nada debajo de sus pantalones cortos: ¡se veía "todo"! Tuve que reservar locales más grandes; los CD seguían sin venderse bien, pero los conciertos se agotaban cada semana. Contraté a tres fotógrafos profesionales para que fotografiaran las actuaciones en directo y sacaran tantas fotos de vulvas como fuera posible. Le encargué a una diseñadora profesional que creara las portadas de los siguientes CD con las fotos de vulvas, pero me convenció de difuminar las vulvas en las portadas, es decir, de eclipsarlas, e imprimir en su lugar las letras como un inserto, colocando allí las fotos originales de vulvas. Eso era más inteligente desde la perspectiva de las autoridades de censura del estado. La buena mujer tenía razón; los CD se vendían como churros y el "suplemento" pasó desapercibido para los censores. Los pantalones cortos ajustados fueron un éxito. El dinero entraba a raudales en mis arcas.

Organizar conciertos para Gini y los Hotpants se convirtió en una verdadera tortura. Tuve que bajarle un poco el ritmo a Gini; ya no tenía tanto tiempo para follar, lo siento. Los Hotpants también tuvieron que tomárselo con calma. Solo quería acostarme con una chica al día; que se las arreglaran entre ellos. En cambio, pasé más tiempo con Elsa; era, con diferencia, la mejor en la cama. Pero me mantuve obstinadamente callado cada vez que ella consideraba abiertamente dejar al masajista. Era una decisión solo suya; no dije ni una palabra al respecto.

Necesitaba una empleada; la carga de trabajo era excesiva para una sola persona. Una mujer, no un hombre; eso quedó claro desde el principio. Así fue como Molly me contactó. Era justo lo que buscaba. Se había tomado un descanso de ocho años para criar a su bebé y estaba ansiosa por trabajar. Además, era muy buena en todo: comprendió cómo funcionaba mi trabajo en la primera hora y se volvió independiente desde la segunda. La mujer de 45 años sonrió y dijo: "Ya sea que venda maquinaria agrícola u organice eventos, es completamente irrelevante". Hacía tiempo que había elaborado una lista de verificación detallada para los diferentes tipos de proyectos, y Molly la utilizó. Salvo algunas erratas, que corrigió con una sonrisa, todo estaba impecable.

El primer día, invité a Molly a almorzar a un restaurante italiano; me pareció lo correcto. Ella, por supuesto, notó mi cojera y evitó preguntar al respecto. Se lo expliqué y simplemente asintió. La comida fue un éxito; nos conocimos mejor y descubrí que solo se acostaba con su marido. Ciertamente no era fácil para ella, pero estaba cumpliendo sus votos matrimoniales. Llevaba casi diez años casada y ya había sospechado de su marido varias veces, quien, por supuesto, no admitió nada. Esa era también una de las razones por las que quería trabajar, para no depender de un estafador si las cosas salían mal.

Decidí ser completamente honesto con ella hoy, en el primer día. Gini, Elsa, los pantalones cortos por separado. Fue duro, pero no quería mentirle. Preguntó por Elsa tres veces. ¿Divorciada, y aun así...? No dijo la palabra. "Sí, follamos, ¡follamos con el mayor placer!" Solo sentados, por mi pierna. Asintió; eso era fácil de entender. ¿Pero el otro hombre? Le expliqué que él solo eyaculaba en su boca y que ella ya estaba muy molesta por eso. "¿En la boca... adentro?" preguntó, estremeciéndose. Le conté directamente cómo Elsa se lo hacía a él, y Molly se horrorizó bastante. Apenas podía imaginarlo. Le dije que los pantalones cortos a veces también me hacían una mamada. Lo asimiló en silencio. "¿Tienen que hacerlo, o se les permite?" fue su pregunta, y le aseguré que nunca había obligado a nadie a hacer nada, fuera voluntario o no; siempre me he apegado a ese principio. La cena había terminado, pero le pregunté de todos modos. No, ella había llegado a su compromiso virgen, nunca había estado con otro hombre... y lo hacían, él generalmente arriba, ella abajo. Un

par de veces su esposo había querido hacerlo por detrás como perros, pero a ella nunca le había gustado. Al principio, cuando tenía la regla, ella se lo hacía muy suavemente con las yemas de los dedos, como entendía sus instrucciones, tirando muy suavemente del prepucio hacia adelante y hacia atrás sobre el glande; eso era suficiente para que él eyaculara durante los primeros meses. Más tarde, sin embargo, usaba el puño con firmeza; así le había enseñado él cuando sus suaves caricias con las yemas de los dedos ya no eran suficientes para él. Desde que nació Kevin, él a menudo lo hacía solo, y ella sospechaba que también abusaba de su madre durante el día. Molly se sonrojó ligeramente; su madre había vivido con ellos desde el nacimiento de Kevin, pero desafortunadamente, tenía demencia. Podía cuidar al pequeño maravillosamente y sin problemas durante el día, pero por la noche su mente se nublaba.

Entró desnuda en su habitación y se acostó junto a su marido. Deseaba desesperadamente tener sexo con él, dijo, pero Molly se dio la vuelta e intentó dormir. Él no cumplió sus votos matrimoniales y tenía sexo regularmente con la madre. El corazón de Molly casi se detuvo, pero los dos tuvieron sexo como locos. Él no le dio a Molly la oportunidad de hablar con él al respecto. Molly permaneció en silencio, perdida en sus pensamientos. — ¿Y lo hizo ella misma? Molly se sonrojó intensamente. Una amiga se lo había enseñado el año pasado; lo había hecho una docena de veces delante de Molly y también una docena de veces con el dedo. No había sabido cómo, y ahora solo lo hacía de vez en cuando, no todas las semanas. La cena terminó y volvimos a la oficina.

Le dije a Molly que cuando tuviera visitas femeninas, saliera a caminar y solo regresara cuando la puerta estuviera abierta. Eso funcionó bastante bien las dos primeras semanas; si la puerta seguía cerrada, se iba. Pero después de dos semanas, dijo que era una solución estúpida. Estaba perdiendo demasiado tiempo, perdiendo llamadas y sin hacer nada. Giró su escritorio y me dio la espalda. Debería simplemente acostarme con las mujeres; ella no se daría la vuelta y seguiría trabajando. Me encogí de hombros; me parecía bien. Funcionó bastante bien durante unos seis meses. Por supuesto, Molly se dio cuenta de que teníamos sexo; incluso pensé que a veces

nos observaba a escondidas, pero no importaba. Ella hacía su trabajo excelentemente y yo podía tener sexo tan a menudo como quisiera.

Una mañana, Molly llegó al trabajo con los ojos rojos y llenos de lágrimas, y el rostro pálido. Me alarmé y fui a verla. Si estaba enferma, ¡no tenía por qué venir a trabajar! Negó con la cabeza: «¡No estoy enferma!», y rompió a llorar. Bloqueé el teléfono y las llamadas se desviaron al buzón de voz. Luego, tomé una silla de visitas y me senté junto a Molly. La dejé llorar y solo le pregunté qué le pasaba cuando carraspeó ruidosamente y se secó las lágrimas.

Ese estúpido cerdo quería el divorcio; llevaba mucho tiempo teniendo una aventura y se fue a vivir con ella. Prometió mantenerla económicamente a ella y a Kevin; no podía permitirse demandarla por su trabajo. "¡Me engañó durante años! Sabía lo de mi madre, ¡pero no iba a divorciarme por eso! Pensé que era algo temporal, principalmente por culpa de mi madre desquiciada, y que al final se acabaría. Y ahora se ha ido, como lo había planeado desde el principio. ¡Estoy sola con Kevin y su madre!"

La dejé llorar, porque no había nada que pudiera hacer. Al menos él era lo suficientemente decente como para mantenerla económicamente. Ganaba un sueldo decente trabajando para mí, eso no era problema. Pero todo lo demás sí lo era. Decidí cerrar la oficina hoy y cancelé abruptamente con Elsa y Ena. Tomé a Molly y bajé al restaurante italiano. No había comido desde ayer al mediodía. Una buena comida siempre es una buena idea.

Todo brotaba de ella de forma desordenada y caótica. Sus padres se habían separado cuando ella tenía trece años. Se fue con su padre; su hermano de diez años se quedó con su madre. Tuvo suerte; su padre la educó para ser una joven culta. No le interesaba el sexo en absoluto, nunca hizo insinuaciones inapropiadas, y a ella tampoco. Así, se casó con el hijo de su jefe siendo virgen.

Su hermano tuvo una mala experiencia. Su madre era ninfómana y lo sedujo cuando tenía 11 años, en cuanto pudo eyacular. Se quedó en la cama de su madre y se independizó a los 18, se casó y se mudó a una ciudad lejana, y desde entonces evitó a su familia. Su matrimo-

nio con el marido de ella había sido bueno durante muchos años, solo se había deteriorado en los últimos meses. Dejaba que la madre de ella entrara en su cama por la noche y tenía relaciones sexuales con ella junto a su esposa. Ya casi no tenía relaciones sexuales con su esposa; llevaban meses sin tenerlas. Pero se esforzaba mucho por proyectar una imagen de familia feliz ante su hijo, Kevin. Y ahora se había ido, el tramposo, el traidor.

Molly ya casi no lloraba; su indignación superaba la pérdida del tipo que se había acostado descaradamente con su madre en su cama matrimonial. Intervine; mi experiencia había sido bastante similar. Le conté que había dormido en la cama de mi madre hasta los 23 años, y que incluso después de casarme con Elsa, ella se quedaba a dormir en nuestra cama matrimonial al menos una vez por semana. A Elsa no le había importado en absoluto que yo me acostara con la anciana una o dos veces por semana. Elsa sonrió con complicidad y sonrió, dando a entender que la pobre mujer sufría terriblemente por su ninfomanía. Solo se le pasó años después, cuando su libido desapareció de la noche a la mañana. Como si lo hubiera presentido, Elsa me llamó para ver cómo estaba. Me levanté y di unos pasos para hacer la llamada, mientras Molly devoraba su tercera ración de pasta. Regresé diez minutos después; había terminado la pasta y el vino blanco. Era buena señal. Comimos durante otra hora y luego nos fuimos. Arriba, en la oficina, me senté inmediatamente frente a la pantalla; tal vez había llegado algo importante. Levanté la vista, sobresaltado. Molly estaba de pie justo delante de mí. Desnuda.

Sonrió para disimular su inseguridad. La miré; tenía un cuerpo normal, pechos pequeños y caídos, un pequeño y espeso vello rubio sobre la vulva. Se quedó allí seria, dejándome escudriñarla. No había tenido sexo en un año, dijo en voz baja, bajando la mirada avergonzada, y en ese tiempo solo se había masturbado dos veces con el dedo porque mi follada en la oficina la había excitado mucho. “Quiero follarte ahora, Fred, estoy tan desesperada. Por favor. ¡Por favor, déjame follarte!” Pensé, rapidísimo, en si habría algún inconveniente. Recordé que alguien había dicho una vez que no era buena idea. Aparté el pensamiento y pulsé el botón de bloqueo. Asentí y tomé la mano de Molly. Mi pantalla pitó: un correo electrónico.

Levanté ligeramente las caderas y me bajé los pantalones. Molly se sonrojó al ver mi pene. “Nunca he visto otro pene, nunca me he acostado con nadie más”, susurró, “¡pero ahora quiero, de verdad quiero!”. Se sentó en mi regazo y extendió la mano hacia mi pene. “Es mucho más grande y grueso que el suyo”, suspiró decepcionada al ver que no entraba de inmediato. “Nunca me he acostado con otro pene”, dijo pensativa, “y Kevin nació por cesárea porque mi vagina era demasiado estrecha. ¿Quizás todos los hombres tienen penes más grandes que el suyo?”. Intentó de nuevo, sin éxito, introducir mi pene. “¡No entra, no cabe!”, suspiró, a punto de llorar. Murmuré que antes había entrado en todas partes, que debería intentarlo con más fuerza. Molly asintió con incertidumbre. “Nunca lo he hecho en esta posición, pero lo he visto hacer muchas veces. Aquí, contigo”. Su susurro apenas fue audible. Ella levantó las caderas, guió mi pene hacia su vagina con una mano, y yo la agarré de las nalgas y la bajé lentamente sobre mi pene con firmeza. Soltó un gemido de dolor y luego se rió. “¡Es como perder la virginidad por segunda vez!”, exclamó riendo. “¡Pero se siente de maravilla, Fred, tu pene me llena por completo!”. Su vagina estaba sorprendentemente apretada, cálida y húmeda. Se sentía muy bien.

Ella empezó a follarme. Me folló muy despacio, despacio arriba y despacio abajo, hasta el final. Sentí su clítoris deslizarse por mi polla. Iba bien, mi excitación aumentaba, y después de unos minutos jadeó, “Fred, me vengo”, y luego gritó más fuerte, “¡Ya viene, Fred, ya viene!” Unos momentos después, se dejó caer sobre mi pecho con un largo suspiro. Pude sentir su orgasmo con su polla. Abrió los ojos, “Rara vez he tenido un orgasmo cuando él me folla”, dijo, y sentí su orgasmo muy claramente. Se quedó tumbada sobre mi pecho hasta que el orgasmo disminuyó. Moví el culo y le gruñí que siguiera. Lo hizo, y terminó con movimientos lentos y firmes de arriba abajo, abriendo la boca mientras me corría dentro de ella. Sus párpados se agitaban mientras disparaba chorro tras chorro dentro de ella. Se quedó sentada sobre mi polla durante un buen rato, con la cabeza sobre mi pecho. “La primera vez que alguien más se ha corrido dentro de mí”, susurró casi inaudiblemente.

La oficina permaneció cerrada ese día, sin duda. Hablamos de sexo y masturbación; ella no sabía mucho del tema. Dijo que tal vez de-

bería masturbarse más a menudo si eso la hacía sentir bien. Saqué el coñac de mi escritorio y bebimos bastante. Se quedó sentada desnuda en mi regazo, jugando con mi pene flácido. Le dije que follar con tantas mujeres diferentes era un gran desafío físico y que no debía presionarme demasiado. Lo entendió de inmediato; no quería ser responsable de mi infarto. Nos reímos como niños que acaban de inventar algo escandaloso. Cayó la noche, pero ella no quería irse de mi regazo, no cuando yo tenía una erección magnífica. Más preliminares, penetración más enérgica. Ella estaba radiante, borracha como estábamos los dos, y me folló a su manera, con largos movimientos de arriba abajo, dejando que su clítoris se deslizara por mi pene. Ella no tuvo un orgasmo y yo solo eyaculé unas pocas gotas tristes. Pero ambos estábamos felices y su ex de mierda no estaba por ningún lado.

Retomé mi ritmo, Gini, Elsa y los pantalones cortos, uno tras otro. Molly me dijo, sonrojándose, que ahora se masturbaba todas las noches y fantaseaba con el sexo maravilloso. Todas las noches, cuando terminábamos, venía a preguntarme con curiosidad si tenía ganas. A veces no tenía ganas ni energía, pero la mayoría de las veces teníamos sexo para terminar el día. Le había enseñado lo importante que era el roce de su clítoris para su orgasmo, y ella realmente lo aprendió. Ya no nos importaba a ninguno de los dos si yo podía eyacular al final.

Fue un buen año. Elsa había dejado a su masajista y había vuelto a vivir conmigo. Sabía que tenía que mantener contentos a los demás. Se rió a carcajadas: “¡No quiero decirte cómo diriges tu burdel!”. Eso lo confirmó; a partir de entonces, solo se refería a él como “¡tu burdel!”.

El Temeroso de Dios

von Jack Faber © 2023

He sido ama de llaves del doctor durante 50 años, primero del doctor y ahora del segundo. Vengo de una familia muy pobre y solo asistí a la escuela primaria durante unos pocos años. Me mandaron a trabajar muy pronto; pensaban que era demasiado tonta para entrar en un convento. Mi mayor deseo era convertirme en esposa de Cristo, y he asistido a la misa matutina todos los domingos durante toda mi vida. En el silencio de la iglesia, puedo hablar maravillosamente con Cristo; nadie me molesta, nadie me presiona para que trabaje.

El doctor me trató muy bien, pero estaba cansado de ser viudo y se había vuelto a casar. La esposa del nuevo doctor era bastante simpática, aunque al principio me trataba como a una niña tonta. Pero pronto se convenció de que yo hacía bien todo el trabajo. Podía estar tumbada desnuda en la cama todo el día, bebiendo martinis y viendo la tele. Tenía un hijo, Jack, que era bastante simpático, pero quizás un cretino que solo quería acostarse conmigo. Jack me cayó bien enseguida porque me llamaba por mi nombre, María; sus padres siempre se referían a mí como la "ama de llaves", como si fuera un mueble. Jack y yo compartíamos las dos habitaciones de arriba, con un baño entre nosotras.

El primer día, Jack me llamó al baño al amanecer; tenía que lavarle la espalda. No me importó en absoluto. Le lavé la espalda sin mirar a izquierda ni derecha y me fui enseguida. Me pedía que le lavara la espalda todas las mañanas; se duchaba todas las mañanas. Solo unos días después me dejó enjabonarle y lavarle la parte delantera. Juro por la Virgen María que siempre evité esa zona y no la toqué. Eso pareció molestarle un poco, y me exigió que también le enjabonara y lavara esa zona.

Claro que había un problema; por eso se llama la "zona problemática". Me ordenó impacientemente que enjabonara y lavara su pene y también toda la "zona problemática". Me preguntó, divertido, si nunca había visto un pene antes. Le respondí con sinceridad que

sí, allá por el estanque del pueblo cuando éramos niños. Me sentí incómodo por su mirada divertida. ¿Tenía Jack 14 o 18 años? No había estado prestando suficiente atención. Me preguntó si quería contárselo. Nos sentamos en el borde de la bañera y se lo conté.

De niñas, siempre chapoteábamos en el estanque del pueblo; allí fue donde vi penes por primera vez. Pero no me interesaban; la abuela me había preparado para la vida en el convento, así que, por supuesto, no me permitía tocarlos. Sin embargo, sí me dejaban mirar; era realmente emocionante y excitante ver cómo las otras niñas jugaban con sus penes. Pero cuando se los frotaban bien, y las mayores se los introducían y se dejaban eyacular dentro, tenía que apartar la mirada; la abuela me lo había ordenado. A veces miraba entre mis dedos, pero eso estaba prohibido. «Sí, he visto penes», le dije a Jack. Él había escuchado en silencio y me preguntó si no había visto más penes después. — No, claro que no. La abuela pronto dejó de dejarme ir al estanque del pueblo con los otros niños porque se suponía que ya no debía ver esas cosas sucias. Le juré a Jack por la Santísima Virgen que jamás volvería a ver un pene. Estaba destinada a ser la esposa de Cristo, ¡y Cristo no mostraba su pene a menos que te convirtieras en su esposa y te entregaras a él! Jack me miró de reojo, preguntándose si de verdad me creía semejante tontería. Me sentí realmente ofendida y lo dije indignada. Quizás no era lo suficientemente inteligente para el verdadero convento, pero cada noche me tumbaba en la cama y rezaba para que Cristo finalmente me tomara y me hiciera su esposa con su santo pene, tal como me había enseñado la abuela. Era sincera en mi corazón; esperaba a Cristo cada noche y me emocionaba hasta las lágrimas al pensar en él. Jack me miró con los ojos muy abiertos y luego tuvo que irse.

A la mañana siguiente, Jack me enseñó algo nuevo que hacer. Después de ducharse, desenroscó la alcachofa de la ducha y ahora solo salía un chorro de agua. Con una mano, tenía que sujetar su pene con fuerza y retraer el prepucio por completo para que el glande quedara totalmente expuesto. Con la otra mano, tenía que mover el chorro de agua de un lado a otro sobre el glande. Me pareció muy gracioso; su pene temblaba y se contraía en mi mano. ¡Me reí suavemente porque era realmente divertidísimo! De repente, el agua salió a chorros del glande, y cuando dejó de salir, Jack dijo que habíamos terminado.

Mientras se secaba, nos sentamos tranquilamente uno al lado del otro en el borde de la bañera, y me preguntó si alguna vez había visto el chorro. Me sonrojé un poco. Sí, aunque la abuela me había prohibido mirar. Había visto a las chicas mover sus penes un par de veces hasta que eyacularon. Pero luego me tapé los ojos porque no tenía permitido ver ese desastre. "Hiciste todo lo que te dijo la abuela, ¿verdad?" Asentí, "Casi todo". Jack tuvo que irse de nuevo, pero deberíamos hablar de ello mañana.

Seguí el consejo de Jack y fui a la zona de lavado solo con sujetador y bragas para que mi vestido no se mojara. Obedientemente usé el chorro de agua y le sujeté el pene hasta que eyaculó. Luego nos sentamos en el borde y se secó. Me hizo preguntas y yo seguí contándole su historia. Cómo las chicas meneaban sus penes; con algunas era muy rápido, con otras el meneo duraba mucho tiempo. Las chicas mayores dejaban que les introdujeran los penes y eyacularan dentro, pero nunca lo vi de cerca, aunque quería verlo con claridad. Le conté todo a la abuela con sinceridad en aquel entonces, hasta que me prohibió jugar en el estanque del pueblo. "¿Crees que todo eso es asqueroso, como mi abuela?", le pregunté a Jack. Negó con la cabeza. "No tenía nada de asqueroso", dijo. "La abuela te hizo creer eso. ¡Solo quería hacerse pasar por una santa!". Yo también negué con la cabeza. "¡La abuela nunca fingió ser una santa!". Jack tuvo que salir corriendo y dijo: "¡Hablamos de esto mañana!". Me quedé sentada. Jack era la primera persona que me había hablado durante tanto tiempo, que me había escuchado durante tanto tiempo. Estaba segura de que la abuela habría dicho que era asqueroso que yo estuviera sosteniendo el pene de Jack en mi mano y dejando que lo enjuagara bajo el chorro de agua. Le saqué la lengua a la abuela por un momento: "¡No estoy sacudiendo su pene, no estoy sacudiendo su pene!". Y la abuela ciertamente no era una santa. De alguna manera, me sentía bien al tener a Jack con quien hablar.

Al día siguiente, Jack me preguntó si podía tocarme los pechos mientras me hacía eyacular. Siempre me había avergonzado porque tenía los pechos del tamaño de sandías turcas, pero Jack fue amable y me dejó hablar. Así que asentí; llevaba sujetador y podía tocarlo sin problema. Como siempre, le sujeté el pene con firmeza y dejé que el chorro bailara sobre su glande. Jack metió las manos dentro de mi

sujetador. Me sobresalté un momento, pero continué. Tocó, exploró y acarició mis pechos, y sus dedos descubrieron mis pezones. Me estremecí de placer y me mordí el labio. Finalmente, Jack eyaculó; parecía encantado y me frotó los pezones con fuerza hasta que terminó. Luego nos sentamos.

No, le expliqué, mi abuela no era una santa, se suponía que yo debía serlo. No era una santa; se subía la falda cada vez que venía un hombre del pueblo. Él se bajaba un poco los pantalones, y yo siempre veía su trasero desnudo rebotando. No fue hasta que tuve siete u ocho años que tuve que salir cada vez que venía un hombre. Ella nunca me lo explicó, pero cuando vi a las chicas en el estanque del pueblo metiendo sus penes y los traseros de los chicos rebotando y eyaculando, inmediatamente entendí que la abuela hacía que los hombres eyacularan igual que las chicas. Pero en realidad no lo vi, solo los traseros de los chicos y los hombres. Jack tenía que irse, pero hablaremos más mañana, dijo por encima del hombro. Me quedé sentada allí un rato más. No le había contado todo a Jack. No me había dejado en paz cuando la abuela me mandaba fuera. Había descubierto que podía espiar a través de la ventanilla de servicio de la cocina, y lo hice durante años. Estaba prácticamente detrás de la cabeza de la abuela y lo veía todo desde esa perspectiva. Desde su cabeza, veía la nuca, sus pechos desnudos y su abundante vello púbico. Casi siempre no veía su pene; entraba y salía de su vello. Con algunos, era muy rápido; con otros, duraba mucho. Nunca vi la eyaculación en sí, pero si se quedaba dentro, lo sabía. Después, los hombres le daban dinero a la abuela, que ella escondía en el armario de la cocina. Pero no estaba segura de si debía contárselo a Jack.

Al día siguiente, Jack me desabrochó el sujetador y lo dejó caer. No podía mirarlo a los ojos; me daba tanta vergüenza que mis pechos me llegaran hasta el ombligo. Pero a él no le importó en absoluto; los acarició como si fueran algo especial, algo sagrado. Dirigí el chorro de agua con gran concentración, queriendo embellecerlo para él por gratitud. Noté que ambos sonreíamos, que eso nos hacía felices. Estábamos sentados de nuevo en el borde de la bañera, y estaba a punto de contarle sobre la abuela cuando Jack me preguntó qué quería decir con estar tumbada en la cama, esperando a Cristo. Se lo conté con detalle. Cómo yacía desnuda, tumbada en la cama, con las

manos y los pies bien abiertos, los ojos cerrados, rogándole fervientemente a Cristo que me hiciera su esposa e introdujera su santo pene en mí. Ese era mi deseo más profundo, mi destino. A veces me emocionaba tanto que ya podía sentir la pequeña cola entrando. Pero era una decepción; solo era mi propio dedo travieso penetrando. Cada noche, durante más de 50 años, he esperado a Cristo. Jack asintió gravemente; me tomó en serio. Dijo que no conocía a nadie más que se lo tomara tan en serio. Quería saber exactamente qué hacía mi dedo. Le expliqué que a veces entraba y salía lentamente, a veces rápidamente. Hice una pausa antes de continuar. A veces me impulsaba a seguir durante mucho tiempo y muy rápido, y luego, inexplicablemente, explotaba; cerraba los párpados con fuerza y veía estrellas que explotaban. Me quedé en silencio, y después de un rato, Jack preguntó con qué frecuencia dejaba que explotara. Lo pensé, unas cuatro o cinco semanas. "¿Es algo malo, algo pervertido?" pregunté en medio del largo silencio. Jack se rió a carcajadas, "Pero no, tonta, todas las chicas y mujeres hacen eso, algunas lo hacen todas las noches, como mi madre, por ejemplo". Sabía que lo de "tonta" era cariñoso. Jack no tenía prisa hoy. Preguntó si podía entrar en mi habitación y verlo. ¿Cómo yacía extendida, esperando a Cristo? Lo decía en serio, así que asentí. — Ven muy despacio después de que apague la luz principal — dije con un nudo en la garganta. Solo de pensarlo me ponía bastante nerviosa. — Se quedaría callado — dijo Jack, y se marchó.

Apagué la luz principal y encendí la más pequeña. Me acosté en la cama como todas las noches y me estiré. Jack entró en silencio, desnudo, y se sentó a los pies de mi cama. De repente me sonrojé porque podía verme completamente desnuda por primera vez; ni siquiera lo había pensado. Pero me tranquilicé, hablé en silencio con mi Cristo y sentí la maravillosa sensación que subía en mi zona problemática. Hablé con mi Cristo durante un buen rato, rogándole con fervor que me convirtiera en su esposa. Deseaba con todo mi corazón ser su esposa, como las monjas. Sentí que mi dedo se movía y me penetraba. Fue una sensación maravillosa; se deslizaba hacia adentro y hacia afuera lentamente, me tomé mi tiempo. No tenía ninguna prisa por hacerlo más rápido. Pensé en Jack, saqué el dedo y me incorporé. Los ojos de Jack brillaban y vi que se agarraba el pene. Había eyaculado sobre sus muslos. "Eso fue maravilloso", murmuró y se fue.

Por la mañana, mientras usábamos el chorro de agua, me preguntó si prefería frotarlo o sacudirlo. Negué con la cabeza, diciendo: "Eso sería asqueroso", y que lo haría con el chorro de agua. Él asintió y acarició mis pechos con los ojos cerrados. Nos sentamos de nuevo en el borde, y él comenzó a decir lo maravilloso que era verme, y que podía oír débilmente que le susurraba a mi Cristo, profundamente conmovida e íntima. Me sonrojé y me sentí avergonzada, pero Jack dijo que había visto más santidad la noche anterior que nunca en la iglesia. Seguía acariciando mis pechos. "Estaba tan conmovido y excitado", dijo, "me froté, sacudí y salpicé. Fue asombroso". Jack se levantó; era el momento.

Él venía todas las noches y observaba mis fervientes oraciones. Pero yo nunca entraba al baño completamente desnuda por la mañana; mi ropa interior era una especie de último obstáculo que no quería superar. En retrospectiva, creo que fue una estupidez. Él me veía desnuda todas las noches, me veía deslizar lentamente mi dedo dentro y fuera, lo sacudía y eyaculaba cada vez.

Pasaron los días y pude sentir cómo se acercaba con fuerza a mi zona problemática. Al principio, solo había dejado que mi dedo se deslizara lentamente, pero sabía que tenía que explotar hoy. Deslicé mi dedo cada vez más rápido; cuanto más rápido iba, más fuerte se acumulaba la tensión. Grité: "¡Ahora!" y dejé que explotara. Vi las estrellas explotar tras mis párpados, y entonces terminó. Levanté la vista; Jack seguía sacudiendo su pene y, después de un rato, eyaculó sobre sus muslos. Se puso de pie y me besó la coronilla. "¡Lo vi, fue muy agradable! ¡Espero que te sientas bien y relajado!" Asentí; realmente estaba relajado.

Todo continuó como antes, yo dejaba que explotara mucho más a menudo que antes. Susurrábamos como niños pequeños, con las cabezas juntas en el baño, y ahora Jack nos contó más. Apenas recordaba a su padre; había muerto en un accidente de moto. Su madre tenía muchas aventuras de una noche, tal vez cientos. Siempre la había espiado y se había frotado el pene, pero no pudo eyacular hasta los 10 u 11 años. Las aventuras de una noche siempre eran rápidas, y él la veía masturbarse y tener orgasmos. Más tarde, reunió el valor para sentarse en su cama, y ambos se masturbaron al mismo tiempo. A me-

nudo le había preguntado si podía tener sexo de verdad con ella, pero ella siempre se negaba. Mientras ella se masturbaba, a veces le permitían meterle el pene muy adentro, pero nunca le permitían tener sexo; ella se mantenía dura. También había visto a su padrastro tener sexo con ella; tenían sexo todas las noches, y después, ella se masturbaba, todas las noches. El padrastro había mirado algunas veces al principio, pero ahora suele ponerse de lado, y ella lo hace sola. Jack se levantó; tenía que darse prisa. Yo había aprendido mil palabras nuevas: masturbación, orgasmo, follar, encuentros de una noche.

Esa noche, después de mi explosión, le pregunté a Jack si había sido un orgasmo, y asintió. "¿Tu madre se masturba como yo?", pregunté, agachando la cabeza; ¡qué pregunta tan escandalosa! Pero Jack negó con la cabeza. "¡No, ella lo hace de una manera completamente diferente!" Ahora tenía curiosidad y lo presioné. ¿Cómo? ¿Cómo exactamente? Sonrió y asintió. "Te lo mostraré". Me puse blanca y roja. Pero se sentó a mi lado y me tocó "allí". Me estremecí brevemente, pero lo que estaba haciendo era asombroso. Después de un rato, jadeé, "¡Ahora!" y me hizo explotar. Cuando recuperé el aliento, dije, "¡Otra vez, de verdad quiero verlo!". Me senté y abrí las piernas. Observé muy atentamente lo que estaba haciendo, y dijo que ese pequeño botón se llama clítoris; está ahí para que las niñas y las mujeres puedan masturbarse. Le mostré que había aprendido a masturbarme correctamente y me masturbé por primera vez usando mi clítoris.

Los días transcurrían como de costumbre, yo dejaba que mi dedo entrara y saliera lentamente como siempre, mientras rezaba a Cristo y deseaba que pronto me reconociera, que pronto me redimiera. Jack había preguntado si podía meterlo para una sesión, para eyacular dentro. Tuve que pensarlo y no respondí hasta dos días después. Discutimos durante un buen rato; yo quería entender por qué. Dijo que le habían permitido meter su pene dentro de su madre y eyacular dentro de ella en su habitación. Lo dejé contar esta historia con una docena de ejemplos, con todo detalle, y luego cedí. Tuvo que admitir que la verdad era algo diferente. Cuando él entraba desnudo en su habitación, ella veía su erección y sabía inmediatamente que tenía que masturbarse y dejar que él metiera su pene dentro de ella y eyaculara dentro de ella. Ella siempre estaba dispuesta a masturbarse

cuando él aparecía, normalmente dos veces por la tarde, ya que le encantaba la masturbación por encima de todo. Mientras ella se masturbaba, él no se movía; no tenía permitido tener relaciones sexuales con ella, solo la eyaculación dentro de ella estaba bien para ella. Sabía que cuando ella se acercaba al orgasmo, se olvidaba de todo lo demás. Tenía un minuto para tener sexo con ella rápidamente y eyacular dentro. Ella lo observaba eyacular con una sonrisa y le acariciaba la cabeza hasta que terminaba, pero nunca se daba cuenta de que él estaba teniendo sexo con ella. "Lo he hecho cien veces, María", dijo entre lágrimas, "todavía lo hago hoy cuando papá está de guardia. ¡Tengo que eyacular tres o cuatro veces al día, María! ¡Soy un hijo asqueroso!" Apoyó la cabeza en mi hombro y sollozó. Me miró con mucha tristeza. "Hace una semana, empecé a tener sexo demasiado pronto. Dejó de masturbarse y me abrazó. 'Adelante', dijo, '¡fóllame!' Desde entonces, hemos estado teniendo sexo consensuado dos veces al día. Al parecer, se había olvidado de todo." Cuando le pregunté al respecto, dijo que no quería mentirme, que no podía prometer que no volvería a tener sexo con ella, que tenía un deseo irresistible. Finalmente, cedí y le permití eyacular dentro de mí después de mi meditación. Cuando terminé de deslizar mis dedos, se arrodilló entre mis muslos y se masturbó. Cuando estuvo listo, me penetró con su pene, dio unas cuantas embestidas rápidas y se corrió. Fue mi primera vez, y fue bueno y hermoso. Repetimos esto todas las noches. Iba al baño por la mañana, para entonces completamente desnuda, y le permitía eyacular dentro de mí por la noche. Me llevaba a mi siguiente orgasmo con mi clítoris, y él me penetraba inmediatamente después de mi orgasmo para eyacular dentro de mí.

Quería follarme bien después de que me masturbara; me rogó, me suplicó. No lo pensé mucho y asentí. Esa noche, me masturbé con el clítoris y luego me penetró; para entonces ya estaba acostumbrada. Me folló con mucha fuerza por primera vez y se corrió maravillosamente al final. Siempre apartaba la mirada cuando se colaba en la habitación de su madre por la tarde, casi todos los días.

Todas las noches me acuesto en mi cama y hablo con Cristo. Él no viene, lo siento. Es Jack quien entonces me toma como a una mujer y eyacula dentro de mí.

No voy a soltar a mi Cristo, no después de 50 años del amor más íntimo, acariciado con un dedo.

Bloqueo del Escritor

von Jack Faber © 2023

Me mudé a esta pequeña isla hace seis meses. Tuve que superar mi bloqueo creativo en un nuevo entorno. Para ser sincera, no me interesaban en absoluto los acontecimientos actuales. En un solo día, el criminal del Kremlin había lanzado los bombardeos atómicos. Acorralado, quería escenificar un ocaso heroico, como el otro criminal de Berlín ochenta años antes. Ni siquiera pudo lograrlo y ahora era solo un anciano destrozado en prisión. Europa, Rusia y Estados Unidos estaban parcialmente contaminados por la radiación. Ese día, la pluma se me cayó de la mano; no pude escribir ni una línea más.

Durante los primeros meses, viví con la viuda Plunkett, cuya hospitalidad iba mucho más allá de la habitación alquilada. Compartir la cama de la viuda, con su insaciable necesidad sexual, no era una conquista; era un servicio que ella necesitaba desesperadamente, y me evitó tener que masturbarme y cocinar. Después de cuatro meses, compré la pequeña cabaña y me mudé. Yo era la trigésimo cuarta familia en habitar la isla. Solo tenía dos vecinos: la ya conocida viuda Plunkett, a quien visitaba diligentemente cada noche para cenar y tomar el postre, y un poco más lejos, Tom Barlow, cuya numerosa familia conocí durante una visita amistosa. Su rostro me resultaba extrañamente familiar, pero no lograba recordar de dónde.

Como ya dije, solía visitar a Plunkett todas las noches porque era el postre, y solo charlábamos superficialmente. No necesitaba nada más, ninguna mente filosófica que me bloqueara constantemente. Mi nuevo hogar era muy sencillo: una amplia sala de estar/dormitorio, una pequeña cocina y un pequeño baño. Tenía electricidad, agua y una buena conexión a internet gratis. La agricultura de la isla era muy moderna y se había encargado de eso. Mi pantalla tenía espacio de sobra en la gran mesa del comedor; las líneas permanecían en blanco. Le había enviado a mi pareja, Rosi, fotos y un plano, y ella vendría en los próximos días con nuestro “hijo”, Jack. Jack no era mi hijo, ni el de Rosi, pero Rosi lo había recogido en algún lugar seis meses antes y lo había acogido. No le fui de mucha ayuda con las autori-

dades, ya que estaba terminando mi última novela, y por lo tanto ella sola tenía la tutela legal del chico de 13 años. (¿De verdad podría ser mi última novela?).

Aparté mi plato; estaba lleno. Plunkett se acercó a la mesa, como todas las noches, y se sentó en mi regazo. Para nuestras cenas, solo llevaba un camisón corto sin nada debajo, y estaba lista para el postre: yo. Era una viuda bien conservada, cuidaba su figura y se mantenía en forma. Su rostro solía ser triste, pero en cuanto se sentaba en mi regazo, su ánimo mejoraba. Desde que su marido había muerto, había vuelto a masturbarse, y lo hacía con avidez, lujuria y obsesión. Follar conmigo era un preludio maravilloso porque, una vez que me iba, seguía masturbándose durante horas hasta que se quedaba dormida de agotamiento.

Recogí a Rosi y a Jack del pequeño puerto en el carrito eléctrico. La electricidad era gratis gracias a los magnates agrícolas, y todos conducían uno de estos cacharros; no había coches. Rumiamos de regreso a casa, y le conté a Rosi lo que había pasado con Plunkett. La visitaría una noche a la semana, y Rosi sonrió con picardía. «¡Tienes que recargarle las pilas una vez a la semana, ¿no?!», se rió, porque en lo que se trataba de sexo, ambos hacíamos lo que queríamos. Pero pude notar cuánto ansiaba verme. La viuda Plunkett fue mi primera aventura desde que empecé a salir con Rosi. Le encantaba la masturbación, y antes de mí, había tenido una vida sexual lésbica muy activa. Mantuvo relaciones lésbicas con sus amigas hasta que adoptamos a Jack. A menudo me hablaba de sus relaciones lésbicas con gran detalle, porque yo no sabía nada al respecto. Había grabado cientos de vídeos con su teléfono inteligente y los había transferido a mi portátil. Solo conocía a las últimas chicas, pero jamás habría imaginado que fueran lesbianas. — Bi — dijo Rosi — , bisexual. Borré las grabaciones borrosas o temblorosas de inmediato. Pero he visto las otras cientos de veces, y todavía las veo a menudo hoy porque eran mejores que cualquier porno en internet. Las chicas se masturbaban completamente absortas, y yo observaba sus expresiones faciales, no solo sus clítoris. A veces Rosi se había filmado a sí misma y a la chica masturbándola o lamiéndola con su lengua y labios. Encontré las grabaciones de una chica follando a Rosi clítoris con clítoris particularmente excitantes. Esos primeros planos me volvían loco; era in-

creíblemente excitante cuando la chica follaba a Rosi hasta que se volvía loca. A veces veíamos algunos clips juntos; nos excitaba a los dos. Jack estaba sentado en la parte trasera de la caja de la camioneta, buscando el equipaje que no estaba acostumbrado a mi estilo de conducción y amenazaba con volcarse por la borda. — La próxima vez conduciré yo — gruñó el chico, que por lo demás casi nunca hablaba.

Preparé un baño caliente para Rosi, y ella tiró su pierna protésica a un rincón, maldiciendo. "¡Dos días sin parar, ya basta!". La entendí y le masajeé el muñón dolorido. "¡No, no lo hagas, cerdo!", me regañó, casi como si fuera una ocurrencia tardía, "¡espera a que esté limpia y en la cama!". Incluso el normalmente taciturno Jack tuvo que reírse. Mientras Rosi se bañaba, Jack y yo preparamos la cena; yo había comprado un montón de víveres. Durante y después de la cena, nos contaron su aventurero viaje en autobús, tren y barco, y finalmente en ferry. Nos reímos mucho hasta que nos fuimos a dormir.

Hoy abracé a Rosi y a Jack una y otra vez. Los había extrañado muchísimo. Los cumpleaños no eran mi fuerte. Jack debía tener unos 13 o 14 años, Rosi tenía poco más de 20, ¿quizás ya 22? Siempre se me olvidaba. Llevábamos cuatro años juntos; la conocí cuando tenía 17 o 18. Me fascinó desde el primer momento; era justo la musa que necesita un buen escritor. Al principio le pregunté cuándo y cómo había perdido la pierna, pero nunca me respondió. Tenía un pequeño muñón en la ingle; era como si un espadachín le hubiera cortado la pierna con un tajo diagonal. Cuando nos acostamos juntos por primera vez después de unas semanas, examiné la herida con mucho cuidado. Me explicó que la prótesis era suficiente para moverse, pero que aún así era muy incómoda de llevar. Era una chica muy limpia y se había afeitado la zona púbica todos los días desde que estábamos juntos. Me había dicho abiertamente que antes le gustaba mucho masturbarse. Pero me entregó su virginidad y me dejó follarla con gran entusiasmo. Bromeaba diciendo que no echaba de menos su pierna para nada, ni al masturbarse ni al tener sexo. Así era ella. Un corte de pelo a lo paje negro enmarcaba su rostro inteligente, sus ojos a veces azul claro, a veces verde claro. Era bastante delgada, con caderas redondas y femeninas, y sus hermosos labios vaginales ocul-

taban su joya. Me encantaba acariciar sin cesar sus pequeños pechos firmes y redondos. Era mucho más culta que sus compañeras, y eso me atraía enormemente.

Habíamos acordado no usar anticonceptivos y que un hijo sería bienvenido. Entonces conoció a Jack. Los primeros días, durmió en el suelo junto a nuestra cama hasta que finalmente me harté y lo llevé a la nuestra. Pronto dejó de usar pijama y se acurrucó junto a Rosi, que estaba desnuda. Al principio, se avergonzaba cuando yo tenía relaciones sexuales con Rosi o cuando Rosi se masturbaba desnuda en la cama. Que yo sepa, él no se masturbaba entonces. Presionaba su pene erecto contra el cuerpo desnudo de Rosi hasta quedarse dormido. Se despertaba completamente desconcertado si había eyaculado sobre Rosi en su sueño. Rosi le susurraba al hombre medio dormido que solo había eyaculado un poco y lo acariciaba hasta que se dormía. Las eyaculaciones nocturnas ocurrían casi regularmente antes de que yo saliera a buscar un lugar para escribir poesía.

Ahora estaban allí. Yo estaba follando con Rosi, que tuvo un orgasmo maravilloso. Jack se presionó contra Rosi de lado mientras follábamos, su mano descansando sobre su coño como siempre, hasta que ella se relajó después de su orgasmo. Se acurrucó en sus brazos y pronto se durmió. Seguimos hablando en susurros; había tanto de qué hablar. Rosi de repente se quedó en silencio y señaló el pene de Jack. El chico hizo leves movimientos de empuje y se corrió sobre el estómago de Rosi. Pareció despertarse, y Rosi le acarició suavemente el pelo, y luego inmediatamente volvió a dormirse. “Esto pasará todas las noches ahora”, susurró, y asentí. ¿Qué más podía decir? “He estado pensando en ello”, susurró, “le enseñaré a masturbarse”. Hizo una pausa, y supe que tenía que esperar en silencio. “Nunca he masturbado a un chico antes”, continuó, “pero hay un montón de consejos en internet. Esperé porque quería tu opinión”. Asentí en señal de acuerdo; me parecía bien.

Desperté sobresaltado del sueño. Era un atraco a un banco, un caos total. Solo un sueño. El atracador se desenmascaró. Era Tom Barlow.

Seguí durmiendo, sin soñar, hasta que el intenso olor a café me despertó. Jack ya estaba desayunando; Rosi había preparado café recién hecho. Tomamos café y por fin me desperté, listo para la acción. Rosi sonrió. “¡Bienvenido, Jim!” Señaló el suelo con la cabeza, donde tres cruces estaban marcadas con tiza. ¿Tiza? ¿Dónde demonios había puesto tiza en la casa? “Si instalamos tres postes aquí, podré moverme por toda la cocina sin bastón.” “Suena a buena idea”, murmuré, “¿pero de dónde voy a sacar los postes?” Rosi sonrió ampliamente y sonrió con descaro. “¿Cuándo fue la última vez que estuviste en un bar lúgubre y de mala muerte en el barrio rojo, querido James?” Estaba tan sorprendido que la miré con la boca abierta. Rosi se rió a carcajadas. “Lo sé, nunca has estado. Pero ahí es donde las bellezas de la noche se balancean en postes. Caliente, ¿verdad?” Vale, lo entiendo.

No había ni una sola tienda en la isla. Llamabas al alcalde, que traía de todo del continente, desde tornillos hasta leche y trajes de hombre. Llamé inmediatamente. “Max, si te ríes de mí, le compraré a tu vecino en el futuro”. Max se rió a carcajadas; sus vecinos a izquierda y derecha eran rediles. Yo también me reí y dije: “Max, necesito tres postes, como los que usan las bailarinas en los bares”. Habría dado una fortuna por ver la cara de Max. Max desde luego no se inmutó. “Jim, hablo muy en serio. ¡Ve a engañar a otro!” Y Max colgó, literalmente colgó. Volví a llamar inmediatamente. “No te estoy engañando. Tres postes, ajustables si es posible, y no olvides lo necesario para asegurarlos”. Miré la nota que Rosi me deslizó. “La altura del techo es exactamente de 2,26 metros, sí, 2,26 al pie de la letra. Y algo para sujetarlos, una tabla o algo así, tornillos, etc.” Escuché. Sí, madera arriba y abajo. 2.26, sí. Max gritó: “Lo tengo todo anotado y te llamaré cuando lleguen. ¡Ni se te ocurra meterte conmigo, te va a salir caro!”. Sonreí al teléfono. “Cuando lo haya instalado todo, tienes que venir sí o sí, y entonces te enseñaré mi bar con las barras para las chicas. ¿De acuerdo?”. Max se aseguró de deshacerse de mí, el loco, lo más rápido posible.

Les había comprado un pequeño escritorio a Rosi y a Jack, con dos portátiles. Si se les quedaba pequeño, siempre podían trasladarlos a otro sitio. Eso solía ser lo habitual; Rosi prefería sentarse en la cama con el portátil en el regazo, mientras Jack y yo nos sentábamos

a la mesa. Había elegido el mejor sitio, con la ventana abierta, con vistas a nuestra amplia pradera y a las verdes colinas a lo lejos, donde pastaban millones de ovejas, haciendo todo lo que hacen las ovejas. Entre comidas, debía haber silencio, tranquilidad para el poeta.

Me senté frente a mi pantalla, mi bloc de notas y una docena de lápices bien afilados. Todo estaba listo, excepto el poeta, que seguía teniendo una pared de hormigón frente a su cabeza. Escribí media página, y luego la borré mientras la releía. Seguí con gran interés lo que sucedía en la cama frente a mí. Rosi había invitado a Jack a la cama con ella y lo había hecho desvestirse por completo. Jack le era totalmente devoto y siempre hacía lo que ella le decía. Ella había apartado la computadora portátil y se había subido el camisón de seda hasta las caderas. Escuché atentamente.

"Ya me has visto masturbarme cien veces. Mira bien, inclínate y fíjate bien en todo. Esto de aquí, este es mi clítoris, ligeramente cubierto por el prepucio. Pon tu dedo sobre él, sí, bien. Este es el clítoris, está ahí para que las chicas podamos masturbarnos, para nada más. Estos son los labios externos, y ahí, empezando desde el clítoris, están los labios internos. Algunas chicas tienen los labios internos mucho más grandes, pero eso no significa nada. Y aquí, mira bien, ahí es donde empieza la vagina, es para follar y tener hijos. Cuando nace un niño, es empujado a través de la vagina, la vagina puede estirarse increíblemente, lo cual también es bueno cuando un hombre me folla con una polla grande o gruesa. Me afeito el vello púbico; me siento limpia e higiénica así. Algunas no se afeitan, cada una debería hacer lo que quiera. Ya me has visto follar cien veces también, si has visto algo. Si quieres saberlo, solo pregúntame.

Durante el sexo, el hombre eyacula dentro de mí. Has estado haciendo esto mientras duermes, y te confunde; no tiene por qué ser así. Así como yo me masturbo para liberar mi tensión, tú también puedes masturbarte para liberar la tuya y eyacular cuando quieras, en lugar de eyacular accidentalmente en algún momento de la noche. Todos los hombres que conozco hacen esto cuando no tienen una mujer con quien tener sexo. Está bien, es normal y es saludable eyacular. Lo haré por ti ahora, y luego tan a menudo y durante el tiempo que

quieras. Puedes venir a mí cuando tengas una erección; esa es la señal de que tu cuerpo quiere liberar el semen.

Rosi extendió la mano hacia el pene de Jack. “Mira, está completamente erecto, así que ya es hora de que se corra.” Rosi retrajo el prepucio sobre el glande con dos dedos, con las yemas. Quise intervenir, decirle que usara el puño, pero me contuve. Continuó durante un buen rato, y Jack se corrió por primera vez. Lo hizo bien, acariciándolo suavemente hasta que terminó. “Solo observa con atención, algún día lo harás tú mismo.” Rosi me miró brevemente, y asentí rápidamente. Lo había hecho a la perfección, lo había explicado a la perfección.

Jack se atrevió a preguntar, y Rosi siempre estaba dispuesta a acariciarlo hasta que se corriera. Tres, cuatro, cinco veces al día. Incluso después de follar por la noche, veía su erección y la acariciaba sin decir palabra. Yo no decía nada; ella lo hacía todo bien, y yo observaba con calma. Finalmente, pude escribir unas páginas. Ninguna editorial publicaría esto: pura pornografía. Pero teclear se sentía realmente bien. Solo faltaba la chispa.

De repente, me vino a la mente Tom Barlow. Estaba seguro de haber visto esa cara antes, pero ¿dónde? Debía de ser en alguno de los periódicos que leo habitualmente. Investigué; pagando una pequeña cuota, podía consultar los archivos en línea, desde la Segunda Guerra Mundial o incluso antes. Dibujé una cuadrícula en mi libreta, periódico por mes, para poder proceder sistemáticamente. Max me interrumpió brevemente: «Los postes para tu barra llegan mañana». Conduje hasta el puerto y recogí todo del ferry.

Rosi, Jack y yo pasamos una tarde instalando los postes; eran ajustables y muy resistentes. Esa noche, Rosi se balanceó de poste en poste; fue perfecto. La nombré Tarzán honoraria. Limpiamos y llamé a Max. Todo había salido a la perfección, y podía venir a ver nuestro bar cuando quisiera, pero tendría que traer su propio whisky; el mío se estaba acabando. «¡Así que, un envío a domicilio de whisky!», gritó Max por teléfono, y yo añadí: «¡Por el mismísimo jefe!». Max pareció dudar un momento. «Mi lema: ¡ninguna noche sin whisky!»,

dijo, y estaría allí en media hora con el líquido que nos salvaría la vida.

Llegó un poco tarde y algo ebrio; primero tuvo que elegir la marca adecuada, una digna de un escritor de fama mundial. Luego entró en nuestra casa. “Ya veo, ya veo”, dijo, y se sentó, sin entender qué hacían los postes en la sala. Entonces Rosi llegó volando por el aire, de poste en poste. Llevaba una falda bastante corta y no llevaba ropa interior; mostró su vulva brevemente, luego se sentó a la mesa. “Señor alcalde, permítame presentarle a mi esposa y a este, nuestro Jack. Sí, Jack, dale la mano al alcalde; es la persona más importante de la isla. ¡Sin él, estaríamos durmiendo en el suelo y muriéndonos de hambre!”. Se convirtió en una noche divertida; bebimos media botella, y Rosi corría de un lado a otro, y los ojos del bueno de Max se abrían de par en par cada vez que ella mostraba su vulva. No paraba de golpear la mesa: ¡qué niño tan listo era yo! Mi esposa podía moverse por toda la habitación como si estuviera volando. Me preocupé cuando Max se subió con dificultad a su patinete eléctrico y dijo: «Espero que no me paren». Hizo una pausa. «¡Pero si aquí no hay policía!», y luego soltó una carcajada. «¡Mi querida Molly conoce el camino ella solita!», y salió disparado.

Le di una palmadita en las nalgas a Rosi. “Le diste una buena paliza”, y ella espetó: “¡Viejo machista, para eso estamos los vagos!”. Me conocía lo suficientemente bien como para saber que no quería ser un machista y que no me comportaba de forma condescendiente con las mujeres. Rosi susurró: “Esta mañana, cuando estabas en el puerto, Jack se masturbó por primera vez. Pero no lo disfrutó mucho y dijo que yo lo hago mucho mejor para él”. Entramos y, después del sexo, Rosi masturbó a Jack, que estaba radiante de felicidad. Nos quedamos dormidos y soñé con Tom Barlow.

Me senté frente a la pantalla y comencé a escribir, mi historia pornográfica avanzaba, vi giros y vueltas y desvíos sorprendentes que hicieron que la escritura fuera tan fácil. Pero siempre levantaba la vista de la pantalla cuando algo sucedía en la cama. Tenía la impresión de que Rosi se masturbaba mucho más a menudo durante el día ahora que antes. Jack se sentaba desnudo a los pies de la cama cuando ella se masturbaba y apretaba y apretaba su pene. Estaba increíblemente

excitado cuando ella se acercaba al orgasmo. Su rostro se contorsionaba por el esfuerzo y miraba casi penetrantemente a los ojos de Jack antes de echar la cabeza hacia atrás en el orgasmo, su cuerpo temblando y estremeciéndose. Fue muy conmovedor para mí cómo el chico grande se arrastró hacia ella, la abrazó con fuerza y le acarició el cabello, la cabeza y la cara. Ella se volvió completamente suave y se acurrucó junto a su hijo mayor. No lo hizo esperar; tocó su prepucio con las yemas de los dedos y lo frotó muy despacio y suavemente hasta que él se corrió. Susurraron el uno al otro, y entendí que ella quería animarlo a masturbarse. Resistió muchas tentaciones. Por ejemplo, ella le sugirió que se masturbaran juntos. Pero, evidentemente, disfrutaba de ser llevado al orgasmo.

Leía los periódicos uno tras otro, uno al mes, y era un trabajo agotador. Examinaba cada foto, buscando alguna mención de Tom Barlow. Tardé cuatro días en leer los periódicos de todo un mes, y estuve a punto de desesperarme. Cumplí con mi horario: tiempo para escribir, tiempo para leer los periódicos. Muchos artículos me recordaban el suceso, pero no había ni rastro de Tom Barlow.

Rosi logró una pequeña victoria. Ella comenzaría masturbándolo como antes, pero él tuvo que tomar el relevo para el final, y al final, se le permitió eyacular sobre sus pechos. Funcionó; en su excitación, se masturbó con el puño sin que nadie le mostrara cómo, y sonrió con una cara distorsionada cada vez que se le permitía eyacular sobre sus pechos. Los ojos de Jack se salieron de sus órbitas cuando Rosi recogió su semen de sus hermosos y redondos pechos con el dedo, se lo llevó a la boca y se lo tragó. “¿De verdad te lo tragas?”, preguntó incrédulo, y ella asintió, diciendo que no tenía nada de malo, ¡y que sabía muy bien! Estaba casi seguro de que lo tentaría a eyacular en su boca, pero no lo hizo.

En cambio, ella le ofreció que si se masturbaba desde el principio, podría colocar su glande sobre sus labios y eyacular allí. Sobre sus labios, sobre su vulva. Los ojos de Jack se iluminaron brevemente, pero no aceptó su oferta hasta el tercer día. Con el buen tiempo, disfruté sentándome en el banco de piedra que rodeaba la casa y fumando. Fumar me despejaba la mente, y observar a las ovejas de enfrente me trajo paz y orden a mis pensamientos. Jack salió de la casa des-

nudo y se sentó muy cerca de mí. Le pasé un brazo por los hombros; tenía algo en mente. Encendí un cigarrillo, y él negó con la cabeza; aún no fumaba. Luego formuló su pregunta torpemente, como siempre que estaba luchando. ¿No era demasiado eyacular? ¿No era perjudicial para la salud eyacular tan a menudo? "Ya he eyaculado siete veces hoy", terminó. Le aseguré que reprimir la eyaculación era perjudicial. Aunque ya hubieras eyaculado, estaba bien masturbarte sin eyacular si querías. "¡Así que no te preocupes, Jack!" Tenía otra cosa en mente. Rosi le había permitido eyacular en su vulva, en sus labios... ¿me parecería bien? "Sí, por supuesto, ¡eyacular en los labios es un placer enorme!" Jack suspiró aliviado. "¡Gracias, Jim, eso ayuda mucho!" Segundos después, desapareció de nuevo en la casa y se tumbó junto a Rosi. Volví a la pantalla de mi ordenador.

Rosi se había quitado el camisón hacía rato y se había estado masturbando mientras Jack estaba sentado afuera conmigo. Ella le mostró la mejor manera de arrodillarse y rozó sus labios vaginales con la punta de su pene, pasándolo arriba y abajo por su hendidura durante un rato. Luego le dijo que se masturbara. Sostuvo la punta de su pene contra sus labios vaginales con un dedo y susurró lo maravilloso que lo estaba haciendo. Él se masturbó correctamente, con el puño y rápidamente. Se enderezó; estaba a punto de eyacular. Rosi presionó la punta de su pene firmemente contra sus labios vaginales y lo dejó eyacular. Se dejó caer sobre sus talones y balbuceó lo maravilloso que había sido. Rosi limpió el semen con el dedo y se lo tragó. Él la abrazó agradecido y se acostó para dormirse. Leí el siguiente periódico, buscando a Tom Barlow.

Pasaron muchas semanas, llegó la primavera y el verano llegó a su fin. Yo había leído durante todo un año; mi colección de pornografía ya tenía unas 60 páginas, y Rosi se masturbaba cuatro o cinco veces al día, a veces más. Por lo demás, leía sobre la Revolución Francesa en su portátil, lo cual no me sorprendía, ya que una vez había querido estudiar historia. Jack avanzaba con el material de la siguiente clase en su portátil; planeaba presentarse a los exámenes como candidato externo en otoño. Pero se levantaba una docena de veces y se acostaba junto a Rosi. Ahora siempre se masturbaba; tenía permitido empujar el glande contra su vulva mientras se masturbaba para que no se saliera. Eyaculaba dentro de ella cuando le apetecía, y ella le

acariciaba el pelo y lo abrazaba después. Estaba muy contenta de que ahora siempre se masturbara.

Cuando Rosi se sentó a mi lado en el banco de piedra y encendió un cigarrillo, significaba que tenía algo que contarme, sin Jack. Fumó nerviosamente, luego apagó el cigarrillo y empezó. Mientras yo estaba fuera buscándola, ella se había hecho varios exámenes ginecológicos. Esta mañana habían llegado los resultados finales. Tenía un 80% de infertilidad. Eso significaba que solo tenía un 20% de posibilidades de tener un hijo. Ya lo sospechaba, y ahora lo tenía por escrito. Me quedé callado; ¿qué podía decir? Ella vio mi expresión y me tomó de la mano. "Está bien, superaremos esto, ¿verdad?". Asentí; siempre podíamos adoptar un bebé, aliviar el sufrimiento del pequeño. "Sí, tal vez más tarde", carraspeó Rosi, secándose una lágrima con el dorso de la mano con rabia. Odiaba llorar.

No pude ver la transición porque Rosi estaba hablando de su accidente por primera vez. Tenía siete años y los niños solían jugar junto a las vías del tren, saltando sobre ellas delante de los trenes mientras avanzaban lentamente, solo por retos. Tropezó y el tren le amputó la pierna. Era una sensación similar ahora; algo médico había sucedido y no había nada que se pudiera hacer. La maldita inconsciencia.

Una vez más, no entendí la transición. "Cumpliré 23 en dos meses", dijo, y oculté mi sorpresa y murmuré que era "su cumpleaños otra vez". Se rió a carcajadas, "¡Todos los años, más o menos por estas fechas!". Nos reímos porque mi computadora me lo recordaba todos los años, de forma totalmente inesperada. "Jack cumplirá 18 en febrero. Definitivamente quiere hacer sus exámenes de nivel avanzado después, pero aún no sabe si podrá ir a la universidad. Le he prometido que podemos y lo financiaremos; debería pensar en lo que quiere estudiar". Rosi encendió otro cigarrillo. "Se lo he prometido, ¿está bien?". Por supuesto que estaba bien; Jack era tan mi hijo como el suyo. "Sospecho que estudiará algo relacionado con la informática; lo hemos hablado varias veces". Le daremos un buen comienzo; eso nunca estuvo en duda. No tenía experiencia con universidades; ¿quizás estaba preguntando si Edimburgo o Aberdeen serían la opción correcta? Rosi asintió; Ella se encargaría de ello.

Mientras encendía su tercer cigarrillo, supe que aún quedaba más por venir. “Voy a follarme a Jack pronto, de verdad que me lo voy a follar”. No era una pregunta, era una afirmación. Pensé en en qué punto de nuestro desarrollo nos encontrábamos. Desde hacía meses, Rosi le había permitido penetrarla profundamente hasta que se corría; le había costado un tiempo armarse de valor. Me lo había preguntado durante una pausa para fumar y, por supuesto, no me había opuesto. Yo estaba yendo un paso más allá. Nunca antes había tocado un pene, pero durante las últimas semanas, después de follarme a Rosi, le agarraba el pene en medio de su masturbación. Le masturbaba su hermoso pene durante minutos y luego lo guiaba hacia la vagina de Rosi hasta que se corría, empujándolo hasta el fondo y continuando con la masturbación de la base hasta que terminaba. Jack sonreía radiante como una moneda de oro después de correrse dentro de ella; claramente se sentía bien. Se corría mucho de esta manera y ya no necesitaba hacerlo tan a menudo durante el día. Lo masturbaba todas las noches después de follar, de principio a fin. Le pareció increíblemente excitante, y Rosi también sonrió radiante. “Eso era lo que necesitaba, ser masturbado por la mano de un hombre experto y eyacular dentro de una vagina. ¡Eso era lo que nuestro Jack necesitaba!”

Me preguntaba cómo quería contarle a Rosi mis pensamientos sobre el sexo. “Debería experimentarlo como algo hermoso, como algo muy íntimo; la primera vez también es una experiencia importante para nosotros los hombres”. Rosi asintió: “Confía en mí, lo haré bien. Él es tan importante para mí como para ti”. Le acaricié la mano; hacíamos buena pareja. Le dije: “Como te has estado masturbando tanto durante el día, ¡me da la impresión de que tienes orgasmos mucho más a menudo cuando tenemos sexo por las noches!”. Rosi me sonrió radiante. “¿Verdad? ¡Hace que el sexo sea mucho más divertido para los dos!”. Asentí; sin duda era así.

Salté de la pantalla. Tom Barlow. ¡Lo tenía! ¡Sin duda alguna, era él! Leí todos los artículos relacionados. Su verdadero nombre era Tadeusz Brezinski, era polaco y había pasado la mitad de su vida en prisión. El hombre de 55 años, como lo describían los periódicos, era un criminal endurecido y líder de una banda. Se trataba de un robo a un banco en el centro de Edimburgo cuatro años antes, un botín de ocho

millones de libras y un guardia de seguridad muerto. Brezinski era uno de los principales sospechosos, pero no tenían pruebas y no podían arrestarlo. Cuando, semanas después, las pruebas de ADN lo identificaron definitivamente como el asesino, había desaparecido sin dejar rastro. El joven e inexperto guardia forcejeó con Brezinski, que llevaba el rostro cubierto, por su arma; se oyó un disparo que alcanzó al guardia en el abdomen. Murió en el acto. El Royal Bank of Scotland podía pagar la indemnización, pero el pobre hombre dejó atrás a una viuda de 20 años y un bebé de un mes. La realeza y el gobierno aunaron sus recursos para, al menos, brindarle a la pobre mujer cierta seguridad económica. Cerré el caso, salí corriendo al banco de piedra y fumé. Rosi salió apresuradamente y se dejó caer a mi lado. Era nuestra costumbre esperar en silencio hasta que el otro estuviera listo para hablar. La miré y le dije que había identificado al hombre y le expliqué los hechos. Me preguntó qué pensaba hacer a continuación. Supe de inmediato que no podía esperar ni un minuto más.

Tomé el teléfono y pasé la siguiente hora y media intentando localizar al detective a cargo. Me hizo contarle todo dos veces y me pidió permiso para grabar nuestra conversación. Por supuesto, oí muchas otras voces de fondo y respondí a todas las preguntas lo mejor que pude. Cuando colgué, Rosi me sonrió radiante. «No hace falta que te diga que eres un héroe. Pero que quizás hayas encontrado el material para tu próxima novela...» La interrumpí inmediatamente. “No soy escritor de novela negra; probablemente podría escribir 20 páginas con 20 líneas de datos, pero eso no es nada. Soy escritor de porno, al menos por ahora. Ya he escrito 100 páginas de sexo muy jugoso, y seguiré haciéndolo. Nunca se publicará, pero es una buena práctica de escritura, lectura y edición, y mantiene mi mente ágil. En cuanto a mi próximo trabajo de verdad, no tengo ni la más remota idea. Es bloqueo de escritor, simple y llanamente. Eso es lo que he estado sufriendo durante meses. La incertidumbre de si alguna vez habrá un próximo trabajo.” Nos sentamos tomados de la mano en el banco durante un buen rato, luego tuve que irme. El Plunkett ya estaba esperando.

Fui el primero en levantarme por la mañana y preparé café. La noche anterior, después de haber follado con Rosi y de que ella recom-

pensara mis esfuerzos (o los nuestros) con un orgasmo maravilloso, masturbé a Jack como todas las noches y dejé que se corriera dentro de la vagina de Rosi. Él disfrutó mucho introduciendo solo la mitad de su pene para que yo pudiera masturbar el resto hasta que eyacula-ra hasta la última gota. Me senté con mi café frente a la pantalla y ob-servé cómo se despertaban los dos que se habían quedado dormidos.

Rosi despertó a Jack con un beso. Susurraron muy suavemente y ella le dijo que iba a acostarse con él. Le explicó que tenía que guiar su pene para estimular su punto G y esperar a eyacular hasta que ella alcanzara el orgasmo. Él asintió, aturdido y confundido. Entonces le-vantó la vista y me vio. Asentí sonriendo e hice el gesto de "OK" con el pulgar y el índice. Ahora estaba completamente despierto. Rosi lo acarició, lo mimó, lo abrazó y lo besó sin parar. Él le devolvió las ca-ricias, aún con cierta torpeza, pero lleno de amor por ella.

Gradualmente, ella guió su pene hacia su coño. Apreté mi taza de café con excitación; nunca antes había visto a Rosi follar con nadie más. El pene de Jack era más grande y grueso que el mío, y ahora pe-netraba lentamente su coño. Sus labios hinchados se separaron y contrajeron cuando él se retiró. La folló lenta y deliberadamente, con cuidado de deslizarse a lo largo de su punto G mientras la penetraba; ella se lo había explicado muy bien. Pude notar que su orgasmo se acercaba lentamente. Ella lo agarró con fuerza, empujando cada vez más rápido contra sus embestidas, y escuché su jadeo ahogado cuan-do se corrió. Jack se quedó momentáneamente desconcertado y se quedó quieto. No podía ver sus caras, pero supuse que estaba sor-prendido por su mueca contorsionada, que luego se disolvió en una sonrisa relajada. La oí susurrar: "¡Vamos, fóllame rápido y fuerte, y correte!". Jack comenzó a moverse de nuevo, follando muy rápido y empujando con fuerza. Después de un largo rato, eyaculó y continuó empujando hasta que terminó. Lo abrazó con fuerza y lo acarició con ternura, luego lo dejó deslizarse hacia un lado. Lo rodeó con el brazo y lo dejó quedarse dormido.

Desde entonces, él se acostaba con Rosi tan a menudo como po-día, y ella se dejaba encantada. Estaba muy feliz porque casi siempre tenía un orgasmo cuando Jack se acostaba con ella. Alternaba entre la Revolución Francesa, acostarse con Jack y la masturbación ocasio-

nal. Yo estaba progresando muy bien con mi historia pornográfica y ya llevaba más de 150 páginas. Rosi leyó las primeras 150 páginas con mucha atención y se reía a carcajadas de vez en cuando. Se sentó a mi lado y revisamos sus notas con mucho cuidado, como si fuera mi editora. Simplemente rechazó la larga sección donde una protagonista, en un flashback, describía su masturbación obsesiva durante su infancia y adolescencia. Nos sentamos al sol para no molestar a Jack mientras estudiaba, y Rosi me contó con gran detalle cómo se masturba realmente una chica joven, qué la excita y cómo experimenta con todo tipo de cosas. Era la primera vez que Rosi me hablaba de masturbarse durante su infancia y adolescencia. Le costaba dar algunos detalles, a veces se ponía roja como un tomate de vergüenza. Absorbí cada palabra; mi descripción era realmente superficial y más bien se parecía a la experiencia de un chico con un clítoris.

Max, nuestro alcalde, me llamó muy alterado (como todos los demás residentes). “Imagínate”, dijo, “un detective de la capital aparece con 50 hombres armados y me informa a mí, el alcalde a cargo, que han arrestado a Tom Barlow, sí, el de The Whickets, junto con sus hermanos, hijos, primos y todas sus esposas e hijos. ¡Se los llevan a Edimburgo! ¡Se supone que es un ladrón de bancos y asesino buscado, aquí mismo, en nuestra isla! ¡Ni siquiera quiero imaginar lo que un asesino en serie podría haber hecho aquí!” Dejé que Max despotricara sobre la masacre durante otros 10 minutos. Le pregunté cuánto le debía Barlow; no era una gran suma. Le dije al atónito Max que si podía arreglar que yo comprara The Whickets, no solo pagaría las deudas de Barlow, sino que también le compraría un montón de barras de baile para mi esposa. “¿Te acuerdas de las barras de baile para mi esposa?” Max soltó una carcajada. El estadio de los Whickets era solo alquilado, pero él confiaría en mi palabra; encontraría el contrato ese mismo día, ya que aún tenía que rescindir formalmente el contrato de Barlow. Me llamaría cuando lo tuviera todo resuelto.

Rosi me miró asombrada. No conocía The Whickets y quería verlo antes. “¡No se compra una casa por teléfono! ¿Y qué es lo que no te gusta de nuestro lugar?” Enumeré sus características. Aquí, todo lo que se veía eran verdes prados, verdes colinas y verdes ovejas. The Whickets, en cambio, se alzaba majestuosamente sobre el mar, las olas, el oleaje y las chillonas gaviotas. “Ovejas verdes, chillonas ga-

viotas... ¡sigue así, mi Jim loco por los animales!" Lo ignoré. "Tenía al menos cinco o seis habitaciones, para nuestros hijos adoptivos, por ejemplo. Y estructuralmente hablando, estaba en mejores condiciones que nuestro palacio. Y en la parte de atrás, había un establo donde yo podía guardar mi carro eléctrico y tú podías guardar tu caballo de montar." "¡Caballo de montar!" Rosi resopló con fingida indignación. "¿Un caballo de montar también? ¿Quizás todo un zoológico?" Nos reímos juntos, luego me puse serio. Quizás sea solo una idea loca; Lo vi desde afuera durante tres minutos hace dos años cuando visité a Tom Barlow como vecino. "¡Tonterías!", interrumpió Rosi, riendo, "¡solo querías averiguar si el casero tenía hijas de cierta edad!".

Max llamó temprano por la mañana para decir que estaría allí en media hora, que tenía todo listo. Desperté a Rosi y a Jack: ¡hora de vestirse! Preparé café extra y puse galletas y pasteles en la mesa, y entonces Max entró haciendo ruido por la puerta. Tomamos café y me mostró el aviso de rescisión. Lo coloqué junto al contrato de arrendamiento y negué con la cabeza. "Puedes escribir 'con efecto inmediato', Max", dije lentamente, "pero según el contrato, no entrará en vigor hasta finales del mes que viene como muy pronto, o sea, en unas seis semanas". Max hizo una pausa. "Pensé que eras escritora, no abogada", dijo tímidamente. Dije: "Un escritor puede ser un poco listo, ¿no?". Rosi se subió a la mesa para que pudiéramos estudiar juntos el plano. Era una casa hermosa y grande, adecuada para una familia numerosa. Tenía solo 30 años y realmente tenía el granero, con agua corriente y electricidad. La acogedora logia frente a la casa no aparecía en el plano. Le pregunté a Max cuánto terreno era. Rebuscó entre sus papeles y extendió una hoja. Eran varios miles de metros cuadrados, incluyendo los acantilados que bajaban hasta la playa, el sendero sinuoso y un tramo de arena de 75 metros de ancho. A Rosi le brillaron los ojos cuando le preguntó a Max si podían ensanchar el camino para que el carrito eléctrico pudiera subir y bajar. Max se rascó detrás de la oreja. Lo haría más ancho y menos empinado, pero era factible. Quizás deberían contratar a una empresa del continente; el viejo George hacía ese tipo de cosas a menudo y a buen precio, pero no se lo daría a George; llevaba mucho tiempo jubilado. Rosi asintió, le sirvió más café a Max y le deslizó el pastel. Era buena para distinguir entre estafadores y gente honesta.

Había leído quién era el dueño de The Whickets. “Sí”, dijo Max, “ya hablé con él por teléfono anoche, quiere...” Max se inclinó hacia mí y me susurró el precio de venta al oído. Era menos de lo que esperaba y más de lo que estaba dispuesto a pagar. Hice un cálculo mental; era más o menos lo mismo que me había reportado el libro número 12 (¿o era el 13?) tres años atrás. Sin embargo, todavía tenía una buena reserva; mis libros se habían vendido espléndidamente. Me rasqué la cabeza y me hice el incómodo. “Yo, nosotros, por supuesto, todavía tenemos que verlo primero. Sobre todo necesito inspeccionar el tejado; conozco bien ese tipo de cosas”. Lamenté la difícil situación de un escritor pobre (existen) y nombré un precio, alrededor del 90% más o menos, como le dije a Max. Él tenía tan poca idea de lo que significaba más o menos como yo, pero simplemente sonaba bien. Pude ver en su rostro que esto reducía su comisión. Pero no tenía por qué sentir lástima por Max; Era un hombre de negocios astuto y se ganaba bien la vida con su isla. Me dio un juego de llaves; debíamos verlo todo y preguntarle lo que quisiéramos. Al fin y al cabo, era el alcalde de la isla y quería gente decente en The Whickets, no asesinos en serie ni atracadores de bancos. Cogió sus papeles y se marchó. Rosi y yo nos quedamos mirando a Jack, que se reía a carcajadas. “¿Puedo llamarlo Rey Max o Gröbmaz? ¿El mejor alcalde de todos los tiempos?”. Nos quedamos perplejas; Jack tenía sentido del humor y podía hacer un juego de palabras con la referencia histórica al mejor general de todos los tiempos. “¡Maldita sea, Rosi, nuestro chico está creciendo!”. Por supuesto, media hora después, estábamos recorriendo los 3 km hasta The Whickets.

El verano estaba llegando a su fin, Jack solo se acostaba con Rosi cuatro o cinco veces al día, y yo me acercaba rápidamente a las 300 páginas de pornografía. Logré negociar con Max para que me rebajara otros 15.000 (“el techo necesitará ser reemplazado en 10 años”) y compré The Whickets a nombre de Rosi y mío. Todos los días llevaba a Rosi a nuestra nueva casa y discutíamos todo lo que había que hacer. Le dije que debía encargarse del trabajo y aprender a conducir carritos eléctricos. Eso funcionó bastante bien con un pie. Tenía un buen trato con Max. Él recibía el 5% de los pagos y, a cambio, “solo” tenía que contratar a las empresas en el continente y supervisar el trabajo. Rosi estaba a cargo, yo tenía que escribir. Max se relamía; era dinero fácil.

Rosi me dejó leer sus 650 páginas sobre la Revolución Francesa. Era evidente que no iba a verificar los datos. Escribía con fluidez y de forma amena, incluso para un profano. Utilizaba muchas notas a pie de página y citaba otras fuentes. Hubo bastantes pasajes donde le sugerí cambios porque algunos sonaban un tanto forzados. Tuve que darle una larga charla para evitar que su trabajo cayera en la pornografía. Aunque hubiera hechos, una editorial no podía publicar pornografía. Poco a poco comprendió que "eso" solo podía ocurrir en la mente del lector, no en blanco y negro. Lamentó su propia redacción; había trabajado mucho en ella y le había dedicado todo su empeño. Empezó a hacer las correcciones.

Había hablado con Rosi sobre eso, y ella estuvo de acuerdo. Llamé a Plunkett y le dije que iría a cenar, solo nosotros dos, sin revelar nada más. Caminé los 300 metros con Jack y le expliqué en el camino que estaba bien que se acostara con otras chicas, no solo con Rosi. La viuda era bastante buena y agradable para follar y tenía una naturaleza de puta; se acostaba con cualquier polla que pudiera conseguir. Quería saber qué pensaba Rosi al respecto, y lo tranquilicé. Fue idea suya, y ella quería que se acostara con otras mujeres. Jack asintió comprensivamente y permaneció en silencio hasta el final de la cena. Plunkett estaba complacida de conocer a mi hijo y al principio se sorprendió por mi sugerencia. Ella solo tenía 42 años y era mayor que yo, pero afirmé que no quería asumir demasiado; dos mujeres eran simplemente demasiado para un hombre viejo. Gradualmente, la conduje en la dirección correcta. Le pedí a Jack que se adelantara. Ella expertamente desenvolvió su pene y lo sopesó en su mano. Su curiosidad se había despertado; Ella lo giró de un lado a otro, probó su firmeza y asintió con ojos brillantes. Era hermoso, realmente grande, y por supuesto, le encantaría probarlo, dijo la serpiente con un brillo codicioso en sus hermosos ojos. Jack no me dejó irme; tenía que quedarme con él. De acuerdo, dije, sin preguntarle a Plunkett. Entramos en su habitación. Ella ya estaba desnuda, mientras mi hijo aún forcejeaba con los botones de su camisa. Acerqué un taburete a los pies de la cama; desde allí tenía la mejor vista de su coño cuando la estaban follando. Rápidamente lo atrajo a la cama y lo abrazó. No hay necesidad de preliminares, gorjeó; ya lo había estado haciendo todo el día, ya que me esperaba para la noche. Jack no entendió ni una palabra, pero yo sonreí. Plunkett era una viuda joven bastante

guapa, delgada con pechos grandes y redondos, tan hermosos como manzanas grandes y maduras. Se había afeitado la zona púbica porque ahora estaba de moda. Tenía el pelo largo, rubio rojizo, hasta los hombros, prueba de que sus ancestros habían conquistado la isla en barcos dragón. Se inclinó sobre Jack, lamiendo y chupando su polla, murmurando una y otra vez lo hermosa y grande que era. El pobre hombre me miró, confundido, pero asentí tranquilizadoramente; lamer, chupar y tomarlo en su boca estaba bien. Se recostó, aliviado, y disfrutó del juego juguetón de la lengua y los labios de la viuda. Ella se acostó en una posición de follada y lo atrajo entre sus muslos. Tenía una hermosa vagina con labios grandes e hinchados como los de Rosie, pero su clítoris era mucho más pequeño. Su vagina también estaba llena de sangre, esperando su polla, fingiendo estrechez. Jack penetró lenta y cuidadosamente, probando la profundidad, y luego comenzó a follar a su manera habitual. Después de solo un corto tiempo, escuché los jadeos excitados de Plunkett, sus labios abriéndose y cerrándose como los de Rosi. Estaba haciendo un excelente trabajo; Ella enganchó sus talones en sus nalgas y presionó su vulva cada vez con más fuerza contra él. Plunkett nunca tenía un orgasmo cuando follaba conmigo, pero ahora, con creciente excitación, la vi llegar al clímax con Jack. Él hizo una pausa por unos momentos mientras la hermosa mujer, con el rostro contorsionado por sus convulsiones, se recostaba, sonriendo aliviada. Jack sabía que podía concentrarse en su propio orgasmo y la folló sin descanso; Plunkett lo dejó follarla con chillidos de deleite, y luego él se corrió. Ella me sonrió y acarició a su héroe. El pene de Jack aún no había terminado; ella lo lamió y chupó con entusiasmo, metiéndolo en su boca tan profundo como pudo, sus labios deslizándose incansablemente de arriba abajo. Estaba segura de que si no paraba pronto, él eyacularía en su boca. En el último segundo, ella lo dejó entrar, y sus firmes embestidas la llevaron rápidamente al clímax. Estaba a punto de tener un orgasmo cuando Jack se corrió y tuvo que parar. Estaba tan cachondo que lo aparté suavemente y continué follando sin problemas con la increíblemente cachonda Plunkett. Sentía que su orgasmo se acercaba con cada embestida, y ella se retorcía a mi alrededor para no perderse ni una sola. El orgasmo la dejó sin aliento, y yo me corrí al mismo tiempo. La penetré y la follé durante su orgasmo hasta que nos separamos, completamente exhaustos.

Jack y yo nos vestimos. Ella le preguntó a Jack si quería volver mañana, y él me miró buscando ayuda. Le respondí que nos encantaría volver a cenar mañana. Nos acompañó hasta la puerta desnuda y sonrió, diciendo que había disfrutado de un buen plato principal y que ahora era el momento del postre, "¡porque soy muy golosa!".

De camino a casa, Jack preguntó si lo había hecho bien. Le aconsejé que eyaculara con calma y seguridad en su boca cuando ella lo lamiera por segunda vez; así duraría más la segunda vez. Preguntó: "¿De verdad eyacular en su boca?". Le expliqué cómo, y asintió; nunca lo había hecho antes. Nos acostamos en silencio junto a Rosi, que ya estaba dormida. Jack me miró con los ojos muy abiertos, preguntándome si por favor lo haría de nuevo para él. Lo masturbé, porque para entonces ya era bastante buena en eso, y disfrutaba haciéndolo para él.

Rosi se rió cuando Jack le contó nuestra aventura de aquella mañana; yo ya estaba sentado con mi café, sumido en mis pensamientos. Mi novela pornográfica, que ya superaba las 500 páginas, había tomado forma: la humanidad vivía en enormes plataformas sobre los océanos tras la guerra nuclear. Mis personajes principales se entregaban al sexo como locos, y yo iba cambiando el foco de atención de uno a otro. Mientras tanto, un asesino en serie dejaba un rastro sangriento a lo largo de la historia, la detective siempre llegaba una fracción de segundo tarde y se entregaba al sexo como loca, enloquecida por el alcoholismo. No estaba insatisfecho; desde luego, no era la típica novela pornográfica. Empecé a teclear, a pesar de que sufría de bloqueo creativo.

Acompañé a Jack a casa de Plunkett todas las noches; él, valientemente, eyaculó en su garganta y duró más. Sin embargo, no pude resistirme a darle a la viuda cachonda una buena follada al final. Follé a Plunkett con todas mis fuerzas, sujetando sus nalgas firmemente con mis manos y embistiéndola con toda mi fuerza. Sus gritos de excitación me volvieron loco; embestí y eyaculé en su coño en un frenesí diabólico y no la solté hasta que terminé. Me asombró lo mucho que le gustó mi desenfreno.

Rosi me mostraba constantemente fotos en su teléfono de lo bien que avanzaban las obras. Max se aseguraba de que todo se hiciera correctamente. Sentía un gran respeto por Rosi, que tenía una sola pierna, y se agachaba cada vez que ella se quejaba. Conduje el carrito eléctrico por el nuevo camino hasta la playa; estaba perfecto y no habían dañado la acera. Se acercaba el invierno; hacía frío y el clima era inhóspito. Las obras se detuvieron hasta la primavera.

Le mostré a Rosi los videos que había grabado en secreto de Jack teniendo sexo con Plunkett. Los vio una y otra vez, y los copié a su teléfono inteligente. Pensó que Plunkett se veía muy bien para su edad, que tenía una vagina hermosa y que reaccionaba de manera impresionante al sexo de Jack. La vio tener un orgasmo diez veces seguidas en cámara lenta. Cuando vio a Plunkett tomar su pene en la boca y chuparlo, negó con la cabeza y dijo: "¡Está corrompiendo a mi chico!". Pero siguió viendo mis videos y le parecieron excitantes.

Jack estudiaba como un loco; estaba decidido a aprobar sus exámenes de acceso a la universidad en mayo y junio. Yo seguía admirando su virilidad; el chico tenía sexo diez veces al día algunos días. Yo era mucho mayor, tenía unos 40 años, pero no podía aguantar más de una vez con Plunkett y una segunda con Rosi. Le dije a Jack que lo había estado acompañando a Plunkett durante tres meses, pero que debía valerse por sí mismo e ir sin su padre. "¿No te gusta? ¡Es una campeona del mundo!", le dije con una sonrisa. Claro que la viuda era fantástica en la cama, pero era demasiado para mí; yo era demasiado mayor para tanto sexo. No dejó a Plunkett hasta que se fue de la isla.

Tuve otra larga conversación telefónica con mi editor. Seguía con un bloqueo creativo terrible y sin ninguna idea brillante para mi libro número 16. Se mostró comprensivo y expresó su esperanza de que la inspiración volviera. También hablé con el editor y con algunas otras personas, y luego me recomendaron tres editoriales de libros pornográficos. Con cautela, me puse en contacto con las tres.

Estaba de pie junto a Rosi en la terraza de nuestra nueva casa. La vista del mar azotado por la tormenta era impresionante. Rosi se apoyó en mí. "Desde que dejaste de acostarte con Plunkett, nos acos-

tamos mucho más a menudo". Hizo una pausa pensativa. "Me gusta mucho, porque te quiero muchísimo. Y el año que viene, cuando Jack vaya a la universidad, vamos a tener un hijo. Nuestro segundo hijo". Asentí y me quedé mirando las olas que habían cubierto la playa de arena y rompían con fuerza contra los acantilados rocosos. "Pero una niña esta vez", dije, sonriendo con picardía, "quizás de unos 14 años o más, ¡pero seguro que ya está muy cachonda!". Rosi me dio un codazo en las costillas. "Eres un auténtico cerdo, ¿sabes? ¡Hablo de darle un hogar a un niño y tú piensas primero en sexo!". Nos reímos los dos a la vez contra el viento tempestuoso. Encontraría una chica adecuada.

Teníamos un trato.

Cuatro meses después, Mia vino a nuestra casa. Rosi no reveló de inmediato dónde la había encontrado. Mia era quizás un año menor que Jack, a quien solo le quedaban unos pocos exámenes y tenía su plaza asegurada en la universidad de Edimburgo. Algo relacionado con la informática; no recordaba el resto. Se iría en dos meses. Los cuatro nos sentamos alrededor de la mesa y nos conocimos. Miré a Mia con los párpados casi cerrados; parecía tener un carácter alegre y un poco travieso. Un hermoso cabello rubio rojizo que le llegaba hasta los hombros, delgada y más alta que Rosi. Sus caderas aún eran infantiles y no muy femeninas. Apenas la escuché; algo sobre la educación a distancia, que comenzaría el próximo otoño. Era perfectamente capaz de cuidarse sola, pero quería ser aceptada en nuestra familia y ayudar en casa. Casi despreciaba que las mujeres tuvieran que ser capaces de hacer eso en nuestra sociedad patriarcal. "En nuestra casa, Rosi es la que manda; yo solo escribo, aquí no hay patriarcado." Mia me miró de forma muy extraña, pero sabiamente guardó silencio.

Rosi me sacó de mi letargo y comencé a componer los siguientes pasos de mi porno. "Mia todavía es virgen, ¡así que déjenla en paz, chicos!", nos dijo a Jack y a mí. ¿Fue un movimiento travieso en las comisuras de sus labios? Mia interrumpió mis pensamientos. "A las vírgenes solo se les permite masturbarse, lo cual, por supuesto, hago. Pero si te gusta una paja o una mamada", dijo, volviéndose hacia

Jack, “¡soy bastante buena en ambas!” Antes de que pudiera decir “¡bip!”, Jack murmuró: “¡Mamada, por supuesto!” Todos nos reímos.

Rosi le explicó a Mia que nuestra nueva casa aún no estaba terminada y que los cuatro tendríamos que dormir en la cama grande, aunque había espacio de sobra para todos. “Siempre duermo en pijama”, intervino Mia, “¡y necesito tapones para los oídos; no puedo dormirme sin música!”. Jack la interrumpió, siendo el mayor y el patriarca, después de todo. “¿Roncas, Mia? Porque Jim, Rosi y yo no roncamos. Definitivamente no”. Sonreí; uno ganaría, otro perdería, y no sería yo. Rosi tenía otro as bajo la manga. “Solo televisión hasta la cena, que suele empezar a las 9, así que a las 9 de la noche, a dormir. Punto. Vale, el sexo está permitido, y la masturbación también, si me da igual. Una vez que cada uno haya hecho lo suyo, a dormir”. Mia se encogió. “¿Sexo cuando los cuatro estamos en la misma cama? ¿Y masturbación también?”. Rosi no quería discutir sobre eso. Asentí con la cabeza a Mia amistosamente y le dije: “De nada, me sentaré allí a escribir”.

Después de la cena llegó el gran momento. Rosi, Jack y yo estábamos acostados desnudos en la cama cuando se abrió la puerta del baño y Mia salió, con un pijama ridículo. Blanco, cubierto de ositos de colores. Un pijama infantil. Se acercó a la cama con cierta vacilación, Jack le hizo sitio y ella se acostó a su lado. Apagué la luz principal; el último en dormirse siempre apagaba la pequeña. Rosi y yo levantamos la vista brevemente y luego continuamos acurrucándonos; era nuestro momento. Mia nos observó con curiosidad y le susurró a Jack: «La semana pasada en aislamiento en el centro de menores, hoy con una familia muy agradable, ¡y todos durmiendo desnudos en una cama!». Jack asintió: «¡Pero tenemos que estar callados ahora y no molestarlos!». De forma bastante discreta, y como todas las noches, Rosi y yo hicimos el amor. Ella se acercó al orgasmo, aumentando gradualmente la velocidad hasta que finalmente lo alcanzó. Me tensé y eyaculé mientras ella temblaba y se estremecía en su orgasmo. Nos abrazamos durante un buen rato, luego me recosté de lado y Rosi se tumbó sobre su otra pierna, y pronto comenzó a masturbarse como todas las noches; nadie la interrumpió. Jack y Mia susurraban muy bajo, pero yo entendí cada palabra.

“Nunca los había visto tener sexo antes, ¡los dos lo disfrutaron!” Durante el sexo, Mia tenía la cabeza sobre el pecho de Jack, la mano apoyada en su estómago, a solo centímetros de su pene. “¿Quieres que te haga una felación?” Jack asintió. Mia era realmente hábil en eso; frotó su pene correctamente con el puño y tomó su glande entre sus labios. Su lengua jugaba rápida y hábilmente en el lugar correcto, y después de un rato, Jack jadeó. Eyaculó en su boca, y ella dejó que el semen goteara a izquierda y derecha, dejando que cayera de su boca sobre su estómago, donde lo frotó con la palma de la mano. Jack ya había deslizado una mano bajo la goma elástica de sus pantalones de pijama durante la felación y aparentemente la estaba acariciando; ella o lo permitió o lo ignoró. Después de un minuto, Jack se relajó de nuevo y susurró: “¿Quieres que te masturbe?” Y Mia susurró, con voz chillona: “¿De verdad puedes hacer eso? Normalmente solo me masturbo yo, a veces mis amigas lo hacen”. Jack soltó una risita. “Incluso he ganado trofeos en competiciones... ¡Oh, tonterías, solo bromeaba! ¡Creo que soy bastante bueno en esto!”. Mia se recostó en sus brazos y abrió las piernas. Luego nos miró a Rosi y a mí, pero ya estábamos dormidos. Con determinación, se quitó la parte de abajo del pijama y abrió las piernas voluntariamente. Vi que solo tenía un ligero vello en la zona púbica y alcancé a ver su vulva. Se acurrucó junto a su “hermano mayor”, como solía acurrucarse con su novia, y Jack palpó su clítoris. La masturbó, tal como había visto hacer a Rosi, y ella se apretó aún más contra él. Pronto, su respiración se aceleró y se dejó sorprender por el orgasmo. Se aferró a su brazo, su bajo vientre se contrajo varias veces, y se acurrucó en forma de media esfera antes de relajarse. “Te merecías la copa”, bromeó. Jack le preguntó por qué no se había tragado el semen, y ella se encogió de hombros. “Nunca lo he hecho”, susurró. “La viuda Plunkett siempre se lo traga”, susurró Jack, y ella inmediatamente preguntó quién era. Él dijo: “Te lo diré mañana”, y le preguntó si no quería repetirlo. Mia respondió tardíamente que sí. Él le frotó el clítoris como antes y rápidamente la llevó al orgasmo. Ella se acurrucó contra él y le dio un beso en la mejilla. “Eres muy bueno en esto”, susurró suavemente. “¡Lo necesito otra vez ahora mismo, Jack!” Él le quitó la parte de arriba del pijama. Él, como yo, miró sus pequeños pechos incipientes, absolutamente adorables. Jack la llevó a un tercer orgasmo, y de nuevo ella le agradeció con un beso en la mejilla. Él estaba cansado y de repente se quedó dormido. Ella se apartó de sus brazos y se giró de lado. La ob-

servé de espaldas un rato; se estaba masturbando discretamente, retorciéndose en el orgasmo. Buscó el interruptor de la pequeña luz; tardó un rato en apagarla.

Temprano por la mañana, como de costumbre, fui el primero en levantarme y preparé el café. Esa fue mi media hora, toda para mí, una oportunidad para despertarme poco a poco y prepararme mentalmente para el siguiente capítulo. Mi detective se había emborrachado por completo en casa y se estaba revolcando en la autocompasión. Sonó el timbre, se despertó de su siesta y se tambaleó hasta la puerta principal. La abrió a un completo desconocido, un joven que también estaba bastante borracho. Aquí era donde tenía que continuar. ¿Era uno de los criminales que estaba buscando? ¿O un acosador patético que solo quería acostarse con ella? ¿O era el asesino en serie que aterrorizaba la ciudad? Miré la cama; los tres seguían dormidos. Mia se había removido. Había apretado la erección matutina de Jack entre sus nalgas y se estaba moviendo. Probablemente estaba teniendo un sueño erótico; sus nalgas rozaban placenteramente contra ella. Ella y Jack se estremecieron al mismo tiempo; él había eyaculado dentro de ella. Se despertaron momentáneamente, aún adormilados. Ella se giró hacia él, le pasó un brazo por el hombro y ambos volvieron a dormirse. Desperté a Rosi con mucho cuidado y le preparé una taza de café con abundante leche y tres cucharadas de azúcar.

Le susurré cómo Jack la había masturbado ayer, cómo había tenido un cuarto orgasmo antes de quedarse dormida. Y luego esta mañana, en su sueño, había frotado su erección matutina contra su trasero y él había eyaculado en su hendidura anal, pero ambos habían estado profundamente dormidos. Rosi asintió, “Pediré la pastilla por internet hoy, no puedo correr ningún riesgo, virgen o no”. Le pregunté, y me dijo que Mia cumplirá 17 años en tres semanas. A menudo había estado en detención juvenil por hurto en tiendas y, más recientemente, por practicar sexo oral a chicos en público. Su familia de acogida estaba encantada de acoger a la rebelde y delincuente de poca monta Mia, que practicaba sexo oral sin pudor en los parques. Todo por internet, por supuesto. Una vez más, admiré su habilidad para manejar todo en línea.

Rosi los miró a los dos seriamente en el desayuno. “Las mamadas están bien. La masturbación también está bien. Pero”, miró muy severa, “¡el sexo está absolutamente NO bien!” Jack asintió culpable, Mia murmuró que todavía era virgen y no tenía sexo. Rosi golpeó la mesa con la mano. “¡Y esa es exactamente la razón por la que NADA de sexo, ni siquiera a primera hora de la mañana!” Había dejado claras las reglas, al menos Jack lo había entendido. Rosi fue a la cama y dejó caer su camisón al suelo. Hojeó las páginas de su portátil, distraída; era la hora habitual en que Jack venía a tener sexo. Él llegó, se quitó la camiseta y los pantalones cortos, y se acostó junto a ella. “Lo entiendo, Rosi, nada de follar.” Me giré hacia mi detective con resaca, Mia se desnudó y se acurrucó junto a su hermano mayor. Él se estaba besando con Rosi, yo solo miraba a medias. Minutos después, apartó a Mia y empezó a follar con Rosi. Mia miraba con los ojos muy abiertos. Se desplomó junto a Mia, y ella acarició el pecho de su héroe, que subía y bajaba. Rosi no estaba de humor para masturbarse en ese momento y se fue a la Revolución Francesa. Jack y Mia susurraron suavemente. ¡Dios mío, qué caliente estaba! Preguntó por la viuda, y él le contó todo. Podía sentir, por supuesto, lo caliente que estaba, su coño rozando su cadera. Iba a mostrarle algo nuevo y le explicó cómo podía deslizarse plana sobre su polla, frotando su clítoris contra ella. En un instante, ella se montó sobre él, sin aliento de lujuria. Rosi gritó suavemente: “¡Pero nada de follar!” y apoyó la cabeza en el pecho de Jack. Ella prestó atención. Él se aseguró de que Mia solo se deslizara plana hacia adelante y hacia atrás. Era un placer verlos a los tres. Mia ni siquiera tuvo que deslizarse durante 10 minutos antes de que de repente aumentara su ritmo y arqueara la espalda en un orgasmo. Momentos después, se había calmado, y Jack le exigió que se lo hiciera a él. Mia se deslizó sobre su pene durante otros 10 minutos y se estremeció cuando él eyaculó. Rosi trabajaba en su portátil, yo guiaba a mi exhausto detective a la siguiente escena del crimen, y los dos susurraban. Mia dijo que desde pequeña jugaba con su clítoris por la noche, haciendo una pausa antes del orgasmo y luego continuando, dándose un orgasmo real solo al final; siempre lo hacía así. Él quería verlo de inmediato. Normalmente, solo dejaba que sus amigas miraran, dijo, pero...

Mia se aseguró de que Rosi y yo estuviéramos concentradas en nuestras pantallas y separó las piernas. En secreto, tomé fotos y las

amplié en la pantalla. Mia tenía unos labios vaginales hermosos, grandes e hinchados como los de Rosi, pero su clítoris era mucho más grande. Parecía tener muy poco prepucio; los labios menores se extendían hacia abajo a ambos lados. Se masturbó con moderación, haciendo pausas para retrasar el orgasmo. Lo hizo varias veces y finalmente se dejó llevar por el orgasmo. Se acurrucó y Jack la tomó en sus brazos.

Jack susurró sobre tragar semen. Era un poco doloroso, dijo, si la chica lo escupía. Describió cómo la viuda lo tragó después de practicarle sexo oral; eso fue muy satisfactorio. Y, ¿no había pensado nunca que, a pesar de escupir, tragaba un poquito cada vez? Mia estaba asombrada de lo inteligente que era. Prometió intentarlo. No había prisa. Los dos compartieron historias de su pasado. Jack estaba cien por cien convencido de que iba a terminar la escuela. Una mujer moderna no recibiría ningún respeto si abandonaba los estudios. Mia había escuchado ese sermón cien veces y seguía siendo sarcástica y terca. Pero me pareció percibir una pizca de incertidumbre bajo su superficie. Quizás Jack lograría hacerla entrar en razón en las próximas semanas. Nosotros, como padres, como la generación anterior, estábamos desesperados.

Releí la Revolución Francesa de Rosi; había escuchado con atención y mejorado muchísimo. Ella misma sabía que aún faltaba un 25%, pero la simplificación de la trama tras la eliminación de todos los protagonistas era ciertamente difícil de describir. Sobre todo, faltaba el final, que es la parte más difícil de muchos libros. Mi asesino en serie cometía cada vez más errores, y el inspector de policía le pisaba los talones. Jack estudiaba sin descanso y no dejaba que Mia lo molestara. Ella principalmente veía vídeos de YouTube, le hacía una felación por la tarde y se tragaba su semen. Deslizaba sus labios vaginales y su clítoris por su pene después de que él tuviera sexo con Rosi tras el desayuno. Ya lo dominaba. Pero solo se masturbaba por la noche, cuando todos dormían.

Los dos habían desarrollado algo nuevo. Cada mañana, Jack la despertaba con su erección matutina, insertándola por detrás entre sus nalgas, a lo largo de su vulva. Ella lo dejaba follarla allí y eyacular. Realmente la excitaba; era como follar, pero sin follar. Por lo general,

se masturbaba después, de espaldas al resto de nosotros. Rosi había comprobado la primera vez que no estuvieran follando de verdad. Pero no pasaba nada, y lo hacían todas las mañanas. Jack seguía yendo a Plunkett's todas las noches, y cuando le pregunté, dijo que no había problema. La viuda podría haber tenido una naturaleza de puta, pero follaba divinamente, dijo. Rosi había hecho bien en mandarlo a Plunkett's.

Comencé en la página 750 y ambienté el primer tiroteo, fallido, entre el asesino en serie y la detective en una fábrica abandonada. Herido en la pierna, escapa por última vez. Ella toma muestras de sangre del suelo para un análisis de ADN.

Mia se había adaptado muy bien. Acariciaba con cariño a Jack o a Rosi cuando tenían sexo, sonreía al tragar el semen de Jack durante las felaciones y se dejaba excitar al ver a Rosi masturbarse. Había perdido sus inhibiciones y ahora se masturbaba al mismo tiempo que Rosi. Toda la masturbación y los orgasmos del día parecían haberla calmado. El día se acercaba; la partida de Jack a Edimburgo se cernía sobre ella. Los tres — y presumiblemente también la familia Plunkett — lo echaríamos de menos, aunque queríamos mantenernos en contacto; el correo electrónico y Skype eran algo habitual. No tenía tiempo para preocuparme; estaba terminando la película porno. Era un thriller muy inusual, una película porno inusual. Todavía estaba pensando en qué seudónimo usar, pero estaba decidido a enviárselo a las tres editoriales a la vez y dejar que hicieran ofertas. Era un material buenísimo y no iba a venderlo por menos de lo que valía. Tenía mi orgullo.

No tenía tantos consejos para Jack como para Rosi. Un recordatorio amable sobre la utilidad de los condones, la importancia de usar las tarjetas de crédito con prudencia y que valía la pena verificar la información de los amigos. Estaría ahí para él si me necesitaba, pero no iba a ser sobreprotectora. "Rosi tampoco lo es, en realidad", le dije, "pero está enviando a un niño al mundo por primera vez y sabe lo complicadas que pueden ser las cosas a veces. Ten paciencia con ella". Le di un fuerte abrazo en el puerto cuando subió al ferry.

Rosi y Mia estuvieron desconsoladas durante días. Se abrazaban, llorando. Rosi le decía tantas cosas bonitas que Mia pronto se masturbaba con ella. A veces dejaba que Rosi la masturbara, pero aún no se atrevía a corresponder. Por las noches, las abrazaba a ambas con fuerza y me acurrucaba con ellas. A Mia se le permitía presionar su cuerpo caliente contra el de ambas y acariciar nuestros genitales mientras teníamos sexo. Había enviado mi manuscrito y tenía mucho más tiempo durante el día para cuidarlas. Tenía sexo con Rosi al menos dos veces al día y una vez por la noche. Mia superó su timidez y me dejó masturbarla. Apenas oía a Rosi hablarle de sexo. No intervenía. Estaba de acuerdo con Rosi en que dependía completamente de Mia cuándo quisiera empezar a tener sexo.

A Jack le iba bien. Rosi hablaba con él a diario; se había adaptado a su habitación en la residencia y las clases eran interesantes. Se había comprado el portátil perfecto, ideal para sus estudios. Ya había conocido a varias chicas, pero ligar en la residencia estaba resultando difícil. Me reí mirando la pantalla. “¿Debería mandar a Plunkett de visita?”, bromeé, pero él sonrió. “Difícil, ya te lo dije, Jim, pero no imposible”. Nos sonreímos; mi chico no había estado varado en una isla desierta.

Mia se acostaba con nosotros todas las noches. La colocaba justo al lado de Rosi, de modo que parecía que las estaba follando a las dos. Se acostaba muy cerca de la vulva de Rosi, en el espacio donde le faltaba la pierna, y abría las piernas de par en par, ofreciéndome su vulva abiertamente para que pudiera sentir cada embestida. Lo hacía con tanta destreza que casi se corría también. Solo le bastaban dos segundos para alcanzar el orgasmo. Me preguntó si podía hacerlo así, y después, estaba aún más ansiosa por dejarme follarle la vulva desde fuera. Durante semanas, bombardeó a Rosi con mil preguntas sobre el sexo, el himen y la desfloración. Yo sabía que llevaba meses tomando la píldora, que su regla siempre le venía a tiempo y que normalmente solo duraba un día. Eso era sorprendente incluso para Rosi, ya que su propia regla era completamente irregular y solía durar dos o tres días. Esos eran los únicos días en que me masturbaba en la boca, me dejaba eyacular dentro de ella y se tragaba el semen. Mia estaba lista; solo necesitaba un pequeño empujón.

Mia preguntó tímidamente si podía follarla por la mañana como hice con Jack. Intercambié una mirada con Rosi y dije: "¡Por supuesto que puedo!". Fui el primero en despertar por la mañana. Me acosté detrás de las nalgas de Mia y con cuidado guié mi erección matutina a lo largo de su hendidura, entre sus labios, y hacia su abertura vaginal. Ella se removió inquieta y se medio despertó. La follé despacio y con deliberación; no había prisa. Ella se tocó el clítoris y ensanchó la abertura vaginal con los dedos, pero yo seguí siendo cauteloso y no la penetré. No quería simplemente quitarle la virginidad; ese no era el plan. La follé durante un buen rato y sentí su dedo rozar su clítoris. Ella solía tener un orgasmo mucho antes que yo, así que permanecí inmóvil hasta que se relajó de nuevo. Continué hasta que me corrí. Tuve que tener mucho cuidado de no penetrarla, aunque ella se abría bien y con gusto cuando la masturbaba rápidamente. Eyaculé dentro de su vestíbulo vaginal y a veces con mucho cuidado sobre su himen. Me limpié el pene en sus nalgas y me retiré. Ella siempre se volvía hacia mí y me abrazaba con pasión y gratitud antes de volver a dormirse. Rosi solía seguir dormida o nos observaba con una sonrisa. Hacíamos esto todas las mañanas antes de que yo preparara el café y disfrutara de mi media hora en completo silencio.

La primera editorial quería mil cambios y no me hizo una oferta convincente. La segunda me ofreció algo mejor y me dio tiempo para pensarlo, lo cual no estuvo mal. La tercera se tomó su tiempo; obviamente estaban muy ocupados. Pero tenían la oferta más alta, querían los derechos mundiales para las traducciones y me ofrecieron un anticipo por el segundo libro. ¡Maldita sea!, ¿me había convertido en autora de pornografía? Lamenté mi pasado. Había escrito más de una docena de buenos libros; estaban bien documentados y escritos con meticulosidad, novelas con tramas cautivadoras, y la historia, la cultura y la filosofía tenían la importancia que merecían. Eran obras de arte. La pornografía era demasiado superficial; el sexo y el crimen eran el foco principal. Por supuesto, escribía con la habilidad que cualquier autor debería tener; sabía cómo crear suspense, incluso en situaciones tan primitivas como la de una detective que toma las pastillas equivocadas, se queda en la cama durante 24 horas y, bajo los efectos de las pastillas, tiene que masturbarse obsesivamente indefinidamente. No importa, consulté con Rosi, rechacé a dos editoriales y firmé con la tercera.

Esa noche, Rosi le preguntó a Mia: "¿Vas a preguntar tú o lo hago yo?". Mia dudó un buen rato, pero luego soltó: "¿Quieres que te quite la virginidad?". Tomaba la píldora, así que no tenía que preocuparme por un posible embarazo. La abracé con cariño. "Claro que quiero, cariño, si tú quieres". Mia estaba muy nerviosa. Rosi la tomó en brazos y la tranquilizó. "¡Estoy aquí contigo, Mia!", repetía. Mia se acostó junto a Rosi, expectante, y se aferró a ella. Rosi puso su mano plana sobre el estómago de Mia hasta que respiró con calma. Luego me hizo un gesto con la cabeza.

La primera vez de Mia fue completamente fácil y sin problemas, mucho menos que con Rosi. Mia no emitió ningún sonido cuando le rompí el himen y la penetré profundamente hasta sentir el final de su vagina. La miré a la cara; estaba radiante como una moneda de oro y asintió dulcemente. Comencé a follarla. Duró mucho tiempo porque ya había follado con Rosi esa tarde, y mi erección duró hasta el final. La vagina de Mia era mucho más estrecha que la de Rosi, pero no pude penetrarla tan profundamente. Rosi no apartó la mano del coño de Mia cuando la respiración de Mia se aceleró, señalando su inminente orgasmo. La pequeña se apresuró gradualmente hacia su clímax, agarrándome cada vez con más fuerza, empujando contra mí. Clavó los talones en mis nalgas y ahora se aferraba a mí, casi desprendiéndose de la sábana. Contorsionó su rostro en el orgasmo, sus músculos vaginales se tensaban y relajaban repetidamente. Pude eyacular y la abracé con fuerza hasta que terminé. Nos soltamos, respirando con dificultad.

Hablamos del evento durante un buen rato. Rosi se abstuvo esa noche y volví a tener sexo con Mia. Era una experta y llegó al orgasmo con facilidad y sin esfuerzo. Rosi se tumbó de lado, apoyándose en su pierna sana, y se masturbó con intensidad. Pronto me quedé dormido; me había agotado por completo. Después de unos días, encontramos un ritmo. Solo quería tener sexo dos veces, después del almuerzo y la cena. Rosi y Mia se pusieron de acuerdo entre ellas para ver quién quería tener sexo conmigo y cuándo. Por supuesto, no era suficiente para ninguna de las dos, y se masturbaban tan a menudo como querían. Me dediqué al proyecto de la Revolución Francesa, limando, serrando y modelando hasta que quedó muy bien. Luego me senté con Rosi frente al ordenador e investigamos a qué editoriales

debía contactar. Ignoré las pequeñas y desconocidas. Rosi tenía que ir a lo grande, le insistí. Era inútil enviarlo a la facultad donde había asistido a algunas clases. Nada de sentimentalismos, un libro necesitaba venderse correctamente. Tenía razón (siempre tengo razón).

Poco después de que Jack se fuera y yo desflorara a Mia, alguien llamó suavemente a nuestra puerta después de nuestra aventura de mediodía. Mia y yo dormíamos profundamente, y Rosi se despertó, se puso su camisón y se dirigió a la puerta. "Soy..." y Rosi añadió: "¡Plunkett!". Se dieron la mano, "Jane Plunkett", y tan pronto como Rosi cerró la puerta, Plunkett se despojó de su ropa de invierno. Caminó con determinación, desnuda, hacia la cama. "Yo también quiero un pedazo del pastel", le susurró a Rosi, quien respondió secamente: "Si divides la galleta entre demasiada gente, ¡todos se quedan con migajas!". Pero Plunkett se estiró en la cama.

— Jane — dijo Rosi enfáticamente — , ¡primero tienes que ganarte tu lugar! — Desperté y llamé a Plunkett con asombro; Mia se escondió detrás de mí. Rosi le exigió a Plunkett un acto lésbico, primero. Plunkett asintió, pero no tenía ni idea de lo que era el sexo clitoriano. Rosi contempló el hermoso cuerpo de la viuda y, con ojos brillantes, acarició su vulva y, con placer, su clítoris. — Está bien — concedió Rosi, y se tumbó provocativamente a su lado — , ¡entonces hazlo conmigo con tu dedo! — Jane Plunkett comenzó la iniciación sin dudarlo, y, por Dios, era excelente en ello; tenía décadas de práctica. Rosi se relajó visiblemente, y después de unos minutos, noté que su respiración se aceleraba. El dedo de Jane también se aceleró, y Rosi se aferró a su brazo. Con delicada sensibilidad, llevó a Rosi al orgasmo y no se detuvo. Oí a Rosi jadear y soltar pequeños gritos agudos como nunca antes. Pero Plunkett continuó con energía, prolongando el orgasmo de Rosi durante minutos. Jamás había experimentado un orgasmo tan largo e intenso con Rosi como el que tuvo en ese momento, hasta que, al borde de las lágrimas, cayó en los brazos de Plunkett y lo culminó en un clímax estremecedor y tembloroso.

Rosi se acurrucó de lado para recuperar el aliento. "Listo, ahora sí que me lo he ganado", dijo Plunkett, volviéndose hacia mí con satisfacción, porque la masturbación de Rosi me había excitado. La dejé tumbada boca arriba y la penetré sin preliminares. Me molestó su in-

tromisión en nuestra vida privada, aunque, por supuesto, lo entendía. Metí la mano bajo sus nalgas y la levanté, follándola como un loco. Rosi forzó un dedo sobre el clítoris de Jane Plunkett y lo frotó con la misma intensidad con la que yo la follaba. Momentos después, su orgasmo estalló, pero ni Rosi ni yo paramos. Al contrario, Plunkett estaba siendo follada y masturbada con tanta intensidad que perdió la noción del tiempo y del lugar. Tuvo un orgasmo tras otro, y yo solo paré cuando me corrí dentro de ella. Rosi la soltó; Jane Plunkett perdió el conocimiento por un instante y luego volvió en sí.

Desde entonces, venía todas las semanas. Rosi le enseñó a follar clítoris con clítoris, y ahora podía follar con Rosi y Mia cada vez antes de venir conmigo. Rosi se negaba inmediatamente cuando quería venir más de una vez por semana; una vez era suficiente. Pero tenía que ganarse su salvaje follada conmigo cada vez y follar con Rosi hasta que se volviera loca. Se acostumbró; a Rosi, Mia y a mí no nos importaba el cambio. Seguimos así porque todos sacábamos provecho. Más tarde, cuando estábamos en la casa nueva, conducía los 3 km hasta The Whickets una vez por semana en el carrito eléctrico.

Eran las vacaciones de Navidad, Jack estaba en casa cuatro días y Plunkett se había ido al continente por las fiestas. Exactamente diez minutos después de nuestro ruidoso saludo, Jack y Mia ya estaban en la cama. Él sabía de Rosi, por supuesto, y la abrazó con todo su corazón. Follaron día y noche sin parar, como le conté a Rosi. Yo estaba sentado frente a mi pantalla, pero apenas escribí una página de mi segunda película porno. Incorporé hábilmente el sexo de Rosi con Plunkett, dejando que la detective sufriera lujuriosamente en la cama de una criminal lesbiana de alto calibre. Los observé follar; eran inseparables y se complementaban a la perfección. Los ojos de Rosi brillaban húmedos y lujuriosos mientras yacía junto a ellos, acariciando ocasionalmente sus cuerpos sudorosos y genitales. A Rosi le encantaba que le tocaran y acariciaran los genitales durante el sexo.

A pesar del viento frío y la nevada, me senté afuera en el banco de piedra, fumando, dejando que mis ojos vagaran por las colinas blancas; era tan pacífico aquí. Rosi se estaba masturbando en la cálida sala de estar, y los niños estaban follando como locos. Rosi se estaba masturbando más a menudo que nunca, y su capacidad de orgasmo

durante el sexo había aumentado significativamente, en mi opinión. Jack se sentó a mi lado y se ajustó la manta de lana alrededor de su cuerpo desnudo. “¡Mia, es una maravilla natural! Folla con la facilidad de una pluma y tiene orgasmos más fácilmente que nadie. La chica no para de correrse, tiene orgasmos tan fáciles y sin esfuerzo, ¡es una locura! ¡Lo digo porque me he follado a docenas!” Sonreí y lo miré de reojo. “Ah, ¿en serio, una docena?” Esta vez se rió. “Jim, me tomo mis estudios muy en serio, muy en serio. Pero les invito a una cerveza a mis compañeros de piso cuando tengo compañía femenina, y con algunas de ellas, pueden seguir follando enseguida. Siete de cada diez estudiantes no tienen otra cosa en mente que follar todo lo que puedan. Y por las otras tres, tendría que perder horas preciosas intentando conseguirlas. Me quedo con las siete; una palabra amable y un acuerdo es todo lo que se necesita, no perdemos nada de tiempo.” Le di una palmada en el hombro. “Y no olvides que, después de los 40, la virilidad de un hombre empieza a declinar. Por eso no quiero cumplir 40 para nada.” Jack tenía frío y volvió adentro, tumbándose junto a Mia para calentarse. Era casi perverso cuando los cuatro follábamos uno al lado del otro por las noches, pero los niños nos animaban a Rosi y a mí a más y más. Fue una Navidad maravillosa, muy maravillosa.

Pasaron dos meses antes de que una editorial cayera en la trampa y le hiciera una buena oferta a Rosi. Los ojos de Rosi brillaron con recelo al firmar el contrato. Esa noche, después de Mia, que era la siguiente en la lista, también me acosté con Rosi; ¡se lo merecía!

Tres semanas después nos mudamos a la nueva casa.

El Hijo del Ángel

von Jack Faber © 2023

La directora del gran orfanato finalmente había conseguido un lugar para Maja con las Hermanas del Corazón Sangriento de María. Maja ya tenía siete meses de embarazo y daría a luz en ocho semanas. Normalmente, solo se conseguía un lugar si el parto era inminente, pero cuando alguien tenía tanta suerte, debía aprovechar la oportunidad. Maja podría unirse a las hermanas en tres días.

Maja se fue directamente a la cama después de cenar. Con su gran barriga, ya no podía trabajar en la cocina y prefería estar tumbada en la cama a estar sentada en el salón. No estuvo sola mucho tiempo. Monika se tumbó a su lado. La joven estaba fascinada por su barriga como ninguna otra. Monika era conocida por ser muy hábil y apasionada en la masturbación femenina, y ya había masturbado a todas las chicas de la casa. Durante años, había ido de chica en chica; incluso las mayores, la mayoría de las cuales se habían pasado al sexo, tenían que admitir que Monika era la más hábil en la masturbación y les proporcionaba minutos de puro placer. La mano de Monika se deslizó bajo su largo camisón, recorriendo desde sus rodillas, bajando por sus muslos, hasta la vulva de Maja.

La mano de Monika, como siempre, se detuvo en el coño de la chica mayor durante un buen rato, acariciándolo, provocándolo y mimándolo. Luego su mano se deslizó más arriba, acariciando su vientre durante minutos antes de deslizarse aún más arriba para acariciar sus pechos llenos. Esto despertó una sensación de anhelo ardiente en el coño de Maja. No había conocido ese sentimiento de anhelo antes, hasta que Monika lo evocó. Maja a veces experimentaba esa sensación, aunque de forma más leve, cuando uno de los chicos la follaba. Había dejado que el primero se metiera bajo sus sábanas cuando solo tenía 11 años, y desde entonces, al menos uno de ellos venía cada noche, normalmente uno tras otro, para follarla.

Por supuesto, estaba estrictamente prohibido, pero los chicos entraban al dormitorio de las chicas todas las noches después de que su

tía se durmiera en la silla junto a la puerta. Las chicas les echaban una pastilla para dormir inofensiva en el té, allanando así el camino para sus actividades pecaminosas y prohibidas. Las chicas estudiaban calendarios para calcular sus días fértiles. Todos sabían que no había garantías. Pero aparte de la televisión, los juegos de mesa desgastados y los libros infantiles, no había muchas distracciones en el orfanato de la ciudad.

Maja casi se desmaya cuando Monika la acarició sin piedad los pechos y los pezones. La chica más joven tenía mucha más experiencia sexual; se había masturbado todas las noches desde la infancia, había masturbado a todas las chicas del orfanato muchas veces en los últimos años y era considerada una experta en masturbación femenina. La presión de grupo era intensa, así que tuvo relaciones sexuales con los chicos durante dos años, aunque solo alcanzaba el orgasmo mediante la masturbación, y esto continuó durante mucho tiempo hasta la llegada de Kyrill. Practicaba el sexo de forma muy superficial, ya que no tenía ninguna posibilidad de llegar al orgasmo. Era adicta a la masturbación, pero era lo suficientemente astuta como para esperar siempre hasta la hora de acostarse. De esta forma, evitaba la humillante exposición que las incautas tenían que soportar a manos de la mojigata supervisora.

— ¿Todavía no te masturbas? — le preguntó a Maja, sabiendo ya la respuesta. Maja negó con la cabeza como siempre; nunca se había masturbado en su vida y solo había conocido el orgasmo desde que Monika empezó a acostarse junto a ella todas las noches y a masturbarla. A Monika le encantaba excitar tanto a Maja que le rogaba que la masturbara, cosa que rara vez hacía, en lugar de simplemente dejarse llevar por la lujuria sin aliento. Monika subió el camisón de Maja por encima de su cabeza, y luego, con un movimiento fluido, se quitó el suyo. Presionó su cuerpo desnudo contra el de Maja, jugó con los labios de Maja y lentamente deslizó dos dedos dentro y fuera de su vagina. Los dedos, por supuesto, no provocaron un orgasmo; eran solo preliminares. Una sombra apareció junto a ellas. Era Jan.

Se desnudó en un instante y se tumbó junto a las chicas. Era uno de los chicos simpáticos y susurró si podía acostarse con Maja. Maja asintió; Jan era un chico muy dulce al que nunca rechazaba. Maja su-

surró que Monika debería quedarse con ella, y Monika hizo un hueco. Jan preguntó si debía acostarse con Monika, pero Maja siseó: «¡Yo primero!». No hacía falta seguir hablando; el plan estaba trazado.

Jan, que prefería con creces follar con la gélida Monika, se subió encima de Maja. Tenía que tener cuidado con su gran barriga, por supuesto, así que se apoyó con los brazos, penetró rápidamente la vagina de Maja y la folló con rapidez, como una máquina de coser. Maja suspiró feliz, porque la follada de Jan intensificó su deseo, y lo reconoció con suspiros. Jan se detuvo sin eyacular. Estaba guardando eso para Monika.

Monika se había tocado el clítoris un poco mientras los dos tenían sexo a oscuras; conocía la rutina y quería excitarse un poco antes de que Jan la penetrara. Le gustaba el chico alto, que tenía más o menos su edad, pero no estaba enamorada de él; nunca se había enamorado. Cuando fuera mayor, se enamoraría, pero ahora mismo despreciaba a esos amantes que se reían a carcajadas. Era un espectáculo vergonzoso y degradante, y precisamente por eso amaba a Maja, que no participaba en esas tonterías.

Jan se tumbó junto a ella, ella lo abrazó y le dio un beso largo y apasionado. Él había venido a follarla, y eso le parecía bien. Tomó su pene y lo guió hacia su apretada y juvenil vagina. Se recostó y dejó que la follara. Jan era muy bueno en la cama, lo que a Monika le gustaba mucho, aunque nunca tenía un orgasmo durante el sexo. Jan la folló lentamente y durante mucho tiempo, sus dedos hundiéndose en el coño de Maja, que suspiraba continuamente con su tacto. Después de un largo rato, soltó su coño, finalmente aumentó el ritmo y eyaculó a chorros dentro de Monika. Exhausto, se deslizó a un lado, se quedó allí unos minutos, besó a ambas chicas y luego se fue en silencio.

Maja recordó de repente cómo había quedado embarazada. Estaba allí tumbada, dormitando, con Monika dormitando con la cara sobre su coño. Monika la había lamido hasta un suave orgasmo; la pequeña era una experta en lamer el clítoris. De repente, una luz brillante, un ángel apareció. Maja no le tenía miedo a los ángeles; este se echó ha-

cia atrás su deslumbrante capucha blanca. El ángel era un hombre guapo, con el pelo negro y liso peinado con raya al medio y terminando en dos trenzas. Su perfil, de rasgos marcados, era majestuoso. «Soy el guerrero Tecumseh, y he venido a ti». Por supuesto, había leído sobre Tecumseh, un famoso guerrero y líder que vivía con su hermana. Probablemente había leído el pasaje que describía la relación incestuosa con un romance florido y un voyeurismo descarado una docena de veces. Saludó al nativo americano con palabras amables. El guerrero sonrió y expuso su gran pene. Maja se recostó, lista para ser follada. ¡Y la folló, y de qué manera! Maja nunca había sido follada por un hombre adulto, y él la folló con tanta fuerza y potencia que apenas podía respirar. Le agarró las nalgas y las levantó, de modo que su vagina se abrió como un cáliz. "¡Te daré un hijo, un hijo que te hará sentir orgullosa!", dijo el ángel y comenzó a eyacular. Maja gritó en su mente: "¡Sí! ¡Dame un hijo!". Y el ángel eyaculó en su vagina durante lo que pareció una eternidad. La luz se desvaneció; él se había ido. Maja se despertó sobresaltada, y Monika también. "Solo fue un sueño", susurró Maja suavemente, "¡solo fue un sueño!". Monika la miró muy extrañada, pero nunca hablaron del tema. Aunque Maja creía en la existencia de los ángeles, tomó el sueño solo como eso, un sueño. Maja realmente no sabía quién era el padre de su hijo.

Monika volvió a estimular el clítoris de Maja, y susurraron suavemente sobre tener sexo con Jan. "¿Debería hacértelo ahora?", susurró Monika, aún muy excitada por el sexo. Maja asintió en silencio y abrió las piernas voluntariamente. Los pensamientos de Monika ya estaban en su propia masturbación; masturbó a Maja rápida y expertamente. Maja contuvo la respiración mientras el orgasmo la invadía. "El bebé está pateando como loco", susurró al oído de Monika. Monika simplemente asintió y continuó masturbándose rápidamente, sintiendo la maravillosa excitación y acercándose rápidamente a su propio orgasmo. Se acurrucó en los brazos de Maja y dejó que el orgasmo disminuyera, temblando y estremeciéndose. Durante diez minutos, permanecieron acurrucadas juntas, dormitando. Apareció otra sombra. Werner.

Maja no había tenido sexo con él muy a menudo; él solo había empezado a venir después de que ella tuviera la barriga de embarazada. "¿Vienes conmigo o con Moni?", susurró ella mientras él se acostaba

a su lado. “No soy ningún pedófilo”, refunfuñó él, sonriendo en la oscuridad, “¡claro que solo vengo con una mujer de verdad!”. Monika le hizo sitio; de todas formas, no iba a acostarse con ese patán. No perdió el tiempo en preliminares, montando con cuidado a Maja y apoyándose con los brazos. Ella lo dejó follarla; él no tardó mucho y se corrió rápida e intensamente. Desapareció en la oscuridad tan silenciosamente como había venido. Monika susurró que iba a su propia cama, pero que la vigilaría de cerca, y luego se acostó en la cama de al lado. Ahora se dedicó a darse placer en el clítoris. Le encantaba parar justo antes del orgasmo y volver a empezar; podía hacerlo durante horas. Hacia el final, usó sus dedos medio y anular para llegar al orgasmo, porque así es como había entrenado su vagina para tener orgasmos durante el sexo.

Oskar, Fritz y el estúpido Mick fueron a casa de Maja para tener sexo. Ella dejó que Friedrich tuviera sexo con ella y le dijo que él era el último y que los demás no debían venir. Se giró de lado y se durmió, exhausta. Kyrill se acercó sigilosamente, pero antes de que llegara a Maja, Monika le agarró la mano y dijo: “¡No la despiertes!”. Kyrill se acostó junto a la pequeña Monika, que estaba en medio de la masturbación. Le tocó el dedo, diciéndole que continuara, y esperó pacientemente hasta que terminó. Justo antes del orgasmo, dejó que Kyrill la penetrara y, retorciéndose en su orgasmo, se aferró al grandullón. Dejó que tuviera sexo con ella mientras su orgasmo disminuía; era tan maravilloso prolongar el orgasmo con sexo y tener pequeños mini-orgasmos después del grande. Los orgasmos cesaron, y Kyrill eyaculó su semen salvaje y enérgicamente dentro de ella. Kyrill tenía un pene grande y grueso; era uno de los pocos hombres que podían darle un orgasmo. Preguntó si podía tener sexo de nuevo; Él realmente lo necesitaba. Monika asintió y tomó su pene en su boca hasta que se puso duro de nuevo. Rara vez tenía sexo con Kyrill; él generalmente solo estaba interesado en Maja. Monika se masturbó un poco mientras él volvía a tener sexo, luego se concentró en el sexo en sí, y he aquí que fue suficiente para que él tuviera otro orgasmo. Se quedaron jadeando pesadamente uno al lado del otro, y Kyrill refunfuñó que se había sentido bien. Monika le susurró que debería venir y tener sexo con ella más a menudo, pero él negó con la cabeza; en realidad ella era demasiado joven. Después de un rato, se deslizó

silenciosamente en la oscuridad. Monika ya no tenía ganas de masturbarse y se durmió.

Maja leyó un libro durante el día, “El cazador de ciervos” de Fenimore Cooper. Era muy emocionante y trataba sobre los nativos americanos. Estaba fascinada por ellos, aunque no sabía por qué. ¿Quizás porque valoraban una vida familiar estable, algo que ella, como huérfana, nunca había experimentado? Levantó la vista del libro y terminó su té. El bebé había pateado durante la noche, como siempre que Monika le daba un orgasmo. Realmente no sabía por qué nunca se masturbaba; sabía cómo. Miró el reloj de pared. En 15 minutos, tenía que bajar. El poderoso cocinero jefe la follaba todos los días a la misma hora. Desde que se había quedado embarazada, tenía que ir con él. Solía follar con una de las jóvenes novicias o una joven monja, y nadie se atrevía a resistirse. La Madre Superiora lo sabía y le dijo a la elegida que lo hacía por el bien del convento y que su pecado estaba perdonado. Sin embargo, mientras Maja estuviera disponible, dejaba a las novicias en paz.

Maja se incorporó lentamente. Fue como siempre: tomó su pene en la boca y lo masturbó hasta que eyaculó en su garganta. Se tragó el semen y le chupó el pene semierecto hasta que se puso duro de nuevo. Ahora le permitieron tumbarse en la mesa con el torso desnudo, y él le subió la falda. Siempre la penetraba por detrás, y ella podía protegerse el estómago de sus embestidas salvajes. Ella le había dicho que se iba, y él asintió; estaba bien, dijo con una sonrisa, añadiendo que de todos modos le había echado el ojo a una monja virgen.

Monika la había masturbado maravillosamente, y en su clímax, se había aferrado a la chica más joven. Ninguno de los chicos podía darle orgasmos tan hermosos como los de Monika, pero notó que tenía orgasmos cada vez con más frecuencia durante el sexo. Monika se retiró a su propia cama cuando llegó Oskar, pero las dos chicas se tomaron de la mano mientras se movían de cama en cama. Maja le hizo señas a Monika para que notara su creciente excitación y también se dio cuenta cuando Monika llegó al orgasmo.

La niña era como una hermana para ella. Le había dicho enseguida que se había acostado con el jefe de cocina por última vez esa tar-

de. Él le había deslizado un sobre desgastado con 2500 y le había agradecido efusivamente por el sexo diario. Con ojos brillantes y codiciosos, le había dicho que había cerrado un buen trato con la Madre Superiora, una donación sustancial. La joven monja se había cubierto la cara con las manos cuando dejó caer su hábito al suelo, y él y la Madre Superiora la habían palpado de arriba abajo, confirmando su virginidad con sus propios ojos. La Madre Superiora incluso había comentado que sus pechos aún no estaban completamente desarrollados y que seguirían creciendo. La anciana estaba satisfecha consigo misma, pues siempre le pagaban bien cuando vendía una novicia o una joven monja al buen hombre. Años atrás, siempre había observado a las jóvenes teniendo sexo, pero ya no. La jovencísima monja, con el rostro abatido por la vergüenza, confirmó que la inflamación alrededor de su clítoris se debía a la masturbación excesiva y que lo lamentaba, pero que ese era el único placer que había experimentado. Sin embargo, prometió aprender a tener relaciones sexuales pronto y servir al convento con su cuerpo. «Mañana vendrá a mí», dijo él con expectación, «¡mañana será mía!».

Maja apretó la mano de Monika, y los chicos vinieron uno tras otro y la follaron. A su alrededor, la gente follaba en las camas como si no hubiera un mañana. La tía dormía profundamente en la antesala. Maja disfrutaba de la excitación que sentía durante el sexo y dejó escapar un suave gemido cuando tuvo un orgasmo. Nunca antes había tenido un orgasmo durante el sexo; solo se había desarrollado durante su embarazo, y le gustaba mucho. Durante el sexo, fantaseaba principalmente con sus amigos nativos americanos, dejando que Chingachcook, Uncas, Leatherstocking o Hawkeye la llevaran al orgasmo. Quería ponerle a su hijo un nombre nativo americano como segundo nombre, en homenaje a Fenimore Cooper. Monika estaba totalmente en contra; el pobre niño tendría que responder preguntas estúpidas toda su vida. Maja asintió con comprensión, pero en secreto se mantuvo firme en su postura.

Sin pensarlo dos veces, Maja bajó las escaleras, olvidando por completo que ya no necesitaba ir con el chef de pene pequeño y juvenil. Solo cuando abrió la puerta de la cámara frigorífica y vio al chef follando con la joven, lo recordó todo. Él la saludó jovialmente, invitándola a entrar, así que Maja se detuvo y observó. Rara vez había

visto sexo a plena luz; ahora sí. El chef asintió con la cabeza cuando Maja le susurró si le había dado una pastilla a la monja tímida, y levantó tres dedos. Le había dado tres pastillas a la joven, y ella estaba cachonda y excitada como una prostituta de muelle. Maja asintió con satisfacción; al menos eso lo había hecho bien. La joven monja estaba completamente fuera de sí de lujuria y le ofreció su trasero con entusiasmo. Tenía una vulva muy hermosa, solo un delicado vello púbico rubio claro, y sonrió con lujuria y placer. Maja los observó durante una hora hasta que él terminó de follar y permitió que la chica se masturbara rápidamente como acto final. Él salió a trabajar y Maja se sentó junto a la chica, acariciándola mientras se masturbaba y excitándola aún más, tal como había aprendido de Monika. La penetró con fuerza con dos dedos, interviniendo cuando se cansaba, y continuó masturbándola, orgasmo tras orgasmo. La chica se masturbó durante un tiempo increíblemente largo, sonriendo tímidamente, hasta que los efectos de las pastillas desaparecieron gradualmente. Cuando terminó, Maja volvió arriba. Se retiró a un rincón con Monika y le susurró lo que había visto. Se rieron porque solo ellas dos sabían por qué la cena se había servido media hora tarde esa noche.

Las chicas se tomaron de la mano por la noche. Era su última noche juntas; al día siguiente Maja se mudaría al otro convento. Los chicos, por supuesto, lo sabían, y todos querían acostarse con Maja una última vez. Estaba agotada después de una docena, pero aún quedaban más esperando. Se despidió de cada uno de ellos después del sexo y, exhausta, se entregó al último. Se durmió al instante y no se dio cuenta de que Kyrill estaba acostado junto a Monika.

Él había escuchado con mucha atención; ella solo había tenido un orgasmo con él, y ella lo había invitado explícitamente. La penetró dos veces y le tocó la vulva con los dedos mientras ella se masturbaba durante el descanso. Después de la segunda vez, ella lo abrazó y lo besó con besos largos y apasionados. Podría enamorarse de él, susurró entre besos, pero era demasiado joven para eso. Kyrill se escabulló tan silenciosamente como había llegado. Tenía buenas razones para sonreír de oreja a oreja.

La mudanza de Maja transcurrió sin incidentes; solo llevaba una bolsa medio vacía y caminó apenas quince minutos. Las monjas la

recibieron con calidez y fue a la habitación de Lori. Se sentó en el jardín del monasterio hasta la cena, observando la actividad en los parterres. Ya le habían dicho que trabajaría en el jardín. Después de cenar, siguió a Lori en silencio a la habitación. Lori era un poco mayor que ella, parecía increíblemente dulce con su barriga redonda, pero era bastante traviesa. Se acostó desnuda en la cama, pero inmediatamente fue a la cama de Maja para consolar a la niña que lloraba. Lo primero que hizo fue quitarse el molesto camisón. Se acurrucó junto a Maja y la acarició con ternura. Lori solía empezar a masturbarse por esas horas y ya estaba muy excitada. Se apretó contra el cuerpo de Maja y la dejó hablar de Monika, quien la había masturbado una o dos veces seguidas antes de que los chicos vinieran a tener sexo. No, ella nunca se había masturbado; Monika siempre lo había hecho. Ella masturbaba a otras chicas con gran pasión y se masturbaba mucho a sí misma. Lori le preguntó si debía masturbarla, y Maja asintió agradecida; eso la distraería de su tristeza. Continuó hablando mientras Lori la masturbaba, contando sobre la aventura de meses con el chef de pene pequeño, sobre cómo vendió al sacerdote virgen al libertino y sobre el sexo excitante entre los dos. Dijo que la Madre Superiora solía observarlos teniendo sexo y masturbarse en secreto bajo su hábito, pero que ya no lo hacía.

Maja se aferró al brazo de Lori mientras el orgasmo rugía en su coño; Lori era tan buena en eso como Monika. Se acurrucó contra Lori y le acarició el vientre y el coño mientras se masturbaba. Abrazó a su nueva amiga y la apretó fuerte, porque Lori parecía a punto de explotar de orgasmo. Lori miró el despertador de viaje en su mesita de noche. “¡Dios mío, viene!” gritó Lori y corrió a la ventana. Unos minutos después, abrió la ventana y un joven entró. Era Piet, el novio y proxeneta de Lori. Alto, rubio y guapo. Maja se escondió bajo las sábanas mientras él dejaba caer su ropa. Aun así, logró ver un atisbo de su pene; nunca había visto uno tan grande, tan largo. Conocía los penes de todos los chicos del día del baño, cuando se duchaban, recibían pajas de ella o la follaban rápidamente. La tía siempre se quedaba de pie sin involucrarse bajo la puerta, completamente indiferente a lo que los niños hacían en las duchas. Ni las masturbaciones ni el sexo podían distraerla de estar lista para pelear. Solo intervenía si había una riña; eso no se toleraba. Los chicos fingían peleas para engañar al supervisor y que interviniera. De repente, uno de los ru-

fianes le subió la falda y otro le arrancó la ropa interior hasta por encima de las rodillas. Los chicos la rodearon y la manosearon descaradamente. Ella era bastante estricta en general, pero dejó que los curiosos la manosearan durante minutos antes de arreglarse la ropa. Una vez, Maja recordó con cariño, tuvo un intercambio frívolo con Oskar, que terminó con ella inclinándose y dejando que Oskar la penetrara por detrás. Estaba rodeada en círculo, y un murmullo recorrió las filas cuando Oskar entró en ella. Se incorporó, con los ojos brillantes, "¿Otra más?". Eso fue extremadamente estúpido, porque Werner se colocó detrás de ella y le inclinó el torso hacia adelante. Con calma, folló a la anciana, mientras Friedrich y Kyrill ya estaban de pie detrás de él. Los demás no se atrevieron, pero gritaron excitados cuando Werner, Friedrich y Kyrill entraron en ella. Gimiendo, se incorporó y se marchó con la cabeza gacha. La astuta anciana era la única cerda que dejaba que los chicos la follaran cada pocos días, cada pocas semanas. Su coño ya se había encogido bastante y estaba muy, muy apretado, pero le gustaba mucho la follada dolorosa.

Lori y Piet estaban teniendo sexo en silencio; solo se oían los gemidos y suspiros de Lori mientras se acercaba al orgasmo. Él se apoyaba en sus brazos por el vientre de Lori y miraba a Maja con una sonrisa. "¿Entonces, a ella también le gusta tener sexo?", le preguntó a Lori, y ella asintió. "Creo que sí. Solo pregúntale". Maja se escondió aún más bajo la manta. No le importaba tener sexo, ¿pero con un completo desconocido, en la primera noche? Pero él estaba ocupado con Lori ahora; susurraron muy suavemente hasta que él arqueó la espalda al llegar al clímax. Se quedó acostado con Lori un buen rato, tal vez un cuarto de hora, luego se acercó a Maja.

— Haz un poco de sitio — dijo en voz baja, acostándose junto a Maja. Ella se estremeció al sentir el contacto de sus cuerpos desnudos. Así que era Maja y le gustaba follar, ya lo había oído, pero Lori no le había dicho de cuántos meses estaba. ¿Y qué? — Estoy en mi séptimo u octavo mes — susurró Maja con temor — , tal vez me queden otras ocho o nueve semanas. Piet se acercó aún más. — A Lori le quedan tres semanas o menos, y luego tendremos nuestro primer hijo. Queremos más, nos casamos el año que viene, y ella nunca volverá a ser prostituta, ya lo hemos decidido. Voy a hacerme cargo de una gasolinera; eso nos dará suficiente para nuestra pequeña familia.

Piet había estado acariciando el cuerpo de Maja todo el tiempo, su mano deslizándose repetidamente sobre su vulva. Maja preguntó, casi susurrando, si podían follar ahora, preguntó, muy sorprendida, ¿y qué hay de Lori? Él rió suavemente, no de forma desagradable. "No se supone que debo follarla una segunda vez porque no es bueno para el bebé, porque siempre me lleva mucho tiempo la segunda vez. Y ahora mismo se está masturbando y quiere vernos follar, eso es lo que dijo." La mano de Piet había estado acariciando el clítoris de Maja durante un rato. "No lo sé", dijo Maja, "no lo sé. Tal vez no deberíamos follar y solo mirar a Lori masturbarse, me gustaría hacer eso." Piet rió suavemente. "Solo mira a Lori, ella apenas está empezando, y yo ya estoy follando." Levantó a Maja y la hizo apoyarse en el pie de la cama para que pudiera ver a Lori masturbarse por encima de su hombro. "Maldita sea, maldita sea", pensó Maja, "eso no es lo que quise decir." Pero Piet ya le estaba separando las nalgas y penetrando lentamente su coño.

Maja nunca había tenido una polla tan grande en su coño antes. Pero era bueno que le estuviera ofreciendo su culo, así podía apoyarse delante y su vientre estaba protegido. Ella y Lori se miraron. "Déjalo hacer lo suyo, ¡Piet folla de maravilla!" Maja sonrió, "¿No te molesta?" Lori sonrió y negó con la cabeza. "Necesito concentrarme ahora", y continuó masturbándose. Maja apenas podía ver nada; el gran vientre de Lori cubría su coño, que se frotaba con los ojos cerrados. De todas formas, Maja no tuvo tiempo de mirar, porque las embestidas de Piet la excitaron rápidamente y sintió que el orgasmo se acercaba. Sus nalgas temblaron y se contrajeron involuntariamente al llegar el orgasmo, pero Piet estaba lejos de terminar. Folló y folló como un reloj, y Maja sintió cómo la excitación aumentaba antes del orgasmo. Piet folló cada vez más rápido, y el orgasmo de Maja estaba cerca. Se agarró a la tabla y cerró los ojos. Nunca antes había tenido dos orgasmos durante el sexo, pero ahora fue tan intenso que casi la hizo perder el equilibrio, y con un grito ahogado, se dobló de dolor. No supo cuánto tiempo pasó antes de que Piet finalmente eyaculara. Se dio la vuelta y corrió a sus brazos. Sintió una vergüenza y una culpa terribles, como nunca antes había experimentado. Él le acarició el pelo y la cabeza: "¡Vaya, vaya, eso fue un buen comienzo!". Maja lo soltó lentamente. "¿Te pareció bien?", preguntó, algo que nunca antes había preguntado. Él asintió: "¡Vamos, veamos a Lori!". Se incli-

naron uno al lado del otro sobre los pies de la cama y observaron a Lori, quien, después de unos minutos, comenzó su clímax, agarrándose el estómago con ambas manos en pleno orgasmo. Charlaron durante otra media hora, y luego Piet salió por la ventana.

Fue una buena solución para todos. Piet se acostaba con Lori todas las noches, y luego con Maja. A medida que se acercaba la fecha de parto de Lori, se acostó con Maja dos veces, y Lori se sentó en una silla junto a su cama y observó antes de masturbarse y dejar que ambos la vieran. Una mañana, Lori llegó a la sala de maternidad y dio a luz a una dulce Magdalena. Lori se quedó tres días más. Piet se acostaba con Maja dos veces cada noche y la visitaba todas las noches hasta que ella también estaba a punto de dar a luz. Se despidió para siempre.

Maja dio a luz a un hijo. No se parecía a ninguno de los chicos, y menos aún al chef. Se quedó pensativa durante horas, mirando fijamente el pequeño rostro que no se parecía a ninguno de los hombres con los que había dormido noche tras noche durante los últimos cuatro años. Ni siquiera Monika, que se quedó con ella unas noches para que pudiera dormir al menos unas horas en medio de la estresante situación, pudo reconocerlo por su rostro, ni siquiera ella pudo decir quién era el padre. Monika nunca le contó a Maja que una vez, mientras dormitaba con la cabeza sobre su vagina, había soñado que un ángel, bañado en una luz brillante, la había follado a fondo. Monika creía sinceramente en los ángeles y no se atrevió a contárselo a Maja.

Maja llamó a su hijo James Tecumseh en honor al poeta y guerrero indígena.

La Criada

von Jack Faber © 2023

Los Montgomery pertenecían a la aristocracia tradicional y refinada. Durante las reformas de su casa ancestral, necesitaban una criada para su apartamento en la ciudad. Así fue como empecé a trabajar para ellos. Preparo el desayuno, ordeno el espacioso apartamento y sirvo los almuerzos y cenas que traen a domicilio. No es un trabajo muy agotador. La primera sorpresa fue mi uniforme: un vestido negro, un delantal blanco y una tiara de tela blanca. La señora de la casa estuvo presente durante la prueba y confirmó que no era demasiado corto; así lo quería.

La segunda sorpresa fue que no se inmutó cuando él me dio una palmadita descarada en el trasero o me manoseó las bragas cuando estaba a su lado. Maldita sea, necesitaba el dinero, y que me manosearan no era nada nuevo. La buena y vieja aristocracia inglesa.

No era mojigata ni estirada. El tío Alfie me desfloró sin preguntar cuando tenía 15 años y me folló tres o cuatro veces por semana hasta que me mudé a la capital a los 25. Mi madre nos pilló follando y se armó un lío tremendo. En aquella época, me masturbaba una vez por semana, en mi día libre; no necesitaba más. Los Brookefield, para quienes trabajaba, eran demasiado mayores para ser una molestia. El viejo a veces me daba una palmadita en el trasero, y una vez por semana me arrodillaba ante él y le hacía una mamada. Su mujer se sentaba a su lado en el sofá y decía con tono de disculpa que ya no era capaz de tener relaciones sexuales. Él no quería follar; era demasiado agotador. Pero dejaban unos billetes en la mesa después de cada mamada, y ahí se quedaba todo. Cada pocas semanas, me dejaba meterle los dedos antes de la mamada, lo que tenía un efecto positivo en la mamada y en el dinero después. Eran extraños, pero inofensivos. La buena y vieja aristocracia inglesa, ¿ya lo había mencionado?

Los Montgomery pagaban un buen sueldo, casi el doble del mío. La amante insinuó que se esperaba cierto nivel de cooperación (presumiblemente sexual). Durante las primeras semanas, no hubo nada

de eso. Descubrí que se podía ver el dormitorio desde la habitación de invitados a través de un espejo veneciano oculto. Lo hice con bastante esmero y me masturbé mientras lo hacía. Solo entonces me masturbé a diario, orgasmo tras orgasmo, hasta que terminaron. Los dos eran muy hábiles follando en las diversas posiciones que el tío Alfie nunca me había enseñado. Con él, era solo entrar y salir, ¡gracias, señora! Y él era mi único compañero sexual hasta el momento. Incluso cómo se suponía que debía hacer una felación me lo tuvo que describir la vieja Brookefield, con las mejillas sonrojadas.

Disfruté muchísimo viéndolos follar y masturbándome con ello. Perdí mi timidez inicial y me quedé de pie junto a él en el desayuno, sonriendo para mis adentros mientras él exploraba mis bragas a fondo. Para entonces, debía conocer cada centímetro de mi coño, al menos sus dedos lo sabían. Ella debió de haberlo notado todo el tiempo, pero nunca se inmutó. Luego el hombre se fue al continente durante tres meses. Naturalmente, tenía curiosidad por ver qué haría ahora la amante, que había follado y jugado sexualmente con él todas las noches.

Puso películas porno en el reproductor y se masturbó con un consolador grande y suave que no tenía motor; tenía que introducirlo y sacarlo a mano. Nos masturbábamos los dos en habitaciones separadas, y yo la observaba, pero también el porno. Lo dejaba reproducirse hasta que empezaba la escena de sexo. Reproducía algunas partes en cámara lenta o en bucle; eso era perfecto para masturbarme. Intenté masturbarme tan a menudo como ella, pero era muy agotador.

Unos días después llegaron los jóvenes. No, no eran aristócratas, eran muchachos guapos con penes enormes. La amante tenía el doble de su edad, unos 38 o 40 años. Ninguno tenía más de 20; venían por unas noches, y luego llegaba otro. Casi todos eran excelentes en la cama, pude comprobarlo. Lo único que podía hacer era masturbarme; no tenía ni el tiempo ni la oportunidad de conseguirme un hombre. Pero pronto descubrí que los chicos eran gigolós a sueldo. Aun así, fue una época estupenda que terminó demasiado pronto. El amo regresó.

Tuvieron una noche tormentosa, y serví el desayuno como siempre. Dejó que su mano recorriera mi trasero, y todo transcurrió con normalidad. Era unos años menor que su esposa; ahora lo veía claramente. Recogí la mesa y luego fui a mi habitación. Leí las memorias de la viuda Plunkett, cuyo marido había fallecido al comienzo de los disturbios en Irlanda. Fue muy emocionante, y pude jugar con mi clítoris mientras leía. Por supuesto, todos querían consolar y acostarse con la viuda, pero ella era muy selectiva. Entonces llamaron a mi puerta.

Me levanté de un salto y me puse la bata; no podía abrir la puerta desnuda. Fue el caballero quien me miró de arriba abajo, devorando con la mirada cada centímetro de mi piel desnuda. Esperé pacientemente; ¡que me mirara! La bata se deshizo y me tomé mi tiempo para recogerla; él la devoró con avidez. Al parecer, esperaban a varios caballeros y yo debía ofrecerles café y bebidas. Asentí con la cabeza, «De acuerdo», y cerré la puerta.

La charla de los invitados no me interesaba; serví café y bebidas. Se fueron antes de la cena, que serví como de costumbre. Él mantuvo las manos quietas y entabló una animada conversación con ella. Se fueron a la cama. Los observé como siempre. Durante un breve silencio, me pareció que hablaba de mí. Aparentemente le estaba describiendo lo que había visto debajo de mi bata esa tarde, y entonces quedó claro. Estaba trazando con las manos la forma de mi vello púbico, que me había recortado en forma de franja después de verlo en uno de sus vídeos porno. Ella sonrió con dulzura y le revolvió el pelo. Asintió; estaba de acuerdo. ¿A qué?

Me enteré al día siguiente. El desayuno ya había sido recogido; él me estaba esperando. Entonces me tomó de la mano y me sentó en su regazo. Sentí su pene erecto bajo la fina bata de seda. Miré fijamente a los ojos de su esposa. Ella me devolvió la mirada con una sonrisa mientras él me desvestía con delicadeza. Examinó mi cuerpo desnudo con curiosidad, comparándolo con el nuestro, y asintió con satisfacción; no tenía motivos para temerme como rival. Sin embargo, sus ojos brillaron brevemente cuando él me besó, y luego pasó a un beso francés. Le silbé y le devolví el beso.

— Yo me voy — dijo ella en voz baja y se marchó. Él asintió, me besó y dejó que sus manos siguieran recorriendo mi cuerpo. Luego nos pusimos de pie, recogí mi ropa y lo seguí sin decir palabra. Él entró en el dormitorio; ella ya estaba tumbada desnuda en la cama. Dejó caer descuidadamente su bata de seda al suelo y se tumbó a su lado, con la erección completamente erecta. Me acerqué a la cama y también dejé caer mi ropa. Esperé.

Fue ella quien palmeó la cama a su lado, no él. Lo miré y me acosté junto a ella. No me moví mientras su mano recorría mi cuerpo, explorándome. Nunca antes una mujer me había acariciado, nunca me había tocado con tanta intimidad. Su voz era ronca cuando me preguntó si no estaba interesado en ella. Reuní todo mi valor y susurré: «Nunca... ninguna mujer me ha tocado así». Estaba confundido y no sabía qué decir. «¿Pero has dormido con hombres antes, Rose?», preguntó, y asentí con entusiasmo. «¡Sí, con uno, durante diez años!». Ella sonrió y se giró hacia él. «¡Empieza tú!».

Se acostó a mi lado, me dio un beso francés tras otro y buscó mi clítoris. Abrí las piernas para que pudiera alcanzarlo fácilmente. El tío Alfie siempre me masturbaba antes del sexo, pero enseguida me di cuenta de que el amo de la casa no lo disfrutaba o ni siquiera lo deseaba. Miré a su esposa con curiosidad, pero ella asintió con aprobación y ánimo. Lo ayudé y me toqué el clítoris. Él cedió de inmediato y comencé a masturbarme como solía hacerlo antes del sexo. Me irritó un poco que me observara con tanta atención, como si nunca lo hubiera visto antes. Mi excitación creció y creció, él se preparó y penetró lentamente mi vagina. Continué masturbándome hasta que me folló al ritmo adecuado. El tío Alfie nunca lo lograba. Pero él lo hacía bien; me lancé hacia el orgasmo y me aferré a él. Aumentó el ritmo y me corrí; continuó follándome con gran destreza y tuve un orgasmo largo e intenso. Eyaculó en el momento perfecto, eyaculó y embistió, embistió y eyaculó, hasta que nos separamos, sin aliento. Se hundió al otro lado, ella me abrazó y me acarició con ternura e intimidad hasta que me tranquilicé.

Me preguntó si solo me había acostado con un hombre, y asentí. “Solo con el tío Alfie. Me quitó la virginidad y se acostó conmigo todos los días durante diez años. No somos parientes de sangre; estuvo

casado con mi tía hasta que ella murió". Empecé a divagar porque me estaba tocando íntimamente y me estaba frotando el clítoris con fuerza. Ella sonrió amablemente. "Aun así, legalmente hablando, fue incesto". Continué balbuceando, completamente desconcertada. "Después de que mi tía murió, él se sintió muy solo, y como tenía quince años, lo entendí. Antes de acostarnos, al principio me masturbaba hasta el orgasmo, pero después lo hacía yo sola. Solo se acostaba conmigo muy brevemente y se corría enseguida; nunca duraba mucho". Balbuceé incoherentemente: «Ninguna mujer me ha tocado ni masturbado antes, me hace sentir muy extraña. No me masturbaba cuando tenía la regla, el tío Alfie me enseñó a practicarle sexo oral y eso estaba bien. Siempre quedaba satisfecho. Mi madre nos pilló teniendo sexo cuando tenía 25 años y se mudó aquí». Me estremecí y me retorcí, mis muslos temblaban. Me aferré a su brazo y hundí mi rostro en su pecho. Sentía una vergüenza tremenda porque el orgasmo era imparable. Me masturbó con fuerza y brutalidad, mi orgasmo casi me desgarró, grité. Continuó suave y tiernamente con mi clítoris y dejó que mi orgasmo se desvaneciera suavemente. Solo una mujer podía hacerlo con tanta delicadeza y sensibilidad.

Dudé un momento antes de devolverle sus besos franceses, pero luego alcancé su clítoris. Sentí que se relajaba por completo y abría sus muslos con gusto. La masturbé lo mejor que pude, y después de unos minutos, se corrió. Me alegré de que hubiera funcionado y me dejé besar de nuevo; besaba mejor que su marido. "¿Y le hiciste una mamada a Alfie?", preguntó, y asentí en señal de confirmación. Sus besos franceses habían encendido una tormenta dentro de mí. "¡Yo también te haré una mamada, y mira con atención, porque yo también quiero eso!" Se agachó sobre mí, besando y lamiendo mi estómago, la pista de aterrizaje. Abrí los ojos de par en par mientras lamía mi coño, mi clítoris, con su lengua y sus labios. Fue maravilloso y humillante. Por primera vez. Su marido se arrodilló detrás de ella y la folló por detrás. Ella lamió, sorbió y mordió muy suavemente. Su respiración se aceleró, y agarró mi clítoris con sus labios mientras se corría. Envolvió mi coño con su boca mientras yo llegaba al orgasmo, un chorro corto y potente, y mantuvo su boca allí hasta que el orgasmo disminuyó. Lamió mi clítoris a un ritmo frenético, provocando mi orgasmo. Atrapé su cabeza entre mis muslos, pero ella conti-

nuó lamiendo, volviéndose más suave, hasta que mi orgasmo terminó. Las tres nos estiramos, respirando con dificultad.

Había descubierto cómo practicar sexo oral a una mujer. Le acaricié los muslos y le pregunté si lo deseaba. Ella asintió en silencio y me puse en posición. Chupé, lamí y sorbí con todas mis fuerzas su coño y clítoris. Solo fue extraño por un breve instante tocar el coño y el clítoris de una mujer con mis labios; después de eso, fue fácil. Él metió su pene dentro de mí, aunque no estaba completamente erecto. Me penetró despacio y con cuidado para que su pene flácido no se saliera. Fue algo placentero, aunque sabía que no tendría un orgasmo de esa manera. Continué concentrándome en lamer. Ella tuvo que usar sus dedos cada vez más a medida que nos acercábamos al orgasmo. Tal vez estaba lamiendo demasiado fuerte, porque ella provocó su orgasmo con su dedo, y continué lamiendo suavemente su clítoris hasta que terminó.

Iba a verlos todas las noches. El Maestro John me follaba con gran entusiasmo porque yo respondía bien a su follada, y eso le subía el ego cuando yo me corría. Lady Janet, sin embargo, era mucho más trabajadora que él. Ella me enseñó a follar clítoris con clítoris, que era lo que más le gustaba. Desafortunadamente, mi clítoris era demasiado pequeño para ella, aunque al principio lo intentábamos constantemente, y me hubiera encantado hacerlo tan bien como ella. Pero nos rendimos después de un tiempo. Ella tenía un clítoris bastante grande que podía ponerse muy duro, y me follaba hasta que me volvía loca. Tenía orgasmos maravillosos y gritaba en el clímax. Lord John, que prefería follarme por detrás mientras yo lamía a Lady, extrañamente preguntaba cada vez: “¿Puedo correr dentro ahora, Rose?” y yo siempre respondía: “¡Por supuesto, Maestro John!” porque dirigirme al maestro solo por su nombre de pila me parecía inapropiado. Solo una vez lo puse a prueba y le respondí: “¡Hoy no, Maestro!” Y de hecho sacó su pene y eyaculó sobre mis nalgas.

Tuvimos sexo durante seis meses con gran placer, y me encantaba follar, lamer y que me lamieran. El tiempo con el tío Alfie parecía muy, muy lejano. Lord John partió de nuevo para un viaje que duraría varias semanas, y le pregunté a la señora adónde iba y qué hacía. Ella sonrió y dijo que su destino era secreto y que nunca sabía

adónde iba. «Está con el servicio secreto, y ellos principalmente matan gente», añadió con indiferencia. No le interesaba; de todos modos, él no tenía permitido hablar de ello, y yo sería prudente no hacer demasiadas preguntas ni pensar demasiado. Asentí humildemente; en realidad, yo solo era una criada.

Yacía acurrucado junto a mi ama, veíamos pornografía muy explícita, y al cabo de unos días ella contrató a dos gigolós. Follábamos con los jóvenes de todas las formas y posiciones; Lady Janet no se cansaba. Yo solía quedar satisfecho; después de unos cuantos orgasmos, estaba exhausto y me quedaba como espectador cuando la dama dejaba que ambos me follaran al mismo tiempo. También tuve que aprender sexo anal, pero no me gustaba nada, y el amo John no me obligaba. Los días pasaban volando, y entonces el amo regresó.

Tenía muchas ganas de acostarme con él, porque sabía que lo prefería por detrás mientras lamía a la mujer. Me mantuve en silencio sobre los gigolós, como ella me pidió. Dejé que me follara mucho más a menudo que a la mujer, que prácticamente se derretía con solo lamerla. Sabía que podía hacerme llegar al orgasmo fácilmente si me metía los dedos en el culo en el momento justo durante el sexo. Mencionó brevemente que su bronceado provenía de Egipto y otros países árabes; esa fue la única pista que dio.

Quería algo nuevo y me prometió un sueldo generoso. Debía servir café y bebidas a los caballeros que venían una vez por semana o varias veces al mes. Debía quitarme las bragas y dejar que se me viera un poco el coño. Me dejó a mi criterio hasta dónde les permitía manosearme o incluso follarme. Debía mantener contentos a los caballeros y no rechazarlos de mala manera. Pero no tenía que hacer nada que no quisiera. La señora intervino: «Rose puede hacerlo, volverá locos a tus viejos», y asentí; lo haría.

Siempre eran los mismos tres o cuatro, a quienes me dirigía obedientemente por su nombre de pila. Harrison, el mayor y más ruidoso; Finney y Froment, que parecían gemelos; y George, con mucho el más depravado. Contaba las historias más sucias, conocía de primera mano cada detalle sobre las mujeres prostitutas, y sospechaba firmemente que ya se había acostado con alguna de ellas. Nunca alardeaba

de ello; lo deducía principalmente de los comentarios de los demás. Servía café, alcohol, pasteles y puros, mostrando mi vulva. Observaba al Maestro John, quien me indicaba que lo estaba haciendo bien. Solía permanecer en silencio junto a la chimenea y no participaba activamente en las conversaciones. Al principio, me bastaba con mostrar mi trasero y mi vulva. Harrison fue el primero en descaradamente sentarme en su regazo y explorar mi coño con sus dedos. Más tarde, los otros tres hicieron lo mismo, pero ninguno intentó masturbarme. Hablaban con bastante ligereza mientras me manoseaban. Pensaba que era dinero fácil, porque Lady Janet me daba un sobre bien lleno cada vez. Después de seis meses, ya podía ver cómo mi casita en las afueras de la ciudad se acercaba.

Primero desempaqué el pene de Harrison. Negó con la cabeza con firmeza; no debía usar mi mano sobre él, debía montarlo. Miré brevemente al Maestro John, quien asintió. Así que monté a Harrison hasta que se corrió. No vi nada malo en montar a los cuatro uno tras otro. Me limpié el coño con una servilleta de tela y me senté en el regazo del siguiente. Me pareció que todos estaban bastante satisfechos conmigo, y los sobres de Lady Janet se hacían cada vez más grandes. ¡En mi mente, vi mi casita, mi propia casita!

Por las noches, los caballeros nunca hablaban de los círculos de caballeros, aunque yo tenía mucho que preguntar. Pero recordé el consejo de Lady Janet de no darle demasiadas vueltas ni hacer demasiadas preguntas. Mantuve la boca cerrada, abriéndola solo para lamer o eyacular. Pasó medio año volando, y cuanto más escuchaba a Harrison y a los demás, más inquietante se volvía el círculo de caballeros. Los monté a todos por turno y escuché. No, no quería masturbarme, negué con la cabeza enérgicamente, así que Harrison entendió. Montar estaba bien, pero definitivamente no quería nada más: nada de masturbarme ni de eyacular en mi boca. Lo entendieron.

Conocí a Luise mientras hacía mis compras diarias. Era una criada como yo, pero había pasado toda su vida — unos 45 años — en la alta sociedad. Siempre charlábamos de esto y aquello después de ir de compras, y poco a poco surgió el tema del sexo. Había dormido con el amo, su hijo y ahora sus nietos toda su vida, y no veía nada malo en ello. Al contrario, le granjeaba cierto respeto, algo importante pa-

ra ella. Finalmente mencioné que yo también había dormido con el amo y la señora. Luise sintió mucha curiosidad porque nunca había estado con una mujer y, por supuesto, quería saber exactamente de qué se trataba. Le sugerí que me gustaría hacerlo con ella. Se sonrojó muchísimo, pero no era posible, ni en su casa ni en la mía; no podíamos simplemente pasar a visitarnos. Aun así, nos sentamos en el parque y nos dimos besos franceses. Me permitió masturbarla en secreto bajo su falda. Estaba terriblemente avergonzada porque nunca antes había dejado que nadie la viera masturbarse y siempre lo había hecho en secreto. Pero a mí me permitieron masturbarla en el banco del parque, y ella a mí. Estaba muy excitada y llena de vergüenza porque todo era nuevo para ella. Fuimos muy astutos para ocultarlo y que nadie se diera cuenta.

Luise me miró, sin comprender. «¡No paras de hablar del marido de Lady Janet, pero ella no está casada!». Ahora yo también me sentía igual de desconcertada. «¿Y qué hay del señor John?». Luise soltó una carcajada, como si hubiera hecho una broma de mal gusto. Luise soltó mi clítoris. «Pero son hermanos, ¿no lo sabías?». Me quedé completamente atónita, pero Luise insistió. No le había sorprendido mi presencia durante nuestras conversaciones; llevaba años sospechando incesto. Estaba perpleja y totalmente devastada; tenía que averiguarlo.

Durante los siguientes días, de vez en cuando intervenía con el Maestro, mencionando a su hermana, bla, bla, bla. Él asentía, sí, y no me contradecía. Por la noche, cuando Lady Janet y yo estábamos acostados juntos esperando al Maestro, le pregunté directamente. Ella confirmó que era su hermano menor. Debí de parecer bastante tonto, porque sonrió y me recordó al tío Alfie, lo cual también era incestuoso. Negué con la cabeza; eso era completamente diferente. El tío Alfie había estado involucrado con mi madre primero, antes de casarse con su hermana. Mi madre nunca ocultó el hecho de que le había dado su virginidad a Alfie, como sí lo hizo su hermana, estúpidamente. Siempre sospeché que mi madre se acostaba ocasionalmente con el tío Alfie, y mi padre con su hermana. A medida que crecía, los espiaba y a menudo sorprendía a ambas parejas teniendo relaciones sexuales. Esto contribuyó a mi decisión posterior, a los 15 años, de dejar que el tío Alfie me desflorara y tuviera relaciones sexu-

ales conmigo: la fidelidad conyugal no valía nada; Todos nos acostábamos con todos. Era una rebelión contra mi madre autoritaria. No me extrañó lo amargada que se puso cuando me pilló con Alfie. En teoría, a los 24 o 25 años ya era mayor de edad y podía acostarme con quien quisiera. Pero no pude soportar su amargura y me fui.

Negué con la cabeza cuando Lady Janet me preguntó si me molestaba. Claro que no, era asunto suyo si había tenido incesto, dije. No, no me molestaba en absoluto; solo estaba un poco confundido porque durante más de un año los había considerado marido y mujer. La Dama asintió: «Tómate tu tiempo para asimilarlo». En una ocasión oportuna, le pregunté si podía invitar a una amiga a mi habitación en mi tarde libre. Sí, incluso para jugar, dije, mirándola fijamente a los ojos. «¿Una criada?», preguntó, y confirmé. Dio su permiso y dijo que no nos molestaría, pero que si queríamos invitarla, no había problema. Y así fue como Luise me visitaba una vez por semana.

Luise no era ni la mitad de guapa que yo, y yo no era ni la mitad de guapa que Mi Señora. Pero pasamos la tarde besándonos y abrazándonos, masturbándonos sentadas una frente a la otra o muy entrelazadas. También nos masturbábamos mutuamente, y un día invitamos a Lady Janet a unirse a nuestro juego. Luise tenía un clítoris muy grande y casi musculoso, y una vez que aprendió a follar clítoris con clítoris con la Señora, podía follar a su ama hasta la locura. Luise, como yo, mantenía las distancias y la llamaba la apropiada Lady Janet. Luise no le contó a la Señora ningún detalle picante sobre su amo, solo que estaba allí para follar por las tres generaciones.

Luise se había convertido en una amiga íntima, y le pedí consejo en el banco del parque. Me dio buenos consejos. Reuní todo mi valor y fui a New Scotland Yard. Me enviaron de un lado a otro hasta que me encontré sentada en una sala de interrogatorios vacía frente a una oficial severa y dos hombres. Todo sería grabado, y solo se me permitía decir la verdad, no inventar nada, no mentir. Estaba terriblemente nerviosa; no podía simplemente soltar cosas y decirlas en voz baja. “Bien”, dijo, “voy a hacerte algunas preguntas”. Pronto me relajé; fue fácil. Mi nombre, mi profesión, mi dirección, la dirección de mi familia. Sí, tenía 29 años. Con qué frecuencia se realizaban estas reuniones, cuál era mi trabajo. Café, bebidas, galletas. Y puros.

Cómo se llamaban los hombres; solo sabía sus nombres de pila. Y qué más tenía que hacer. Miré a los dos hombres. No se inmutaron cuando dije: “Sirve sin ropa interior”. Sí, también asuntos sexuales. Sí, también algunas cosas sexuales. Tuve que llevarlos uno tras otro hasta que llegaron. Sí, lo confirmé, los cuatro, uno tras otro, en cada reunión. Normalmente había tiempo suficiente para dar una segunda vuelta, excepto con Harrison, que ya era viejo. El oficial cambió de tema y yo suspiré aliviado. Se suponía que debía informar de lo que habían hablado. Estaban planeando un ataque, querían volar por los aires a “toda la banda”. Habían hablado abiertamente de los obreros que instalaban los explosivos continuamente y que pronto terminarían. No sabía a quién se referían con “banda” ni dónde ni cuándo se suponía que iba a ocurrir. Uno de los hombres se aclaró la garganta. ¿Por qué hablaban tan abiertamente cuando la camarera estaba en la habitación? Eso era fácil de responder. “Soy incluso menos que un mueble porque estoy ocupado con el... eh... sexo. Creen que solo me concentro en eso y no escucho. Pero para mí, el... sexo era solo la mitad de importante, era algo que sucedía al margen”.

La oficial preguntó por los Montgomery. Sentí un escalofrío recorrer mi espalda. Tenía que mantener a ambos Montgomery fuera de esto. Lady Montgomery nunca estaba presente, y Lord Montgomery nunca participaba en las conversaciones; a menudo se iba a hablar con Mi Señora. No, definitivamente no era uno de los cuatro. Él era solo el anfitrión y, sobre todo, me supervisaba para asegurarse de que hiciera el servicio y... las cosas sexuales correctamente; esa era su responsabilidad. “¿Proxenetismo?”, murmuró uno de los hombres, pero la oficial negó con la cabeza con firmeza. Repasó todo de nuevo, tomó nota y volvió a hacer las mismas preguntas. Me estaba empezando a molestar un poco; ya había repetido los nombres varias veces y todo. Dije que ya lo había repetido hacía un minuto. Uno de los hombres empezó a hablar de las cosas sexuales, pero la oficial lo interrumpió: “¡Dejen a la chica en paz; ya ha dicho todo lo que necesitaba saber!”. Le estuve agradecido. Me informó que mi identidad se mantendría en secreto, pero que en caso de juicio tendría que testificar, aunque tal vez solo ante un juez. Sin embargo, no podía prometerlo. Repasé mentalmente la situación. ¿Podría quedarme con los Montgomery? Aseguró que no me delataría, y mucho menos ante el-

los. Me despidieron, me hicieron jurar y firmar un acuerdo de confidencialidad. Me temblaban las piernas al volver a casa.

No pasó nada durante mucho tiempo. Follábamos casi todas las noches. El martes por la tarde, Luise vino; se había aficionado a follar con Mylady hasta la locura. La abracé y la besé hasta que se relajó. Una noche, el amo John dijo que los cuatro amigos estaban detenidos. Por suerte, yo estaba ocupado lamiéndola y no se dieron cuenta de que me inmutaba. Le susurró muy bajito al oído a Mylady que no corría peligro; había organizado las reuniones de caballeros en nombre de su agencia y ellos lo sabían todo. Un poco más alto, dijo: «Rose, lamentablemente las reuniones de caballeros se cancelan, ¡se acabó el follar!». Asentí y murmuré, con su clítoris entre mis labios, que era una pena; me habría venido muy bien el dinero. Se rió; ¡Rose solo piensa en el dinero que gana follando! Respiré aliviada; no me preguntó nada. Lady Janet sí, al día siguiente.

"No fue Luise, fuiste tú. ¡Fuiste a Scotland Yard!" Lo admití de inmediato. "¡No puedo permitir que maten a algunas personas!" Lady Janet asintió y estuvo de acuerdo conmigo. "John estaba completamente absorto en esta operación; estuvo muy cerca de descubrirlo todo. Había estado grabando todas las conversaciones durante meses y se las entregó a las autoridades. Y ahora se acabó. Los conspiradores van a prisión; he oído que el sexo no es tan divertido allí." La señora sonrió amablemente. "Es una pena que no hayas hablado conmigo o con John primero; ¡las cosas deberían haber sido diferentes!" Sabía que tenía razón. Pero las cosas fueron diferentes. Ella no me traicionó con John, y le estuve muy agradecida por eso. Nunca más supe de Scotland Yard, y no tuve que dar ninguna declaración en ningún sitio. Tuvimos sexo como siempre, apasionadamente y hasta que quedamos exhaustos.

Llegó una nueva criada a la casa, una mujer asiática muy joven. No me parecía de 14 años, pero supuestamente tenía 21. Me consumió la envidia al ver lo enamorado que estaba el amo John de ella. La follaba una y otra vez hasta bien entrada la noche; ella actuaba como una niña, y eso lo volvía completamente loco. No me parecía particularmente guapa; tenía pechos diminutos como picaduras de abeja, no tenía vello púbico y el clítoris irritado. No le dejaba correrse en la bo-

ca como yo; tenía que follarla por el culo. Estaba convencida de que su gran ano estaba tan dilatado por tanto sexo anal en el pasado. No dejaba que ni mi señora ni yo la tocáramos y nos miraba horrorizada cuando Lady Janet y yo nos masturbábamos, nos lamíamos o follábamos. Eso era impensable para ella. Me quedé unos meses más, pero sabía que mi tiempo se había acabado.

Con la bolsa de viaje medio vacía, me encontraba en el andén empapado por la lluvia en Paddington. Mi siguiente trabajo estaba en el norte de la ciudad, en Hampstead.

La viuda Plunkett

von Jack Faber © 2023

En 1969, viajé de Viena a Dublín de nuevo. La visitaba todos los años en la residencia de ancianos, y me dejó algo de dinero y un terreno, que tuve que vender porque no era fácil para un extranjero conservarlo. Las gestiones en Londres, previstas para dos días, me llevaron tres semanas. Cuando llegué a Dublín, mi tía ya había fallecido, había sido incinerada y enterrada. Me quedé de pie, con tristeza, frente a la cama vacía de la residencia, tras haber guardado sus últimas pertenencias. Me fijé en la nueva residente de la otra cama. Saludé a la anciana, cuyos ojos brillantes y despiertos me cautivaron de inmediato. Acerqué una silla; siempre tenía tiempo para charlar.

Se llamaba Grace Plunkett. Nuestra conversación se tornó cada vez más interesante, y saqué mi cuaderno (en aquel entonces, la gente todavía escribía a mano). Me preguntó con curiosidad qué escribía, y le expliqué que siempre anotaba cosas cuando me parecían interesantes. “¿De qué suelen tratar?”, preguntó, y le dije que, sobre todo, de aventuras y experiencias sexuales; escribía libros sobre eso. Se echó a reír a carcajadas y sonrió con descaro: “¡Podría contarte un par de cosas, jovencito!”. Tres largas tardes se convirtieron en tres que pasé sentado junto a su cama; serían las últimas. Seis meses después, había fallecido.

Les contaré sobre mi juventud en Dublín. Conocí a Patrick en 1915 y nos enamoramos. La sexualidad era un tabú en Irlanda en aquella época, pero yo sentía una inquietud imperiosa en mi interior, en mi yo virgen. Las jóvenes como yo, de 18 años, apenas teníamos conocimientos básicos sobre el matrimonio, la vida conyugal y la maternidad. Nadie de mi edad sabía, por ejemplo, de la masturbación. Patrick era apasionado y me prometió matrimonio, así que dejé que aquel joven experimentado me sedujera, me desflorara y tuviéramos relaciones sexuales. Estábamos tan enamorados que algunos días teníamos sexo tres veces al día en la hierba, a orillas del Lyffe, nuestro río. Esto duró casi un año; yo creía estar embarazada. Nos casamos en enero de 1916. Vivíamos en la casa de campo de sus padres.

Solo teníamos una habitación y, por supuesto, se oía todo a través de las finas paredes, pero estábamos casados y todos tenían que aceptar que teníamos sexo día y noche, tan a menudo como podíamos. El hecho de que finalmente no estuviera embarazada nos entristeció a ambos, pero perseveramos y seguimos intentándolo. Lamentablemente, nuestra felicidad solo duró tres meses.

Patrick, como todos los de su edad, pertenecía a la resistencia. Nos mudamos a nuestro propio apartamento; una tía había fallecido. Patrick tuvo que esconderse; ignoró su aviso de reclutamiento. Los odiados ingleses querían enviarlo a la guerra contra los odiados alemanes, ¡pero no con Patrick Plunkett! Se escondió y me visitaba en plena noche. Los impertinentes ingleses pasaron con las manos vacías; ¡aquí no había ningún Patrick Plunkett!

¡Cómo amaba a mi Patrick! Cuando se dormitaba durante un descanso, le acariciaba su gran polla con el dedo índice; ¡era mi polla! Lo dejaba dormir hasta que su polla volvía a excitarse bajo mi caricia. Nunca le daba un momento de paz; el pobre tenía que servirme, pero mejor así que al servicio de los odiados ingleses, sonrió. Patrick me enseñó a masturbarme; lo aprendió de sus hermanas. Fue el mejor invento desde Prometeo, y no pasó un minuto libre en mi vida después de eso sin masturbarme. Pero no tenía nada bueno que decir de sus hermanas porque habían seducido a mi Patrick para que practicara el incesto hacía mucho tiempo. Nunca entendió mi punto de vista; para él, era algo grandioso, y le encantaba follar con sus hermanas. Reaccionó al hecho de que era incesto, como el bíblico Lot y sus hijas, con una sonrisa lasciva. Esa era la única cosa en la que no estábamos de acuerdo. Estaba bastante segura de que él se acostaba con ella de vez en cuando incluso después de nuestra boda, pero él simplemente se encogió de hombros y dijo: “¿Y qué?”. En aquel entonces yo era muy conservadora y retrógrada en mis juicios morales.

Ningún comentario, ningún artículo periodístico, ningún libro de historia menciona a Patrick Plunkett, a pesar de que fue una de las primeras víctimas de los disturbios de Pascua de 1916. Estaba en la bahía de Dublín con un grupo de remeros, contrabandeando armas desde la bahía río arriba por el Lyffe hasta la ciudad. Una ola inesperada hizo que una caja de madera cayera por la borda del bote. Pa-

trick intentó salvar la carga y se hundió con ella. Esperaron un minuto, cinco minutos, diez minutos. Nunca volvió a la superficie. Grité y golpeé el presagio de la fatalidad; simplemente no podía creerlo. No lo dejaría ir.

En aquella época nadie sabía nadar, y mucho menos bucear a 14 metros de profundidad. El ataúd permaneció vacío en el funeral. Solo después de que terminó la guerra pude encontrar a algunos buzos de la marina, pero no encontraron ni a Patrick ni el ataúd.

El elegante coronel me rondó antes, durante y después del funeral. Me llevó con solicitud a mi apartamento, me quitó con solicitud mi abrigo de invierno, me quitó con solicitud mi vestido de luto, me quitó con solicitud mi ropa interior y me acostó desnuda en la cama con solicitud. Se desnudó en un instante y se acostó con solicitud a mi lado, abrazándome con ternura para que no tuviera frío. No había tenido sexo ni siquiera me había masturbado en días; olvidé mi dolor y mi clítoris ardía con fuerza. El atento coronel sabía cómo llevar a una mujer al orgasmo y ya estaba teniendo sexo conmigo cuando el orgasmo me abrumó. Ya había eyaculado mientras mi orgasmo aún disminuía. Inmediatamente eché al insolente y al mismo tiempo me arrepentí, porque me había dejado medio satisfecha, medio hambrienta. Cerré la puerta con llave y volví a la cama. La almohada todavía olía a Patrick; la abracé mientras me masturbaba.

Dos días después, me levanté y fui a confesarme con el padre Angus. Él fue más comprensivo que nadie. Simplemente me rezó un Ave María y me absolvió de todos mis pecados. Era, por supuesto, un rebelde de pies a cabeza y me dijo que de ahora en adelante solo debía acostarme con verdaderos miembros de la resistencia; el coronel era un estafador y un notorio consolador de viudas, y debía mantenerme alejado de él. Me hizo arrodillarme de nuevo, me bendijo una vez más y me susurró que con mi cuerpo de 19 años debía servir a la resistencia, y que estos servicios me eran perdonados de antemano.

Con el corazón ligero, contacté con la resistencia. Estreché un centenar de manos; algunos agradecieron a Patrick su valentía, otros me abrazaron porque, a pesar de mi ropa de luto, era bastante apuesto. Pero no tenía ni idea de cómo podría cumplir la misión del padre An-

gus. Con mucha incertidumbre, invité a cenar a uno de aquellos hombres de semblante adusto. Para mi alivio, no se rió de mí, sino que prometió venir.

Brian, ese era su nombre, comió con apetito y compartió una cerveza conmigo. Me explicó cómo funcionaba todo, quién estaba arriba y quién abajo. Cómo se habían preparado para una espléndida celebración de Pascua. Lo difícil que era lograr que todos los grupitos se pusieran de acuerdo. Solo una operación conjunta podría...

Se detuvo porque me había sentado en la cama y ya me estaba quitando la ropa interior. No terminó la frase y se sentó a mi lado. Pensó durante un buen rato; estaba casado, pero su matrimonio no iba bien y su esposa le era infiel descaradamente. Lo dejé seguir hablando y lo desvestí lentamente; me gustaba más así. Puse mi dedo índice sobre sus labios: ¡Basta de charla, ven! Era un buen hombre; me folló varias veces seguidas hasta que ambos nos quedamos dormidos, agotados. Se fue en silencio antes del amanecer. Me quedé en la cama todo el día, abrazando la almohada de Patrick mientras me masturbaba y fantaseaba con nuestras horas de sexo más maravillosas.

No estuvo bien de mi parte tentar a un hombre casado a pecar. Desde entonces, siempre preguntaba de antemano si mi elegido era soltero. Solo invitaba a cenar a hombres solteros; muchos ni siquiera habían estado con una mujer, y me encantaba instruirlos. Si los tratabas bien, podían tener sexo realmente bueno y duradero, lo cual me venía de maravilla. Si alguien era un experto, se quedaba varias noches, pero entonces también tenía que pensar en los demás. Creo que los rebeldes estaban contentos con mis esfuerzos.

La Pascua de 1916 fue de una belleza impresionante. Siguiendo la tradición, me quedé con las mujeres frente a la iglesia, escuchando a medias los chismes. Entonces una de ellas se dirigió a mí, o mejor dicho, me gruñó: «¡Así que esta es la descarada e insolente que está seduciendo a nuestros novios y prometidos!». La situación se volvió muy incómoda, aunque ninguna mujer pudo nombrar a un novio o prometido. Dejé a las mujeres que me gruñían con la cabeza bien alta y me fui con los hombres. Me conocían y no me dejaron interrumpir. Cuando dije que iría con ellos, me asignaron a un Tom, quien me dijo

cuándo y dónde debía estar el Lunes de Pascua. Pasé todo el Domingo de Pascua en la cama, durmiendo y teniendo orgasmos como loca, uno tras otro. ¿Quién sabe cuándo volveré a tener tiempo para eso?

El domingo por la noche, llamaron a mi puerta. Me cubrí con la manta y abrí. Era Tom. Quería ver cómo estaba, dijo, y estaba intentando ver la mayor cantidad de piel posible. Le sonreí amablemente y lo dejé entrar. Si se quedaba, razonó, podría acompañarme a salvo por la mañana. Antes de que terminara de hablar, cerré la puerta con llave y me fui a la cama, dejando caer las sábanas. Era excelente en la cama, y no nos dormimos hasta bien entrada la madrugada. Se despertó antes que yo y me despertó haciéndome el amor; ¡el hombre sí que sabía lo que hacía!

Nuestro pequeño grupo — Tom, tres muchachos y yo — nos apostamos en un sótano frente al juzgado. Yo no sabía disparar, pero solía acompañar a mi padre a cazar furtivamente y sabía recargar rápidamente el rifle de un solo disparo. Tom podía entonces disparar rápidamente un segundo rifle, que iba dirigido a mí. Estaba ansioso por que comenzara la lucha. Pero tuvimos que esperar varias horas más hasta que llegó la señal.

Llevaba puesto solo un vestido ligero; no podía permitirme un sujetador por aquel entonces, y rara vez usaba ropa interior. Cada vez que subía a la pequeña plataforma para mirar por la ventana, que apenas medía 15 centímetros de alto, los chicos me miraban con deseo por debajo de la falda. Tom rió con amargura: «Si quieres que te folle, ¡adelante! ¡Jim está a punto de explotar!». Los chicos bajaron la mirada avergonzados, pero yo sonreí amablemente y cogí a Jim de la mano. Caminé con él hasta una pila de leña y me apoyé con ambas manos después de subirme la falda hasta la parte de atrás. A Jim casi se le salen los ojos de las órbitas, y entonces sacó su pene a tientas. Me folló de pie por detrás, con sus dos compañeros a su lado. Apenas Jim eyaculó, Jack me penetró impetuosamente y me folló como si su vida dependiera de ello. Peter se corrió dentro de mí inmediatamente después, un follador lento y deliberado que sabía lo que hacía. Se corrieron uno tras otro, y me follaron hasta que se cansaron. Tom miraba por la ventana de vez en cuando, pero seguía sin pasar nada. Me agaché detrás de la pila de leña y oriné en el suelo, manteniéndo-

me en cuclillas y dejando que el semen goteara lentamente mientras me masturbaba. Ninguno me miró.

Tom levantó las estrechas ventanas. «Vienen», dijo en voz baja. Los cuatro se subieron a las cajas de madera y miraron hacia afuera. Me masturbé rápidamente y, cuando terminé, me coloqué detrás de ellos. Los ingleses habían aparcado dos coches a cierta distancia del edificio; algunos estiraban las piernas y fumaban, los otros estaban sentados en los coches, aburridos. Pasó casi una hora, y entonces se oyeron disparos a lo lejos, quizás cerca del Parlamento. Tom agarró su rifle y yo me puse a su lado, sosteniendo el segundo rifle y la caja de municiones. El corazón me latía con fuerza. Tom se tomó su tiempo, apuntó con cuidado y apretó el gatillo. Le di el segundo rifle e inmediatamente cargué el otro. Tom y los muchachos dispararon sin cesar, pero después de tres o cuatro salvas, los motores rugieron y los coches salieron disparados. Tom contó cinco ingleses tendidos inmóviles en la calle. Habíamos acordado retirarnos cuando todo terminara. Me adelanté a los demás y los dejé entrar en mi apartamento. — No llegaremos al punto de encuentro hasta dentro de cuatro horas — dijo Tom — , pónganse cómodos y descansen. Pero nadie podía dormir después de tanta excitación. Me lavé con cuidado y me tumbé desnudo en la cama. Ellos se tumbaron a mi lado, uno tras otro. Me follé a los tres valientes, uno tras otro. Tom se sentó a la mesa, desmontando un rifle tras otro y limpiando los cañones con una baqueta larga. A veces levantaba la vista y sonreía. Ya había follado bastante durante la noche y esa mañana. Tenía unos 50 años y envidiaba a los chicos que volvían a tener erecciones en tan solo unos minutos.

Al llegar al punto de encuentro, había mucho que discutir y debatir. Solo había un puñado de heridos y un grupo de enfermeras atendiéndolos. Sentí sus miradas de odio; despreciaban a la prostituta que había en mí y envidiaban a la joven que estaba teniendo tanto éxito. No me importaba; el padre Angus me había mostrado el camino correcto.

El resto de los disturbios de Pascua es bien conocido. Salimos victoriosos el martes y el miércoles, pero los ingleses contraatacaron brutalmente el jueves y el viernes, y los rebeldes se rindieron el sába-

do. Los ingleses nos pisotearon, pero solo se llevaron a los líderes. Tom y yo logramos escapar y nos perdimos de vista.

Dormí solo, fui a misa temprano el domingo por la mañana y luego me confesé con el padre Angus. Él ya había oído lo entregado que estaba a la causa y me colmó de elogios. «Los primeros serán fusilados mañana por la mañana», dijo, con lágrimas corriendo por su rostro, «¡mañana mismo! Y no hay nada que podamos hacer al respecto», añadió, secándose las lágrimas con el dorso de la mano. «Podríamos visitarlos y podrían hablar conmigo una vez más...»

— No lo digas en voz alta, querida hija, ¡estamos en una iglesia consagrada! — dijo con severidad — , pero la idea es buena. El sacerdote pensó un momento. — ¿Puedes encontrar algunos pasteles? Todavía me quedan unas botellas de vino. Ven dentro de una hora. Asentí y lo miré con curiosidad. — ¿No hay Ave Marías? Negó con la cabeza. — ¿Por qué, hija mía?

Recibí una cesta llena de galletas de la señora Elliott cuando le dije para qué eran. Aún no había terminado la hora y yo estaba arrodillado en la iglesia. Recé cuatro Ave Marías por los cuatro hombres de la semana. No podía hacer daño. Llegó el padre Angus, con sus mejores vestiduras de sacristán, cíngulo y demás parafernalia sagrada. Caminamos penosamente hasta la fortaleza inglesa. Nos abrimos paso a la fuerza hasta el calabozo. “Los prisioneros deberían poder confesarse antes...” El padre Angus no terminó la frase. Registraron mi cesta, me cachearon con ansiedad y nos permitieron ir con los prisioneros. Los tres estaban en una jaula con una sola litera. Los guardias cerraron la puerta tras nosotros. Le entregué la cesta a uno de ellos y susurraron al padre Angus. Sus ojos se abrieron de par en par. ¿Mierda? ¿Aquí? ¿En esa jaula? El padre Angus asintió; se quedaría junto a los barrotes con dos de ellos, les taparía la vista y escucharía las confesiones, boca al oído. Los tres estaban muy indecisos, pero me tumbé en la dura camilla y me subí la falda hasta el ombligo. El primero asintió y se arrodilló entre mis piernas. «Adrian», dijo, y yo dije: «Grace». Los otros tres me taparon la vista, aunque no había ningún guardia presente, y dejé que Adrian tuviera relaciones sexuales conmigo. Me dio las gracias; era claramente un hombre educado. Luego llegó James, seguido de John. Oraron, arrodillados devotamente, fi-

nalmente con el sacerdote. Él les infundió valor, diciéndoles que mañana solo verían brevemente el cañón de un arma, pero que luego contemplarían a Dios por toda la eternidad en el paraíso.

Golpeó la puerta de acero con el puño. Llegó el guardia, el sacerdote le preguntó si mañana fusilarían a más delincuentes, y él asintió, y también al día siguiente. "Volveremos mañana", dijo el sacerdote con gravedad. Tomé la cesta vacía y volvimos a la sacristía con un ánimo sombrío. Se sentó, jadeando pesadamente. "El sexo en la jaula me excitó muy impuramente", susurró, "¡muy impuramente!". Me puse de pie frente a él y él puso sus manos en mis caderas. "Yo también soy un luchador contra los perros ingleses", susurró. Me miró fijamente a los ojos. "¡Grace Plunkett, ten piedad, la necesito desesperadamente!". Entendí al instante y dije horrorizada: "¿Quieres, aquí, follar...?" Me tapé la boca con la mano, "¿hacerlo conmigo, contra los ingleses?". Asintió como un perro apaleado. Miré a mi alrededor; la gran mesa de roble, eso estaba bien. Me acerqué a la mesa y me tumbé con la cara hacia el tablero, me incliné y saqué el trasero por detrás.

El padre Angus se puso detrás de mí y me levantó la falda. Tendría que arreglarlo con Dios mismo; yo sabía lo puro que era mi corazón. Cerré los ojos y recé un Ave María, luego sentí cómo me penetraba y me follaba. Sin que se diera cuenta, encontré mi clítoris y me masturbé. No le hice saber cuándo tuve un orgasmo. Eyaculó con un gruñido y dejó su pene dentro. "Aún no he terminado", refunfuñó, y después de un rato, reanudó el acto. Continuó follándome muy placenteramente; sentí cómo eyaculaba dentro de mí otra vez mientras me masturbaba. De nuevo, dejó su pene dentro, "Lo necesito otra vez", y asentí, "¡Sí, por favor!" Esperó un rato más, luego me agarró las caderas y me folló, aumentando gradualmente la velocidad, y yo seguí masturbándome después de mi orgasmo. Me pareció que apenas había eyaculado unas gotas más dentro de mí, pero ya había tenido suficiente, y yo también. Me quedé tumbada en la camilla unos segundos más hasta que la tormenta alrededor de mi clítoris amainó, y entonces me levanté. Por aquel entonces era muy religiosa, así que me arrodillé ante él y le susurré que me bendijera. «Bendígame, Padre», le rogué, y él puso su mano sobre mi cabeza e hizo la señal de la cruz delante de mi cara. Entonces me puse de pie. «Gracias, Grace

Plunkett», dijo en voz baja y me acompañó a la salida. Era mi vigésimo cumpleaños.

Bajamos al calabozo tres veces seguidas; él los consoló y les dio su bendición. Dejé que me follaran y besé a cada uno entre lágrimas, sabiendo que mañana estaría ante Dios. El padre Angus me folló más tarde en la sacristía. No teníamos que hablar mucho, pero siempre dejaba que me bendijera antes de irme a casa, exultante, y satisfacer mis propios deseos. No participé en ninguno de los ataques posteriores de nuestros rebeldes, pero acogía a cualquiera que llamara a mi puerta. Todos los domingos por la noche, después de la última confesión, iba al padre Angus a la sacristía, durante muchos años.

Nunca me volví a casar, pero a los 39 tuve una hija maravillosa, Patricia. Era la niña de mis ojos y una chica magnífica. Se fue de casa a los 20 y se casó con un hombre encantador en Galway. Mi puerta siempre estaba abierta para hombres jóvenes y muy jóvenes. Tuve relaciones sexuales con cientos de ellos, muchísimos. Me encantaban especialmente los muy jóvenes, los de 13 y 14 años. Después de la emoción inicial, la mayoría duraba hasta el amanecer, ¡y eso me encantaba! Los jóvenes venían en masa para experimentar su primera vez en mi cama.

Todos se marcharon a la mañana siguiente con los ojos brillantes.

Náufrago

von Jack Faber © 2023

El capitán Tim Roberts despertó lentamente. Estaba acostado en su cama, en su camarote. El recuerdo de la explosión lo invadió. Había salido del teletransportador tras ser transportado por el "Pabellón Gordo", como se llamaba al enorme contenedor de transporte para los reasentados. Se dirigía a Nueva Inglaterra, el hermoso y fértil planeta de Sagitario. Aún tenía una pierna sobre la plataforma de transporte cuando la explosión lo derribó. Su último pensamiento fue que le había arrancado ambas piernas.

Palpó sus piernas; por suerte, seguían ahí. Se puso de pie con un gemido, luchando contra el mareo. Se colocó frente al espejo y miró su cuerpo desnudo. Las piernas eran obviamente nuevas, pero lo que lo impactó como un rayo fue su pene. Seguía siendo el mismo de antes, pero mucho más largo, grueso y carnoso. Siempre había envidiado a los hombres con penes gruesos y carnosos, que decían que se podía tener sexo con ellos incluso sin erección. Tomó su pene en la mano, lo examinó y se alegró; era como antes, pero mucho mejor. Le preguntó a Aia, la computadora de a bordo. Ella inmediatamente dio un informe con su profunda voz de contralto. Los Medibots lo habían encontrado justo a tiempo y habían detenido la hemorragia. Los Medibots lo operaron según el protocolo; recibió piernas nuevas, semibiológicas, porque las antiguas estaban demasiado dañadas. Le habían extraído el exceso de grasa mediante liposucción, ni siquiera un kilogramo, y habían tratado las heridas superficiales. Las nalgas habían sido reconstruidas con material semibiológico, los testículos se habían perdido y se había colocado un nuevo escroto como opción de reserva. El pene también estaba dañado y se le había realizado una mejora cerebral. "¡Espero que esto te parezca bien, Tim!", dijo la voz de la computadora. Él asintió después de examinar su cuerpo minuciosamente. "He dado instrucciones para recuperar tu antiguo pene por completo y personalizarlo a tu gusto. Te aseguro que funcionará igual de bien que antes, si quieres follar con alguien de nuevo". Tim sonrió torcidamente, porque la computadora de a bordo sabía tan bien como él las limitaciones en cuanto al sexo. Aia estaba pen-

sando en el futuro y dijo que todos los robots sexuales se habían perdido junto con el módulo de transporte. “Lo siento, Capitán, pero tendrá que follar con la tripulación, y estoy dispuesto a no registrarlo si quiere”. Tim sonrió ante lo absurdo que era recibir consejos de una computadora como si fuera un buen amigo. Exigió un informe de situación a Aia. Estaba horrorizado.

El módulo de transporte había sido destruido por una roca de 180 kg que se precipitaba hacia él a 57.000 km/h, matando a los 1.000 colonos. Aia había iniciado todos los protocolos necesarios, había sellado todo y los robots de trabajo trabajaban incansablemente para repararlo todo. Para finales de la semana siguiente, todo el trabajo estaría terminado y podrían continuar a velocidad de crucero máxima, al 86% de su carga útil máxima. Su llegada en 12 semanas ya no corría peligro. Los 107 miembros de la tripulación en el módulo de transporte se perdieron; la tripulación principal — 49 mujeres y 2 hombres — permaneció ilesa en la nave espacial. Su mayor limitación era que todo el módulo de comunicaciones se había desprendido y solo podían enviar un informe de posición regular cada hora a través de una baliza de emergencia. Monitoreaban la señal en el centro de control y observaban que no había comunicación. Se oyó un golpe y la lugarteniente de Aia, Joni, lo anunció. Rápidamente se puso un par de calzoncillos y gritó: “¡Pasa!”

Joni era su colega más cercana; la saludó y señaló su escritorio. Joni se sentó, ajustándose la camisa mientras caminaba. Pidió un informe de la situación. El impacto había ocurrido hacía 21 días, el módulo de transporte con 107 tripulantes... Apenas escuchó; Aia ya le había informado. El piloto y el copiloto se turnaban, y Joni había organizado que se relevaran por turnos para que pudieran descansar. Dejó que su mirada recorriera a Joni. Tenía 34 años, era asiática y pronto sería ascendida a capitana, tal vez incluso al mando de su propia nave. Era bastante delgada y delicada, casada con un diplomático japonés desde hacía años y sin hijos. Sabía que se había operado los senos. Era desconcertante ver a una persona tan menuda con un busto tan grande. Había terminado su informe. Giró en su silla y la miró directamente.

— Y dime, Joni, ¿cómo van las cosas sexualmente? ¿Sigues con el ingeniero? — No se inmutó; a menudo hablaban de sexo, aunque fuera algo privado — . Me estoy masturbando otra vez, sola como antes. Ya no me acuesto con Tima tan a menudo; está buscando a otra persona. — Joni quería decir que su amante estaba buscando a otra persona. Tim asintió — . Lamento oír eso; ustedes dos llevan meses juntos. — Joni asintió — . Cuatro meses. Tima era buena en la cama y también muy buena en la cama. Solían turnarse para tener sexo durante horas cuando ambos tenían tiempo libre.

Tim le puso una mano en el brazo; siempre es una pena perder a una buena pareja sexual. “Lo único que sé hasta ahora es que eres lesbiana, Joni, y que te casaste con el japonés por tradición”. Joni negó con la cabeza. “Soy bisexual, siempre lo he sido. Hace seis meses, todavía me acostaba con el comandante de sección en Luna 8”. Tim no lo recordaba; él también estaba en Luna 8 por aquel entonces, pero Joni se unió a él más tarde, cuando ya estaba con Tima. “Y Tima también es bisexual; las lesbianas puras son muy raras”. Joni lo miró con curiosidad. “No me he acostado con una mujer en siglos”, explicó, y ella se rió. “¡Al menos no en los últimos 21 días!”. Y él también tuvo que sonreír. “¡Solo podía ir con los sexbots, esa era la regla! La última vez que tuve una novia humana fue cuando me trasladaron de la Tierra a la base lunar. En Luna 8, tuve el privilegio de tener mi propio sexbot solo para mí durante todo un año. No era un sexbot cualquiera, sino un modelo experimental, una androide llamada Almonda, con la que podía tener conversaciones completamente normales: un gran avance en inteligencia artificial. ¡Era increíble, de verdad!” Tim recordó que en aquel entonces pasaba una hora al día en el mundo de la IA, en medio de la acción con las gafas de realidad virtual. Analizaba sus pensamientos y sentimientos, reconstruyendo situaciones que él imaginaba. La experiencia era realista, y además, podía tocar y sentir virtualmente los genitales. Observó de cerca a cientos de chicas virtuales mientras se masturbaban y tenían sexo. Obtuvo ese impulso que hizo que el sexo con Almonda fuera tan maravilloso, diferente a todo lo que había experimentado con una mujer humana.

Joni preguntó en el silencio cómo estaba de salud. Aia solo le había dicho que estaba despierto. Describió todo lo que se había re-

parado; seguía siendo el mismo, con algunas mejoras técnicas. “Un culo nuevo, piernas completamente nuevas, un pene completamente renovado”. Casi podía oler la curiosidad de Joni. “¡Un pene completamente renovado, imagínate! ¡Ya tengo curiosidad por ver cómo va con los sexbots!” Joni negó con la cabeza con pesar; habían perdido todos los sexbots. ¡Fingió estar horrorizado, el hipócrita! ¿Quería ver su pene? Joni y él nunca habían tenido sexo; ella asintió con incertidumbre. Él sacó su pene y lo puso en su mano. Ella lo examinó con curiosidad y lo sopesó en su mano, probando su tacto. “¿Está mejor ahora?”, preguntó, y él se encogió de hombros. “No puedo decirlo, aún no lo he probado”. Joni seguía examinándolo. “Sin duda es enorme comparado con mi marido”, dijo. «Sería interesante probarlo». Joni podía decirlo sin problema; el contacto sexual estaba prohibido. Se sorprendió aún más cuando Tim le preguntó si quería probarlo. Joni lo miró con incertidumbre. «¿Las normas?». Pero él negó con la cabeza. «¡Estamos náufragos; las normas no se aplican!». Le ordenó a Aia que dejara de tomar notas y comenzó a desabrochar el uniforme de Joni.

Contempló a la hermosa japonesa desnuda. Tenía unos pechos realmente enormes, pero por lo demás era muy guapa. Se había afeitado o depilado el vello púbico, como era la moda en aquellos tiempos. Su vulva era muy pequeña, casi infantil. Ella lo abrazó con gusto y se besaron con delicados y excitantes besos franceses. Era lo mejor para ambos, pensó; él ya no tenía robots sexuales y ella ya no tenía pareja. Le tocó la vulva, el clítoris. Ella respondió con franqueza que se masturbaba durante mucho tiempo por las noches, a veces incluso durante una hora. No contaba cuántos orgasmos tenía: a veces muchos, a veces menos. Pero prefería el sexo a la masturbación, ya fuera con un hombre o con una novia. Por supuesto, tenía orgasmos cuando tenía sexo con su novia, exactamente igual que con un hombre. Tim le dio otro beso francés profundo y susurró que ahora venía la prueba. Joni asintió y guió su pene erecto hacia su vagina con una mano. La penetró muy lentamente, su vagina tuvo que adaptarse a su pene. La folló durante casi media hora; ella se corrió dos veces, luego él tuvo un orgasmo intenso sin eyacular. Se dejó caer a su lado. Susurraron durante media hora, ambos de acuerdo en que la prueba había sido un éxito. Follaron una vez más, luego ella se fue. No era prudente mantenerse alejada del centro de mando durante tanto tiempo.

Tim estaba muy satisfecho; el nuevo pene era mejor que el anterior. Era el mismo pene, las mismas sensaciones. Sin embargo, era una mejora. Le pidió a Aia que le mostrara los datos del sistema en la pantalla; todo funcionaba correctamente. Le preguntó a Aia si también podía ver el interior de las habitaciones, y ella mostró cinco imágenes en la pantalla. "Tres mujeres están dormidas, dos acaban de terminar de tener relaciones sexuales y una se está masturbando". Quería ver a la mujer masturbándose y amplió la imagen. Ella alternaba entre masturbarse con un dedo en el clítoris y con dos dedos. La observó, pero ella terminó rápidamente y se giró de lado. Volvió a ver todas las imágenes y se detuvo en las dos que habían terminado de tener relaciones sexuales. La mujer acariciaba a la otra, que aparentemente se había girado de lado para dormir; la besó en los hombros, la espalda y las nalgas. Los besos se prolongaron durante un buen rato, y él estaba a punto de apagarlo cuando ella se tumbó boca arriba y separó las rodillas. Él la hizo agrandar de nuevo y la observó masturbarse; ella se masturbó increíblemente rápido y luego se acostó a dormir.

Le preguntó a Aia qué chica o mujer era la más sexualmente activa. Inmediatamente, apareció una imagen: Rianna, de 32 años, ingeniera. No era nada atractiva, pensó Tim. Antes del impacto, ya se había acostado con casi todos los hombres, así como con varias chicas. Nunca dormía sola y aprovechaba sus ratos libres durante el día para tener sexo. Así que era la más activa, dijo Aia, ¿debería llamarla? Sí, dijo Tim, si podía interrumpir su trabajo. "Está fuera de servicio y está teniendo sexo con una chica en 2C". Tim les ordenó que esperaran hasta que terminaran. Estaba leyendo el libro de registro de las últimas tres semanas cuando llamaron a la puerta y Rianna entró, saludó y se puso firme. Él también saludó y la dejó allí de pie cómodamente. Fue directo al grano. ¿Se desnudaría y se acostaría con él? Ella no se inmutó. "Pero las normas..." la interrumpió, las circunstancias habían cambiado, esas reglas ya no se aplicaban. Él estaba sentado vestido al borde de la cama, y ella se acercó sin decir palabra. En un instante, estaba desnuda y se acostó en la cama; él se desnudó rápidamente y se acostó a su lado. Sin dudarlo, ella tomó su pene semierecto en su boca y lo puso completamente erecto. "¡No te corras en mi boca!", había dicho, y ahora guió su pene hacia su vagina. Él entró fácilmente; ella estaba caliente, húmeda y muy excitada. Fol-

laron durante mucho tiempo, más de media hora, hasta que él se corrió sin eyacular. Ella sonrió y se masturbó el clítoris durante cinco segundos, dejando que el orgasmo recorriera y palpitara. Hablaron solo brevemente, luego ella se fue después de besarlo en la mejilla. Él estaba satisfecho, pero Rianna no era nada especial.

Se quedó en su camarote los días siguientes. Joni estaba en el puesto de mando y se mantenía en contacto con él cuando no estaba fuera teniendo sexo. Se acostaba con al menos tres chicas o mujeres de su tripulación cada día; ninguna se negaba, todas estaban orgullosas de ser folladas por el comandante. Después de diez días, se había acostado con todas excepto con las cadetes; ninguna valía la pena volver a invitar. Todavía no. Dirigió su atención a las tres cadetes, de 17 y 18 años. Las dos de 18 años valían la pena follarlas todo el día; ambas follaban de maravilla y claramente lo disfrutaban muchísimo. Se turnaba para follarlas, ¡era algo fuera de lo común!

Después de cinco o seis días, decidió dejar que la chica de 17 años viniera. Era muy tímida y asustada; los de 18 le habían hablado de ellos. Se quedó temblando junto a la cama, y él tuvo que desvestirla. No, susurró modestamente, nunca había estado con un hombre antes; era su primera vez. Él acarició suavemente su cuerpo juvenil, sus pequeños y firmes pechos y su vulva. Pero ya no era virgen, dijo Tim, y ella tartamudeó. Sí, se había masturbado con mucha pasión de niña, y por eso. Pero en realidad nunca había estado con un hombre antes. En la academia, a veces había hecho pajas, pero nunca sexo oral; lo encontraba poco atractivo. Esta era la primera misión de Mia; solo cuatro meses antes, había estado en la academia.

Tim acarició su cuerpo; la piel de Mia se sentía increíblemente bien. No podía dejar de acariciarla. ¿Sabía ella cómo funcionaba? ¿De verdad lo deseaba? Tim esperaba que dijera que no, y que pudiera acariciar su maravillosa piel para siempre. Ella comenzó a temblar violentamente de nuevo, pero dijo que sabía más o menos cómo funcionaba el sexo. Y que le gustaría hacerlo si él no la lastimaba. Tim continuó acariciándola suavemente, y el temblor disminuyó. Sabía dónde estaba su punto G, ¿verdad?, preguntó, y ella asintió vigorosamente. “Me masturbo el clítoris hasta justo antes del orgasmo, y durante el orgasmo, busco el punto G y lo froto con fuerza, ¡y entonces

el orgasmo es increíble! ¡Creo que siempre tengo orgasmos a través del punto G!"

Tim le había frotado el clítoris durante un buen rato, pero se detuvo antes de que ella llegara al orgasmo. Se tumbó encima de Mia. Ella separó las piernas y lo miró a los ojos. "No me hagas daño, Comandante", susurró suavemente. Tim la penetró muy despacio; su vagina era muy estrecha y muy corta. Se ensanchó bajo la presión de su pene, y sintió que su glande llegaba rápidamente al fondo. Él asintió y ella le devolvió la sonrisa. La penetró lentamente al principio, pero cuando oyó que su respiración se aceleraba y jadeaba suavemente, aumentó el ritmo. "¿Y tu punto G?", preguntó, empujando, y ella logró pronunciar sílaba por sílaba, "¡más adelante, más arriba!". Él asintió y casi sacó el pene, dejando que la cabeza buscara el punto G. Ella asintió a veces, "¡Sí, ahí!", y él intentó empujar solo en el punto G, "¡No, más arriba!". Ya no pudo contener el orgasmo y entonces retiró el pene. Inmediatamente introdujo un dedo y estimuló su punto G durante unos segundos; luego, convulsionó, tembló y se retorció en pleno orgasmo. Exhaló aliviada y abrió los ojos. Tim pudo ver las estrellas brillando en ellos.

Mia se quedó con el Comandante día y noche. Tuvieron sexo una y otra vez, y él perdió la cuenta. Cuando estaba exhausto, le pidió que se masturbara y la observó. Ella se masturbó como todas las que él conocía, solo que al final se estimuló el punto G con un dedo hasta alcanzar el orgasmo. Arqueó la espalda durante el orgasmo, pero después de unos segundos se relajó de nuevo. En algún momento de la noche, se quedó dormido, exhausto. Cuando despertó, ella ya se había ido; el deber lo llamaba.

Pasó una semana entera durmiendo con Mia, durante su tiempo libre y después del trabajo. Aún faltaban ocho semanas para el aterrizaje. Los robots obreros reparaban diligentemente el tren de aterrizaje dañado; aun así, el aterrizaje sería brusco. Todos los intentos de establecer comunicación fracasaron. Solo la baliza de emergencia funcionaba a la perfección, así que conocían su posición y la trayectoria de vuelo que seguía meticulosamente.

La virilidad de Tim, ahora a los 38, estaba completamente desatada. Necesitaba variedad, sin importar lo buena que hubiera sido la semana con Mia. Había vuelto a follar indiscriminadamente, primero con las cadetes de 18 años, luego con las ingenieras de 45 años, una tras otra. Algunos días follaba con tres chicas diferentes, enterrando su cara en sus pechos agitados. Era un ir y venir interminable, pero cada una follaba de manera diferente, cada una se dejaba follar de manera diferente. Semanas antes, había anunciado que, como supervivientes de un naufragio, no tenían que acatar la regla de no follar. En la práctica, esto significaba que los dos pilotos masculinos solían ser relevados y reemplazados, obligados a entregarse a las mujeres quisieran o no. En segundo lugar, había más actos lésbicos abiertos de lo habitual; incluso las mujeres más firmemente heterosexuales se unían a los juegos lésbicos. Después de todo, solo había tres hombres para tantas mujeres.

Joni frecuentemente tenía que abandonar el puesto de mando para acostarse con Tim. Era deseada tanto por mujeres como por él. Él la relevaba en el puesto de mando cada vez que ella se acostaba con una mujer. Aprovechaba la oportunidad para poner la nave en óptimas condiciones; no había lugar para la pereza cuando estaba de servicio, era mucho más estricto que Joni. Todo el mundo lo sabía.

Solo hubo un incidente destacable: Mia discutió con otra mujer, naturalmente, sobre a quién le tocaba tener relaciones sexuales. ¡Mia le dejó un ojo morado a la otra mujer, caballeros! Según el reglamento, Tim tuvo que castigarlas a ambas; él mismo las encerró en la celda durante 24 horas. Por lo demás, la vida diaria transcurría con tranquilidad. Las que estaban de servicio debían cumplir con sus obligaciones correctamente, mientras que las demás tenían tiempo libre para ver películas, leer un libro o tener relaciones sexuales. Se podría suponer que ninguna de las mujeres vio una película ni leyó un libro.

Joni y Tim se turnaban en el puesto de mando; rara vez se acostaban, aunque a Tim le gustaba mucho cómo lo hacía. Por lo demás, él se acostaba con las tripulaciones una tras otra por enésima vez, y nadie podía quejarse. Su pene, ahora más grande, era simplemente magnífico; se acostaba con la misma frecuencia que un joven de 18

años. Joni, Mia y los dos cadetes de 18 años eran sus parejas preferidas; eso era simplemente cierto, esa era la verdad.

Aia respondió y, como se le ordenó, proyectó la imagen en su pantalla: dos mujeres teniendo sexo clítoris con clítoris. Tim nunca lo había visto y lo deseaba con todas sus fuerzas. Pero en la pantalla, solo podía ver el balanceo de las nalgas de la mujer que estaba teniendo sexo con la otra. Habló de su angustia con Joni, quien le pareció la amiga más comprensiva de todas. Ella lo pensó y le prometió dejarlo ver sexo clítoris con clítoris en la próxima oportunidad. Al día siguiente, llamó a Tim, y él le cedió el mando a una ingeniera. Se escabulló en la cabina donde Joni y otra mujer lo esperaban. Era una cabina pequeña con una cama doble pequeña, en la que las tres se acurrucaron. Tim, por supuesto, también se desnudó. Colocó su rostro directamente frente a la vulva de la mujer y ahora vio de cerca cómo las mujeres presionaban sus clítoris; no parecía ser tan fácil. Entonces Joni comenzó a follar a la mujer; follaron durante mucho más tiempo del que las mujeres suelen hacerlo con un hombre. La mujer tuvo su primer orgasmo, y luego muchos más. Joni la folló sin piedad; Tim nunca había visto nada tan excitante. Joni también tuvo un orgasmo; se frotó el clítoris durante unos segundos y luego se vio abrumada por el orgasmo. Tim se abalanzó sobre la otra mujer, completamente exhausta, que aún se estremecía ligeramente por su último orgasmo, y la folló salvajemente y sin piedad. Pareció perder el conocimiento durante unos segundos, gimiendo y sollozando mientras el orgasmo la destrozaba de nuevo. Joni apartó a Tim, “¡La estás follando hasta matarla!” y lo tiró encima de ella. Su furiosa excitación se desvaneció al instante cuando se corrió con Joni como de costumbre. Se escabulló como un cachorro regañado, y cuando volvió a ver a la mujer en la cena, se disculpó con ella, pero ella sonrió, diciendo que no pasaba nada.

Habló con Joni sobre lo que le pasaba, de dónde venía su sed de sangre. A ella le pareció bastante perverso, pero lo reconsideró. Conocía a una chica, Ree, que prácticamente se desmayaba durante el sexo oral. La invitaría mañana, pero él tenía que prometer que no la mataría a base de sexo oral. Ya se había acostado con Ree varias veces; ella se corría con mucha facilidad, lo cual era bueno para su ego. Era una europea de piel muy clara, pequeña y delgada, con el pubis

depilado y un clítoris precioso. Joni llamaba a Tim todos los días porque se acostaba con Ree hasta dejarla inconsciente, y Tim se acostaba con las dos, primero con Ree, a quien penetraba salvajemente con su erección. Y Ree había accedido a que la estrangularan un poco durante el sexo; estaba acostumbrada. A él le gustaba cuando ella perdía completamente el sentido y quedaba totalmente inconsciente. Joni sonrió con malicia porque le parecía perverso acostarse con una mujer hasta que perdiera el conocimiento o seguir acostándose con una mujer inconsciente. Sonrió con malicia cuando él terminó con Ree. Continuó follando a Joni con el pene semierecto; ella disfrutaba mucho de eso cuando se masturbaba. Pero Tim ya no se dejaba llevar por la sed de sangre. Estaba totalmente encantado con la forma en que Joni follaba a Ree; siempre tomaba la posición dominante y activa, y follaba a Ree sin piedad. Eligió a Ree porque era verdaderamente devota y sumisa, y no tenía objeción alguna a los perversos deseos del Comandante.

Los días pasaban volando. Tim iba a ver a los pilotos dos veces al día. El piloto jefe practicaba cada maniobra de aterrizaje, lo que impresionaba mucho a Tim. Solía practicar solo; había mandado al copiloto a tener relaciones sexuales. El piloto jefe se reía: ¿quién sudaba más, él o el copiloto? Explicaba cada paso, cada maniobra, y Tim escuchaba con atención, porque, claro, él también tenía licencia de piloto, pero muy poca experiencia práctica. El piloto jefe prometía aterrizar con tanta suavidad que ni una brizna de hierba se doblaría. Tim le aseguró que debía llevarlos a todos vivos a Nueva Inglaterra; al menos, eso era lo que se suponía que debía hacer. Él asintió con gravedad: «¡Ni una brizna de hierba!», y continuó practicando.

Ante ellos se alzaba el hermoso planeta Nueva Inglaterra. Un planeta bello y fértil, al que ahora no llevarían colonos. Una bandada de planeadores los rodeó, tres horas antes del aterrizaje. Finalmente lograron comunicarse con alguien mediante sus radios portátiles para explicar la situación a los pilotos de los planeadores. Tim fue puesto en contacto con la torre de control, dio su informe y recibió instrucciones precisas para el aterrizaje.

El piloto jefe aterrizó sin problemas en el lugar designado. Tim permanecía sentado tenso detrás del copiloto, mientras que Joni,

más atrás en el puesto de mando, se encontraba pálida y cansada tras haber tenido relaciones sexuales poco antes.

El piloto jefe aterrizó con total suavidad en el lugar previsto. Con total suavidad. Miró a Tim y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano.

— ¡Ni una brizna de hierba! — dijo triunfante, pero con voz temblorosa — , ¡ni una sola brizna de hierba!

El sanador de Lassalle

von Jack Faber © 2024

María era una huérfana acogida por el doctor Hunziker, junto con su nodriza, quien la había cuidado desde pequeña. Cómo Carmen había terminado allí, en el pequeño ducado de Lassalle, al norte de Aquitania y Borgoña, se perdió en la historia. Toda su vida, Carmen había buscado un amante cada pocas semanas que pudiera llevarla a orgasmo tras orgasmo, o con quien masturbarse durante el sexo. Permaneció soltera y nunca se masturbó, excepto a veces durante el sexo. Solo tenía sexo cuando estaba increíblemente cachonda, ¡y entonces lo necesitaba desesperadamente, maldita sea! Carmen gruñó blasfemamente cuando el doctor apartó a la pequeña María, a quien le encantaba mamar y mordisquear sus pezones, e intentó tener sexo con ella. Maldiciendo, separó las piernas y los labios, y se frotó el clítoris durante un cuarto de hora, manteniéndolo erecto hasta justo antes del orgasmo, para que el pobre hombre pudiera tener sexo con ella justo en medio de su clímax. Él siempre esperaba pacientemente hasta que, después del sexo, Carmen seguía frotándose el clítoris durante minutos, experimentando mini-orgasmos, y entonces le preguntaba si no le había gustado. Carmen bajó la mirada con castidad: «Sí, ¡pero es totalmente anticristiano!». Solo ocurría dos o tres veces por semana, pero Carmen maldecía que fuera una maldición para las mujeres tener orgasmos varias veces por semana, sin importar la edad que tuvieran.

María era una niña brillante y curiosa; naturalmente, no quería perderse ni un solo detalle del acto sexual. Carmen, que dormía con la ropa puesta, se subía la falda, pero el doctor a veces la desnudaba por completo. Carmen se sentía avergonzada porque sus pechos, antes tan preciados, ahora colgaban como melones flácidos, pero al doctor le gustaban. Carmen maldecía porque odiaba que María y el doctor la observaran masturbarse hasta estar a punto de llegar al orgasmo, solo para ser penetrada en ese preciso instante, pero el doctor lo quería así. Durante mucho tiempo, María no pudo descifrar exactamente dónde el doctor insertaba su pene en el espacio entre los muslos de Carmen, pero finalmente lo descubrió.

En lo profundo de la selva había un agujero negro y oscuro, y el pene de papá — así llamaba María al doctor — golpeó y empujó a Carmen hacia él. Carmen se excitó tanto que movió un dedo entre las copas de los árboles y lo presionó con fuerza contra el pene de papá. El doctor dijo que ese fue el orgasmo de Carmen. Luego eyaculó dentro de ella, como le había explicado a María, ya que ella no podía verlo. «Eso es lo que hacen», explicó, «para tener bebés, pero Carmen es demasiado mayor para eso; pronto cumplirá 50». María entendió las explicaciones de papá de inmediato; era muy bueno explicando las cosas.

María tenía once años cuando le permitieron acompañar a su padre a un parto por primera vez. Ese día decidió que quería ser médica como él. Él asintió; ser médico era algo bueno. A partir de entonces, ella acompañó a su padre a todas sus visitas, prestando mucha atención a lo que hacía. Pronto comprendió por qué no eran ricos, a pesar de que su padre recibía mucho dinero de los adinerados. Pero a él no le interesaba hacerse rico; una comida caliente al día era suficiente, decía alegremente. Gastaba todo el dinero en medicinas y remedios, que distribuía gratuitamente entre los pobres. Y los pobres enfermaban mucho más a menudo que los ricos. Cuanto mayor se hacía María, más comprendía que su padre era un buen hombre y un benefactor.

Tenía relaciones sexuales con Carmen cada vez con menos frecuencia; la anciana se estaba volviendo muy extraña. Se masturbaba dos o tres veces por semana, y los ojos de María se abrían de par en par cuando él eyaculaba. Él le había explicado todo: que los hombres tenían que eyacular, algunos más a menudo, otros menos. María tocaba y examinaba su pene en cada etapa; él la dejaba sostenerlo en su mano y frotarlo con su puño. Ella se sintió muy orgullosa de sí misma cuando lo hizo eyacular por primera vez. Podía sentir lo feliz que lo hacía, lo mucho que se relajaba y se quedaba dormido por unos minutos. Carmen lo regañó amargamente, diciéndole que estaba malcriando a la niña, pero María protestó vehementemente; ¡ya no era una niña!

María se acurrucó junto a él desnuda; amaba mucho a papá. Él le había enseñado a masturbarse, y a ella le encantaba. Carmen se per-

signó tres veces; ¡estaba corrompiendo a la niña, a la pobre! Papá se rió; ¡no estaba corrompiendo nada ni a nadie! Los pechos de María se desarrollaban lentamente, sus caderas se volvían más femeninas. Le preguntó a papá si no preferiría tener sexo con ella en lugar de con la rebelde Carmen. A él no le importó; le había explicado la desfloración y el sexo muchas veces antes. También le había inculcado que no debía desperdiciar su virginidad con un hombre indigno, sino solo tener sexo con alguien a quien amara con todo su corazón. "Pero solo te amo a ti, papá", respondía ella cada vez, "¡Te amo con todo mi corazón!". Y así sucedió que María dejó que papá la desflorara y tuviera sexo con ella. Carmen se lamentó de que ahora la estuviera corrompiendo por completo, pero papá y María solo se rieron. ¡Nada ni nadie estaba siendo corrompido! Carmen se arrancó la ropa y se abalanzó sobre la niña. — ¡No debes malcriarla, no debes desflorarla, señor! — gritó ella. Él sonrió sutilmente — . ¡Aquí nadie será malcriado, tonta! — dijo, apartándola. Ella comenzó a masturbarse — . ¡Fóllame, señor, fóllame a mí y no a la pobre niña! — gritó, masturbándose furiosamente. Él y María esperaron, sonriendo. Carmen no pudo contenerse y llegó al orgasmo, temblando y retorciéndose, y luego se persignó tres veces. Exhausta y triste, miró a María, que estaba frotando el pene erecto del doctor. María sonrió y guió el pene hacia su vagina. Con lágrimas en los ojos, Carmen se abalanzó sobre la chica. — ¡La deshonrarás si le quitas la virginidad, perderá valor! — gritó desesperada. El doctor se rió de ella — . ¿Como si fuera una vaca que pierde valor? — dijo con absoluto desprecio — . ¡Quiere ser mujer, eso es lo único que importa! Carmen retrocedió a regañadientes. Empujó su pene hacia adelante con mucho cuidado. "¡Está apretado, papi!", susurró María, "¡está apretado!" Empujó más y su himen se rasgó. María abrió mucho los ojos mientras él la penetraba profundamente. "¿Te duele mucho?", preguntó ansioso, pero ella negó con la cabeza. "¡Ahora soy una mujer de verdad!", susurró la niña de 13 años. Él asintió. "¿Debería follarte ahora o deberíamos esperar hasta mañana?" Ella asintió con entusiasmo, "¡Puedes follarme, papi, lo quiero ahora!" El doctor comenzó a follarla, lenta y deliberadamente. "Cuando la excitación sea alta, puedes ayudar con tu dedo", dijo. Ella asintió y, efectivamente, cuando él comenzó a eyacular, ella tocó su clítoris y provocó su orgasmo. Carmen gimió y se cubrió la cara. Él abrazó a María con fuerza y la besó apasionadamente.

“¡Ahora eres una mujer de verdad, pequeña María!”, susurró, “¡eso es maravilloso!”

María y papá tenían relaciones sexuales tan a menudo como él podía. No les importaban los lamentos de Carmen, quien lo regañaba a gritos cada vez que él tenía relaciones con la niña. Estaba corrompiendo por completo a la pobre niña, se lamentaba, ¡porque tener relaciones sexuales con niños era un pecado terrible!

Carmen se estaba volviendo realmente peculiar. Nunca se masturbaba por motivos religiosos, jamás. Pero cada pocas semanas acosaba al doctor: “¡Tengo que follar, doctor, me está atormentando otra vez!”. El doctor asintió; lo entendía perfectamente. Folló a Carmen muy despacio porque ella se masturbaba furiosamente mientras lo hacían. “¡Alabado sea Dios!”, gritaba Carmen con cada orgasmo que lograba con su dedo. “¡Siga follándome, doctor, fólleme!”, gritó poco después, y él continuó follándola muy despacio. Tuvo cuatro o cinco orgasmos seguidos, y cuando estaba exhausta, gimió: “¡No puedo más, doctor, de verdad que no puedo más!”. Él asintió y eyaculó, luego Carmen se tumbó de lado y se quedó dormida. Se había masturbado lo suficiente durante las siguientes semanas; eso era suficiente para ella y su religión. María estaba desconcertada, pero se encogió de hombros. “Cada uno con lo suyo”, murmuró el doctor con una sonrisa.

La cercanía recién descubierta impulsó aún más a María a aprender medicina. Era necesario conocer bien las hierbas y raíces y saber para qué enfermedades servían. Aprendió a entablillar fracturas, suturar y vendar heridas abiertas, preparar ungüentos y asistir partos. Estalló una cruenta guerra entre católicos y protestantes, y en aquel entonces nadie sospechaba que duraría 30 años. El médico y María se alojaron en el castillo de Lassalle y se dedicaron a su labor. Suturaron las heridas más espantosas, amputaron brazos y piernas y curaron a los heridos. El duque de Lassalle dirigió a sus hombres en las escaramuzas; luchó como un berserker y obligó a los protestantes a retroceder hasta el Imperio alemán pagano. El duque luchó con la misma ferocidad que sus hombres, pero no sufrió ni un rasguño; esa era la voluntad de Dios.

María, que nunca se había acostado con nadie más que con su padre, se dio cuenta de que estaba embarazada. Quería decírselo, pero estaban todos muy ocupados. El médico y ella acompañaron a las tropas hasta el castillo y montaron un hospital de campaña. Atendieron a todos, franceses y alemanes, católicos y protestantes por igual. «Una persona es una persona», dijo papá, secándose el sudor de la frente. Entonces los alemanes atacaron; una nube negra de caballería arrasó el campamento de los franceses católicos y masacró a todos. No perdonaron el hospital; pacientes y enfermeras cayeron bajo los despiadados golpes de espada. María le gritó a su padre que estaba esperando un hijo suyo. Él se incorporó y la miró con alegre sorpresa. En ese momento, un jinete arremetió contra él, con la lanza apuntando a la espalda de papá. María gritó y apenas alcanzó a ver la lanza penetrar la espalda y el pecho de su padre, sobresaliendo unos 20 centímetros. Cayó sin vida sobre la pila de cadáveres. María fue atropellada por un caballo y quedó tendida entre los cadáveres, mirando fijamente a los ojos muertos de su padre. La dieron por muerta y la dejaron allí.

Como una tormenta, treinta jinetes irrumpieron desde el castillo de Lasalle, ahuyentando a los alemanes con rugidos y gritos. Liberaron al viejo duque, a quien le habían arrebatado la espada, dejándolo solo con sus puños enguantados para defenderse. Los jinetes se detuvieron mientras los alemanes huían a toda prisa. El viejo duque buscó su espada y se sintió orgulloso del joven de cabello rubio al viento que había guiado a los jinetes fuera del castillo. Era su hijo, Raymond, quien lo llenaba de orgullo. Raymond regresó al castillo el último. Vio un movimiento; era María, que mostraba signos de vida. El joven desmontó y subió a María, manchada de sangre, a su caballo.

María estaba desnuda en una pequeña bañera, mientras dos criadas la lavaban y limpiaban. Raymond se detuvo un instante; la visión de aquella hermosa joven desnuda lo conmovió profundamente. Supo al instante que debía ser su esposa. Sus miradas se cruzaron, como estrellas que se encuentran en el cielo. María, con modestia, se cubrió los pechos con la mano y apartó la vista. ¡Qué apuesto joven! Envuelto en lino blanco, lo vio de nuevo, a él, al joven duque Raymond. Le rogó que salvara a su padre muerto de los implacables pi-

cos de los cuervos y le diera un entierro cristiano digno. Lloraba ante la tumba de su padre, su amante y el padre de su hijo. Raymond la rodeó con un brazo para consolarla. Ella había grabado una pequeña placa: «Doctor Jörg Hunzicker, nacido hace 49 años en el cantón de Basilea. Fue médico, benefactor y buen esposo».

Al viejo duque le arrebataron la espada de la mano; su hijo lo había salvado. Abdicó, dejando el trono al duque Raymond, quien aceptó con gusto. Con María a su lado, se acercó a su padre y le pidió permiso para casarse con la curandera. El viejo duque estaba demasiado cansado para oponerse, para divagar sobre casarse con una noble de su mismo rango. Vio la felicidad en los ojos de su hijo y accedió. Así, María se convirtió en duquesa de Lassalle.

Raymond fue el segundo hombre con el que se acostó. Era joven e impetuoso, y durante los primeros meses, no perdía oportunidad de acostarse con María. Hacía tiempo que pensaba en contarle la verdad, pero demasiadas cosas la detenían. Era su padrastro, y no quería poner en peligro su título de duquesa, sobre todo por el bien de su hijo. Así que, nueve meses después, dio a luz a Gilbert, el pequeño príncipe. Gil tenía los rizos rubios y los profundos ojos azules de Raymond, el orgulloso padre. María decidió llevarse el secreto a la tumba. Raymond era un buen padre, un duque capaz y un marido apasionado y bondadoso. El mundo era perfecto y no necesitaba una mancha oscura.

En las semanas previas y posteriores al parto, Raymond le faltó atención a su esposa, ordenando a una criada que se acostara con él cada noche. Solo miraba a los ojos de su esposa y follaba a la criada con ganas. Las criadas ya conocían su pene; las había follado a todas desde los doce años, todos los días. Estaban dispuestas a que su fogoso amante las follara, de eso no cabía duda. María sonrió con picardía: ¡qué hombre tan magnífico era Raymond!

Pero cuando las Parcas frotan sus dedos huesudos, queda claro que querían cortar otro hilo de vida. Le concedieron a Raymond diez u once hermosos años de matrimonio, y luego le arrebataron la vida. Una tarde, una lúgubre procesión llegó al castillo de Lasalle: veinte pollos desplumados, que habían alzado el vuelo esa mañana como

halcones, trajeron al difunto Raymond y a diez de sus caballeros en un féretro; habían sido emboscados de forma cobarde. ¿Pero qué emboscada no lo es?

María lavó al duque muerto, lo vistió de nuevo y lo enterró. El joven Gil tenía solo once años, demasiado joven para gobernar. El padre de Raymond, desafiante, se secó las lágrimas de las mejillas y retomó su antiguo puesto de príncipe regente. Tras el debido periodo de luto, fue a la cama de María. Una vez a la semana, el anciano dormía con la hermosa joven viuda, en parte para consolarla y en parte para impedir que la duquesa eligiera un nuevo marido. Gilbert sabía que no debía molestar a la duquesa ni al viejo duque los domingos por la mañana, porque a esa hora dormían antes de ir a la iglesia.

María no perdió ni un segundo pensando en buscar otro hombre. Tenía relaciones sexuales con el anciano una vez por semana antes de ir a misa; él era tan cariñoso y atento como un padre. A María no le molestaba que la edad hubiera mermado gran parte de la virilidad del duque; ella lo ayudaba a alcanzar el orgasmo con un dedo y dejaba que el buen anciano eyaculara generosamente. Su dedo era y seguía siendo su fiel amante; cada mañana, hasta el desayuno, dejaba que este compañero de confianza la llevara al orgasmo. Antes de esos maravillosos orgasmos, dejaba que la película con el fogoso Raymond se reprodujera en su mente y solo entonces abría los ojos.

Gil estaba desnudo en el umbral, con el pene erecto entre los dedos, prueba de que la había visto masturbarse. Se quedó allí, inseguro. María palmeó la sábana a su lado: «¡Ven, mi pequeño!», y Gil se tumbó junto a ella. Había escapado, dijo; la vieja Liesl dormía, con las piernas abiertas en la silla. Sí, le había levantado la falda varias veces antes, pero era una visión desagradable, ese espeso vello, y Liesl olía fatal. María sonrió; Gil era tan honesto y directo. Ella respondió a sus preguntas sobre su masturbación con la misma honestidad y franqueza. Su orgasmo era maravilloso; él quería ese orgasmo... ese orgasmo... ¡ese orgasmo también! María sonrió y asintió; él tuvo que arrodillarse sobre su vientre. Podía cerrar los ojos, dijo sonriendo, porque llegarían sensaciones maravillosas y, finalmente, el orgasmo. Ella lo masturbó, y él suspiró profundamente al alcanzar el clímax. Observó la única gota de semen que goteaba de su glande,

dejando tras de sí un largo hilo. Ahora, después de su orgasmo, él podía acostarse junto a ella todos los días, y ella lo masturbaba. ¡Qué placer!

Gil notó lo bien que se sentía ella cuando le masajeaba los pechos mientras se masturbaba. Se recostó sobre sus pechos como un bebé y le succionó y mordisqueó los pezones. María gimió de placer y le permitió morderle suavemente los pezones durante sus orgasmos. Ella le había pedido que viniera a masajearle los pechos mientras se masturbaba. Tal vez podría tomarle los pezones en la boca y succionarlos como un bebé; ¡eso se sentía maravilloso mientras se masturbaba! Gil obedeció, por supuesto. Se acercó a ella cuando comenzó a masturbarse y le lamió y succionó los pechos como un bebé. Cuando ella llegó al orgasmo, le mordió los pezones muy suave y delicadamente, de modo que ella gimió de placer y se retorció como una trucha.

Se quedó quieto, con las piernas abiertas. Continuó lamiéndole los pechos y los pezones mientras ella, al principio, solo le acariciaba la parte interna de los muslos y los testículos. Abrió bien las piernas y le empujó el pene hacia ella. Se lo tomó con calma, durante muchos días solo tocándole el pene como por casualidad. Pasaron semanas antes de que lo agarrara y varios días más antes de que lo frotara con el puño. Durante meses, como mucho, una sola gota escapó de su glande. Fue un proceso muy lento hasta que empezó a eyacular. A veces eyaculaba a chorros, otras veces no eyaculaba durante mucho tiempo, o solo en ráfagas entrecortadas.

Solo muchos meses después pudo eyacular, eyacular de verdad. María le preguntó si sabía lo que era follar. Gil asintió; lo había hecho una y otra vez, con Henriette y Jean, el mozo de cuadra. «Entonces dímelo», dijo María. Él se lo contó.

Como siempre, se había escabullido sin ser visto por las vigas del establo. Jean estaba con Henriette debajo de la puerta, y coqueteaban, se besaban, y un día se tumbaron sobre las balas de paja. Henriette era una jovencita guapa de la cocina, dos cabezas más baja que el enorme Jean, esbelta y ligera como una mariposa. Al principio, solo jugaba con el gran y enorme pene de Jean y lo dejaba eyacular en la

paja. “Seguro que no entra”, dijo Henriette con dudas, pero al final sí entró, contó Gil con los ojos brillantes. Al principio, no había podido verlo con claridad, solo el gran culo desnudo de Jean. Pero cuando se tumbó boca arriba y ella se balanceó sobre él, pudo ver claramente su pene penetrando bajo su pequeño culo y en su agujero. Hizo que su culo bailara alegremente, dijo Gil, luego se tumbó boca arriba, y de nuevo solo pudo ver el gran culo de Jean pisoteando. Entonces Jean se detuvo, y Henriette lo regañó en voz alta: «¡Has vuelto a entrar, oso gruñón!». Siempre lo llamaba Oso Gruñón. Y él se orinaba dentro todos los días, aunque ella lo regañaba con dulzura, le acariciaba la nuca y le decía que tendría que casarse con ella si seguía orinándose dentro. Oso Gruñón solo murmuró: «Ya veremos», y eso fue todo lo que dijo.

María sonrió levemente; Gil había dado un relato muy vívido y detallado. Le preguntó si no le gustaría tener relaciones sexuales. Gil lo pensó un momento; acababa de eyacular sobre los pechos de María antes de contarle lo que habían hecho en el establo. «No», dijo, «¿quizás mañana, señora?». María asintió con una sonrisa, primero porque podía controlar su lujuria y segundo porque no había olvidado las buenas maneras de la corte. En unos años sería el nuevo duque, y ambas cualidades le sentaban bien.

Los domingos, María pertenecía al viejo duque; los demás días, dejaba que Gil la follara. María disfrutaba de ambas experiencias, aunque eran muy diferentes. Gil era un excelente amante y siempre esperaba a que ella se masturbara hasta el orgasmo. Disfrutaba follando con Gil porque el chico pronto follaba tan bien como su padre. Tenía que frenarlo un poco porque quería eyacular con demasiada frecuencia, y el médico le había comentado que muchos jóvenes habían arruinado su salud de esa manera. Pero ella floreció, y nadie habría creído que ya tenía casi 34 años.

El viejo duque envió a su pequeña tropa, liderada por su sobrino menor, un muchacho que era un caballero y líder ejemplar. La ira de los alemanes reformados crecía año tras año mientras libraban su justa guerra contra los católicos. Cuatro años después de la muerte de Raymond, derrotaron a la pequeña tropa, mataron al sobrino y asaltaron el castillo. María, que se había escondido tras una ventana,

vio al viejo duque caer muerto desde la torre, y los alemanes saqueadores se movían ruidosamente de habitación en habitación.

María golpeó con el atizador a los dos que irrumpieron en su habitación, pero fue inútil. Todo el grupo entró entonces en su habitación. No opuso resistencia mientras los vencedores la violaban, uno tras otro. Sin embargo, vio cómo un grupo se llevaba a Gil atado. Una hora después, el grupo se marchó. María buscó a Gil o su cuerpo. Las criadas informaron de que Gil y otros ocho muchachos habían sido secuestrados vivos. Estaba desolada. Su tío Luis asumió la regencia hasta que Gil regresara como legítimo duque. Luis envió mensajeros a los reformados, pero tampoco pudieron obtener información; los nueve jóvenes habían sido entregados al ejército del obispo de Aquisgrán.

María se puso un sencillo y resistente vestido de viaje y se colgó el maletín de médico al hombro. Fue a ver a Luis y le pidió permiso para ausentarse de la corte; se dirigía a la tierra de los reformados en busca de su hijo. El regente Luis intentó detenerla, pero fue en vano. Entonces ordenó que dos de sus caballeros, el viejo Hillebrand y el joven Will, acompañaran a la duquesa. Solo entonces la dejó marchar.

Hillebrand y Will eran hombres de bien. Evitaban la mayoría de los peligros y rara vez se veían envueltos en alguna pequeña escaramuza. Los dos caballeros mantenían una distancia respetuosa con la duquesa; ninguno intentó acostarse con ella. Por la noche, María se acurrucaba desnuda contra Hillebrand para entrar en calor. Pero él, sin dudarlo, mantenía la compostura y se masturbaba en silencio, presionando su cuerpo desnudo y su vulva contra él. Ella solo quería entrar en calor y no seducir al pobre hombre, pero con gusto le hacía una felación. Habían encontrado el rastro de los jóvenes y lo estaban siguiendo.

Se acercaron a la comunidad reformada de Aquisgrán. María contactó con algunos soldados y los interrogó. Se retiró antes de levantar sospechas. El rastro conducía más al noreste, adentrándose en territorio reformado. Se produjo una escaramuza en una zona boscosa, de la que no pudieron escapar. El valiente Hillebrand cayó y Will resultó

gravemente herido. Los soldados reformados siguieron su camino, sin mostrar interés alguno en la mujer. María fue a ver a Will, pero no había nada que hacer. Le curó la herida, pero solo había ganado una hora. Le preguntó si tenía un último deseo. Él la miró con una tristeza indescriptible, pues sabía que pronto moriría, que ni siquiera llegaría a los 19 años. Cerró los ojos y asintió. Tenía un deseo: siempre había adorado a la duquesa como a una santa; la había admirado a ella y su valentía en la búsqueda del joven duque. Sí. Ese era su único deseo.

María lo calló con un beso. No, no un beso ducal ni fraternal, sino uno decididamente femenino. Se levantó la falda, montó a Will e introdujo su pene en su vagina. Una sonrisa sobrenatural apareció en el rostro mortalmente pálido de Will mientras María lo penetraba suavemente. La sangre brotó de la herida de su garganta y murió antes de poder eyacular. María cavó dos tumbas y las enterró. Hizo dos cruces y grabó en ellas: «Hillebrand von Lasalle, Will von Lasalle». No había nada más que pudiera hacer. Les quitó las bridas a sus caballos y ahuyentó a los buenos animales. Cabalgó sola, siguiendo el rastro.

Se topó con un campamento del ejército reformado, fue arrestada y llevada ante el capitán. Sí, era curandera y médica, confirmó, extendiendo su bolsa ante él. No, dijo, había sido criada católica, pero la religión le era indiferente. Su única fe era para los enfermos y heridos. El capitán deliberó durante un buen rato, pues le gustaba la bella mujer de 35 años que se negaba a someterse a la obvia y cobarde declaración de fe. La hizo llevar a su tienda, donde permaneció con él durante los siguientes meses. Durante el día, se unía a los cirujanos y médicos de campaña y se dedicaba a los heridos y enfermos.

El capitán intuyó que ella solo se dejaba violar porque era necesario para sobrevivir. Le disgustaba profundamente que ella no opusiera resistencia en el acto sexual, pero le negara el afecto femenino al que estaba acostumbrado por parte de las mujeres sometidas. Simplemente la dejó ir. María ahora viajaba de campamento militar en campamento militar. Ofrecía sus servicios como médica y curandera, permitiendo con indiferencia ser violada por cada uno de los hombres poderosos tantas veces como él lo deseara, pero permanecía fría

y retraída. Preguntaba a todos por los jóvenes del Ducado de Lassalle; rara vez recibía alguna pista, que ella seguía de inmediato.

Entonces, un día, tuvo que amputarle un brazo gangrenoso. El rostro del muchacho le resultaba familiar, y ella le preguntó si conocía el Ducado de Lassalle. El muchacho miró a su alrededor para ver si alguien los espiaba, luego asintió. "¡Eres la duquesa!", susurró. Ella estaba agradecida al cielo: ¡por fin, por fin, un éxito! Pero el muchacho no sabía nada más. Los habían separado, asignado a diferentes unidades y les habían dado espadas. Luchar o morir, esa era la elección. Gil y varios otros habían sido asignados a un destacamento enviado a Magdeburgo y Leipzig. La batalla de Leipzig se había librado semanas antes, y Magdeburgo estaba sitiada, por lo que el muchacho sabía. María abrazó a su compatriota y partió hacia Magdeburgo, varios cientos de kilómetros al este. A través de territorio protestante.

Esa noche, después de tener relaciones sexuales, María se levantó y le dijo al capitán que tenía una nueva pista sobre su hijo y que se marchaba. «¿Qué, ahora, en medio de la noche?», exclamó el capitán, despertándose sobresaltado. «¡Sí, ahora mismo, al amparo de la oscuridad!», respondió María. Su bulto siempre estaba a mano; simplemente se abrochó el cinturón con el cuchillo de caza de doble filo que le había comprado a un soldado. Salió sigilosamente de la tienda y ensilló su caballo en la oscuridad. Luego desapareció en la noche.

Evadió a los ejércitos, se quedó a dormir en casas de campesinos y pagó con su cuerpo. Iba de granja en granja, de cama en cama, dejando que las miradas venenosas de las esposas cuyos maridos se acostaban con ella rebotaran como gotas de lluvia. Se acostaba indiferente entre marido y mujer. Casi todos los hombres se acostaban con ella, por el bien de la variedad. María le daba todo lo físico; nadie podía quejarse. Era muy hábil en el sexo, más hábil que la mayoría de las campesinas. Se acostaba con los hombres tantas veces seguidas que quedaban completamente exhaustos. Entonces los tres se quedaban dormidos. Nunca se consideró una disidente conyugal cuando dormía a cambio de alojamiento y comida. Era así de simple.

Ya era verano cuando llegó a Magdeburgo. Se enteró de que los católicos habían asolado Magdeburgo ya en mayo de 1631 y que los campamentos del ejército reformado se encontraban al norte de la ciudad. Fue a los campamentos. Como médica, fue bien recibida; nadie le preguntó por su fe. Trabajó con diligencia, curando, vendando y amputando. Fue de puesto de primeros auxilios en puesto de primeros auxilios. Finalmente, encontró a dos muchachos de Lasalle. Estaban heridos, pero se recuperarían. Sí, los tres habían luchado con Gil en el bando enemigo, pero se habían separado en la refriega. Eso fue en mayo, hacía cinco semanas. El camino estaba caluroso; María pasó junto a los heridos y solo los miró a la cara. La madre triunfó sobre el médico.

Lo encontró en la quinta tienda; su melena rubia lo delató. Corrió hacia él, y una mano helada le apretó el corazón. El doctor reconoció de inmediato lo que la madre se negaba a admitir. Ella apartó la sábana y lo abrazó. "¿Usted, señora?", exclamó asombrado. "¿Qué hace aquí, mamá, señora?". Lo abrazó de nuevo. "¡Gil, mi amor, por fin te he encontrado!", gritó una y otra vez. Cubrió su rostro pálido de besos. "¡Gil, la estrella de mis ojos!", balbuceó, y entonces el doctor regresó.

Examinó la pierna infectada, lo examinó de pies a cabeza, estaba completamente destrozada. Había sido herido hacía cinco semanas, el cirujano de campaña le había dado un tratamiento superficial a la herida, y luego había caído en combate. La pierna de Gil estaba perdida, estaba gangrenosa, y su instinto le decía que todo su cuerpo ya estaba envenenado. Tuvo que amputarle la pierna y esperaba que sobreviviera a la gangrena. Era fuerte, pero también lo era la fiebre. Las lágrimas corrían por sus mejillas mientras cortaba y serraba su propia carne y sangre. Se secó las lágrimas que le causaban angustia; tuvo que recurrir a todo lo que había aprendido. Untó el doble de ungüento en la herida del necesario, le obligó a tragar tanto té curativo que vomitó. Pero eso fue bueno; todo lo que salió, salió.

La madre se abrió paso entre el médico, se sentó junto a la cama de Gil y se dedicó exclusivamente a cuidarlo. La fiebre subía, la gangrena luchaba por su cuerpo, el diablo por su alma. María le daba caldo de pollo; no encontraba nada mejor. Vomitaba repetidamente.

La fiebre aumentaba, las compresas frías solo le aliviaban unos minutos, así que las cambiaba cada minuto. No podía aceptar que Gil se hubiera perdido.

Ella no podía aceptarlo.

Gil tenía fiebre y balbuceaba incoherencias. Había seducido a muchas criadas del castillo y nunca se lo había contado a Madame; tenía miedo de decírselo. María lo abrazó y le acarició la cabeza; no era nada, insistió, no se sentía traicionada. Siempre lo había sabido, había mentido por él y siempre lo había aprobado. Era un hombre joven, eso era todo lo que había que saber. Gil apoyó su rostro contra el de ella; a menudo olvidaba quién era Madame, ¿era realmente ella? Gil dejó de respirar.

Entre sollozos, cavó su propia tumba. No era la primera, ni sería la última. El capitán von Kolb era un hombre decente; era el único que la acompañaba en la tumba, leyendo pasajes de la Biblia. Bajo su rostro adusto, se escondía una figura paterna que comprendía bien el dolor de la pérdida de una madre. La abrazó y la consoló mientras lloraba.

María le escribió a su tío Luis. El capitán le aseguró que la carta llegaría a Lassalle. En el capitán von Kolb, María había encontrado a una persona, un hombre respetable. Permaneció con él durante cinco años. De día trabajaba como médica; de noche, yacía a su lado como su esposa. Von Kolb era un hombre bueno y honesto. Ella lo acompañó por toda Alemania, curando sus heridas con el mismo cuidado que a cualquier soldado herido. Pero, por supuesto, no pudo evitar que cayera muerto tras cinco años en la frontera norte de Baviera. Le dio sepultura cristiana y dejó el ejército. Vagó sola por Alemania, de corte principesca en corte principesca. Solía ser recibida con los brazos abiertos, pues el duque Luis von Lassalle se aseguraba de que fuera reconocida y acogida como duquesa.

Tras unos veinte años, regresó al castillo de Lasalle. El tío Luis la recibió con gran afecto; estaba preparando a su hijo mayor para que asumiera el ducado. El muchacho era un buen muchacho, María lo sabía. El tío Luis merecía retirarse con dignidad y elegancia. María

sonrió con dulzura cuando le preguntaron. No tenía objeciones; ¿por qué las habría? Su esposo, el duque Raymond, había fallecido hacía mucho tiempo, al igual que su hijo Gilbert. El joven parecía una excelente elección, concluyó. El joven hizo una profunda reverencia ante Madame.

La guerra terminó, María cumplió 47, 48 años, y vivió en el Castillo de Lasalle hasta el final de su vida. Su vagina se encogió muy rápidamente; tenía que usar ungüentos si su amante tenía un pene grande. La vagina estrecha tenía una sola ventaja: alcanzaba el orgasmo mucho más fácilmente y antes que antes, y si tenía suerte, se mantenía en ese alto nivel hasta el final del coito, experimentando orgasmos hasta el último momento. Necesariamente, sus amantes se volvieron cada vez más jóvenes, porque los penes pequeños de los chicos no le dolían. En cambio, le despertaban viejos recuerdos profundamente enterrados de Gil, recuerdos que creía haber dejado atrás décadas atrás. Gil, que había aprendido a follar tan bien. Gil, que en días peligrosos sacaba su pene y se masturbaba de rodillas, eyaculando alegremente su semen sobre su cuerpo. Antes, siempre había desarrollado una conexión, un vínculo emocional con su admirador, pero ahora, con estos chicos de 13 a 16 años, no podía hacer nada, no podía establecer ninguna conexión emocional. Se acostaba con estos niños en silencio o charlando superficialmente, y les permitía convertirse en hombres. Elegía a sus amantes con cuidado y disfrutaba del sexo con mucha intensidad y de forma soñadora hasta bien entrada la vejez.

El joven duque era un hombre verdaderamente bueno que se preocupaba profundamente por el bienestar de sus súbditos. Sería el último duque de Lassalle; el ducado se desvaneció como arena arrastrada por los vientos de la historia.

• • •

El hombre dragón

von Jack Faber © 2024

Mei despertó aturdida. Estaba acurrucada bajo el alero que le había salvado la vida. El terremoto había arrasado todo el pueblo y matado a todos. Mei intentó salir a rastras, pero no pudo. Gritó con todas sus fuerzas hasta quedarse ronca. Unos brazos fuertes la agarraron y la sacaron a rastras.

Cuando se puso de pie, miró la casa en ruinas. «Están todos muertos», dijo el hombre. Ella lo miró. Tenía un rostro parcialmente humano, un hocico como el de un lobo y un lomo escamoso como el de un cocodrilo. Mei empezó a sentir miedo al ver su cola; era escamosa como su lomo verde oscuro y larga, como una tercera pierna. La parte delantera de su cuerpo parecía humana, con una llamativa cola amarilla y un glande rojo; el prepucio, fino y delgado, era de color verde pálido. Sus testículos, bastante grandes, eran de un azul brillante. Mei estaba asustada.

— No tienes por qué tener miedo — dijo amablemente, tomando de la mano a la niña de 14 años — . ¡Ven conmigo! Caminaron unos pasos, y entonces él dijo: — Tengo que volverme invisible; ¡viene gente! Efectivamente, la gente de los alrededores se acercaba, con codicia en los ojos; saquearían las ruinas en busca de oro y plata. Mei, llorando, condujo al hombre invisible al interior del bosque encantado. Él volvió a ser visible y sonrió amablemente. — Vi a tus padres muertos y a tus siete hermanos; están todos muertos. Mei asintió entre lágrimas. Tan solo unas horas antes, había dejado que sus hermanos abusaran de ella, y el recuerdo la hizo sonreír. — Espero que no hayan sufrido demasiado — dijo. El hombre asintió. — Fueron aplastados en una fracción de segundo — dijo en voz baja — , ¡no sintieron nada! Mei se preguntó cómo podía saberlo, pero él era algo extraordinario; eso le quedó claro de inmediato. Alguien que se pareciera en parte a un cocodrilo, que pudiera volverse invisible, podía saber muchísimo.

Una hora más tarde, llegaron a un pequeño lago. “Aquí es donde vivo”, dijo él simplemente. Ella vio una gran roca en la orilla que se adentraba en el agua. Él la condujo a una cueva cuya entrada estaba oculta tras unos arbustos espesos. Desnudó a Mei y lavó su cuerpo desnudo con un trapo. Lavó sus pequeños pechos incipientes y el ligero vello sobre su vulva. “Eres una chica muy hermosa”, dijo, “¡veo que te has acostado con muchos chicos!”. Pero Mei negó con la cabeza. “No, no con muchos, ¡solo con mis hermanos!”. Él asintió. “Está bien, no pasa nada. No quise insinuar que eres una puta”. Los ojos de Mei se llenaron de lágrimas de nuevo. Pensó en sus hermanos, que se habían acostado con ella hacía apenas unas horas. Su madre lo había permitido porque los chicos tenían que eyacular a diario y no había chicas en el vecindario. Por supuesto, los chicos también se habían acostado con las vecinas cuando el marido no estaba en casa, y las vecinas estaban muy dispuestas a tener a esos tipos tan poderosos entre sus muslos, a los siete.

— Mi nombre es Mei Mei-Lan — dijo — , la hija menor de la honorable señora Mei-Lan. El hombre hizo una reverencia y examinó la vulva de Mei. — Soy Lin Popo, que significa flor magnífica. Mis padres, como todos los dragones, eran muy poco imaginativos a la hora de nombrar a sus hijos — rió amablemente — . Sí, soy un dragón, mitad humano y mitad dragón, como puedes ver. Vivo una vida muy solitaria aquí, y sobre todo las mujeres de los pueblos me visitan para que las folle. Tengo el don de ver en sus ojos si son fértiles, así que vienen y luego corren rápidamente a casa para que sus maridos las follen. Les gusta que las follemos los dragones, las mujeres humanas, porque los dragones podemos follar durante mucho tiempo y con gran resistencia. Pero, por desgracia, no pueden quedar embarazadas de nosotros. — Reflexionó un momento. — ¿Tu madre se llamaba Mei-Lan, eh?! Conocí a una dulce jovencita llamada Mei-Lan. Venía a mí a tener sexo con bastante frecuencia, si no me equivoco. Creo que tuvo ocho hijos. — Mei lo miró sorprendida — . Mi madre siempre decía que éramos hijos del dragón, pero yo solo lo veía en sentido figurado. ¿Quizás de verdad creía que estaba embarazada del dragón? — Lin Popo negó con la cabeza y asintió — . Sí, lo estaba. ¡No quería creer que nosotros, los dragones, no pudiéramos tener hijos humanos! ¡Venía a tener sexo conmigo durante años, tu dulce madre! — Lin Popo se quedó mirando las llamas del pequeño

fuego. «Tengo 946 años», continuó, «me he acostado con todas las emperatrices o esposas de los emperadores chinos; es mi destino. Me infiltro sigilosamente en el palacio y me acuesto con la emperatriz, con todas. La mayoría aborrece el amor lésbico al que están condenadas en la casa de las mujeres. Gritan de éxtasis y placer cuando me acuesto con ellas y tienen orgasmo tras orgasmo. Pero ese es mi destino; lo hago con gusto, pues el emperador demuestra buen gusto al casarse con una. Que las mantenga estrictamente encerradas es una lástima para ellas, pero entonces me tienen y son felices durante unas semanas hasta que tengo que marcharme».

Mei escuchaba con gran interés; nunca antes había visto a un emperador o una emperatriz. Pero podía imaginar fácilmente la vida de esas mujeres prisioneras. Lin Popo rió. “Cuando una emperatriz se acostó conmigo, le cogió el gusto. Hizo todo lo posible por atraer a los hombres a su alcoba, y muchos príncipes y princesas surgieron de esta actividad prohibida”. Se rió alegremente. “El emperador Meng, nuestro excelente príncipe, es en realidad descendiente de un cazador que se coló en la cama de la emperatriz Minh durante años”. Se golpeó los muslos, se reía a carcajadas. Su pene se había puesto bastante duro mientras le contaba sobre esa emperatriz que lo había encadenado a su cama durante un mes entero; ¡era una mujer muy apasionada! Mei preguntó tímidamente si debía hacerlo con él. Por supuesto, solo tenía curiosidad. Lin Popo rió, “¡Con mucho gusto!”. Mei agarró con audacia el pene amarillo; era más grande que cualquiera que hubiera sostenido jamás.

— Solo frota el prepucio verde claro — dijo — , despacio y con firmeza. El pene se pondrá rojo, luego frota muy rápido y hazme correr, ¿de acuerdo? Mei asintió. El pene creció en su puño cuanto más lo frotaba. Cambió de color de amarillo a rojizo y a un rojo cardenal oscuro e intenso. Lo frotó tan fuerte y tan rápido como pudo. Lin Popo sonrió al principio y luego hizo una mueca de placer. Luego eyaculó en brillantes y relucientes chorros púrpuras en el fuego. Mei nunca había visto semen de ese color. Lin Popo se calmó, y su pene se encogió y volvió a ponerse amarillo. Asintió, muy satisfecho; Mei había hecho un muy buen trabajo. — No puedo masturbar a una mujer humana, desafortunadamente — dijo con pesar en su voz. “Solo miren mis patas, solo sirven para cazar. Y tuve que aprender a retraer mis

garras cuando no estaba cazando. Cuando era joven, mis garras desgarraron la espalda de muchas mujeres humanas cuando estábamos teniendo relaciones sexuales; muchas murieron por mi culpa hasta que aprendí a retraerlas."

Mei tomó una pata en su mano. No, no podías frotar un clítoris con eso, para nada. "Pero eso no importa en absoluto, Sr. Lin", dijo con una sonrisa traviesa, "de todos modos prefiero hacerlo yo misma por la noche". Lin Popo asintió, se estiró y cabeceó un poco. Luego fue de caza y trajo un conejo, bayas silvestres y dos manzanas. Mei comió con gusto; el dragón traía buena comida todos los días. Solo comía una vez por semana como máximo, cuando tenía venado. Al mediodía, siempre se tumbaba en el estanque y flotaba de espaldas. Mei se sentaba sobre su vientre y dejaba caer las piernas en el agua. Le encantaba jugar con su cola amarilla y sus brillantes testículos azules. Él la dejaba hacer lo que quisiera; nunca la detenía cuando ella lo masturbaba con el puño y lo hacía eyacular un líquido púrpura en el estanque.

Mei le preguntó tímidamente cómo era que él era mitad humano y mitad dragón si los dragones no podían tener hijos humanos. Él sonrió. "Dragones, no, es cierto. Pero las dragonas a veces podían tener un híbrido. Mi madre era una híbrida; mi padre era un hombre, un trampero solitario. Atrapó a mi madre en una trampa, la mantuvo cautiva y la follaba a diario. La amaba mucho porque tenía una vagina pequeña y estrecha que encajaba bien con su pene. Lo sé porque me la follé mucho después de que él muriera. Ella tuvo un híbrido tras otro, incluyéndome a mí. Nos enseñó a follar desde muy pequeños. Me follaba constantemente a mis hermanas, que eran mitad humanas. Eso fue hace mil años. En mi juventud, solo me follaba a mujeres humanas, y solo después me follé a las primeras dragonas; fue un proceso largo. Pero me ha encantado follar a mujeres humanas toda mi vida, hasta el día de hoy. Solo me follo a las dragonas para embarazarlas". Mei asintió con satisfacción; lo entendía todo.

Una noche, con un nudo de deseo en la garganta, Mei le preguntó si no le gustaría acostarse con ella. Él la miró a los ojos. "No eres fértil", dijo, "¡ni siquiera te ha bajado la regla!". Mei asintió, porque era cierto. Pero sentía un ardor intenso en la vagina; deseaba desespera-

damente ser penetrada. “¿Debería ir a un pueblo a buscar a alguien con quien acostarme?”, preguntó con incertidumbre, pero Lin Popo la desestimó con un gesto. Y así fue como se acostaron por primera vez. Mei sintió su gran pene abrirle los labios vaginales y penetrarla; sin duda era el pene más grande que había tenido, mucho más grande que el de su padre, quien a veces se acostaba con ella a escondidas cuando su madre no estaba. Mei gritó de placer; nunca se había corrido tan rápido. Su orgasmo la hizo retorcerse y contorsionarse como una trucha en una trampa. Él le preguntó varias veces si ya había tenido suficiente, pero ella lo desestimó con un gesto, diciendo: “¡Más y más, por favor!”. Continuó follándola lentamente hasta que ella quedó completamente exhausta, y entonces eyaculó dentro de ella en chorros espesos y firmes.

Exhausta y agradecida, Mei se acurrucó contra el hombre dragón. “¡Ni siquiera mis siete hermanos me han follado tan maravillosamente como tú, Sr. Lin!”, suspiró. De ahora en adelante, dejaría que su dragón la follara cuando quisiera. Lin Popo observaba el cielo nocturno y la luna. “Debemos irnos”, dijo, “¡la follada anual comienza esta noche!”. Mei no entendió ni una palabra, pero obedientemente, se subió a su lomo. Él se elevó en el aire y voló lejos, con Mei sobre su escamosa espalda. “No debo volar demasiado alto”, dijo en la corriente de aire, “por encima de los 7000 metros, no podrás respirar y te congelarás”. Mei tenía mucho frío y luchaba por cada bocanada de aire. Después de horas, aterrizaron en un enorme claro, muy por encima de las nubes. Se podían ver cientos de dragones, algunos con alas y nada humano, y muchos que se parecían a Lin Popo. Formaban un círculo, con un viejo dragón y su pareja, cientos de años más joven, en el centro. Inclinó la cola hacia un lado y se giró con orgullo, mostrando a todos su coño y tensando los músculos vaginales para que este se abriera y cerrara con fuerza. Obviamente era una celebridad; los dragones emitieron sonidos lujuriosos. El anciano se acercó, y ella dejó a todos boquiabiertos al introducir hábilmente su viejo pene en su joven coño. Empezaron a follar, y todos los demás también. Los dragones follaron durante tres horas; entonces las hembras estuvieron listas y se abrieron para que los machos pudieran rociar su semen sobre sus huevos.

Mei estaba asombrada de lo diferentes que eran las vulvas de las dragones hembra. Algunas tenían labios tan gruesos como un brazo y vulvas enormes con agujeros tan anchos como la cabeza de un niño. Otras, en cambio, solo tenían labios pequeños y agujeros pequeños. Doblaban sus colas hacia un lado, los machos las montaban por detrás y las penetraban por detrás en sus agujeros. Muchas de las hembras tenían clítoris tan gruesos como un pulgar y muy largos. Las hembras apoyaban sus patas sobre los clítoris, que se ponían erectos y duros cuando llegaban al orgasmo. Mei observaba el acto sexual con curiosidad y lujuria. Toda la situación era increíblemente lujuriosa, porque tan pronto como una pareja terminaba de follar, ambos se iban en direcciones diferentes en busca de una nueva pareja. Mei no llevaba la cuenta, por supuesto, pero algunos machos follaban a cinco o más hembras seguidas. El acto sexual duraba hasta el amanecer, luego se dispersaban en todas direcciones. Lin Popo voló de regreso al lago con Mei. Lin Popo le dijo a Mei que siempre elegía a la más joven para aparearse porque le encantaban sus vaginas más estrechas. Según con orgullo, esa noche se había acostado con una docena de mujeres jóvenes y había fecundado sus óvulos.

«Nacen de los huevos en un año», explicó. «En los últimos milenios, comenzamos a vivir separados, y las madres criaban a los jóvenes solas. Los jóvenes aprenden a follar muy pronto, pero las chicas no abren su interior para no quedar embarazadas». Esto tenía sentido para Mei, pero tenía una pregunta. «Sí», respondió Lin Popo pensativo, «muy pocos chicos crecieron. Y cuando lo hacen, y solo quedan unos pocos, encuentran un territorio y viven escondidos. Soy uno de los pocos que tienen una apariencia casi humana y no se avergüenzan de follar con mujeres humanas». Eso era cierto; Mei siempre se había escondido cuando las mujeres entraban en su bosque. Eran las esposas del panadero, del aguador, del granjero o del herrero. Dejaban que Lin Popo las follara durante una o dos horas y se apresuraban a volver a casa cuando eran fértiles. De lo contrario, venían día tras día y dejaban que el hombre dragón las follara hasta que eran fértiles.

Lin Popo le preguntó a Mei si quería acompañarlo a ver a la Emperatriz. Era la joven Emperatriz con la que nunca antes se había acostado. Volaron al Palacio Imperial, y él tomó las manos de Mei,

haciéndolos invisibles. Entraron sin ser vistos en la alcoba de la Emperatriz, donde ella estaba teniendo relaciones sexuales con una sirvienta. Lin Popo esperó pacientemente hasta que las dos jóvenes, la más distinguida de las cuales era la Emperatriz, terminaron. Los ojos de Mei se abrieron de par en par, pues nunca había visto a una chica estimulando el clítoris de otra con el suyo. Pero cuando la sirvienta se hubo marchado, Lin Popo se hizo visible. La virgen Emperatriz se sobresaltó al principio y cubrió tímidamente su desnudez. Pero Lin Popo la hipnotizó, de modo que consintió en tener relaciones sexuales. La Emperatriz seguía siendo virgen, pues el Emperador también lo era y era débil en sus lomos. La Emperatriz accedió tímidamente y con reservas.

Mei colocó su rostro directamente frente a la vulva de la Emperatriz, pues nunca había presenciado una desfloración de cerca; la suya había sido años atrás, cuando su padre la desfloró en el bosque a los once años. Él le preguntó si realmente lo deseaba, pero ella simplemente asintió, sin comprender. Tenía los ojos cerrados cuando él la penetró con un movimiento repentino. Continuó follándola de inmediato, por lo que no sintió dolor, pues su gran pene casi le reventó la pequeña vulva. En casa, se lo mencionó brevemente a la madre, quien, por su parte, estaba bastante complacida de poder delegar la tarea a su hija, ya que los chicos querían eyacular dentro de ella al menos una vez al día. Ahora, con gusto, dejaba esto en manos de su hija, aunque pasaría bastante tiempo antes de que ya no tuviera que ofrecer su vulva materna. Pasó un año entero, durante el cual los chicos follaron a madre e hija una al lado de la otra, hasta que los chicos quedaron exhaustos.

Mei agarró el pene de Lin Popo y lo guió hacia la vagina de la Emperatriz. Una embestida corta y firme, y la Emperatriz fue desflorada. Mei permaneció inmóvil mientras él la penetraba. No necesitó usar su dedo; tuvo un orgasmo poderoso e intenso y gritó de placer, continuando con orgasmos durante otra hora. Se quedaron en la cama de la Emperatriz durante cinco días, durante los cuales ella le permitió penetrarla cada hora. La Emperatriz disfrutaba enseñándole a Mei cómo penetrar clítoris con clítoris, y Mei la dejó penetrarla hasta que se desmayó; la Emperatriz era una verdadera maestra en ello. Después de que pasaron los cinco días, se despidieron y volaron de re-

greso al lago sin ser vistos. Mei estaba muy agradecida de haber visto el Palacio Imperial y a la Emperatriz. “Y ser penetrada por el clítoris, también disfrutaste eso, ¿verdad?” preguntó Lin Popo, sonriendo de oreja a oreja.

Día tras día, mujeres de los alrededores acudían a ser folladas por el Hombre Dragón. Mei solía esconderse entre los arbustos y disfrutaba viendo cómo las follaban. Lin Popo les preguntaba a las mujeres si les gustaba el sexo oral. Eran muy pocas, pero Lin Popo llamó a Mei, y ella, encantada, se dejó follar por la mujer. Pocas eran tan hábiles como la virgen emperatriz, pero Mei disfrutaba muchísimo follando con ellas. Como agradecimiento, Lin Popo volvió a follar con la mujer después, esta vez en presencia de Mei.

Lin Popo debía seguir su destino. El rey local tenía una reina, una mujer gorda y obesa, con la que nunca se le había permitido tener relaciones sexuales. A ella le encantaba el sexo con sus sirvientas, le encantaba masturbarse por encima de todo, pero nunca se dejaba penetrar. Lin Popo sabía que aún era virgen, pero estaba destinado a acostarse con la reina. Tomó a Mei a cuestas y voló al palacio, se volvieron invisibles y se escabulleron hasta la alcoba de la reina.

Lin Popo permaneció invisible hasta que la reina se masturbó hasta el agotamiento, solo entonces se reveló. Antes de que pudiera gritar, la hipnotizó. Ella se dejó colocar en posición para el sexo, pero se resistió ferozmente. Mei yacía entre sus gruesos muslos para observar de cerca la desfloración. Mei colocó su pene correctamente, y él tuvo que dejarla inconsciente de un puñetazo. Una embestida corta y firme, y la gorda reina fue desflorada. Lin Popo la folló a fondo, pero cuando despertó de la inconsciencia, se liberó y gritó con todas sus fuerzas. Solo hubo un breve momento para que él se volviera invisible. La reina gritó que un demonio la había violado, y el rey le abrió la vagina para mirar. Sí, en efecto, había sido desflorada recientemente. Estaba completamente desconcertada y estaba dejando que el rey la follara por primera vez. Estaba profundamente avergonzada. Lin Popo y Mei permanecieron invisibles todo el día. La reina permitió que su sirvienta favorita la follara y se quedó dormida. Entonces Lin Popo la atacó de nuevo y la violó hasta que enloqueció. Con su orgasmo, el efecto de la hipnosis se desvaneció y gritó aterrorizada,

afirmando que había sido violada por el diablo. El rey le creyó, pues ella bajó la mirada tímidamente y sumisa mientras él la violaba de nuevo. Lin Popo la violó durante una semana, luego hizo que Mei se subiera encima de él y voló de regreso al lago. La reina le gritó al rey, exigiéndole que persiguiera y matara al diablo. El rey obedeció, ordenó a sus sabuesos que siguieran el rastro y partió con un ejército de 200 hombres. El rastro terminó en el lago del bosque encantado.

Lin Popo acababa de regresar de cazar y fue atacado cuando intentaba entrar en la cueva. Logró volverse invisible y desapareció, y los soldados encontraron a Mei dormida. Violaron a la supuesta mujer dragón día y noche. Mei solo sentía la humillación de la impotencia y la vulnerabilidad; soportaba ser violada por tantos hombres con facilidad. Estaba acostumbrada a ser penetrada por el gran pene de Lin Popo, y comparado con eso, los penes de los hombres eran mucho más pequeños e ineficaces. El rey fue el único que no participó en la violación general de la mujer dragón. Se sentó a la orilla del estanque y caviló. ¿Se equivocaba, o los hombres estaban desapareciendo, uno tras otro? Sí, debía ser eso, desapareciendo uno tras otro, encontrándose solo tristes restos al borde del bosque o flotando en el lago. Al día siguiente, la mitad de su ejército ya había desaparecido; aquí y allá, se encontraba un cuerpo mutilado, destrozado por un tigre o una pantera. Resueltamente, el rey les ordenó partir y regresar al palacio. Mei fue llevada encadenada y encerrada tras las rejas.

La reina lo confirmó; era la esposa del diablo, la que la había deshonrado durante una semana. Quiso degollar a Mei de inmediato, pero el rey intervino. Ella era el cebo para atrapar al diablo. La había interrogado en privado durante horas; ella tuvo que describirle al hombre dragón con todo detalle. El rostro medio humano con hocico y colmillos de lobo, las patas con sus enormes garras, el lomo de cocodrilo y la cola de cocodrilo, probablemente de dos metros de largo. Su pene amarillo, más grande que cualquiera que hubiera visto, el glande rojo brillante que resplandecía a través del prepucio verde lima y los grandes y brillantes testículos azules. El rey la hizo repetir la descripción durante días hasta que estuvo seguro. Tuvo que describirle la desfloración y las semanas de sexo con todo detalle, así como el semen rosado que el diablo eyaculó dentro de ella en chorros espesos y firmes. Eyaculó con tanta fuerza que ella se estremeció con cada

chorro. Solo entonces el rey quedó satisfecho, pues él mismo había visto el semen rosado. Ella dijo que el diablo era invisible y solo se hacía visible para tener relaciones sexuales, igual que su joven esposa.

Lin Popo se movía invisiblemente por el palacio, esperando la oportunidad adecuada. Mei fue violada repetidamente en prisión, pero susurró que no le importaba. No podía ver a Lin Popo, pero a veces sentía su aliento en su cuello o lo oía susurrar suavemente. Solo después de días surgió la oportunidad. Estranguló a un guardia tras otro en el caos que siguió al cambio de guardia, luego tomó el llavero y liberó a Mei. Inmediatamente la hizo invisible y la llevó a su casa junto al lago. El rey sabía dónde estaba la cueva, pero no pudo encontrar a nadie que lo acompañara hasta allí, al bosque mortal. Los dos permanecieron sin ser molestados. Una vez al año, Lin Popo iba al palacio y violaba a la reina toda la noche. Con los años, ella ya no se resistió y simplemente dejó que sucediera lo increíble. Con la misma indiferencia con la que dejaba que el rey la violara cada noche, él estaba secretamente agradecido al diablo por haber seducido a su esposa para violarla. Salió del dormitorio y durmió en el establo cuando Lin Popo apareció y quiso tener relaciones sexuales con su esposa. El rey reconoció a Lin Popo, por supuesto, y su esposa no había exagerado; él tampoco había visto jamás un pene tan grande.

Una vez al año, Quiqueg, una joven dragona enamorada de Lin Popo, venía de visita. Solo venía para tener sexo, doblando su cola de cocodrilo hacia un lado y dejando que Lin Popo la penetrara por detrás. Era muy paciente mientras Mei examinaba su vulva de cerca, explorándola con sus dedos. Mei miró profundamente dentro de su vagina, hasta la membrana detrás de la cual los óvulos maduros esperaban la fertilización. Permitió que Mei se masturbara su clítoris de 15 centímetros mientras tenían sexo. El sexo no duró tanto como con otras; después de una hora y media, Quiqueg estaba muy excitada y abrió la membrana interna para la fertilización. La mano de Mei ya estaba muy cansada después de una hora y media, pero aún así logró llevar a la dragona al orgasmo una y otra vez. Lin Popo había cazado un ciervo y se lo había comido junto con su amante, quien luego voló de nuevo. Durmió durante 20 horas seguidas después del

agotador apareamiento. No solía estar tan exhausto, ni siquiera cuando se apareaba con una docena de mujeres humanas seguidas.

Los años transcurrieron tranquilamente; Mei cumplió 20, 25 y 30 años. Tenía un buen marido que la complacía sexualmente con la frecuencia que deseaba, y jamás lamentó no tener hijos propios. Una década antes, cuando el rey la capturó y cientos de hombres la violaron, quedó embarazada, pero el feto se perdió a las pocas semanas. No sintió pena alguna, pues desconocía cuál de los cien hombres era el padre.

Solo se enamoró una vez, a los 21 años, del viril señor Zhong, el cazador real. Él descubrió la cueva y a Mei, que esperaba el regreso de Lin Popo de la cacería. Al instante quedó cautivado por la hermosa joven desnuda; no necesitaron muchas palabras y se entregaron a la pasión durante dos semanas. Lin Popo se mantuvo en un segundo plano, tarareando satisfecho, porque Mei parecía más feliz que nunca. Desafortunadamente, solo duró dos semanas; hubo discusiones, peleas y, finalmente, palabras hirientes. Mei se alegró cuando él se fue porque las discusiones terminaron con él. Pero estuvo deprimida durante un mes y no se reía, sin importar las payasadas de Lin Popo. Solo después de cuatro semanas se acostó con Lin Popo y le permitió tener relaciones sexuales con él extensamente; después de eso, recuperó su alegría de siempre. Pero nunca volvió a enamorarse.

Permanecieron juntos toda la vida, experimentando juntos cada año la gran follada sobre las nubes, la follada anual de la reina y las muchas mujeres que venían al bosque para ser folladas. Una mañana ella no despertó. Lin Popo le cavó una tumba a la orilla del lago, como hacía la gente.

Ya no podía quedarse en la cueva donde él y Mei habían pasado sus vidas.

Siguió adelante y buscó una nueva cueva, un nuevo lago.

• • •